

# DIABLO

The background of the cover features a dark, circular, web-like pattern. In the center, a vertical sword with a glowing red blade and a golden hilt is positioned. Below the title, the artwork depicts a chaotic battle scene. A large, muscular, blue-skinned demon with horns and a sword is in the center. To his left, a smaller, horned demon with a glowing red eye is attacking. To the right, a female demon with long black hair and a purple cape is casting a spell. In the foreground, a character in a black hooded cloak is attacking a smaller, horned demon. The scene is set in a dark, cavernous environment with a glowing orange light source in the background.

## LUCHA CØNTRÆ LÆ SCURIDAD

MICKY NEILSON • JAMES WAUGH  
CAMERON DAYTON • MATT BURNS  
MICHAEL CHU • ERIK SABOL

Lectulandia

Un audaz exterminador de demonios se arriesga a convertirse en su propio peor enemigo cuando encuentra a su siniestra presa... Un bárbaro atormentado vuelve a su arrasada patria para enfrentarse a un desgarrador pasado... Un monje solitario rastrea el mal en un antiguo bosque donde la línea entre amigo y enemigos es difusa... Una talentosa pero impetuosa maga averigua el precio a pagar por obtener un vasto poder y conocimiento... Un joven y orgulloso hechicero hace un escalofriante descubrimiento que debilitará su arraigada fe... Un desesperado dramaturgo se embarca en un oscuro sendero de locura y depravación en búsqueda de la fama... Un conductor de carros sin escrúpulos descubre que su única pasajera alberga un terrible secreto...

Son historias extraídas del mundo de Santuario, una tierra misteriosa y terrorífica que sirve de telón de fondo para la multipremiada saga de videojuegos de Diablo, propiedad de Blizzard Entertainment. Aunque estas narraciones están centradas en diferentes personajes y escenarios, se hallan enlazadas por la red de horror y suspense que caracteriza al universo de Diablo. En este reino de fantasía gótico el miedo es una constante. Puede llegar de múltiples formas, desde grotescos demonios astadas, a los más profundos temores de las mentes y corazones mortales. Toma aliento y prepárate para esta colección de excitantes y espantosos relatos que te mantendrán pegado al asiento desde el principio hasta el final.

**Lectulandia**

AA. VV.

# **Lucha contra la oscuridad**

**Diablo: Diablo 3 - 2**

ePub r1.0

Titivillus 06.02.15

Título original: *Heroes rise, Darkness falls*

AA. VV., 2012

Ilustraciones: Jhon Polidora

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Introducción de Micky Neilson

Heroísmo ante el terror absoluto.

Así es como describiría el universo de Diablo en pocas palabras. Aunque no siempre ha sido así. No hace mucho, en Blizzard Entertainment empezamos a discutir cómo debíamos caracterizar a Diablo. Entonces nos preguntamos qué quería decir realmente terror, qué significado tenía en particular para Diablo, y cuál sería la mejor forma de expresar la mezcla de terror y fantasía oscura de Diablo.

Haz una prueba, pide por la calle a cualquiera que defina lo que entiende por terror y verás que recibirás respuestas muy contradictorias. Por supuesto que la gente de la calle no tiene que ponerse de acuerdo en la definición de lo que significa terror en el mundo de Diablo, pero nosotros sí.

En los debates internos se formaron dos frentes principales: suspense y gore. El frente del suspense argumentaba que no hay que mostrar al monstruo que aguarda bajo la cama, al menos, no de inmediato, ya que es la expectativa de lo que se esconde fuera del alcance de la luz lo que nos asusta. Lo desconocido. El terror psicológico. Y muy a menudo, cuando al final vemos al monstruo, vemos algo muy parecido a nosotros mismos.

El frente gore, en cambio, interpretaba el terror en términos de sangre y vísceras, la revelación irracional de lo impensable y de lo indecible. Es una provocación. Es lo que se ha definido como «tortura porno» en muchas películas actuales. Películas que no se preocupan tanto por el suspense sino por revolver nuestro estómago. Su objetivo no es esconder las imágenes que nos van a traumatizar, sino más bien, mostrarlas y forzamos a que sigamos mirando cuando nuestros instintos nos están diciendo que apartemos la mirada.

De esta forma, ¿hacia qué lado debería declinarse Diablo? Y no olvides que estábamos hablando de la propiedad intelectual como un todo y no sólo de los videojuegos.

Al final, determinamos que Diablo tiene elementos gore y que esos elementos tienen su lugar. Pero Diablo no es sólo gore. Diablo es en primer lugar terror psicológico, es el miedo al monstruo que se esconde bajo la cama. ¿Por qué? Esto es importante: porque lo que define a Diablo son las acciones de los héroes que logran superar ese miedo.

El miedo, el miedo real, anida en cada uno de nosotros. Lo alimentamos a diario con nuestras dudas, deseos, arrepentimientos, envidias, odios y un millón más de sentimientos. En Diablo, esos males están representados por los demonios, pero esos demonios se alimentan sólo de las semillas que le proporcionamos. El mayor reto, es entonces, ganar la batalla contra nosotros mismos. Esta es la verdadera marca de valentía en el mundo de Diablo.

Una vez que comprendimos esta simple premisa, se abrieron una infinidad de posibilidades. Este fértil terreno proporcionó una gran cantidad de material en el que profundizar para nosotros, los escritores codiciosos.

Y eso es lo que hicimos, indagar en ello. Cuando surgió la oportunidad de reunir una colección de historias sobre Diablo que permitían introducir o ampliar el mundo representado en Diablo III, empecé a salivar. Teníamos la oportunidad de crear una antología que nos permitía representar lo que la gente de Blizzard creíamos que Diablo debería ser. Quería desarrollar unas historias (y escribir una de ellas) que los seguidores de Diablo quisieran leer con las luces de su casa encendidas.

Lo que ahora tienes entre tus manos es el resultado de nuestros esfuerzos.

En mi historia sobre el cazador de demonios, «Odio y disciplina», notarás una fuerte influencia de Stephen King en un relato que se adentra en uno de los miedos más arraigados: el miedo al fracaso, la pérdida de esperanza y la delgada línea que existe entre el bien y el mal.

En «El Caminante», la historia sobre el bárbaro de Cameron Dayton, podrás experimentar una narración sombría, pero a veces también conmovedora con un estilo que recuerda a las sagas de fantasía oscura de Robert E. Howard. Es un estudio melancólico sobre el sentimiento de culpa y la redención.

«Inquebrantable», de Matt Burns, es la historia de un monje en la que podrás discernir fuertes toques de acción y aventura, impregnada de un ligero velo de terror que en muchas ocasiones es más aterrador que ningún monstruo cornudo de tres metros, el terror del lado oscuro de la humanidad.

«Luciérnaga» es una interpretación provocadora del mago de Diablo III, narrado por uno de los desarrolladores del juego, Michael Chu. Es una sutil meditación sobre la causa y el efecto, y del a veces imposible precio del poder absoluto.

«El caminante de las dudas», de Matt Burns (asistido por Jason Bischoff), es una fábula que se focaliza, o mejor dicho, arroja una luz misteriosa, entre la batalla de un brujo médico y la lucha eterna entre la fe y la duda.

Cada una de estas historias debutaron dentro de la campaña que se hizo en la página de internet de Diablo III, y ahora las hemos recopilado en este volumen. Pero eso no es todo. Justo cuando creías que podías cerrar el libro y meterte en la cama, encontrarás dos incursiones más en el abismo.

«Teatro macabro: El Exilio oscuro» es una caída libre por la madriguera sin fondo del conejo de la locura y la maldad que te dejará sin aliento, y un bonito homenaje a Edgar Allan Poe, de la mano de nuestro amigo James Waugh.

Por último, «El hambre» de Erik Sabol. Una inquebrantable disección de la cobardía y la pereza, una parábola inquietante y un crudo recordatorio de que el coraje puede aparecer en los lugares más improbables.

Seas más aficionado al gore o al suspense, estoy más que seguro que descubrirás en estas páginas material que te hará pensar, reflexionar y buscar en ti mismo ese heroísmo, a veces esquivo, ante el terror absoluto.

Ahora, coge una taza de café, siéntate en tu sofá preferido y prepárate para lo que viene. Pero antes de que sigas adelante...

Asegúrate de encender todas las luces.



# Odio y disciplina

Micky Neilson

Valla olió a los muertos en descomposición a una milla de distancia.

Cuando la cazadora de demonios llegó a lo que quedaba de Holbrook, el aire era cálido a pesar de las nubes que cubrían Khanduras. Lo que una vez fue una modesta comunidad granjera que luchaba por sobrevivir se había convertido en una desierta ciudad fantasma. O, al menos, eso parecía. El fuerte hedor de la putrefacción sugería que sus habitantes aún estaban presentes, sólo que no entre los vivos.

El mentor de Valla, Josen, estaba de pie en el centro de la aldea, examinando una pila de escombros compuesta de mampostería diseminada revuelta con rocas y tierra removida.

Iba vestido con el atuendo característico, que es el sello de los cazadores de demonios. La suave luz se reflejaba en la armadura de placas que adornaba la mitad de su cuerpo. Sus ballestas gemelas colgaban a la altura de los muslos, fácilmente accesibles. Llevaba la capucha bajada y su manto chasqueaba azotado por el fuerte viento.

Valla iba vestida de manera similar y la mayor diferencia entre ellos era la larga y oscura bufanda que llevaba y que, en esos momentos, le cubría la mitad inferior de la cara. La hija del aserrador aminoró el paso de su caballo, desmontó y esperó un momento, quieta y en silencio, mientras sopesaba la situación.

Había un zumbido persistente y apenas discernible. Las únicas señales de vida provenían de Josen y de otros dos cazadores. Uno registraba las ruinosas estructuras y el otro permanecía de pie junto a un almacén derruido. Fuera lo que fuera lo que había ocurrido allí, habían llegado demasiado tarde como para hacer nada al respecto. Ya sólo era cuestión de buscar supervivientes. Después de todo, ésa era la segunda tarea más importante que realizaba su gente: alimentar y dar cobijo a aquéllos que habían quedado desamparados tras catástrofes sin igual. Guiarlos, apoyarlos, curarlos, educarlos y entrenarlos... para que pudieran dedicarse a la más importante de sus tareas si así lo escogían: convertirse en cazadores de demonios para aniquilar al engendro infernal responsable de tales perversiones.

Josen continuó estudiando los escombros atentamente mientras Valla se acercaba.

—Vine tan rápido como pude —afirmó mientras se retiraba la bufanda. El apagado zumbido proseguía. Los ojos de Josen se mantuvieron fijos.

—No deberíamos estar aquí —su voz resonaba como grava suelta—. Si Delios hubiese tenido éxito en su misión, no estaríamos aquí. —Sus ojos brillantes se encontraron por fin con los de ella—. Dime lo que ves.

Valla echó un vistazo al desbarajuste. La mampostería y las vigas le resultaban

familiares... igual que el oscuro líquido desparramado por las mismas. Pero, además, había una sustancia negra, como una especie de brea, que era incapaz de reconocer.

—El pozo del pueblo —aventuró Valla—. El demonio surgió de aquí... estaba herido, como indica la presencia de sangre demoníaca. Delios al menos logró eso. Sólo rezo para que tuviese la muerte de un cazador.

Josen dio una patada en el suelo. Bajo la superficie, la tierra estaba mojada.

—Esto ocurrió hace no más de un día... después...

Valla esperó a que Josen continuase. Al ver que no lo hacía, preguntó.

—¿Después de qué?

La expresión del maestro de cazadores era inescrutable.

—Sígueme —replicó.

A medida que se acercaban al almacén, el zumbido se hizo más alto y penetrante. Y, del mismo modo que el ruido, la fetidez también se acentuó. El cazador apostado en la entrada abrió las altas puertas.

Una espesa masa oscura, una densa nube de moscas escapó. Y, a pesar de que Valla estaba acostumbrada al olor a carne en descomposición, la intensidad en esta ocasión casi consiguió que le fallasen las piernas. Se ajustó la bufanda y contuvo una arcada.

En el interior del recinto, del tamaño de un granero, los lugareños estaban apilados en montones desordenados. Hombres, mujeres... muchos de ellos hinchados con el abdomen dilatado. Algunos de los cuerpos habían reventado y dejaban a la vista las entrañas plagadas de gusanos que se abrían camino entre las vísceras. Los ojos, narices y bocas supuraban fluidos. Junto al de la descomposición, estaba el inconfundible olor a heces. Cientos de moscas se arremolinaban en la carnicería.

Valla frunció el ceño. Las heridas, aunque terribles, no eran las habituales del ataque de un engendro infernal. Se trataba de puñaladas, empalamientos, cráneos aplastados, y no los típicos descuartizamientos, desmembramientos y decapitaciones asociados a los asesinatos de los demonios.

Josen habló.

—Delios fue visto hace un día en el exterior de Bramwell. Irrumpió en un burdel, mató a todo el mundo... y después desapareció. Anoche hubo otra masacre. Quince víctimas en un fumadero de opio. Muertas por virotes de ballesta y filo.

Valla abrió los ojos como platos, incrédula. Josen había respondido a la pregunta que no había formulado.

—Sucumbió a la corrupción del demonio. Lo hemos perdido. Ya no es mejor que un demonio.

Se trataba de un terrible devenir al que se arriesgaban todos los cazadores de demonios: rebasar el umbral que separa el bien del mal. No era muy difícil perder la capacidad de controlar el miedo o el odio y pasarse al otro lado. Pero esto... esto no era obra de Delios. Era algo distinto. Valla ocultó su inquietud.

—Puede que sea así, pero ningún cazador es responsable de lo que hemos

presenciado aquí. Ni ningún demonio.

—Estoy de acuerdo.

—¿Crees que se volvieron unos contra otros?

—Puede —respondió escuetamente Josen antes de partir. Valla observó los montones de cuerpos una vez más y se dio cuenta de algo extraño: no había niños entre ellos.

Fuera, Josen estaba junto a su caballo. Valla se apresuró hacia él.

—He completado mi último encargo. ¿Cuáles son ahora mis órdenes?

—Seguiremos buscando supervivientes. Al amanecer cabalgaré hasta Bramwell y encontraré a Delios. Quizás... no sea demasiado tarde para él —dijo el maestro cazador, pero su leve titubeo indicaba lo contrario.

Valla se puso firme.

—Entonces iré a buscar al demonio.

—No —replicó Josen—. No estás lista.

Valla se acercó.

—¿Cómo?

El maestro cazador se giró hacia ella, sin alterar su tono.

—Digo que no estás preparada. Sabemos muy poco de aquello a lo que nos enfrentamos. De sus métodos. Creemos que es un demonio que se alimenta de terror... pero eso Delios también lo sabía y no le bastó. Un demonio así... —Josen bajó ligeramente la mirada—. Se colará en tu mente y desatará cada miedo, cada duda, cada remordimiento... por muy profundamente que los hayas enterrado. Hará que te enfrentes contra ti misma. —Los ojos del maestro cazador volvieron a elevarse y se centraron en Valla—. Recuerda tu fracaso en las ruinas.

—Eso fue diferente. Un demonio de ira —protestó Valla.

—Ira. Odio. Miedo. Se alimentan mutuamente. Un cazador de demonios aprende a canalizar el odio. Pero ese equilibrio es precario. Y, cuando se pierde, comienza el ciclo: el odio engendra destrucción. La destrucción engendra terror. El terror engendra odio...

—¡Ya lo he oído mil veces! —espetó Valla.

—Pues recuérdalo bien. Aún eres joven y tienes mucho que aprender. Si te he enseñado algo de valor, es precisamente que un cazador de demonios siempre ha de templar su odio con disciplina. Así que cálmate. El demonio está herido. Inactivo de momento. Mandaré a otro cazador.

Josen se volvió para marcharse, pero Valla no había acabado.

—Entonces iré a por Delios. —Josen miró hacia atrás.

—Te quedarás y ayudarás a buscar supervivientes. Delios es mío. Esas son mis órdenes. —Después, el maestro cazador se fue. Con calma. Y, de algún modo, eso terminó de enfurecer a Valla. Hubiera preferido que gritase, que se desgañitase, que

demostrase una maldita pizca de emoción.

*¿Que no estoy lista? ¿Que no estoy lista? Después de todo lo que he pasado...*

—¿Cómo te atreves a decirme para qué no estoy lista? —susurró Valla. Un instante después ya estaba a horcajadas de su caballo.

¿Por dónde? ¿Por dónde podría haber ido el demonio? Valla observó la sangre entre los escombros. No había rastro alguno más allá del radio de aquellos despojos. Eso no ayudaría.

Al este sólo había montañas. Al oeste, el Golfo de Westmarch. Lejos, al sur, estaba Nueva Tristán. Pero el demonio estaba herido. ¿Se arriesgaría a emprender el largo camino hacia el sur o iría al noreste, donde encontraría más comunidades granjeras pequeñas como ésta?

Más presas fáciles.

La aldea más cercana, Havenwood, estaba a menos de un día de camino. La decisión estaba tomada.

Ellis Halstaff temía por la salud de su hija.

Sahmantha yacía inmóvil en el dormitorio del piso de abajo, con un paño frío y mojado en la frente, y la respiración tenue.

Sahm se había despertado la noche anterior gritando. Le había costado mucho calmar a la niña; cuando Ellis lo logró finalmente y le preguntó qué pasaba, su hija respondió que sentía «que tenía algo malo dentro de su cabeza».

Bellik, el sanador de Havenwood, la había visitado antes. Le administró un tónico que permitiría descansar a Sahm y prescribió un baño frío en cuanto fuese posible.

Pero Sahm estaba ahora descansando y había que dar de comer al hijo pequeño de Ellis, Ralyn, además del trabajo que quedaba por hacer antes de que anocheciese. Antes era más sencillo, cuando el padre de Sahm aún estaba allí, pero se marchó sin decir palabra, sin siquiera dejar una nota, y nunca volvió.

Ellis miró a Sahm en ese momento y pensó en el último cumpleaños de la niña, cuando la precoz criatura de siete años declaró con descaro que «en adelante se ocuparía de sus propios asuntos» y que su rutina diaria ya no incluiría el coro. Pensó en la risa de Sahm: una cordial y desenfadada risotada. Recordó aquella noche, hacía menos de una semana, en la que Sahm le había contado en rigurosa confianza que estaba enamorada del pequeño Joshua Gray porque sus ojos eran como un sueño agradable.

Pensó en todas esas cosas y rezó a Akarat para que Sahm se pusiese bien pronto, para que volviese a tener sueños agradables y para que no volviera a sentirse aterrada por la dolencia que padecía.

Valla estaba sentada frente al fuego, contemplándolo, aún a unas pocas millas de Havenwood. Absorta, recorrió con el dedo una larga cicatriz que discurría por el contorno de su mandíbula.

*No estás lista.*

*Un cazador de demonios siempre ha de temprar su odio con disciplina.*

Aún podía escuchar las palabras de *Josen*. Pero, cuanto más pensaba en ello, más se inclinaba a creer que quizás... quizás no estuviera del todo equivocado. Sus pensamientos retrocedieron hasta el incidente de las ruinas...

Delios y ella se habían internado profundamente hacia el sur en las Tierras del Terror; viajaron juntos durante varios días. Delios era grosero y brusco, lo cual la mantenía en tensión. Valla prefería actuar en solitario, pero *Josen* había insistido en que trabajasen en pareja.

Localizaron la guarida del demonio entre las ruinas largo tiempo olvidadas de una civilización desconocida. Valla resguardó su mente como *Josen* la había enseñado. Había advertido a ambos de que, con un demonio poderoso como aquél, la batalla trascendería lo meramente físico.

—*Vosotros* sois la mayor arma del demonio —había recalcado.

Mientras se abrían camino hacia abajo entre enormes losas monolíticas de piedra, Valla sintió que su agitación iba en aumento. La base de las escaleras se abrió hacia un abismo cavernoso en el que cientos de gigantescos pilares rocosos se erguían hacia lo alto de tal modo que sus capiteles se perdían en la oscuridad superior. Unos braseros ardientes emitían parches de luz parpadeante.

Delios se adelantó. Era necio e insensato. Valla sintió un latido en su cabeza. Podía sentir cómo el demonio se infiltraba en sus pensamientos. En su mente, su presencia tenía la forma de tentáculos negros que tanteaban, persuadían y provocaban. Valla empezó a pensar en todas las manías irritantes y las cualidades negativas de Delios. Su agitación pronto se volvió enfado, que acabó siendo ira.

Delios volvió a adelantarse a pesar de que ella le había gritado que se detuviese. Éste se giró y ella pudo observar una mueca retorcida en su rostro a modo de sonrisa. De repente, estuvo segura de que había sucumbido a la corrupción. Había cruzado la línea. Su ira hirvió hasta convertirse en furia ciega y supo que iba a matarlo. Era débil y patético. Acabar con su vida sería un acto de piedad.

Se adelantó. Delios permaneció donde estaba y seguía sonriendo para provocarla. Entonces corrió hacia él mientras Delios se guarecía tras un pilar. Valla lo siguió...

Había desaparecido. Sintió que el demonio estaba detrás de ella, como una presencia enorme y ultraterrena. En su mente, podía escuchar el eco de una risa. El demonio la había manipulado con la facilidad con la que un titiritero manipula las cuerdas de una marioneta. El Delios que había seguido no era real. Había perdido y ahora iba a morir.

Entonces se produjo una explosión y mucho de lo que ocurrió después sólo lo recordaba a modo de breves fogonazos: *Josen* luchó contra el demonio. Delios se acercó corriendo a ayudar. Valla recuperó la compostura a tiempo para disparar varios virotes con la ballesta. *Josen* gritaba palabras de expulsión.

—Puedo verte, Draxiel, perro faldero de Mefisto. En nombre de todos aquéllos

que han sufrido, ¡yo te exorcizo! ¡Desaparece, yo te maldigo, no regreses jamás! — Josen disparó un virote, se produjo un destello cegador y el demonio desapareció.

Las ruinas habían sido una prueba. A Josen le encantaba decir que todo era una prueba, que la vida en sí era una prueba. Y Valla había fracasado. Ahora... ahora Delios también había fracasado. Y le había costado el alma.

Valla estaba decidida a derrotar a ese demonio, pero también a evitar el destino de Delios...

*Lo hemos perdido. No es mejor que un demonio.*

La hija del aserrador reprimió un escalofrío. Había más de una forma de expulsar a un demonio, pero Josen sólo le había enseñado una manera. Además, en una ocasión le dijo:

—Cuando un demonio mira en tu interior, puedes devolver la mirada. Pero es la cosa más peligrosa que puede hacer un cazador de demonios.

Valla no volvería a repetir el error que cometió en las ruinas. Había madurado mucho desde entonces.

La cazadora de demonios sacó del bolsillo un grabado de su hermana pequeña, Halissa.

—Por ti —susurró. Y, mientras las llamas de la hoguera se iban extinguiendo, inició una serie de ejercicios mentales que Josen le había enseñado.

*No voy a conseguirlo, pensó Ellis Halstaff. He perdido mucha sangre.*

Escapar por la puerta delantera y correr hacia Havenwood estaba descartado. No antes de llegar hasta Ralyn. Estaba completamente indefenso, con sólo un año y medio de edad. No había aprendido a andar todavía y menos aún a protegerse en forma alguna.

En la escalera, se apoyó con la mano buena en el pasamano, mientras tiraba de su pierna derecha inutilizada escalón tras escalón.

Mientras sus fuerzas menguaban, pensó en Sahn y se preguntó desesperada por qué su hija quería matarla.

Tras acabar su trabajo, Ellis había ido a ver a Sahn, por si estaba lista para bañarse. Sahn había sonreído y había sacado el mejor cuchillo de trinchar de debajo de las sábanas para apuñalarla en la pierna y, después, varias veces en el torso. Cinco o seis veces, puede que más. Ellis desperdició varios segundos paralizada por la conmoción que le produjo tal ataque antes de poder huir.

Ellis sentía la mente embotada. Estaba a medio camino en la escalera cuando escuchó el rápido sonido atenuado de los pies descalzos de Sahn en el suelo de la planta baja.

Se giró y allí, al pie de la escalera, estaba su preciosa hija de cabello dorado, con el vestido rosa de lazos para el que Ellis había estado ahorrando y que le iba a regalar para el festival de la cosecha. La ropa estaba salpicada de un tono carmesí oscuro que

brillaba a la luz de la lámpara. Sahm sostenía el cuchillo en la mano derecha. Desde el codo hacia abajo, su brazo estaba empapado en sangre, que goteaba desde la punta de la hoja.

—¡Espera, mamá, todavía tengo que alcanzarte!

*Piensa que es un juego, ¿cómo es posible?*

Ellis tiró de sí misma un escalón más hacia arriba. Sahm cubrió dos tramos de un salto.

—¡He dicho que ESPERES! —Entonces resbaló en el rastro de sangre del escalón, inclinándose hacia delante mientras su brazo derecho describía un arco sobre su cabeza y clavaba profundamente el cuchillo en el escalón en el que había estado Ellis hacía un instante.

El sonido de sus propios gritos ahogó el resto de ruidos mientras Ellis gemía y cojeaba para subir los dos escalones que la separaban de la segunda planta. Cubrió la distancia hasta el cuarto de Ralyn dando desesperados bandazos mientras tiraba de su pierna derecha inutilizada.

*Una vez dentro, puedo atrancar la puerta y puede que...*

Ellis llegó al umbral y se quedó helada. Ralyn no estaba en su cuna. Es más, la barandilla de madera de la misma estaba rota y sus pedazos, diseminados por el suelo.

Ellis se sintió cada vez más mareada y se acercó a la barandilla rota para apoyarse. Sus miembros fríos respondían lentamente a lo que su mente les ordenaba.

—¡Aquí estás!

Ellis dio un respingo al ver a Sahm en el umbral con una gran mueca en la cara, la misma que ponía cuando jugaba a las peleas con su padre antes de que éste se marchase.

El mundo se tambaleaba. Ellis retrocedió un paso. Agarró un barrote astillado de la baranda, con una punta larga y letalmente afilada en un extremo. Lo sacó de su sitio y lo agitó temblorosa.

—¿Qué has hecho, Sahm? ¿Qué has hecho con tu hermano?

Sahm bajó el cuchillo. Sus labios carnosos se giraron hacia abajo en las comisuras, las cejas se fruncieron y sus ojos se dilataron y humedecieron. Era el aspecto que tenía cuando hacía alguna travesura e intentaba eludir el castigo.

—¿Vas a hacerme daño, mamá?

El suelo se movía como la cubierta de un barco en aguas agitadas. Ellis apenas se daba cuenta de que su mano y la estaca se movían erráticamente.

—Sólo quiero saber por qué... —sollozó Ellis. Su voz sonó extraña—. ¿Es porque estás enferma? Te conseguiremos ayuda, iremos a ver a Bellik y...

Sintió un dolor agudo en el tobillo sano y un penetrante calambre que le provocó un agónico estertor que recorrió todo su cuerpo mientras gritaba.

Ellis miró hacia abajo y vio a Ralyn, que había salido gateando de debajo de la cuna. Le lanzó una cálida mirada con una gran sonrisa. Sus pequeños dientes

aparecían cubiertos de una fina capa de un tono rojo brillante.

El mundo empezó a dar vueltas mientras se cernía la oscuridad. El brazo de Ellis cayó lacio, inclinó hacia atrás la cabeza y, por suerte, no sintió la larga hoja con la que Sahm le atravesó el pecho.

Valla alcanzó el límite exterior de Havenwood poco antes de medianoche. No había escogido la hora de su llegada, pero le pareció bien en cualquier caso.

No sería bien recibida en la ciudad. Su gente nunca lo era. Los cazadores de demonios se percibían como oscuros presagios o heraldos de la muerte, incluso en los buenos tiempos.

El aire aún era cálido mientras recorría campos iluminados por la luz de la luna, abarrotados de yermos maizales y grandes extensiones de tierra en las que las hileras de celemines de trigo cosechado permanecían quietas como soldados obedientes. La cosecha estaba en marcha.

Pronto llegó a los oídos de Valla el gratificante sonido de un cauce de agua. Un río.

La hija del aserrador sintió cómo se le hacía un nudo en el fondo del estómago mientras cabalgaba.

El posadero se quedó pálido al verla, a pesar de que se había quitado la capucha y se había bajado la bufanda para tranquilizarlo. Respondió a sus preguntas con frases escuetas. No había habido señales de problemas, nada fuera de lo normal. Nada de qué preocuparse. Le dio una nota para que se la diese al curandero de la aldea con la primera luz del alba: *si hay algún problema, mándame a buscar.*

Al entrar en su alojamiento, Valla hizo un repaso rutinario tomando nota de varios detalles: un aparador resistente que se podía utilizar a modo de barricada si fuese necesario, no había puerta que conectara con la habitación contigua, una cama situada contra la pared más lejana con buena vista de la entrada y un escritorio con una silla y una ventana a una altura de diez codos del suelo del exterior.

Entonces Valla se quitó la armadura de placas y sus numerosas armas. Colocó en un lugar de fácil alcance en la cama las ballestas gemelas, las dagas, los dardos, las boleadoras y el carcaj de virotes, teniendo especial cuidado con un virote escarlata decorado con runas. Empezó a desempaquetar. La hija del aserrador no pudo deshacerse ni un instante de la sensación de inquietud que la había atenazado mientras cabalgaba. La sensación de estar olvidando algo. Algo importante. Vital. Como si tuviese un vacío en la mente, un hueco en el que una vez tuvo almacenado un conocimiento esencial.

Terminó de deshacer el equipaje, se sentó en el suelo y cerró los ojos para relajar la mente. Se concentró en la cadencia de su pulso.

Fuera lo que fuera ese conocimiento olvidado, no era capaz de recuperarlo. Entonces, otros pensamientos se entrometieron.

¿Y si estaba equivocada acerca de todo el asunto? ¿Y si había desobedecido a Josen para nada?

Decidió que preocuparse por ello no le haría ningún bien. Y el recuerdo olvidado ya volvería a su debido tiempo.

Valla se sentó en el escritorio y escribió una breve carta a su querida hermana, Halissa. Recopiló detalles de su viaje, le dijo que todo iba bien, que la quería y que iría a visitarla pronto.

Esperaba que fuese cierto. Tal vez después de despachar a este demonio... podría tomarse un tiempo de descanso.

Dobló la carta, la metió en un sobre y lo dejó en su bolsa de viaje.

Valla sopló la vela y se tumbó de lado, de cara a la puerta, mientras su mente intentaba recordar lo que creía haber olvidado.

Suspiró con pesar y deseó desesperadamente, como cada noche un sueño sin pesadillas sobre el ataque a su aldea. Deseó, como cada noche, soñar con algo bueno, aunque sólo fuese por una vez.

Se había olvidado de lo que era soñar con algo que no fuese una matanza.

Keghan Gray se tambaleó al pasar por el umbral de su casa de campo, después de haberse aliviado en el jardín de flores unos momentos antes. A Seretta no le haría gracia si se enteraba, pero mantendría la boca cerrada al respecto si sabía lo que le convenía. No sabía tales cosas cuando se casaron, pero había aprendido con el paso de los años. A veces, las lecciones eran duras, pero necesarias.

La lámpara junto a la puerta no estaba encendida... Keghan lo comentaría al día siguiente con Seretta. Un hombre se podía romper la maldita pierna al entrar en una casa a oscuras. Tras tres intentos, Keghan logró encender la mecha.

Keghan se preguntaba distraído dónde estaría Rexx mientras se dirigía a la cocina. En las noches en las que Keghan volvía tarde a casa de la taberna, Rexx normalmente lo saludaba en la puerta, con la lengua fuera y moviendo el rabo con alegría. Por supuesto, Rexx prefería dormir en la habitación de Joshua... Seguro que ahora estaría allí, acurrucado a los pies de la cama.

La mesa de la cocina estaba vacía. Keghan se sintió bastante agraviado, lo que hizo que sus manos se cerraran en puños y apretase la mandíbula de forma refleja. Le había ordenado a Seretta que tuviese dispuesto algo de cena para cuando llegase. No podía ser tan tonta. Keghan pensó que tal vez Joshua se habría comido su parte. Si era así, habría que castigar al chico. Un castigo firme, como merecía tal falta.

Pero, de momento, parecía que Keghan se vería obligado a cortar su propia carne.

Después de todo, cabalgar hasta allí desde la ciudad le había abierto bastante el apetito. Keghan tomó un cuchillo de la mesa y empujó la lámpara ante él mientras se dirigía hacia la alacena.

Se abrió paso hacia la larga sala completamente a oscuras. La luz de la lámpara reveló unos cuantos trozos de cerdo de buen tamaño que colgaban en ganchos alineados en la pared de su derecha. Se detuvo ante una dura pata de cerdo y sonrió.

Keghan se inclinó para colocar la lámpara de forma que pudiese cortar una loncha y, al hacerlo, observó un charco de algo que parecía vino tinto en el suelo. Acercó la lámpara. Era sangre.

La visión lo espabiló ligeramente... No tenía que haber sangre en el suelo. A los cerdos se los degollaba y limpiaba fuera.

Se acumulaba justo entre sus piernas y provenía de algún lugar a su espalda. Keghan se dio la vuelta mientras se levantaba. Levantó la lámpara, que casi se le cayó al retroceder.

Rexx estaba colgando de un gancho en la pared de enfrente; colgaba de la zona de carne blanda bajo la mandíbula. Tenía el pelaje cubierto de sangre y aún goteaba desde la punta de la cola. Le habían extraído la mayor parte de las vísceras, que estaban apiladas en un rincón.

Una cálida brisa entró al abrirse la puerta del extremo de la alacena. La luz de la lámpara no llegaba tan lejos como para que Keghan pudiese ver. Bajó la lámpara y la alejó para que su visión se ajustase. Una voz llegó hasta él.

—¿Padre?

—¡Joshua! Ven aquí, chico. ¿Qué haces ahí fuera?

Keghan aún no distinguía mucho más que un borrón oscuro que se perfilaba en la luz.

—¡He dicho que entres! Alguien ha matado al perro. Haz lo que digo, chico. ¡Muévete!

Sus ojos se ajustaron lo suficiente como para ver la silueta de su hijo, quieto en el umbral, con una guadaña de largo mango en las manos. Su hoja curvada se dibujaba nítida ante el fondo de la luna y las nubes.

—Pero aún hay que seguir segando, padre.

Keghan abrió la boca estupefacto mientras avanzaba tambaleándose.

—Pero ¿qué dices, chico? ¿Estás tonto?

Al dar unos pasos más, la lámpara bañó de luz a Joshua. Sus ropas de faena estaban manchadas... del mismo color vino que cubría el suelo.

—¿Has sido tú? Has matado al perro, pequeño y retorcido...

Sin articular palabra, Joshua avanzó y blandió la guadaña. Keghan alzó el brazo izquierdo para detener el golpe pero, en el último segundo, el chico movió el apercoteo hacia abajo y a lo largo, entre las costillas de Keghan, rajándole las entrañas mientras la hoja penetraba lo bastante como para mostrar su punta cubierta de sangre por el otro lado.

Un sonido de gorgoteo subió por la garganta de Keghan y escapó como un traqueteo por su boca abierta. ¡El chico lo había ensartado! Como a un maldito cerdo. Tendría que responder por ello. No importaba cómo pero el chico sería castigado. Con dureza.

Joshua tiró para liberar la hoja, un error que Keghan aprovechó bien. Avanzó rápido e introdujo el cuchillo de cocina hasta el mango en la garganta de Joshua.

Su hijo cayó hacia atrás como una piedra. A pesar de no tener ya clavada la hoja de la guadaña, un dolor abrasador ardía en el vientre de Keghan. Tosió y escupió un gran borbotón de sangre... Entonces echó a correr. ¡Había matado a su hijo! Sólo podía pensar en huir, en correr lo más deprisa posible. Se adentró directamente en los maizales, haciendo caso omiso de los tallos que pisoteaba o apartaba, tambaleándose, escupiendo sangre y sintiendo un creciente mareo que amenazaba con derrumbarlo en cualquier momento.

Corrió tan rápido como se lo permitían las piernas, hasta que finalmente el dolor del estómago lo obligó a ponerse de rodillas. Había llegado a la base del espantapájaros del campo. Tenía que huir. Si pudiese volver a ponerse en pie. Si pudiese alcanzar el pueblo y llegar hasta Bellik el sanador...

Keghan se agarró a los pantalones del espantapájaros y tiró para ponerse en pie mientras un largo torrente de sangre y bilis colgaba de su barbilla. El material que había bajo su puño cerrado, sin embargo, no tenía el tacto de la paja.

Y la tela estaba empapada de sangre. ¿Era suya?

Estaba perdiendo la consciencia. Keghan dio un violento tirón para terminar de levantarse mientras alzaba la vista para observar la cara del espantapájaros...

En su lugar, contempló las facciones laxas e invadidas por el terror de su esposa muerta.

Justo antes del amanecer de la siguiente mañana, Valla se encontraba junto a un cuerpo cubierto por una sábana en el estudio de Bellik. La sangre que salía de la cabeza había empezado a secarse en el paño.

—¿Quién es? —preguntó Valla.

—Durgen, el herrero. Apenas podía hablar cuando llegó hasta mi puerta... sólo dijo algunas palabras antes de morir, pero fueron más que suficientes.

—¿Qué dijo?

—¿Eh?

Bellik era una reliquia de hombre: flaco y encorvado, además de sordo, pese a sus enormes orejas. Su incomodidad ante la presencia de Valla era patente.

—Las palabras del herrero, ¿cuáles fueron? —preguntó Valla más alto.

—Ah...

El sanador trató de retirar la sábana, pero se había quedado adherida a la sangre seca. Bellik tiró de ella y el paño se soltó, revelando a un hombre deteriorado con

media cabeza deformada por un golpe.

—Dijo: «Mi hijo me ha hecho esto».

Valla observó en silencio durante un largo rato y volvió a tener aquella sensación: la preocupante noción de que se le olvidaba algo importante. Trató de ignorarla concentrándose de nuevo en la situación presente, en el hombre muerto traicionado por su propio hijo.

Entonces se escuchó un grito proveniente del exterior, de la calle. El desesperado lamento de alguien cuya vida finalizaba de forma violenta.

Valla saltó hacia la puerta.

—Quédate aquí.

Un instante después, salió a la luz previa al amanecer. En la calle había un chico, quizás de unos trece años, que estaba sobre el cuerpo de una comerciante. Llevaba un martillo de herrero cubierto de restos humanos. Lo que quedaba del cráneo de la comerciante estaba esparcido entre los artículos dispuestos en una harapienta manta cercana.

Valla recordó el detalle de que no había niños entre los cadáveres del almacén de Holbrook y, de repente, lo comprendió.

No había niños porque ellos habían realizado la matanza. Peones que llevaban a cabo la voluntad del demonio. Durante un breve instante, Valla se sintió tan conmocionada, tan convulsionada por tal idea, que bajó la guardia. Se volvió vulnerable. Recuperó la concentración y siguió valorando la situación. O actuaba rápido o moriría.

El grito también había hecho salir a otras personas, pero Valla se fijó especialmente en una niñita rubia con un vestido rosa que estaba al final del camino. En una mano llevaba un cuchillo teñido de escarlata y con la otra sujetaba a un bebé ensangrentado y de aspecto feroz a la altura de la cadera. Sus ojos eran grandes y brillantes.

Escuchó un crujido en el mirador que dominaba la posición en la que se encontraba Valla. Alguien había salido, pero el leve y agudo crujido indicaba que se trataba de una persona de escaso peso.

Otro niño.

El chico del herrero se acercaba ahora a Valla con la boca abierta y sonriente.

Otros dos niños acudieron al encuentro, un niño pequeño que arrastraba una espada envainada y una chica más mayor que llevaba una gran piedra en las manos.

Entonces apareció un último niño, un chaval pelirrojo al que le faltaban dos dientes y que saltaba con una hachuela en la mano derecha. Un pequeño grupo de cinco adultos también había salido a la calle. Unos cuantos rostros observaban desde las ventanas.

—Todo aquél que no quiera resultar herido, más vale que se encierre con llave —

ordenó Valla desde el fondo de su capucha.

—¡Ya!

Los adultos del grupo obedecieron.

Bellik estaba en la ventana observando.

Antaño habría considerado bonita a la mujer, cuando aún se preocupaba de tales cosas. Ahora sólo veía a un heraldo de la fatalidad. Era algo más que sabido: allá donde van los cazadores de demonios, la muerte los sigue.

Los adultos del pueblo se habían resguardado, pero los niños... los niños se habían quedado fuera y se posicionaban para atacar. Bellik volvió a recordar las palabras del herrero...

*Mi hijo me ha hecho esto.*

¿Qué clase de locura se cernía sobre el mundo para convertir en carniceros a los niños? Y aquella mujer... la cazadora de demonios, seguro que los mataría.

Una repentina nube de humo estalló procedente de los pies de la mujer y se extendió inmediatamente, ocultándola de la vista. Un instante después, una pequeña forma se dejó caer en la neblina procedente del mirador que estaba sobre el punto de observación de Bellik. Mientras la nube empezaba a disiparse, una hachuela voló de un lado a otro y no acertó de milagro al niño que acababa de saltar.

Bellik giró la cabeza para ver a una figura alzarse a varios metros de distancia en la oscura niebla que se desvanecía. Era ella. El humo había sido una maniobra de distracción de la cazadora. Ésta giró la muñeca y un niño pelirrojo, probablemente el chico de los Travers, pensó Bellik, se dio una palmada en la nuca como si le hubiesen mordido.

Bellik se puso firme.

*¡Los está matando!*

El hijo del herrero, Kyndal, corrió hacia delante, con los ojos saltones y la baba cayendo de su boca abierta. Esgrimió el martillo en un amplio arco. La cazadora de demonios se acercó, agarró al chico de la muñeca y aprovechó su giro para darle la vuelta y lanzarlo por los aires contra otro chico que Bellik no reconoció y que trataba de desenvainar una espada que era más grande que él.

El chico cayó redondo de espaldas. La cazadora de demonios cogió el martillo y asestó un golpe desde abajo, que alcanzó de lleno la base de la mandíbula de Kyndal. Los dientes salieron volando. La mujer se hizo a un lado y Kyndal cayó boca abajo, desmayado. A poca distancia, el chico de los Travers, que aún tenía la mano en la nuca, se desplomó.

La mano de la cazadora de demonios volvió a girar en dirección al niño que había bajado del mirador. Al igual que le ocurrió con el muchacho que llevaba la espada, Bellik no reconoció al chico. ¿Serían visitantes de Holbrook?

Bellik apretó los puños. Fuera, dos niñas corrían hacia la mujer; Sahmantha Halstaff, que brincaba hacia delante como si jugase a la pelota, esgrimiendo una daga ensangrentada y Bri Tunis, que levantaba una pesada piedra sobre su cabeza.

Bellik había visto acróbatas de la lejana tierra de Entsteig hacía muchos años en Caldeum. Daban saltos mortales y volteretas, de frente y de lado, con una facilidad que era simplemente increíble. El sanador se acordó de ellos mientras miraba cómo la mujer saltaba hacia delante, se encogía y giraba haciéndose un ovillo, sin que pareciese molestarle la malla de placas de agudos bordes que llevaba puesta. Aterrizó detrás de Sahmantha. Era un torbellino de movimiento casi demasiado rápido para el ojo, pero lo más sorprendente de todo fue que, tras el paso de la cazadora de demonios, Sahmantha quedó atada con una fina cuerda.

No muy lejos, el extraño que había saltado del mirador se derrumbó como lo hiciese el chico de los Travers.

*¡Ya basta!*

Bellik corrió hacia la puerta y la abrió mientras la cazadora de demonios dio un giro para colocar a Sahmantha junto a Bri. Sus movimientos eran imposiblemente rápidos y sus brazos se agitaban como una bandera en medio de un vendaval. Al terminar, las dos chicas estaban atadas.

El hermano de Sahmantha, el pequeño Ralyn, gateaba hacia delante en lo que parecía un intento de clavar los dientes en la pierna de la cazadora de demonios. Lo levantó, sacó su daga...

—¡No! —gritó Bellik.

... Y la deslizó por la parte de atrás de la camisa del bebé para colocarla en una viga cercana, dejando al niño pateando y sacudiéndose de forma inofensiva. Se dio la vuelta y caminó hacia Bellik.

—Los niños —resolló.

—Están vivos. He usado dardos sedantes. Están a salvo, por ahora, y sólo con tu ayuda seguirán así. —Bellik aflojó los puños. Sus hombros se relajaron aliviados.

—¿Sorprendido? —preguntó Valla.

—Se dice que algunos de vosotros... —Bellik miró al suelo.

—Dilo —incredó Valla desafiante. Bellik reunió coraje.

—Que no sois mejores que los demonios. Que vuestros ojos brillan con el fuego infernal. Que allá donde vais, la muerte os sigue.

Valla se acercó a Bellik, que se tambaleó hacia atrás.

—Se dice que, cuando un demonio mira en tu interior, sanador, en los más profundos recodos de tu mente, tú también puedes mirar en la suya si sabes cómo hacerlo. Y entonces sólo ves venganza. Sólo la caza. Y tus ojos brillan con esa obsesión.

El labio inferior de Bellik se estremeció.

—Tus ojos... no arden.

El semblante de Valla se suavizó.

—No. Yo vivo para algo más que la venganza. —Valla se giró—. Ahora necesito un lugar donde retener a los niños. Por separado.

El sanador pensó un momento.

—Sólo tenemos un calabozo... pero hay establos para las bestias de carga. Seguro que servirán.

Valla miraba a través de la pequeña ventana con barrotes al compartimento del establo. Sahmantha estaba allí sentada, con las manos y los pies atados, la cabeza inclinada y su cabello rubio que le cubría la cara. El resto de los niños estaban en los otros compartimentos, dos o tres juntos en algunos, pero Valla había insistido en que Sahmantha estuviese sola.

Cuando llevaron a los niños allí, una multitud de lugareños se reunió alrededor de las carretas que usaron para transportar a los pequeños a los establos. Muchos de los ciudadanos se habían puesto violentos y gran parte de su ira se dirigía hacia Valla. Pero Bellik... confiaban en Bellik y su opinión había evitado la catástrofe, al menos de momento. Incluso en esos momentos, el pueblo esperaba fuera de los establos. Valla podía escuchar el eco del barullo de sus maldiciones y lamentos.

Bellik acababa de terminar de hablar con ellos.

—Quieren saber por qué está ocurriendo esto. ¿Por qué los niños?

Valla abrió la puerta del establo, entró y se arrodilló en la paja seca.

—Cierra al salir.

—Pero...

—Hazlo.

Mientras escuchaba cómo el pestillo se cerraba de nuevo, Valla apartó el pelo de la cara de Sahmantha. Levantó la barbilla de la niña. Los ojos de la pequeña estaban cerrados.

El cabello rubio, la piel suave... le recordaban demasiado a Halissa. Se acordó de cómo su cara siempre se iluminaba al ver a su hermana mayor. Pensó en los ojos brillantes e inquisitivos de Halissa y en su energía desbordante.

Valla no podía mostrar debilidad ante el sanador pero, en ese momento, la embargó la náusea. Sintió una marea de tristeza y desagrado. De repente, un gran cansancio invadió tanto su cuerpo como su alma.

Se acordó de su aldea en Westmarch. De su familia. Luchó contra los recuerdos de la masacre que tuvo lugar cuando ella era tan solo una niña, que empezaban a desplegarse con rapidez. Los mismos recuerdos que la atormentaban cada noche: los gritos de los moribundos y agonizantes, la sangre, una garra de demonio que intentaba alcanzar su cuello pero le daba en la mandíbula, la huida, la mano de Halissa cogida a la suya, un escondite junto al río...

Y, después, el encuentro con otros que habían sufrido destinos similares, el descubrimiento de los cazadores de demonios. El tutelaje de Josen, convertirse en herramienta de la venganza, en un arma forjada para enfrentarse al corazón de las tinieblas.

Valla se había estado acariciando distraída la cicatriz de la mandíbula. Después se

inclinó hacia Sahmantha.

—Habla, demonio.

Valla esperó. No hubo respuesta.

—No seas tímido conmigo. No puedes ganar en este juego. Tu única esperanza es regresar con tu maestro maldito y rezar para encontrar piedad en los Infiernos Abrasadores, ya que en mí no la encontrarás. Ahora dime tu nombre.

Sahmantha no se movió.

Valla bajó la cabeza de la niña. Después se levantó y se acercó a la ventana con barrotes.

—¡Sanador! Me preguntabas si sabía la razón por la que el demonio había elegido a los niños... la respuesta es sí. Este patético desecho de engendro infernal escoge a los jóvenes porque es débil y los retoños son presa fácil y vulnerable para la escoria que suplica las migajas que sus maestros desprecian.

Bellik estaba justo en el centro de visión de Valla. La miró con las cejas enarcadas. Entonces, Valla percibió movimiento a su espalda, acompañado por el más leve sonido.

La hija del aserrador se volvió y vio a la niña de puntillas, con la espalda arqueada y la cabeza contra el hombro... el cabello se le había apartado de una cara marcada por las venas. Tenía los ojos como platos, sin enfocar a nada en concreto e inyectados en sangre. Cuando abrió la boca, parecía luchar por articular palabras. Entonces...

—¡NO ME DES LA ESPALDA, SOBERBIA!

La voz sonaba con un audible esfuerzo chirriante, como si aspirase continuamente.

—¿QUERÍAS ENFRENTARTE A MÍ? —La cabeza de la niña daba bandazos de un hombro al otro—. TAL PRIVILEGIO EXCEDE TU CAPACIDAD, INFRASER. SIN EMBARGO, ES UNA DISTRACCIÓN QUE PODRÍA ENCONTRAR DIVERTIDA. SUÉLTAME Y VEREMOS...

Valla sacó una hoja. Bellik protestó. Tenía las manos apretadas contra los oídos y los labios temblorosos. Valla no parecía darse cuenta de ello, mientras cortaba los nudos que retenían a Sahmantha.

*Bien, veamos.*

Volviéndose a poner en pie, la niña dio dos pasos indecisos. Valla se movió a un lado y la niña se abalanzó para situarse ante la puerta de barrotes. Su cabeza giraba sin parar y la barbilla rotaba sobre los hombros. Sus ojos vacíos observaban.

—VEN.

Valla dijo a Bellik:

—Abre la puerta.

Bellik miró primero a Sahmantha y luego, a Valla.

—¿Es seguro?

—Nadie saldrá herido. Yo me encargo.

Tras un instante de vacilación, Bellik hizo lo que se le ordenaba. La niña, con el mentón pegado al pecho y el pelo colgando de tal forma que no podía ver dónde iba, procedió sin error hacia el establo.

Bellik la evitó y, después, él y Valla la siguieron mientras se dirigía a los otros compartimentos donde estaban los demás niños. A su derecha, la niña mayor que antes había sostenido la piedra estaba en la puerta agarrando los barrotes. Al hablar, lo hizo con la intensa voz del demonio.

—SOY OLPHESTOS. EL INFILTRADO, EL ABASTECEDOR, REBAÑO DE LOS MALDITOS Y DESOLLADOR DE LOS CONDENADOS CONVULSOS...

Bellik miró horrorizado y volvió a taparse los oídos mientras Sahmantha prosiguió. El chico que arrastraba la espada por la calle se levantó para mirar por una ventana del otro lado y la voz continuó, en esta ocasión salía de su boca.

—EL INSTIGADOR, EL RECOLECTOR, EL MUTILADOR Y LA GARGANTA DEL GRITO SILENCIOSO...

Otro niño habló desde un compartimento a la derecha de Sahmantha:

—EL BARQUERO DE LOS SUEÑOS PERDIDOS, LAS ESPERANZAS DESTROZADAS Y LA DESESPERACIÓN ARDIENTE.

En el último compartimento apareció el hijo del herrero. Había un hueco sangriento en el lugar donde habían estado sus dientes frontales.

—LA DISPUESTA MANO DERECHA DEL TERROR. EL OJO QUE MIRA AL INTERIOR. CONÓCEME Y CONOCE LO INENARRABLE.

Bellik se mantuvo cerca de Valla mientras Sahmantha salía a la luz del sol.

Valla salió tras ella, se quitó la capucha y se abrió paso entre la multitud congregada.

—¡Haced sitio! ¡Todos! ¡Bellik, ayúdame!

Los habitantes del pueblo se agolpaban y lanzaban preguntas y acusaciones. Bellik gritó a la multitud para que se apartaran mientras Sahmantha se tambaleaba hacia delante.

Valla apartó a la muchedumbre del paso de la niña, que prosiguió. Sus movimientos eran erráticos y espasmódicos en algunos momentos y gráciles y fluidos en otros. El grueso de la gente continuó más allá de las tiendas hasta el extremo oriental del pueblo.

Sahmantha aceleró el paso y varios de los lugareños se quedaron atrás. Bellik resollaba con la cara enrojecida por el esfuerzo.

Habían recorrido un tramo de camino polvoriento y desolado. En realidad era poco más que un sendero que llevaba a los campos que se extendían más allá. Sahmantha avanzó hacia un parche de hierba muerta, se detuvo y se dio la vuelta. Irguió la cabeza y la voz tormentosa del demonio atronó una vez más.

—¿QUERÍAS ENFRENTARTE A MÍ? PUES VEN...

La niña sonrió despacio y, cuando volvió a hablar, fue con la voz infantil de la pequeña Sahmantha Halstaff.

—Podemos jugar juntas a las peleas.

Sin previo aviso, los ojos de la niña se cerraron. Su cuerpo se quedó inerte y se derrumbó.

Valla se acercó rápidamente y se inclinó para asegurarse de que Sahmantha seguía viva. Pudo oír su respiración.

La mayoría de los lugareños que se habían quedado atrás llegaron en ese momento y rodearon a la cazadora de demonios. Bellik estaba cerca y se esforzaba por recuperar el aliento. Valla miró hacia arriba como si esperase que el demonio fuese a caer del cielo.

Después, miró hacia abajo. Observó la hierba marchita y pasó los dedos por ella. Ocupaba **una gran** extensión que se estrechaba a lo lejos y formaba más o menos el contorno de un enorme ojo. También había puntos negros diseminados. Contaminación demoníaca.

—Sanador, ¿qué hay debajo de nosotros?

Bellik levantó las cejas.

—Nada.

—Bueno, eso no es del todo cierto.

Tanto Valla como Bellik se giraron hacia uno de los observadores, un granjero rechoncho con un poblado mostacho.

—Justo bajo nuestros pies tendría que estar el río Bohsum.

Bellik miró a Valla que, aunque bien podía ser un efecto de la luz, parecía haber palidecido.

—Pero yo oí el río cuando llegué cabalgando anoche. Incluso ahora se oye su murmullo. El granjero bigotudo bajó una ceja en un gesto que parecía indicar cierto orgullo.

—Ése no es el auténtico Bohsum... Es sólo un canal que excavaron los pobladores hace siglos para reconducir el agua. El auténtico Bohsum mana de las montañas Deadfall... El granjero se giró y señaló al noreste.

—Y, al poco, entra a un sumidero. Luego discurre bajo tierra, justo por esta zona, durante un buen trecho hasta que vuelve a surgir a la superficie a dos días de viaje hacia el oeste.

Valla revisó los alrededores cercanos.

—¿No hay un pozo?

—El suelo fuera de la ciudad es bastante fértil, pero el terreno de ahí a la derecha es duro como la piedra. Fue más sencillo para los pobladores de aquella época excavar el canal.

Valla suspiró mientras respondía.

—Aparte del sumidero y del lugar donde vuelve a aparecer el río... ¿hay otras maneras de bajar ahí?

El granjero bufó:

—No.

—¿Y dónde está el sumidero?

El granjero movió la cabeza en dirección a las montañas.

—Más o menos a medio día por allí. —Bellik miró inquisitivo a Valla.

—¿Y ahora qué?

La hija del aserrador se puso la capucha y recorrió a la multitud con la mirada.

—Permaneced aquí juntos. El número hace la fuerza. Llevad a Sahmantha de nuevo a los establos. Atad y encerrad a todo niño menor de dieciséis veranos. —Miró otra vez a Bellik.

—Y traedme mi caballo para que pueda ir a matar a vuestro demonio.

Parecía una tormenta de truenos.

Valla estaba en pie en el borde de la cavidad hacia la que manaba el Bohsum y sus ojos se perdieron en las turbulentas aguas del sumidero. El río entraba en una depresión haciendo lentas espirales en los bordes y corría con más fuerza en el interior, antes de desaparecer finalmente en la oscuridad central, hacia la zona desconocida de abajo.

Notó las frescas salpicaduras en la cara mientras el vórtice retorcido y el sonido tormentoso llevaron su mente a una noche semanas después del ataque a su pueblo...

Valla y Halissa estaban acurrucadas juntas para darse calor mientras la lluvia empapaba la tierra. Halissa había caído en un sueño exhausto. Pero, como había sucedido muchas noches antes, la acosaban las pesadillas de la masacre. Halissa se despertó chillando y echó a correr...

Cerca de allí, discurría el crecido río. Halissa se acercó demasiado a su ribera y resbaló en el lodo... Halissa levantó la mano...

Valla temía que el agua se llevase a Halissa, que la perdiese para siempre... como las rápidas aguas que formaban remolinos en el corazón del sumidero, que parecía una cuenca vacía.

Se le encogió el corazón al recordar aquello, pero había logrado asir la mano de Halissa. Había funcionado. Al final, todo había salido bien.

De vuelta a la realidad, el vacío en los recuerdos de Valla se hizo más pronunciado: una nada persistente. Fuera lo que fuera lo que faltaba, Valla decidió que no importaba. Se sintió más cansada que nunca, pero acabaría con esto. Por Halissa.

Sabía que su armadura sólo la lastraría, así que se despojó de ella pieza a pieza. Colocó sus armas en un saco que le había dado Bellik a tal efecto. También llevaba allí yesca y pedernal envueltos en piel de cabra. A esto añadió sus boleadoras y varios virotes de punta explosiva.

Se quitó la capa y la capucha y las colocó en el saco para que no la estorbasen en el agua. Despojada de sus vestimentas, Valla se ciñó el saco y dio un paso hacia el borde de la grieta.

Valla no podía pensar en nada con menos conciencia que un demonio que corrompiese a los niños. Sintió una calidez surgir en su interior, una furia hirviente. Pero eso era lo que el demonio quería, ¿verdad?

Pensó en Delios. En su fracaso.

*Un cazador de demonios siempre ha de templar su odio con disciplina.*

Una parte de ella sabía que era posible que no sobreviviese a la inmersión y que las aguas revueltas podían llevarla a una húmeda muerte.

Valla respiró hondo y saltó.

En el ojo giratorio del sumidero se desarrollaba una especie de caos aislado. El mundo se rendía a la oscuridad mientras sus músculos pugnaban por recuperar la orientación de su cuerpo. La respiración contenida ardía en su pecho. Luchó por aferrarse al saco en medio de todo aquello. Se veía azotada, envuelta, empujada y cada vez sumergida más profundamente y más lejos, hasta que la consciencia amenazó con abandonarla por completo. La oscuridad y la desorientación eran totales.

Tenía una profunda sensación de velocidad. Varias partes de su cuerpo chocaron contra protuberancias rocosas mientras se la llevaba el río.

Y entonces...

Sus dedos hallaron un asidero. Había agarrado una sólida estalagmita y braceaba contra la rápida corriente. Sacó la cabeza y tomó todo el aire que su pecho le permitía albergar.

Notó que llevaba el saco en la mano y se sintió aliviada. El agua en los ojos no le permitía ver e, incluso después de limpiarse la cara con el brazo, su visión seguía sin ser clara.

El aire era fresco allí abajo. Valla tanteó con el pie y notó una pared de piedra. Finalmente, la ceguera se redujo mientras volteaba el saco para ponerlo en un saliente y salía del embravecido torrente.

Se sentó y dio un momento de descanso a su cuerpo mientras examinaba el entorno. La zona adyacente se abría en lo que parecía ser un laberinto de túneles y nichos. Las algas luminiscentes cubrían paredes, estalactitas, estalagmitas, columnas rocosas y zonas del techo. La luz que emitían proporcionaba un brillo siniestro y antinatural que hacía innecesario el uso de una antorcha.

*Bien, pensó Valla. Así puedo tener libres las dos manos.*

Era imposible detectar cualquier otro sonido aparte del torrente de agua, ya que su rugido estruendoso hacía eco en todo aquel lugar. Valla sacó la capa del saco y se ajustó para entrar en calor. Afortunadamente, estaba prácticamente seca. Desempaquetó las armas, aliviada al ver que el virote escarlata aún estaba allí. Preparó las ballestas y se quedó de pie con una en cada mano.

Miró en una caverna con puntiagudas púas de piedra caliza que emanaban del

suelo y la parte superior, como un tiburón listo para engullir a su presa, y detectó una sombra perfilada contra la oscuridad al fondo que revoloteaba de un lado a otro.

Valla se acercó a ella y, al hacerlo, sintió el primer retazo de la mente del demonio en la suya, una presencia maléfica y detestable que acechaba en los límites de su consciencia, como un lobo escrutando desde el límite de un oscuro bosque.

Al entrar en la caverna la sensación se volvió más persistente. Sus sentidos se pusieron en alerta total y se le aceleró el pulso.

*BIENVENIDA*, dijo una voz en su cabeza. Valla se desplazó a la parte posterior de la caverna, donde un túnel se perdía en la oscuridad y las algas se volvían más dispersas en las paredes. Aquí y allá había manchas de la misma sustancia negruzca que encontraron en el pozo de Holbrook.

Se agachó y hundió los dedos en la viscosa mugre.

*QUÉ INSISTENCIA LA TUYA. QUÉ DESEO.*

*¿POR QUÉ?*

*EL OJO LO DIRÁ.*

Valla se detuvo y luego se coló en el túnel con las ballestas. Había movimiento en el suelo, un movimiento deslizante. Y entonces lo vio. Su piel reflejaba la escasa luz que bañaba aquel lugar. Se elevó un tentáculo negro que se desplegó y trató de golpearla. Valla disparó un virote y el miembro retrocedió, pero la ballesta no era un buen arma para esa tarea. Se colgó una ballesta y sacó una daga mientras sentía cómo el demonio ya sondeaba su mente con un dolor sordo. Visualizó tentáculos negros en su mente, no muy diferentes del apéndice que la había atacado.

*LA HIJA DEL ASERRADOR.*

Valla dio un tajo hacia delante, cercenando la punta del tentáculo mientras éste se retraía. Lo hizo rápido, pero la presencia en su mente profundizaba aún más.

*QUÉ RECUERDOS MÁS DELICIOSOS ALBERGAS, SACO DE SANGRE. LISTOS PARA LA COSECHA.*

A medida que avanzaba, Valla sentía como si le perforasen la cabeza con agujas. Los muros estaban ahora cubiertos con el brillante lodo negruzco.

*PUEBLO. FAMILIA. AMIGOS. CALOR. COBIJO. DÍAS FELICES. Y ENTONCES...*

*DEMONIOS. COMO UNA NUBE DE LANGOSTAS.*

Ahora los muros parecían retorcerse mientras más tentáculos emergían y se desenrollaban desde el lodazal. Valla colgó la otra ballesta, sacó otra daga y empezó a dar tajos de izquierda a derecha.

*HUIR. COBARDE.*

*LA FAMILIA ABANDONADA. LOS DEJASTE MORIR.*

Valla luchó con la parte de sí misma que pensaba que eso era cierto.

*Vosotros sois el mayor arma del demonio.*

—¡No podía hacer nada para evitarlo! ¡Sólo habría conseguido morir yo también!  
—gritó Valla mientras se enfrentaba a un enorme tentáculo que se colaba

profundamente—. Hice lo que debía: sobrevivir.

Entonces se encontró en una galería circular aún mayor que se abría al fondo, una semicircunferencia externa flanqueada por columnas rocosas estrechas en el centro y anchas en la base y en la parte superior. Su cabeza palpitaba. El demonio lo intentaba con más fuerza.

*GRITOS. MUERTE. ALDEA... PURGADA. FAMILIA... PURGADA.*

—¡No me manipularás como hiciste con Delios!

*SANGRE...*

*SÍ. SANGRE...*

*UN RÍO DE SANGRE.*

—¡Ya basta! ¡Enfréntate a mí y acabemos con esto!

*EL OJO VE. TE VEO.*

El estruendo del agua era más lejano en esta zona y a Valla le pareció oír la risilla de una niña pequeña.

Observó un movimiento en el anillo exterior y fue tras él.

La cámara curvada conducía a otro túnel. Otro giro y volvió a estar rodeada de tinieblas. Sus pies producían unos ruidos viscosos al caminar sobre la negra ponzoña del suelo y, entonces, el rugido del río atenuó cualquier otro sonido.

Iba caminando en círculos en dirección al agua. Una forma, una clara neblina, que parecía ser una cabeza que asomaba tras una esquina, apareció y volvió a desaparecer.

Valla volvió a retomar las ballestas, sorteó el giro y vio brevemente algo que parecía un niño. Este engendro del infierno debe de haber traído a uno de los niños aquí abajo con él... para usarlo de escudo.

La figura corrió. Valla la siguió. Se acercaban al río. Entonces Valla vio que se trataba de una niña. Una niña con el cabello largo y rubio.

*TRUENO. LLUVIA.*

La niña se detuvo y se quedó quieta de forma siniestra. Valla aminoró la marcha, lista para cualquier sorpresa; el corazón le latía con fuerza en el pecho.

*HERMANA.*

La niña se giró y Valla vio los rasgos de Halissa.

*RÍO. CARRERA. MENTE DESTROZADA.*

Estaba claro que no podía ser Halissa. Pero se parecía bastante a ella. La chica estaba pálida, como la misma muerte. Su piel podrida por el agua comenzó a caerse a tiras. Un ojo saltó de su órbita.

Valla se quedó paralizada. El dolor en su mente era insoportable. Pero el muro que había bloqueado sus recuerdos desde que llegó se desmoronaba.

Y recordó...

*SÍ.*

Recordó la noche en que Halissa salió corriendo, enloquecida, enajenada después de semanas de pesadillas y de vivir como un animal, atormentada por la matanza que había presenciado. Se acordó de haberla perseguido en la tormenta.

La niña pequeña de la cueva sonrió y en la comisura de su boca asomó la pinza de un cangrejo negro.

Halissa había resbalado y el corazón de Valla se había convertido en hielo. Halissa había estirado la mano y Valla la había cogido...

Pero no pudo asirla durante mucho tiempo. Las manos empapadas resbalaron y se soltaron. Halissa chilló mientras desaparecía.

*LO ENTERRASTE, LO INTENTASTE. EN LO MÁS PROFUNDO. PERO EL OJO VE. NO HAY BUENOS SUEÑOS PARA TI.*

Valla cayó de rodillas ante la niña de la cueva. Un tentáculo negro surgió del apresurado río, deslizándose como una serpiente por el suelo. Se enroscó alrededor del brazo de Valla y tiró. Una de sus dagas se cayó de sus dedos fríos. Ya no importaba. Nada importaba.

*¿POR QUÉ LOS NIÑOS? LOS NIÑOS SON ESPERANZA. SOY EL DESTRUCTOR DE LA ESPERANZA. SOY EL TERROR DE SER ASESINADO POR LOS SERES AMADOS. SOY LA IRA POR LA INOCENCIA PERDIDA.*

*La destrucción engendra terror. El terror engendra odio. El odio engendra destrucción.*

SÍ.

*DELIOS. HABÍA MUCHO ODIO EN ÉL.*

- EN LO MÁS PROFUNDO UN NIÑO ASUSTADO. ANSIOSO POR DESTRUIR.

Notó la áspera piedra contra ella mientras era arrastrada al borde del río.

AHORA ERES MÍA.

Pero había un retazo más de recuerdos perdidos.

Recordó el fuego del campamento.

El tentáculo tiró de ella desde abajo. Apareció otro que le amarró el brazo que le quedaba libre. El agua era mucho más profunda en esa zona. Valla cerró los ojos. Aún no quería dejar escapar su último aliento. ¿Cuál era la pieza final que faltaba?

El fuego del campamento. Los ejercicios mentales. Había enterrado el recuerdo de la muerte de Halissa. Pero ¿por qué?

Recuerda.

Para que el demonio lo buscase. En su interior, Valla vio la infiltración como cientos de humeantes tentáculos.

*Cuando un demonio mira en tu interior, en los más profundos recodos de tu mente, tú también puedes observar su esencia si sabes cómo hacerlo.*

Valla pensó en su consciencia centrándose en un tentáculo y siguiéndolo hasta su fuente...

*¿QUÉ ES ESTO?*

*Es lo más peligroso que un cazador de demonios puede hacer.*

Su consciencia invadió la presencia que tan profundamente se había aferrado a la suya. Un malévolos ojo rojo dominaba su visión mental. Avanzó hacia él, buscando. El entorno estaba vivo, lleno de entes que se retorcían y reptaban. Pero, a medida que penetraba aún más, a medida que aumentaba su insistencia... iban tomando forma.

Con repentina claridad, entendió a lo que se enfrentaba.

Valla abrió los ojos bajo el agua. Y allí, en las negras profundidades... ardieron como el fuego.

*Yo te veo a TI.*

Notó que la presencia se retiraba de su mente y le soltaba los brazos. Dio un tajo con la daga que le quedaba y cortó los tentáculos. El río amenazaba con arrastrarla... pero esta vez no sería así. El río no le arrebataría nada.

*Olphestos ni siquiera es tu maldito nombre real.*

Valla pateó hacia la superficie y se aferró con los dedos al saliente rocoso. Tiró de sí misma hacia arriba y el cadáver de Halissa, con una mirada asustada en la cara, retrocedió un paso.

*Te veo, Valdraxxis, soldado de a pie. Renegado. Marginado.*

La niña muerta dio la vuelta y echó a correr.

*Durante las guerras contra los demonios mayores, lideraste una campaña que fracasó. Calumniado y despreciado... En otro tiempo fuiste un demonio importante en los Infiernos Abrasadores, pero ahora eres anatema hasta para los tuyos.*

*YO...*

Algo se sacudió más allá de la oscuridad a su derecha, algo que otrora pudo haber sido un sapo pero que ahora estaba malformado e hinchado y tenía unos enormes ojos centelleantes. Se acercó a ella.

*NO PODRÉIS CONMIGO.*

Valla cogió la daga con los dientes, hurgó en un bolsillo bajo su jubón y se alegró al comprobar que aún tenía allí las boleadoras.

Lanzó una, que se envolvió alrededor de un brazo anfibio. La criatura levantó el apéndice hasta su rostro, mirando la cuerda y las esferas con expresión estúpida.

La bola explotó y pulverizó el brazo de aquel ser, así como su cabeza, mientras Valla cogía la daga de su boca y acechaba a la niña.

No era realmente el cadáver de Halissa, sólo una forma que había adoptado el demonio para debilitarla.

*Ahora eres tú el débil, perro faldero.*

De los huecos en las paredes surgieron más entes. Cosas monstruosas. La primera descendió en diagonal y esgrimió una única pinza enorme. Valla saltó por encima y atravesó el caparazón con su daga. Las piernas del engendro fallaron bajo ella. Recuperó una de sus ballestas.

Otra aberración cargó contra ella. Valla disparó un virote que hizo pedazos algo parecido a un brazo y otro más para atravesar un ojo bulboso, sin dejar de moverse y perseguir al suplantador de su hermana. Lanzó la daga y sacó la segunda ballesta.

La recibió un largo pasadizo. Los muros parecían tener vida propia: estaban plagados de insectos, cucarachas, ciempiés y escarabajos... una marea húmeda de pestilencia se abalanzó sobre ella.

La cazadora de demonios se detuvo, plantó rodilla en tierra y disparó múltiples virotes con ambas ballestas. Hubo varias deflagraciones. Notó su calor en la cara y, cuando las llamas se disiparon, la horda reptante se había convertido en una pasta adherida a las paredes. Al resto los aplastó al avanzar.

Valla giró en un recodo, pero lo que vio ya no era la niña pequeña.

Era una imagen de sí misma. Valla dio un paso, sacó el virote escarlata de debajo de su jubón. La Valla reflejada abrió la boca y una espesa babosa negra brotó de ella y descendió hasta el mentón. De los orificios de la nariz manó también esa misma sustancia. La cicatriz de su mandíbula se abrió y supuró también el fluido oscuro. Sus ojos se inundaron del líquido negro y la Valla reflejada lloró sangre demoníaca.

*No. Ésa no soy yo. Ésa no seré yo.*

La Valla reflejada huyó más allá de un oscuro nicho y rodeó un enorme pilar de piedra. La cazadora de demonios la siguió con las ballestas listas para disparar. Dio la vuelta al pilar, giró, aterrizó sobre una rodilla y dijo...

—Te veo, secuaz de los Infiernos Abrasadores.

Pronunció las palabras mientras el demonio emergía del nicho, agitando un fuerte brazo que acababa en una quitinosa hoja serrada. Un golpe que, tan solo un instante antes, habría decapitado sin duda a la hija del aserrador.

—En nombre de todos los que han sufrido, ¡yo te exorcizo!

El demonio era una enorme monstruosidad. Su cuerpo era como el de aquellas criaturas que existen en los abismos del mar, donde la luz nunca llega. Negros y tumefactos tentáculos le servían de piernas. Su torso estaba cubierto con una concha a modo de armadura erizada de protuberancias puntiagudas. Aquella criatura de pesadilla estaba totalmente cubierta de una sustancia viscosa del color de la noche.

—Te exorcizo y te maldigo. ¡No regreses jamás!

Un enorme ojo rojo con una estrecha pupila le devolvía la mirada. La pupila se dilató cuando Valla disparó el virote escarlata.

Éste impactó en el ojo y lo hizo estallar como si fuese una uva. Las runas del asta del virote brillaron y se produjo una deflagración luminosa.

El tiempo empezaba a ser cada vez más frío.

Valla estaba en pie, con la capucha bajada, mirando la gran cruz de madera que marcaba la tumba de Halissa. Habían crecido muchas hierbas desde la última vez que había estado allí. Las tumbas de sus padres, el lugar donde al fin había enterrado lo que quedaba de ellos, también estaban ahí. Alrededor, estaban los lugares de enterramiento de los otros aldeanos asesinados.

Josen se acercó pero permaneció en silencio. La suave brisa hacía ondear su capa.

Valla se arrodilló y empezó a arrancar hierbajos.

—Noticias de la aldea —dijo Josen con su tono irritantemente monótono, como siempre—. Todo va... tan bien como cabe esperar, dadas las circunstancias. Los niños han vuelto en sí y no recuerdan nada de sus acciones... aunque muchos crecerán sin padres. Bellik y los otros están ofreciendo sus hogares a los huérfanos.

Valla apretó la mandíbula.

—Bien.

Josen cambió de postura ligeramente.

—También se dice que la gente del pueblo está... agradecida.

La hija del aserrador se puso en pie y miró a Josen. Tenía tres tajos, todavía sin curarse, en el lado izquierdo de la cara.

—¿Qué hay de Delios? —preguntó Valla.

—Nos hemos encargado de él —replicó Josen. Valla esperó más explicaciones. El maestro se limitó a mirarla impasible.

—He oído rumores —dijo ella—. Premoniciones de aquéllos que tienen el don de la precognición... Dicen que una estrella caerá en Tristán en siete días.

Los ojos de Josen escrutaron a Valla.

—Lo que has oído es cierto. Se cree que la caída de la estrella es un signo de la Profecía. Los demás me pidieron que enviase a nuestro mejor cazador a investigar.

Valla sacó un objeto de debajo de su armadura. Se hizo el silencio durante un momento. Josen lo interrumpió finalmente.

—Lo que hiciste...

—Fue arriesgado, pero funcionó.

La hija del aserrador desplegó la carta que había escrito en Havenwood, se agachó y la colocó ante la tumba, poniéndole una roca encima.

—Dije que vendría a verte —susurró. Se puso en pie y miró a su mentor.

—Todo es una prueba, es algo que siempre dices. La vida es una prueba. Fracásé en las ruinas... pero esta prueba la superé. Y aprendí mucho de ella. Aprendí que podemos llegar a ser nuestros peores enemigos. Pero también aprendí que, por mucho que destruyan los demonios, jamás acabarán con la esperanza. —El sol del ocaso se reflejó en los ojos de Valla—. Tal vez a ti te baste con limitarte a ahogar tus emociones, pero ése no es mi camino. Fue liberador, durante un tiempo, vivir con la promesa de una vida diferente. Vivir una mentira satisfactoria.

*Qué fácil habría sido volver a vivir aquella mentira*, pensó Valla. Josen la miró con su típica mirada escrutadora.

Valla prosiguió.

—Fue un sueño bonito... pero por ahora debe ser sólo eso: un sueño. —La hija del aserrador se subió la capucha—. He vuelto. He vuelto y estoy lista... para proseguir la caza.

Se dio la vuelta.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó directamente Josen.

—A Tristán. Te dijeron que mandarás al mejor. Yo soy la mejor. Voy a ir y no tienes mucho tiempo para tratar de detenerme.

Valla esperó de espaldas al maestro cazador y, a continuación, levantó su bufanda... Un instante más tarde se alejó, subió una pendiente y desapareció de la vista.

Josen la observaba y, de haber habido algún testigo presente, habría presenciado algo insólito. Algo jugueteaba en los labios del maestro cazador. Algo parecido a... una sonrisa.





# El caminante

Cameron Dayton

## Miedo

Su hermana muerta llegaba con la puesta de sol. Siempre con la puesta de sol.

Mientras el día se iba marchitando y las sombras aumentaban por la llegada de la noche, él permanecía de pie observando cómo el sol desaparecía tras las montañas. Ése era el momento en el que el susurro de la brisa vespertina se quebraba con el áspero ruido que provocaban sus lentos pies. Sus pies... fríos y blancos, con sus tendones deshilachados y sus huesos fracturados al descubierto tras incontables kilómetros sobre rocas con bordes helados. No importaba cuánto hubiese viajado Kehr ese día, cuántos ríos hubiese vadeado o por cuántos acantilados hubiese ascendido. Ella siempre llegaba con la puesta de sol.

El hombre corpulento se entretuvo con el fuego mientras los pies que se arrastraban seguían acercándose. La yesca había aumentado según había descendido por las Tierras Salvajes de Shar-val, y Kehr trataba de encontrar algo de consuelo pensando en comida caliente después de haber pasado semanas a base de carne de venado seca. Era un intento inútil de animarse y él mismo lo sabía. Los renqueantes pasos siempre venían acompañados de un frío que se contagiaba, un sentimiento de frío y horror que erizaba y envolvía su piel. Se detuvieron en la oscuridad, justo más allá del fuego.

Kehr no deseaba levantar la mirada; no quería dirigirse a ella. Pero ella no se marcharía hasta que lo hiciese. Esperó a que el fuego se convirtiera en una llamarada crepitante y en ese momento se irguió mientras lanzaba un profundo suspiro al viento del crepúsculo.

—Di lo que tengas que decir, Faen. Dilo y vete.

Ella arrastró los pies una vez hacia el fuego y luego, otra. Kehr observó las llamas y sintió cómo su mano se movía hacia la cicatriz aún reciente de su pecho. Un paso más. Ya estaba frente a él. Uno de los troncos de la hoguera se resbaló, crepitó e hizo que las ascuas flotasen en el aire. Kehr forzó la mirada siguiendo los puntos brillantes para elevarla de la hoguera y observar aquello que había sido su hermana. Se lo debía.

El calor ya había comenzado a descongelar su pálida carne, y el empalagoso olor de la podredumbre se hizo más intenso. Seguir a su hermano durante esas largas semanas había causado estragos en la gris y desgarrada figura de Faen, y Kehr apenas la reconocía.

Sus ojos eran pozos negros, hondas sombras en lugar del azul cielo que él

recordaba. Todo lo que quedaba de los mechones dorados de su hermana colgaba en cúmulos enmarañados y pálidos a ambos lados de su mandíbula, y el peso de uno de esos bucles enredados y empapados estaba haciendo que su piel se desprendiese. Observó cómo la carne amarilla se iba rasgando, arrojando al suelo cabello y tejido putrefacto con un sonido húmedo. Sus delgadas extremidades vibraban al compás del viento, y protuberancias óseas sobresalían a través del empapado pellejo. Kehr se preguntó si Faen aún sentía algo. Ella se inclinó hacia adelante para señalarle el pecho con su huesudo y tembloroso índice.

—Kehr. Kehr Odwyll.

¿Cómo era capaz de pronunciar palabra alguna con esa boca destrozada? Esa mandíbula quebrada, esa lengua negra tan hinchada y rígida que atravesaba una mejilla hecha jirones... ¿Cómo podía estar ahí, temblando con una rabia malsana después de haber sido sepultada bajo la granítica y fragmentada faz de Arreat hacía tantos años? Kehr sabía que no debía haber vuelto; sabía que no encontraría expiación alguna en esas agrietadas tierras. No había sido capaz de encontrar el camino hacia los boscosos cañones de su pueblo y había pasado largos días vagando sin rumbo a través de desconocidas y escarpadas colinas. El valle de la tribu del Ciervo había sido un lugar verde, familiar y acogedor. Ahora todo había cambiado. Todo se había perdido.

Pero Faen lo había encontrado. Lo había encontrado y lo había seguido mientras él huía.

—Kehr Odwyll. Traidor. ¡Traidor!



## Hermana

El sol de la mañana apareció demasiado pronto, y el fuego no había evitado que el frío se apoderase de los huesos de Kehr. Apartó su gruesa capa de piel de oso, se levantó y estiró sus 2,40 metros de cicatrices y músculos. A lo largo de los años, Kehr había adoptado la práctica común en las Islas Skovos de eliminar el vello de su rostro y su cabeza con una hoja afilada. La costumbre tenía sentido en aquellas cálidas tierras veraniegas y le habían hecho parecer menos un forastero. Pero aquí sentía el frío viento como algo extraño en su piel desnuda. Kehr sólo había necesitado unas pocas semanas bajo estos invernales cielos para añorar su indómita barba y la larga cabellera de su juventud. Recorrió con sus ásperos dedos la barba de pocos días y se preguntó si Tehra sería capaz de reconocerlo.

Los pensamientos sobre su amante aún le hacían sentir una aguda punzada en el pecho. No era pena, culpabilidad o añoranza, o al menos no del todo. Era el dolor

provocado por un error, recubierto de insensibilidad y remordimiento, un error que nunca podría cambiarse y que sólo podría recubrirse aún más con el fin de solapar el dolor o al menos enterrarlo. Kehr sacudió la cabeza.

El viaje de vuelta sería largo. El Golfo de Westmarch se encontraba más allá de las Montañas Kohl, al sur, y desde allí Kehr sabía que sería capaz de encontrar pasaje rodeando la península en una barcaza mercante. Los mercaderes siempre se mostraban prestos a contratar músculos para vigilar su carga y así poder rendir las correspondientes visitas a los burdeles situados en su ruta. Kehr hablaba las lenguas comerciales de Therat, Lut Gholein y las islas; podría convencer fácilmente a un patrón potencial de que, a pesar de su tamaño, no era uno de esos salvajes primitivos de las Tierras del Terror, sino un descendiente más civilizado de una estirpe de mercenarios. Después de eso, debería ser sencillo navegar más allá de Westmarch y Kingsport hasta Philios. Y allí... bueno, allí estaba ella, aguardando su vuelta. Allí estaban las colinas onduladas y la música ligera; allí esperaban el vino, la carne, la risa y esos esbeltos y cálidos brazos. Allí podría olvidar el deber y la fría y profunda sensación de arrepentimiento.

¿Por qué había venido aquí? ¿Para encontrar a su gente? ¿Para suplicar su perdón? Bueno, ellos lo habían encontrado. Al menos Faen lo había hecho.

Mientras pateaba la tierra sobre los restos de la hoguera que aún ardían lentamente, Kehr intentaba alejar de su mente los recuerdos de la noche anterior y concentrarse en la caminata que lo aguardaba. Las cumbres situadas más adelante eran impresionantes, pero eran boscosas; estaban habitadas, vivas: un cambio más que bienvenido después de los muertos... y un cambio agradable respecto a las últimas semanas. Kehr se llevó la mano al pecho.

Ahora no estaba traicionando a nadie, se dijo a sí mismo. No estaba huyendo del deber, puesto que aquéllos que afirmaban tales cosas ya no estaban. Atrás dejaba una tierra vacía que nada más le reclamaba. Kehr había tenido la esperanza de enmendar sus errores, de encontrar el modo de acabar con esa culpa que lo corroía por dentro. Pero en vez de eso había encontrado un silencio atronador y una nueva y gélida dimensión de la desgracia que le retorció las tripas con cada visita de Faen. Un único pensamiento retumbaba una y otra vez en su cabeza: ahora no traicionaba a nadie. Esta vez no.

Después de la siguiente subida, Kehr sabía que llegaría al sinuoso sendero de cazadores que había seguido hacía dos meses en su viaje hasta aquí. Una vez allí sólo tendría que continuar por sendas mayores, que se entrecruzaban en la parte norte de las Kohl, hasta llegar al Camino de Hierro.

El Camino de Hierro. Se trataba de una antigua calzada, los vestigios despedazados de un imperio perdido que otrora se extendía entre los desiertos de Aranoch y el Mar Helado. Empedrado con amplios trozos de pizarra ferrosa de tonalidad oxidada, el Camino de Hierro discurría a sus anchas desde los helados cauces de Ivgorod, a través de la espina dorsal de las Montañas Kohl, y descendía

hasta las laderas occidentales de Khanduras. Anteriormente una vía de indudable importancia para el comercio y las tropas imperiales, este sendero conseguía que el paso a través de las altas y escarpadas montañas fuese cuestión de semanas en lugar de meses. Lo mejor de todo es que dejó de utilizarse hace siglos. Ahora en su mayor parte se encontraba abandonado y olvidado; los reyes del norte, al igual que los jefes o señores de la guerra, tenían pocas relaciones con sus vecinos en estos caóticos tiempos. La destrucción de Arreat había introducido el miedo en los corazones de las naciones circundantes, y la mayoría decidió cerrar sus puertas, reforzar sus murallas y dejar que el mundo se volviese más salvaje en sus fronteras.

Esto quería decir que en el sendero no encontraría ni a viajeros ni a bandidos. Aunque Kehr podía apañárselas con ambos, prefería caminar en solitario. Elevó su gigantesca espada, Ultraje, y se la colocó entre los hombros, giró sobre sí mismo y emprendió la marcha hacia las montañas que lo aguardaban.

Dejó atrás diez días de duro viaje. Diez puestas de sol, diez nuevas visitas de su hermana. Había perdido uno de sus brazos a causa de los carroñeros y su calavera era ahora hueso desnudo y amarillento. Pero seguía siendo Faen. Seguía siendo su voz. Y su condena. Se preguntó si en algún momento se acostumbraría a la repulsión, al horror de su presencia. Se preguntó si así debería ser.

A Kehr le preocupaba que Faen pudiese seguirlo a través de los Mares Gemelos, que pudiese perseguirlo hasta la misma Philios. Una idea se había instalado en lo más profundo de su mente y luchaba por salir a la superficie consciente: ¿Qué pasaría si la matase? ¿Qué pasaría si introdujese su poderoso filo en el interior de Faen e hiciese que ese tembloroso amazón se convirtiese en un montón de huesos astillados y carne putrefacta? ¿La liberaría de su tormento? ¿Se liberaría él del *suyo*?

Kehr se ajustó con firmeza la piel de oso alrededor de los hombros. No. No podía hacerle eso a Faen, a su hermana. Se había ganado a pulso sus palabras, su odio. Se merecía esas cadenas.

Se sacudió la oscuridad de la cabeza y se consoló con sus largas zancadas y la tierra que ponía de por medio. Ya fuese por su necesidad de abandonar esas tierras o por el deseo de volver a un clima más benigno, estaba realizando esta parte del viaje a una velocidad impresionante. El Camino de Hierro se encontraba justo delante y sabía que su ritmo se incrementaría una vez llegase a ese empedrado uniforme. Pronto habría olvidado todo. Pronto todo eso estaría a su espalda y puede que Faen permaneciese en esa gélida desolación, hogar de los muertos.

Kehr suspiró, intentó dirigir sus pensamientos hacia el vino, la luz del sol y el acompasado rumor de las olas que bañan la arena. Su estómago rugió. Habían pasado dos días desde su último trozo de carne seca y la caza era más escasa de lo que había supuesto. Había centrado su atención en abandonar esa tierra, en dejar atrás su hogar en ruinas a la mayor velocidad a la que le fuese posible. Se percató de que debía dedicar parte de sus esfuerzos a encontrar algo que llevarse a la boca.

Su ensoñación se vio truncada al instante por un grito... y después varios *grifos*.

Provenían de la calzada que estaba más adelante, de un bosquecillo compuesto por los robustos robles en forma de arbusto que rodeaban el Camino de Hierro a esas bajas altitudes. Kehr se agachó y se apartó del camino que había estado siguiendo; rodeó los árboles para conseguir mejor visibilidad.

Eran refugiados; eso estaba claro. Hombres, mujeres, niños... docenas de campesinos sucios, flacos y con los pies desnudos, que llevaban sus pertenencias en cestas, bolsones, incluso envueltas en sábanas. Como Kehr, los refugiados habían supuesto que la calzada estaría desierta. A diferencia de él, sin embargo, viajaban sin prestar atención. Formaban una fila desordenada a lo largo del camino sin haber previsto la presencia de bestias o bandidos al acecho... o algo peor. Y había muchas cosas peores que los bandidos en las montañas de alrededor.

Kehr los olió antes de tenerlos a la vista y se le revolvió el estómago. Khazra. Demonios peludos y deformes, un perverso cruce entre hombre y cabra. Casi siempre en manadas, los khazra eran corpulentos y musculosos, con sus largos brazos en tensión gracias a los nervios anudados que se deslizaban, amontonados, bajo su gruesa y mugrienta piel. Las patas de los hombres cabra se doblaban hacia atrás en un ángulo increíble y acababan en unas negras pezuñas hendidas. Los hombros de los khazra eran una amalgama de carne animal tirante e intrincadas venas que ascendían hasta la prominente y espeluznante cabeza de un gran macho cabrío con ojos oscuros entrecerrados, y cuernos ondulados. Kehr ya se había enfrentado antes a estas bestias (varias veces durante sus viajes por el sur) y sus recuerdos sabían a bilis. Los khazra eran la expresión tangible y apestosa de la macabra obra de los demonios sobre los hombres.

Kehr espío a un par de hombres cabra que se movían cerca de la calzada con visible apetito mientras los refugiados se dispersaban dando alaridos. Una veintena de cuerpos yacían sobre el sendero, restos endebles teñidos de rojo. Más khazra se movían de cadáver en cadáver y les arrancaban a los muertos sus precarios harapos. Kehr sintió cómo su malestar se iba convirtiendo en rabia, pero decidió tragársela. Ésa no era su lucha. No era su deber. Sólo serviría para ralentizar su viaje y a esas alturas no podía hacer demasiado. No les debía nada a esos campesinos, esos insensatos que se habían aventurado a viajar por una calzada sin armas. Nada de aquello le incumbía.

Se disponía a dar la vuelta para dar un rodeo cuando vio al leñador. Ataviado con una vestimenta sencilla de color parduzco y con su yesca ensuciando el desgastado empedrado, el hombre había atraído la atención de los demonios. Se encontraba totalmente solo con su sencilla hacha en alto, mientras lo rodeaban y soltaban sonoras carcajadas con sus quejumbrosas y profundas voces. Los hombres cabra estaban armados con toscas picas y lanzas, y se alternaban a la hora de clavarlas sobre el pobre hombre en cuanto dejaba desprotegida su espalda. Mostraba manchas de sangre por todos lados. El resto de refugiados aprovecharon la oportunidad para escapar hacia los árboles cercanos, abandonando al leñador a lo que prometía ser una muerte

dura y agónica. Se giró para hacer frente a una atroz estocada y en ese momento Kehr pudo ver lo que llevaba en el otro brazo. Era una niña.



## Vida

Aron ya había abandonado toda esperanza; dudaba de si podría mantener el hacha firme un solo segundo más cuando un rugido estremeció el aire. Los monstruos se volvieron sorprendidos mientras una auténtica tormenta de furia de estruendoso acero se abrió paso a través de ellos. Aron se tambaleó hacia atrás, levantó el hacha y agarró a la niña con más ahínco. Rezó para que ese nuevo demonio le otorgase una muerte rápida.

En ese momento los hombres cabra situados frente a él se derrumbaron; caían a una velocidad endemoniada y Aron pudo vislumbrar esa última amenaza. Se quedó sin resuello.

Era un *hombre*. Un hombre gigantesco, que destacaba incluso entre esas descomunales bestias. Un hombre empapado en sangre caliente que humeaba con el frío viento matutino. Vestía una capa de piel de oso que cubría sus montañosos hombros y cubría sus piernas desiguales con piezas de placas y malla. Recias botas de cuero de buey. Llevaba el pecho al descubierto y con varias cicatrices. Las manos gruesas, anudadas y ásperas, dispuestas alrededor de la empuñadura de una terrorífica arma que lo igualaba en proporciones. Su tamaño triplicaba fácilmente el del hacha de Aron, forjada con metal negro inflamado y con varias muescas en su filo desigual. Se trataba de una basta y brutal herramienta de muerte, la cual sostenía como si fuese parte del propio brazo.

Sólo podía tratarse de un bárbaro. Aron había escuchado historias sobre ellos incluso en su remota aldea, en las estribaciones orientales. Historias sobre salvajes gigantes que protegían la montaña sagrada y devoraban a aquéllos que se atrevían a entrar en ella. Pero nunca había podido imaginar la verdad: que semejante fuerza pudiese existir en un ser mortal. Su rapidez y poder salvajes hacían que la voluntad de cualquier hombre tuviese que doblegarse ante ellos.

Los khazra que habían estado desgarrando los cuerpos que yacían en la calzada dejaron caer sus restos y comenzaron a lanzar aullidos agudos, mientras columnas de vapor surgían de entre sus amarillos dientes de cabra. Más khazra hicieron acto de presencia a ese lado de la calzada; aquéllos que habían estado persiguiendo a los refugiados que huían en dirección a la maleza volvieron al escuchar la llamada. Aron contó siete, ocho bestias en total, cuyo coraje iba en aumento mientras iban emitiendo

sonidos en respuesta y dirigían sus miradas hacia el solitario objetivo. Con las cabezas gachas, se apiñaron en un salvaje grupo y comenzaron la carga.

El bárbaro cogió aire a través de sus dientes y desplazó su enorme filo para poder extenderle la mano a Aron.

—Tu hacha.

Rápidamente, Aron le entregó su arma a aquel hombre. Parecía algo sumamente frágil en esa poderosa garra. La observó e hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Resistente. No está pensada para cortar leña.

Los hombres cabra comenzaron a coger velocidad; sus pezuñas golpeaban fuertemente el empedrado. ¿Acaso ese bárbaro deseaba conversar sobre un hacha cuando la mismísima muerte se les estaba echando encima? ¿De qué clase de perturbado se trataba?

—Sí... Quiero decir, no, no... Pertenece a mi padre —farfulló Aron—. Estaba en la milicia de...

Con un movimiento fluido, el bárbaro elevó su brazo y arrojó el hacha hacia adelante. Aron observó cómo una masa de acero giraba sobre sí misma, *atravesaba* el cráneo del khazra más cercano y se hundía en el pecho del siguiente. La primera criatura se desplomó hacia adelante, con el horrible estropicio que tenía sobre los hombros expulsando sangre oscura a chorros, mientras el segundo se tropezó contra él y se quedó inmóvil. El resto de los monstruos ralentizaron su marcha y se dividieron para rodear a su objetivo mientras se acercaban.

Aron se arrastró hacia el cuerpo caído de una de las criaturas que le habían atacado antes con el propósito de recoger su lanza y quizás así poder ayudar al bárbaro a ofrecer una valiente resistencia antes de que acabasen con ellos. El corpulento hombre emitió un gruñido y le derribó con una patada en la cadera. Aron rodó para proteger a la niña y lo observó atemorizado.

—Quédate a cubierto.

Aron se agachó y apretó con fuerza el brazo alrededor de su carga. La niña había dejado de llorar, lo cual le preocupaba, pero puede que fuese mejor que se hubiese desmayado. Los hombres cabra ya los habían rodeado y por las angulosas fauces de las bestias se veía correr la espuma. Estaban furiosos y Aron sabía, por su reciente y horrible experiencia, que acabarían con su presa con un celo inusitado. El bárbaro agarró su espada cerca del cuerpo, con los brazos flexionados, y Aron pudo ver cómo sus músculos se amontonaban con una fuerza latente.

La paciencia de los hombres cabra se agotó y emprendieron su ataque lanzando alaridos quejumbrosos. Aron elevó la mirada y vio cómo el bárbaro cerraba los ojos y (¡por los Infiernos Abrasadores!) *esbozaba una sonrisa*. En ese momento el gran hombre se inclinó hacia atrás y la sonrisa se transformó en una expresión burlona mientras comenzaba a girar formando un arco negro hacia los demonios que se aproximaban. Aron se encogió mientras la pesada arma zumbaba sobre su cabeza dejando una estela de aire gélido. Los monstruos no habían calculado el inhumano

alcance de su enemigo y los cuatro más cercanos acabaron absorbidos por la siseante y letal media luna. No cortaba, sino que *laceraba* a las bestias sin pausa alguna, cercenando espinas dorsales, destrozando huesos, desgarrando carne y arrojando una lluvia carmesí sobre Aron, quien sentía cómo se le llenaban los oídos, nariz, boca y ojos del caliente y salado líquido. El leñador se limpiaba la sangre de la cara y tosía. Donde antes había cuatro hombres cabra, ocho formas inertes y aún temblorosas yacían ahora tendidas sobre la calzada. El bárbaro se encontraba con una rodilla hincada en el suelo, respiraba con dificultad y se afanaba en tratar de sacar la hoja de uno de los bloques de pizarra que hacía las veces de pavimento, en el que se había incrustado profundamente. Los dos khazra restantes, más inteligentes que sus hermanos, habían esperado a que el bárbaro estuviese en un compromiso semejante y comenzaron a pavonearse mientras se dirigían contra su espalda descubierta.

Aron intentó gritar, intentó avisar al hombre de su avance, pero se atragantó y no fue capaz. El bárbaro se agachó y a continuación se levantó a una velocidad inusitada, arrancando la espada y la inmensa roca en la que estaba clavada, blandiéndolas en un arco y aplastando con ellas a las bestias que se aproximaban. La roca destrozó sus cuerpos del mismo modo que un martillo deshace un trozo de manteca, reduciéndolos a su mínima expresión y partiéndolos en dos con un fortísimo estruendo. Pedazos húmedos del tamaño de un puño pasaron silbando al lado de los hombros de Aron.

Y entonces... todo acabó. Silencio. El bárbaro, triunfante y envuelto en el aire de la montaña, parecía un dios cincelado de sangre, muerte y rabia. Aron jamás había visto nada tan terrorífico y se preguntaba con temor qué podría significar la llegada de esa imponente figura. Observó cómo el hombre se daba la vuelta y se echaba el arma al hombro para empezar a caminar por el sendero. ¿Se estaba marchando? No. Se agachó para recoger el hacha de Aron del pecho ahogado en sangre que había desgarrado y volvió. Se la ofreció por la empuñadura e hizo un gesto con la cabeza.

—Ya no encontrarás ningún peligro en este camino. Los khazra no se enfrentan dos veces a un enemigo superior. La información viaja rápido entre estos carroñeros.

Aron alargó la mano para recoger el hacha, pero de repente se detuvo. El bulto que sostenía entre sus brazos estaba inmóvil. Inmóvil y cada vez más frío. Sólo en ese momento se percató de la mancha oscura y húmeda que había dejado una lanza al atravesar sus defensas.

Aron agachó la cabeza.

—No... No, no.

Entre sollozos, la apretó con fuerza contra su pecho y cayó de rodillas. El bárbaro observó lo que sucedía y creyó entenderlo.

—He visto cómo la protegías, leñador. No podías haber hecho más para salvar a tu hija. —Él escupió, haciendo un gesto con la cabeza hacia los refugiados que volvían al camino en silencio—. Has cumplido tu deber como padre.

—No —dijo Aron con voz temblorosa—. No es mía. Intentaba llevarla a un lugar

seguro cuando los hombres cabra atacaron, después de que mataran a sus padres. No es mi hija.



## Muerte

Kehr emprendió el camino junto a los refugiados. Le habían suplicado que los protegiese, ofreciéndole comida y unas cuantas monedas de plata como pago por su compañía. El bárbaro había aceptado el precario pago y accedió a escoltarlos sin demasiado entusiasmo. Por lo que concernía a Kehr, esos pobres aldeanos ya estaban muertos o lo estarían en cuanto sus caminos se separasen. Tan solo estaba compartiendo el camino, pero lucharía por esa gente hasta que el Camino de Hierro llegase a Khanduras. ¿Continuaría apareciéndosele Faen ahora que viajaba acompañado? Esperaba que no, pero decidió pasar la siguiente puesta de sol en solitario para que no pudiesen escucharla; no había ninguna razón para asustar aún más a los refugiados. Fuese como fuese, el encontrarse entre seres vivos por una vez no dejaba de ser mínimamente reconfortante. Por su parte, los campesinos mantenían las distancias con él, inseguros como se sentían respecto a su silencioso acompañante, pero sin querer alejarse demasiado de sus largas zancadas.

—Eres un bárbaro, ¿verdad?

Era el leñador. Kehr le había perdido de vista después de que se ausentase para enterrar a la niña desconocida y ahora no se había percatado de su presencia. Mientras aumentaba su ritmo, Kehr emitió un gruñido de asentimiento.

—Eso me parecía. ¿Quién si no podría devolver los golpes a esos monstruos? ¿Quién si no podría blandir el arado de un granjero como si fuese un alfanje? —El leñador hizo un gesto con la cabeza mientras sonreía.

Kehr frunció el ceño. Puede que estuviese equivocado acerca del consuelo que le pudiesen proporcionar otros seres vivos. Habían pasado muchas semanas desde la última vez que habló con un hombre... o desde que había escuchado hablar a otro hombre. Se preguntó si las conversaciones siempre le habían parecido tan insulsas y

vacías. Dicho esto, debía reconocer que le impresionó la percepción del leñador. Era cierto que Ultraje se había forjado a partir de la hoja de un arado. Kehr movió los hombros y escuchó cómo chirriaban las correas de grueso cuero que amarraban el arma a su espalda por el efecto de la tensión.

El campesino se adelantó unos cuantos pasos con la intención de captar la atención de Kehr.

—Al principio tuve mis dudas. Te falta esa barba salvaje y el cabello que mencionan las historias...

Se aclaró la garganta.

Si no quieres hablar, lo entiendo. Sólo pretendía darte las gracias.

Inclinó la cabeza a modo de reverencia y dejó que el bárbaro lo adelantase. Kehr prosiguió su camino, pero casi en contra de su voluntad se descubrió a sí mismo intrigado por el leñador. Se trataba de un hombre que había dado un paso adelante para defender a la hija de un extraño mientras el resto huía; un hombre que eligió expresar gratitud cuando otros se acobardaron. Semejante temple era impresionante, especialmente entre el común de los mortales. Kehr se dio la vuelta para ver dónde había ido el leñador y se asombró al verlo tan solo unos cuantos pasos por detrás.

—Caminas con rapidez, leñador. ¿Aprendiste a hacerlo mientras talabas árboles?

El pequeño hombre soltó una carcajada; se trataba de un sonido cálido en un lugar como ése.

—Puede que no hubiese *khazra* en los bosques cuando yo era niño, pero eso no quiere decir que fuese seguro ir armando escándalo. Recoger yesca es duro cuando hay osos intentando darte caza.

Kehr asintió con la cabeza. La explicación tenía sentido, pero sospechaba que el leñador no lo estaba contando todo. El bárbaro sabía de sobra que algunos hombres guardan secretos y miran hacia otro lado.

—¿Era la primera vez que veías a un hombre cabra?

—Al menos en esas cantidades, sí. Durante los últimos años los hemos visto cada cierto tiempo, buscando carroña en grupos de tres o cuatro, generalmente en zonas más elevadas, donde sus pezuñas les permiten moverse a una gran velocidad. Los considerábamos peligrosos, pero solían evitar a los hombres armados en territorios bajos. Pero ahora... ahora están por todas las Montañas Kohl, desde las cumbres a las faldas.

Agarró con fuerza el hacha, y Kehr pudo ver cómo se deslizaban oscuros pensamientos por los ojos del leñador.

—Parece... parece que se han organizado. Nunca antes habían mostrado tal coordinación e iniciativa. Comenzaron atacando las aldeas más remotas. Hace siete días, observé una horda de monstruos subiendo por el valle en dirección a nuestro municipio de Dunsmott. Pude avisar a mi gente y cogimos lo que pudimos antes de escabullimos mientras el sol se ponía. A lo largo del Camino de Hierro, nos unimos a más gente. Gente que había vivido la misma historia.

—Somos la vanguardia —el leñador desplazó su brazo para indicar la caravana de pobres que avanzaba rezagada tras él— de lo que pronto se convertirá en una interminable hilera de gente desplazada en busca de refugio si no se hace nada para detener estos ataques.

Esa reivindicación otorgó una pausa a Kehr.

—Nadie *hará* nada con respecto a los khazra, leñador. Estas montañas son tierras fronterizas: no están bajo el dominio de ningún rey y ningún rey las protege. Haz que tu gente baje de las Kohl a un lugar seguro. Y quedaos allí.

El pequeño hombre ralentizó su paso mientras digería lo que Kehr había dicho y dibujó una oscura sonrisa en su boca. Parecía que había llegado a alguna conclusión y extendió la mano.

—Somos gente de las montañas, pero eso no quiere decir que seamos tontos. Nuestro propósito es seguir este camino y después continuar descendiendo hasta las tierras bajas de Westmarch... donde comenzaremos de nuevo, supongo. Mi nombre es Aron.

El leñador mantuvo la mano extendida hasta que Kehr emitió un gruñido y la agarró y cerró su áspero puño. El bárbaro dio un apretón superficial y luego soltó la mano.

—Soy Kehr Odwyll, último miembro de la tribu del Ciervo.

—¿El último?

—Mi gente ya no existe. La furia de Arreat se los llevó a todos.

—Lo... lo siento. No puedo imaginar mayor desamparo que estar separado de los tuyos. Por esa razón, a pesar del peligro, estoy de momento con esta gente. —Aron hizo un gesto hacia los refugiados.

Kehr y el leñador dieron una docena de pasos más.

—Pero... —meditó Aron—. ¿Cómo sobreviviste a la destrucción? Las noticias acerca de la implosión de la montaña llegaron incluso a mi humilde aldea. ¿Qué milagro hizo que sigas vivo?

Kehr no respondió. Posó su mirada sobre el Camino de Hierro y alargó sus zancadas hasta que dejó atrás a Aron. El bárbaro sabía que algunos hombres guardan secretos y miran hacia otro lado.

El sol iba bajando en el cielo y la harapienta caravana situada a la espalda de Kehr pronto comenzaría a plantar el campamento para pasar la noche. Los campesinos estaban bastante lejos de él, pero aun así el bárbaro escaló unas cuantas rocas algo alejadas de la calzada. Puede que no fuese necesario... pero tenía que estar seguro.

Faen vino esa noche. Había perdido la mandíbula por el camino, lo que había provocado que su negra y húmeda lengua colgase contra el enredado tejido de su garganta. Sin embargo, sus palabras seguían siendo las mismas. El horror seguía siendo el mismo. Kehr tenía la esperanza de que viajar con esa gente la alejaría. Tenía la esperanza de que protegerlos le redimiría a los hundidos ojos de su hermana.

Incluso tenía la esperanza, la audaz esperanza, de que ella no fuese más que una creación de su propia mente, el resultado de esa culpa que lo consumía por dentro. Pero ese frío era tan afilado y húmedo, reptaba por sus brazos, por sus hombros... Eso era real. El gélido calor de la estremecedora ira de Faen no había disminuido ni un ápice.

Kehr supo que tendría que pasar los atardeceres de ese viaje apartado de Aron y su gente.



### Traidor

Kehr se había equivocado acerca de los hombres cabra. Tuvo que repeler otros dos ataques a la mañana siguiente y tres refugiados más murieron en la carnicería. Siete cadáveres khazra decoraban el Camino de Hierro y Aron comenzó a preocuparse por el número de cornamentas rizadas que restaban entre él y Westmarch. Los khazra intentaban emboscadas rápidas en cuanto el bárbaro se situaba demasiado por delante del grupo.

Los temores de los campesinos se intensificaron y ahora caminaban apiñados a tan solo diez pasos de su protector. Aron seguía a la pequeña caravana compuesta por veinte almas con su hacha preparada, y algunos de los hombres y mujeres más fuertes recogían armas de los cadáveres de sus perseguidores. Esa formación demostró su efectividad contra las cobardes bestias y ese día no se reportó ningún ataque más.

Kehr ayudó a los refugiados a plantar un campamento defensivo; después, y a pesar de sus protestas, los abandonó mientras el sol se deslizaba por detrás de las cumbres occidentales. Alegó que quería inspeccionar los montes colindantes en busca de ubicaciones desde las cuales podrían recibir algún ataque al día siguiente.

Aron se daba perfecta cuenta de que Kehr estaba mintiendo. Y percibió el pavor en la cara del bárbaro.

Sin embargo, Kehr volvió poco tiempo después de que el sol se hubiese puesto por completo, lo que supuso todo un alivio para los refugiados. Aron tenía la sensación de que algo espantoso había ocurrido; el bárbaro había traído *frío* consigo, una gelidez palpable y más profunda que la del aire de la montaña. Era como si el sol que palidecía se hubiese apoderado de todo el calor y la vida de Kehr Odwyll y se los hubiese llevado más allá de las Kohl. El leñador se dijo a sí mismo que lo más sabio era permanecer en silencio cerca del gran hombre.

Aron le pasó una voluminosa porción de la comida que llevaban los campesinos. La viuda del alcalde, con ceño fruncido, había asignado esa parte al bárbaro mientras

los hambrientos refugiados se quedaban mirando. Kehr tomó lo que se le ofrecía sin hacer pregunta alguna y se dispuso a comer con silenciosa intensidad. Aron se preguntó cuánto tiempo había pasado desde la última comida del bárbaro. Y, ya que estaba, se preguntó si las bayas y los pequeños animales que cazaba la caravana en los alrededores de la carretera serían suficientes para saciar las necesidades de Kehr y al mismo tiempo permitir que los refugiados llegasen a Westmarch antes de que la inanición hiciese acto de presencia.

Aron había estado hablando con la viuda, una señora de aspecto avieso y considerable edad cuyo nombre era Seytha, cuando Kehr abandonó el campamento con la puesta de sol. Le había contado que el bárbaro no estaba intentando causarles ningún mal, sino que simplemente no estaba acostumbrado a viajar junto a cargas tan necesitadas y tan poco preparadas. A pesar de su taciturna personalidad, Kehr había demostrado su compromiso para lograr que los campesinos finalizasen su viaje. La mujer no se mostró convencida y lo único que hizo fue mirar a Aron, quien había clavado su mirada en lo que quedaba de camino.

El leñador hizo turno de guardia esa noche junto a Daln, el por quero. Armado con una pala torcida, el anciano había demostrado ser más duro y más decidido que muchos de los más jóvenes. Daln tartamudeaba al hablar y parecía encontrarse siempre en un estado de constante incredulidad. Tras pasar sus sesenta años de vida dentro del mismo kilómetro cuadrado de Dunsrott, para él este viaje era algo angustioso y completamente incomprensible. Aquella noche no se produjo ningún ataque y, por primera vez desde que los campesinos dejaron su hogar, no hubo signo alguno de hombres cabra. Daln preguntó, con su deje entrecortado, qué había hecho el bárbaro durante la puesta de sol para asustar a los monstruos. Preguntó si Kehr había hecho venir a algún dios de los hielos desde las Tierras del Terror para proteger a los refugiados. Aron le respondió que se mantuviese en silencio y no perdiese de vista la calzada. *Uno no pregunta por las ramas de un roble caído. Solamente las recoge y da las gracias.*

Dos días se convirtieron en cuatro y después pasaron cuatro más. Los ataques fueron reduciendo su número, pero no cesaron. Aron podía divisar a sus perseguidores, generalmente un par de exploradores cerca de las cumbres a ambos lados de la carretera. De vez en cuando se les unían dos más, y, envalentonados por su número, dejaban de lado todo intento de pasar desapercibidos. A Aron eso lo ponía casi tan nervioso como los ataques directos: la presencia constante de formas monstruosas cuya silueta se proyectaba contra las cumbres, el repiqueteo de las pezuñas contra la roca, el viento que llevaba tanto los repugnantes gritos de esos monstruos a todos lados como el olor a carne rancia...

El comportamiento de Kehr comenzó a ser más cordial en el momento en el que el Camino de Hierro inició su lento descenso por la falda de la montaña, y Aron se dio cuenta de que el bárbaro estaba más dispuesto a entablar conversación siempre que el leñador hiciese comentarios breves... y pocas preguntas. Daba la impresión de

que Kehr se encontraba a gusto hablando sobre su pueblo, y Aron fue conociendo a su tribu y aquello que debían guardar: el sagrado encargo de proteger Arreat. También conoció cómo esa carga había dotado de significado al pueblo de Kehr, cómo había creado una conexión con los animales de la montaña. Había sido un pacto compartido por todas las tribus de bárbaros, la fuente de su fortaleza espiritual.

A su vez, Kehr conoció cómo el leñador había crecido en la rústica aldea de montaña de Dunsrott. Aron y su hermano fueron criados por su padre, puesto que su madre falleció a causa de una enfermedad. El padre de Aron, un miliciano experimentado, desconocía casi por completo cualquier campo que no fuese el militar, por lo que había formado a sus hijos para ser soldados. Era una vida dura. Tan dura que el hermano de Aron huyó de casa en dirección a Ivgorod con el objetivo de estudiar con los monjes. Nunca más se supo de él. Su padre murió poco después, dejando en herencia una humilde cabaña en el bosque, un hacha desgastada y algo de arrepentimiento. Aron estaba agradecido porque el viejo no hubiese vivido para ver su amado Dunsrott rendido y saqueado por esas bestias péfidas. Era una pequeña bendición, un *kaelseff*. Aron solía utilizar ese tipo de vocablos, provenientes de la antigua lengua. Kehr se mofó de lo que para él no era más que pura pretensión, «simple reverencia hacia palabras provenientes de una lengua muerta». Aron no se molestó por semejante afirmación. Tan solo esbozó una sonrisa.

Las palabras tienen poder, Kehr Odwyll —dijo—. Tienen el poder de unimos. — Kehr gruñó y se ajustó con firmeza la piel de oso alrededor del pecho.

El grupo había disfrutado de varias jornadas sin ataques y la moral estaba por las nubes. Aún había exploradores khazra siguiéndoles la pista desde la distancia, pero todos se habían acostumbrado a su presencia y no dejaban de pensar en la halagüeña perspectiva de dejarlos atrás según se fuesen acercando a Westmarch. Kehr vaticinó que sería cuestión de uno o dos días el que la caravana abandonase las montañas. Aron rezó porque la comida fuese más abundante una vez que los refugiados llegasen a las tierras bajas. Él, al igual que algunos de los hombres y mujeres más fuertes, estaba proporcionando su ración diaria al bárbaro. Las reservas estaban a punto de agotarse.

El estómago del leñador rugió cuando Kehr se detuvo y determinó que ya era suficiente por ese día. Aron, derrotado, se apoyó contra una roca situada cerca de la calzada mientras el resto se apresuraba a montar el campamento. Fue en ese momento en el que se percató de que la única gente aún con energías era la que seguía recibiendo alimentos: jóvenes, ancianos, heridos... y el bárbaro. Aron sabía que debía hablar con Kehr para intentar hacerle ver cómo se estaban racionando los alimentos. Decidió abordar el asunto esa misma noche, después de que el corpulento hombre volviese de su soledad vespertina.

Con la vista clavada en el sol que se ponía y dibujando una sombría mueca en la boca, Kehr tenía la mente en otra parte. Terminó su comida sin pronunciar palabra y a continuación salió en su viaje nocturno hacia la luz menguante. Incluso tras todo un

día de viaje, el paso del bárbaro estaba lleno de determinación y sus largas zancadas indicaban que nadie debía seguirlo.

Aron no tenía la energía suficiente para ir tras él, aunque no le faltaba voluntad. Mareado por el hambre, el grito de una mujer a sus espaldas lo pilló por sorpresa.

—¡Kehr Odwyll! Si esta noche te cruzas con uno de tus khazra, tráenoslo. Algunos de nosotros estamos a punto de desfallecer por el hambre, ¡y no rechazaremos comer los peores trozos de una cabra si con eso cogemos fuerzas suficientes para terminar el viaje!

El bárbaro se detuvo. Aron se giró para ver quién había pronunciado semejantes palabras. ¿Podía ser que el hambre le hubiese hecho perder la razón? Era Seytha, quien proporcionaba a Kehr su ración cada noche procedente de las menguantes reservas de la caravana. Permanecía con las manos en la cadera, y un húmedo reflejo en sus ojos desmentía su coraje.

Kehr tenía a su espalda a los refugiados, quienes se habían quedado paralizados. Su voz retumbó por las paredes del cañón.

—¿El pueblo de Dunsmott se lamenta de contar con mi servicio? —Aron se abalanzó hacia el bárbaro con las manos abiertas.

—¡No, Kehr! No quería decir...

Pero Seytha habló de nuevo y quedó claro que había estado rumiando sus palabras durante todo el día.

—Nos morimos de hambre por tu causa, bárbaro. ¿Qué más da que muramos a manos de un hombre cabra o por inanición?

Aron escuchó murmullos enojados de asentimiento, el sonido del pueblo cansado y hambriento... Se avergonzó por lo que comenzaba a parecerse al linchamiento de su protector. El leñador se giró y les hizo frente, intentando poner freno a la marea antes de que se volviera incontrolable.

—Hoy ha sido un día duro para todos, Seytha. Él debe recibir la comida porque necesita fuerza para enfrentarse a nuestros atacantes. En cuanto abandonemos estas montañas podremos cazar y...

—¡No sobreviviremos dos días más si no encontramos algo de comer! —Su tono cortó el frío viento como si fuese un cuchillo. Hubo más gritos, y más voces se llenaron de rabia. Daln apuntó con su pala al bárbaro, quien ahora estaba frente a ellos.

—¿Por qué no nos trae a algo de sus cazas no-nocturnas? —preguntó el anciano con su característico tartamudeo—. ¡Su deber es mantenernos *con vida*!

Aron había estado observando la reacción de Kehr ante la multitud enfurecida. Se mantuvo impertérrito, como si estuviese hecho de piedra, y tan solo una palabra consiguió alterarlo: *deber*. Aron vio cómo sus músculos tensionaban la mandíbula y el cuello del enorme hombre y su aliento empañaba el aire con peligrosas nubes ardientes. Kehr se giró hacia el leñador, con la voz ardiente como brasas incandescentes.

He sido mercenario para sultanes, señores de la guerra y príncipes mercaderes a lo largo y ancho de las islas del sur. Nunca he blandido mi filo por tan poco. — Escupió en el suelo—. Vosotros ya deberíais haber muerto en esas montañas y seguramente moriréis cuando alcancéis las tierras bajas. En Westmarch hay khazra y cosas peores. Debería haberos abandonado cuando os encontré en el Camino de Hierro. Habría sido un acto piadoso.

Desesperado, Aron extendió los brazos.

Te lo ruego, Kehr. Disculpa sus precipitadas palabras; están asustados y hambrientos, y no saben lo que dicen. ¡No nos abandones!

Kehr Odwyll se contuvo por un instante y clavó los ojos en el hombre desesperado.

—Tú sobrevivirás si te apartas de ellos, Aron. Tienes las habilidades necesarias para resistir el viaje. Pero, si te quedas con ellos, morirás con ellos.

En ese momento el bárbaro avanzó a zancadas hacia la luz menguante, acompañado por las lastimosas súplicas de los refugiados. Aron se giró hacia su gente y se colocó el hacha contra el hombro. Nunca la había sentido tan pesada.



## Hermano

Kehr siguió caminando hasta que perdió de vista, sonido y olor a los patéticos plebeyos. Desaparecieron entre las crecientes sombras. La sangre del bárbaro bullía con rabia lúgubre; cerró los puños y sus nudillos se volvieron blancos. ¿Acaso esos ignorantes no se daban cuenta de quién dependían sus vidas? ¿No comprendían cuánto habían ralentizado su viaje, cómo había desperdiciado varios días por unos míseros trozos de pan duro? ¿Cómo se atrevían?

El sol se deslizó lentamente detrás de las montañas, y la rabia del bárbaro se transformó en abrumadora frustración. Rugiendo, cogió a Ultraje de su espalda y la blandió en el aire con ambas manos.

—¡Ven, hermana! ¡Ven y háblame de mi traición! ¡Ven con tu negra lengua y nómbrame!

Cayó sobre sus rodillas y las sombras lo rodearon con sigilo. Kehr cerró los ojos mientras las pisadas se acercaban. Su hermana vendría independientemente de si estaba o no protegiendo a campesinos desesperados.

—*De qué sirve todo esto.* —El aliento de Kehr se le congeló en la garganta. Escuchaba muchos pasos, *demasiados*; golpeaban con dureza el Camino de Hierro.

—No soy tu hermana, pero te nombro —dijo una voz, baja y gruesa. Parecía un

*balido*—. Te llamo necio y presa, y sí, también traidor.

Kehr se puso en pie con un salto y recibió un golpe que lo propulsó hacia atrás. El bárbaro rodó y trató de levantarse, pero varios hombres cabra lo agarraron con firmeza. Se sacudió a dos de ellos, pero en ese momento recibió un golpe por la espalda y perdió la sensibilidad en las piernas. Más khazra se amontonaron sobre él y todo comenzó a volverse negro.

—¡Ya es suficiente! Atadlo y traedlo aquí.

Kehr escuchó el sonido de unas cadenas y sintió cómo unos fríos grilletes se cerraban con dureza alrededor de sus muñecas y le cortaban la piel. Lo patearon, lo mordieron y lo obligaron bruscamente a levantarse. Tenía una costilla rota. La sangre le corría por la espalda y los brazos. El sonido, el dolor, la ira: todo parecía estar ya en la distancia.

—Esta calzada, el Camino de Hierro, es nuestra. Has abandonado a tu rebaño demasiado tarde, bárbaro.

Kehr levantó la cabeza y pestañeó para limpiar la caliente humedad de sus ojos. Ante él se encontraba un khazra monstruoso, el doble de grande que el mayor hombre cabra que hubiese visto jamás. A pesar de la bruma de sangre y dolor, Kehr estaba sorprendido. Aquella aberración era una abominación incluso según los estándares khazra. Los descomunales hombros conducían a unos anchos brazos que llegaban al suelo y acababan en unos espinosos nudillos, y la piel violeta y grisácea estaba marcada con letras, runas y otros caracteres que se retorcían a lo largo de la carne torturada con vida artificial. En lugar de dos cuernos rizados, cuatro sobresalían del nudoso cráneo, ramificándose hacia adelante como gruesos tentáculos de madera y arqueándose alrededor de la saliente mandíbula con una curva obscenamente suave. Se trataba de unos cuernos pesados y estaban recubiertos de hierro y grabados con las mismas marcas que decoraban su piel. El vello, denso y negro, enmarañado con sangre y tintes crudos verdes y marrones, alfombraba las piernas hasta las hendidas pezuñas color azabache ribeteadas con toscos clavos. El monstruo echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada similar a un balido. Kehr se encogió; pudo ver unos pechos simiescos, que colgaban como pescado seco, perforados con grises anillas de cobre. Aquel khazra era hembra.

Se estiró y sus ásperos dedos recorrieron la cabeza del bárbaro, la mejilla y el cuello con torpe ternura. Kehr sintió arcadas de repulsión. Ella se rio entre dientes mientras sus dedos llegaban al cicatrizado pecho del bárbaro.

—Veo que no soy la única marcada con las palabras de dioses... —hablaba con un fétido tono que se revolvía alrededor de él, y su aliento era agrio y húmedo. Examinó las palabras escritas sobre su corazón, marcas que había escondido bajo su capa.

¡Ja! ¿Acaso no sabes leer? —En ese momento se echó hacia atrás, elevando los brazos para mostrar sus llamativas cicatrices—. *Mis palabras otorgan fuerza. Mis palabras otorgan mando, fuego y poder a través de nuestro oscuro maestro. ¡Él fue*

quien me encomendó tomar esta calzada, dibujó estas palabras en mi piel y me hizo reina!

—¿Y tú? —dijo riéndose—. ¿Tú llevas esto? ¡Ja! ¡Ja!

En la sombra creciente Kher pudo ver que las marcas que tenía la matriarca realmente despedían una luz arcana, un resplandor violeta que danzaba justo por los bordes. Se desplazó hacia uno de los hombres cabra que había tras él.

—Trae al resto. No los matéis aún. Quiero que el rebaño vea a su cobarde protector.

Se escuchó una respuesta quejumbrosa y Kehr inclinó la cabeza. *¿El resto? ¿Tan rápido han caído los refugiados?* Esta pregunta se vio perseguida por otro pensamiento, rápido y certero. *Por supuesto que sí.* Él los había abandonado. Otra traición.

Llegaron más y más hombres cabra. Dos docenas, tres. Todos mostraron obediencia a la matriarca, a la infame reina. Algunos traían sangrientos sacrificios, partes irreconocibles y empapadas de bestias u hombres, las cuales ella olfateaba e introducía en su dentada boca o acababa tirando al suelo. El olor a mugre de cabra y a sangre inundaba el aire.

Mientras, los khazra que sostenían los brazos de Kehr lo arrojaron al suelo y lo arrastraron hasta que se encontró frente a sus resquebrajadas pezuñas. Ella se agachó y acarició el cuerpo del bárbaro, bufando y dando órdenes a sus zalameros súbditos mientras encendían una rugiente hoguera en el centro de la calzada. Ella canturreó suavemente y sus puntiagudas uñas arañaron su espalda. Kehr volvió a sentir el aliento caliente en su nuca.

Tú... —susurró—, tú podrías ser una buena montura durante un tiempo. Un bárbaro encadenado como mascota sería un gran trofeo para la reina del clan del Hueso.

Kehr trató de escupir, pero tenía la boca seca.

Se oían gritos en la lejanía, horriblemente familiares. Escuchó cómo la voz de Aron se elevaba con rabia y después, con dolor. Los khazra se fueron y fueron trayendo a los refugiados. Estaban aterrorizados; algunos de ellos sollozaban. Dos hombres cabra llevaban a Aron detrás de ellos, sangrando y desarmado, pero aún resistiéndose. Un khazra alto y con cuernos negros, y que obviamente contaba con el favor de la matriarca, se presentó frente a ella. Llevaba el hacha de Aron en las manos.

—Éste. El... El luchar. El matar varios de nosotros. —Era difícil comprender lo que el hombre cabra decía; sus palabras se arrastraban lentamente al emplear un idioma que no estaba pensado para sus largas mandíbulas bovinas y sus dientes. Le faltaba la inteligencia de su señora, la cual por otra parte debía de estar mágicamente inducida.

La matriarca comenzó a reírse.

¡Ja! ¡Hemos encontrado a otro lobo entre el rebaño! Traédmelo.

Aron recibió un empujón y se desplomó de rodillas. Kehr pudo ver que el brazo del leñador estaba roto por cómo se movía, y de su boca escurría sangre. Aron se arrastró hasta sus pies; en ese momento, sus ojos se encontraron con los de Kehr y se agrandaron.

—¿Qué? Creía que habías escapado. ¿Cómo han...?

—¡Ja! —gritó regodeándose la matriarca, encantada—. Ya está comenzando a dudar. —Aron estaba observando la monstruosa figura de la reina khazra, pero sus palabras lo conmocionaron. Lanzó una mirada hacia Kehr, quien yacía boca abajo junto a sus pezuñas. Ella volvió a reírse.

—¿Éste es vuestro protector? ¿Vuestro salvador? Este cobarde sabía que estabais condenados. Cogió vuestra comida y huyó cuando vio que la emboscada sobre vosotros era inminente. ¡Nada más vernos arrojó su espada!

Aron cogió aire entre temblores.

—No. No, él nos protegía. Él... Él acabó con tus...

—Exploradores sin valor alguno. Enclenques. Esclavos que os envié para que siguieseis por la calzada. Para que siguieseis acercándoos a *mi*.

Se agachó para acariciar cariñosamente el hombro de Kehr.

—Confiaste con demasiada facilidad en este traidor, al igual que el resto de los tuyos. Es lógico que estas montañas pidan a gritos mi látigo y supliquen que las libere de las ratas que *infestan* todos los cañones. Suplican convertirse en el trono del clan del Hueso.

Los hombres cabra aclamaron sus palabras y elevaron sus armas unidos. La matriarca sabía cómo agitar a su pueblo.

Aron estaba enfurecido y había olvidado el dolor. Caminó hacia Kehr con los puños cerrados.

—¿Nos estabas matando de hambre por esto? ¿Fingiste tener honor y coraje con los nuestros sólo para poder huir cuando el verdadero peligro se presentase?

Aron le escupió a Kehr una húmeda mezcla entre sangre y saliva.

—¿Sultanes? ¿Señores de la guerra? ¡Traicionaste nuestra confianza por tu fulana khazra!

La matriarca soltó una sonora carcajada. Kehr luchó por erguirse.

—No. Leñador. Aron. Yo os defendí como debía... No sabía nada de esto...

La reina agarró a Kehr por las muñecas y tirando de ellas lo puso en pie. Sus embrujados tatuajes despedían un poderoso brillo y proporcionaban fuerza arcana a unos brazos ya de por sí repletos de músculos. El bárbaro jadeó cuando lo alzaron en el aire, con los brazos estirados por completo y con las largas cadenas colgando de sus grilletes como cintas de metal.

—Observa, pequeño hombre. ¡Tu protector está marcado! ¡Ja! Vuestro ignorante pueblo de las montañas tenía un claro aviso escrito en su pecho. ¡Ya está marcado como traidor!

Aron aguzó la vista. El leñador estaba temblando por la rabia que sentía.

Mátame si así lo deseas, khazra. Pero quiero probar la sangre de este traidor.

Las carcajadas de la matriarca llegaron a su punto máximo, y el resto de los khazra se unió a ella con algunas risas tímidas.

—¡Sí! ¡Sí! Mata al bárbaro, pequeño hombre. Mátalo, y puede que te permita ir a difundir la palabra del clan del Hueso en las tierras bajas. ¡Gherbek! —llamó a su hombre cabra favorito—. Entrega su hacha al leñador. ¡Deja que corte algunas ramas para nosotros!

El khazra avanzó con sigilo y le extendió el arma.

—Esto es para ti, enclenque —canturreó suavemente.

Aron cogió el hacha con la mano buena y la utilizó como un bastón mientras cojeaba hacia el bárbaro. Kehr pudo ver que estaba gravemente herido; la propia sangre del leñador corría por la empuñadura y la hoja, dejando un rastro de charcos. La matriarca bajó a Kehr al alcance de Aron, como si estuviese ofreciendo un juguete a un niño. Aron elevó el hacha y colocó temblorosamente el filo contra el pecho del bárbaro.

—Esta cicatriz —gruñó a Kehr—. ¿Te marcaron como traidor? Dime la verdad, bárbaro. Dime la verdad por una vez.

Kehr bajó la cabeza. Su voz sonaba baja y abrumada por la vergüenza.

—Sí. Abandoné a mi propia gente cuando se enfrentaban a los saqueadores de Entsteig. Incumplí mi deber y me fui para seguir a una mujer, la hija de un mercader que estaba de paso. Soy un traidor. Un cobarde. Peor aún: la tribu del Ciervo dejó de existir con la caída de Arreat antes de que pudiese volver y pedir perdón.

Kehr elevó su rostro, tenso por el dolor.

—Cuando no pude encontrarlos, yo mismo *me* marqué como traidor, leñador. Corté mi propia carne. Lo escribí con un cuchillo candente. Ellos aún me maldicen por volver; aún rechazan mi penitencia. Mi hermana muerta... me persigue cada noche con la puesta de sol. No me perdonarán. Jamás lo harán. No merezco su perdón. —El bárbaro cerró los ojos—. Y no pido el tuyo.

La expresión de Aron se volvió distante. Parecía que estuviese escuchando palabras provenientes de un pasado lejano, palabras que sonaban duras y certeras, y que cortaban las carcajadas animales que inundaban el ambiente. Sólo Kehr escuchó el susurro de su respuesta.

—Las palabras tienen poder, Kehr Odwyll. Esta bruja se equivoca acerca de la gente de la montaña. Nuestros antepasados fueron los primeros en escribir las antiguas letras que llevas en tu pecho. —Se inclinó hacia adelante—. Conozco tu marca, bárbaro. Lo supe en el momento en que llegaste, pero también observé tu valor. Y ése es otro tipo de verdad.

El leñador empujó el hacha y el filo cortó la piel de Kehr. El bárbaro lanzó un aullido.

—Esta hacha está impregnada con mi propia sangre —dijo Aron con voz fuerte y clara. La matriarca, sorprendida, seguía riéndose—. Y con ella cambio tu marca.

El filo dibujó una línea roja en medio de la cicatriz.

—Ahora dice «hermano».

La matriarca bufó y dejó caer a Kehr al suelo. Se abalanzó hacia adelante y propinó una dura patada al leñador. Aron voló por encima de la hoguera describiendo un arco de sangre y carne hecha jirones arrancada por la pezuña con clavos tachonados. Aterrizó malherido al otro lado y luchó por volver a levantarse.

—¡Maldito idiota! —gruñó la reina de los hombres cabra. Estaba furiosa; su entretenimiento se había arruinado—. ¿Crees que puedes acuñar palabras de dioses con tu insignificante hacha? ¿Crees que puedes albergar semejante poder sin sus terribles costes, sin agonía, sin oscuros pactos?

Se agachó, subió de nuevo al bárbaro por los grilletes y comenzó a tirar de sus brazos. Las runas de color alrededor de sus propios y gruesos brazos se tensaron y danzaron mientras los músculos de Kehr se estiraban para intentar calmar el dolor.

Lo haré trizas como a un pedazo de *pan* —bramó, provocando un temblor en el ambiente—, y ahogaré a tu gente con sus trozos.

Se escuchó un crujido cuando el hueso se salió de la articulación, y Kehr soltó un gemido estremecedor.

Aron levantó la cabeza ensangrentada y se dirigió hacia el bárbaro torturado.

—Estás perdonado, Kehr.

Los hombres cabra comenzaron a reírse. Uno de ellos dio un paso hacia adelante y atravesó la espalda de Aron con una lanza. El leñador permaneció inmóvil.

De repente, un penetrante grito cercano a un cacareo desgarró el cielo nocturno. Los khazra enmudecieron. Docenas de negros ojos rasgados se dirigieron hacia la matriarca.

Estaba temblando y tenía la boca torcida, y respiraba con esfuerzo y entre gemidos de extenuación. Bajó su cornamenta y enterró las pezuñas en el suelo agrietado, pero... no era capaz de separar más los brazos. La matriarca no dejaba de bufar mientras Kehr comenzaba a juntar sus brazos y los suyos propios. Lenta, pero inexorablemente. Intentando hacer frente a sus esfuerzos, elevó aún más al bárbaro.

Kehr giró sus manos para agarrar los dedos dispuestos alrededor de sus muñecas. Ella intentó soltarlo, pero ya era demasiado tarde. Estaba atrapada.

—¡No! —gimió entre dientes, mientras la saliva le corría por la barbilla—. ¡Mi... mi fuerza es mayor que la tuya! ¡No puedes hacer eso!

Sus músculos sobresalían de manera obscena mientras sus brazos se iban aproximando el uno al otro. Un hombro reventó, y la matriarca echó la cabeza hacia atrás con un alarido espeluznante. El bárbaro le doblaba los brazos formando un ángulo despiadado, y ella no podía escapar. Los hombres cabra de alrededor daban vueltas dominados por el nerviosismo mientras los gritos de su reina comenzaron a adoptar un tono lastimero y patético. Se retorció para poder liberarse, se tambaleó hacia adelante... y el bárbaro volvió a posar los pies sobre el suelo.

Ahora estaba a su merced.

Inclinándose hacia abajo, Kehr utilizó el impulso de la criatura para elevarla sobre sus hombros y lanzarla a la hoguera con un sonoro estrépito. Ya con el pánico dentro del cuerpo, el resto de los khazra se dispersó cuando varias ramas en llamas cayeron entre ellos. El bárbaro rugió mirando hacia el cielo y extendió los brazos. Los grilletes de sus muñecas se partieron y cayeron al suelo; las cadenas resonaron a su alrededor como campanas rotas.

Chillando, la matriarca se puso de pie a trompicones; era una silueta en llamas de color negro en contraste con la hoguera. El bárbaro cargó y saltó sobre el fuego, desplazando al monstruo hacia atrás y agarrando sus curvados cuernos. Con un desalmado giro, los arrancó de la cabeza y después los levantó en alto. A continuación blandió la protuberancia enroscada como un garrote y comenzó a golpear a la criatura abrasada, lo que provocó que los sonidos de huesos rompiéndose fuesen encadenándose.

La noche temblaba mientras sus alaridos empañaban el voluptuoso fuego con agonía. El Camino de Hierro se agitaba en armonía con cada golpe de Kehr Odwyll, y una antigua magia resonaba en la espina dorsal de la montaña, aceptando la furia del bárbaro. Aceptando su sacrificio.

Pasaron horas antes de que su rabia disminuyera. El sol se elevó en dócil silencio, tiñendo las cumbres de rojo.

Kehr se alejó por fin de la pira y dejó caer la masa ensangrentada al suelo y examinó el trecho teñido del Camino de Hierro. Ningún khazra quedaba ya allí y ninguno volvería jamás a ese lugar. Los refugiados no estaban lejos. Kehr vio que se encontraban apiñados alrededor del cuerpo maltrecho de Aron, paralizados por el miedo.

—Reunid toda la comida que podáis —dijo el bárbaro con estruendosa voz—. Nuestro destino se encuentra a dos días de viaje.



### **Vigilia.**

La puesta de sol coloreó el valle de Westmarch con matices otoñales cálidos. Kehr dejó de afilar la sencilla hacha, se incorporó y se giró para observar la menguante luz mientras la brisa vespertina se introducía por su largo pelo gris con un cuidado familiar. Respiró lentamente mientras el sol se deslizaba por detrás de la montaña.

Tan solo se oía el sonido de los pájaros que regresaban a sus nidos. Ni un solo paso. Ni una sola voz. El horizonte mantuvo su pacto, del mismo modo que él mantuvo su vigilia.

Llegaría más gente; la interminable hilera de refugiados que Aron había predicho atravesaría el Camino de Hierro al mismo tiempo que las oscuras fuerzas se reunían para hacerse con las Montañas Kohl. El clan del Hueso había menguado, pero en aquellas cumbres había cosas peores que los khazra. Los plebeyos necesitaban a su protector, y la leyenda del Caminante de Hierro, el guardián del sendero, se había extendido desde Westmarch a Ivgorod. Kehr se llevó la mano al pecho y se puso otra vez en camino. Los refugiados necesitaban a su hermano.





# Inquebrantable

Matt Burns

«Cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla».

Zhota no podía silenciar las palabras de despedida de Akyev. Durante las últimas semanas habían estado evitando todos sus pasos. Durante el día, el recuerdo de la voz de su maestro sólo era un susurro, pero cuando llegaba la noche alcanzaba el paroxismo.

Aquella noche era igual: sabía que se le pondría a prueba de nuevo.

Los vientos habían aumentado su velocidad y aullaban en el Gorgorra como el último suspiro helado de un dios moribundo. El frío traspasaba sus fajines verdes, blancos y azules, y calaba hasta los huesos. En años anteriores había soportado lacerantes vendavales de montaña a las afueras del Monasterio Suspendido sin problema alguno, pero este viento era distinto. Había cierto tipo de urgencia en él que lo llenaba de desasosiego, como si los dioses de los bosques estuviesen turbados por el temor.

Zhota caminó por el borde del campamento, golpeando levemente con su bastón el suelo cubierto de líquen. Pinos musgosos y abedules imponían su altura alrededor del claro en el que había pasado la noche, junto con un roble sumamente antiguo. Sus grandes ramas retorcidas formaban un arco sobre la amplitud del campamento de manera casi protectora.

Los dos hombres cerca de su hoguera aún estaban dormidos, envueltos firmemente en unas andrajosas mantas de lana. Había puesto sus esperanzas en una noche de soledad, pero los refugiados habían acabado con esa posibilidad al encontrarse con él justo después de la puesta de sol. El deseo de no proporcionarles un lugar en su campamento había sido fuerte, pero el maestro de Zhota había prohibido explícitamente rechazar a los viajeros.

—Dales la bienvenida con los brazos abiertos, pero mantén tu corazón a buen recaudo —había ordenado Akyev—. Obsérvalos con sumo cuidado pues, si están contaminados por un dios del caos, éste hará todo lo que pueda para evitar tu mirada.

Así había obrado Zhota, examinando con todo detalle a los forasteros. No necesitó mucho tiempo para concluir que estaban libres de toda corrupción. Los hombres, demacrados y con ojos cansados, eran un padre de pelo entrecano y su hijo de veinte años, los únicos supervivientes de un ataque perpetrado por un grupo de khazra salvajes. Los mugrientos hombres cabra habían cogido desprevenida a la aldea de los refugiados y la habían convertido en un cementerio calcinado.

Los hombres provenían de un área del Gorgorra que mantenía lazos religiosos y culturales con Ivgorod y estaban huyendo hacia el norte en busca de la seguridad de la ciudad. A pesar de los horrores a los que se habían enfrentado, padre e hijo mantenían intactas sus esperanzas y creían que encontrar a Zhota era una señal de que el dios de la fortuna los había bendecido. Él se había sentido casi cruel mientras los escuchaba hablar sobre la vida que llevarían una vez se encontrasen entre los muros de Ivgorod, pues sabía de corazón que era probable que falleciesen antes de alcanzar la ciudad.

Mientras se preparaban para echarse a dormir, los dos hombres le habían ofrecido sus últimas provisiones como pago por compartir el campamento de Zhota. Él, de manera amable, había simulado su disposición de aceptar el regalo antes de rechazarlo. En realidad, no quería tener nada que ver con los refugiados. Había aprendido a no crecer junto a aquéllos que se encontrasen en el Gorgorra por temor a que se pudiesen convertir en obstáculos.

—En ese caso, rendiremos el doble de tributo a los dioses —había respondido el padre, no sin algo de mala intención—. Han sido misericordiosos por habernos guiado hasta ti, hombre santo. Nada en el Gorgorra es lo que parece.

No, le habría gustado responder a Zhota. *Ni siquiera yo.*

Las palabras del otro hombre eran más que ciertas en cuanto al bosque. Zhota había crecido rodeado de cuentos sobre el antiguo Gorgorra, al sur de Ivgorod. Incluso los árboles más jóvenes ya eran antiguos en el momento en el que se fundó la orden del monje. Aquí, según se le había enseñado, el equilibrio entre los mil y un dioses del orden y el caos era inmutable. Se preguntaba qué dirían los antiguos monjes si pudiesen presenciar el sombrío crisol en el que se había convertido el bosque.

Zhota prosiguió con sus rondas por el campamento, repitiendo un mantra que abría su mente a los bosques cercanos, donde sus ojos no podían ver. Sintió que algo se movía en la oscuridad, una presencia que había descubierto con anterioridad en la noche. Lentamente, casi metódicamente, se había hecho más y más poderosa a cada hora, como si se estuviese acercando al campamento. Zhota comenzó a sentir una especie de picor en la piel provocado por la sensación de estar siendo vigilado desde todas las direcciones por cientos de ojos, mientras la forma verdadera de los observadores permanecía oculta. Y aún peor: ninguno de los dioses del orden del bosque había respondido a sus súplicas para revelar el origen de la presencia. Las deidades se mostraban indiferentes: no se podía confiar en ellas.

Los dioses habían estado así durante semanas, desde el instante en que aquel fuego celestial había alumbrado Ivgorod y aterrizado en algún lugar al sur del reino. En su despertar, los dioses del caos y su prole demoníaca habían comenzado a merodear por el bosque mientras los bandidos saqueaban las aldeas aisladas con total impunidad. Había docenas de nombres y explicaciones distintas para el cometa, pero todas tenían en común el pronosticar tiempos sombríos. En ningún lugar estaban tan

presentes las sombras como en las leguas de denso bosque de montaña que lo rodeaban. Descubrir lo que implicaba realmente ese fenómeno no era responsabilidad de Zhota. Otro miembro de su orden, un monje sin igual al que siempre había tenido en alta estima, había sido enviado para estudiar el fuego celestial.

Según la noche iba haciéndose más profunda, Zhota fue inquietándose. Parecía como si aquella fuerza impía que estaba merodeando en la maleza estuviese jugando con él. Su mano recorrió los cientos de glifos y proverbios que había grabado en su bastón. Serpenteaban alrededor del arma de un extremo al otro en intrincados patrones, y cada uno de ellos era un recuerdo de sus sesiones de entrenamiento. Zhota repitió las inscripciones, esperando encontrar algún tipo de claridad o solución. En lugar de eso, desenterraron recuerdos de sus fallos bajo el tutelaje de Akyev.

Se encontraba recitando las lecciones entre dientes cuando un rumor acalló los vientos.

En la distancia, una aguda y pequeña explosión similar al ruido proveniente de la madera crepitando en un fuego retumbó por todo el Gorgorra, seguida de otra y luego, otra más. Los extraños ruidos eran pocos y leves en un principio, pero rápidamente aumentaron en frecuencia y volumen, proviniendo de todas las direcciones alrededor del campamento. Zhota forzó la vista y clavó sus ojos en la oscuridad mientras el sonido crecía hasta convertirse en un ensordecedor tumulto de ramas agitándose y madera partiéndose. Vio hileras de árboles más allá del claro agitándose y de repente entraron en llamas de manera espontánea en oleadas sucesivas que avanzaban hacia él y los refugiados con cada explosión.

El movimiento se detuvo en el borde del campamento. Una quietud absoluta se instaló en el bosque.

El anciano y su hijo se pusieron de pie con esfuerzo, atontados por el sueño.

—¿Qué era eso? —masculló el padre.

Zhota hizo un gesto con la mano para pedir silencio. Se arrastró hacia la oscuridad, un negro abismo desprovisto de movimiento o forma pero cargado con la presencia de lo que en ese momento reconocía como los esbirros de los dioses del caos. Aunque no podía verlos, estaban tan cerca que creía que podía extender la mano y tocarlos. Estaban en todos los sitios a su alrededor: en el suelo, en el aire, en los árboles.

*En los árboles.*

El suelo tembló bajo los pies de Zhota cuando lo comprendió. Una masa de raíces de árbol explotó hacia arriba, provocando una ducha de tierra húmeda y lanzándolo por los aires. Durante la caída rodó y acabó cayendo sobre sus rodillas al otro lado del campamento.

Los árboles a su alrededor se balancearon y extendieron sus ramas, crujiendo y gruñendo como gigantes despertándose tras largos eones de letargo. El movimiento parpadeaba por la tenue luz de la hoguera en todo el campamento mientras numerosas raíces ascendían desde el suelo y comenzaban a moverse rápidamente y a ciegas

hacia Zhota y los refugiados.

—¡Quedaos cerca del fuego! —gritó Zhota al resto de hombres.

El padre y su hijo gatearon para poder recoger trozos de madera de entre el fuego y agitaron sus improvisadas antorchas contra las raíces que habían alcanzado el centro del campamento. Zhota lanzó un ataque contra un pino cercano, golpeando las raíces que embestían contra sus pies. Descargó una lluvia de golpes de bastón contra el árbol y por último impactó con su palma abierta contra el tronco. Una onda de grietas surgió alrededor de su mano y ascendió en espiral por el árbol. Saltó hacia atrás mientras el tronco se convertía en una avalancha de astillas y la mitad superior del árbol se venía abajo sobre un abedul adyacente.

Sin embargo, la destrucción del pino no hizo que Zhota percibiese que el demonio en su interior hubiese muerto. En su lugar, daba la impresión de que la presencia impura únicamente había visto reducido su poder. Abrió su mente a los árboles que rodeaban el campamento. Todos estaban corrompidos, pero no eran más que marionetas controladas por una sola entidad.

Sus ojos se posaron en el roble antiguo, que había permanecido inmóvil e inerte. Dentro de su marchito tronco pudo sentir al demonio extendiendo su influencia hacia el bosque de alrededor.

En respuesta al descubrimiento de Zhota, el tronco del roble se abrió con violencia para formar lo que parecía ser una enorme boca que echaba espumarajos de musgo. Lanzó un agudo grito que perforó la noche e hizo que las rodillas de Zhota se tambaleasen. Los refugiados se echaron al suelo y se llevaron las manos a los oídos mientras gritaban de agonía.

El resto de árboles permanecieron quietos mientras el demonio reunía su poder para transferirlo al roble. Las ramas se balancearon en el campamento hacia abajo y en dirección a Zhota como docenas de lanzas con puntas dentadas. El monje se lanzó hacia un lado e hizo un barrido con su bastón en un amplio arco, lo que envió una espada invisible de aire puro que comenzó a rajar las torcidas ramas.

El roble gritó con furia y renovó su ataque con lo que quedaba de sus rotas ramas. Zhota dio una voltereta por encima de ellas mientras avanzaban a latigazos por el aire y aterrizó en la base del roble. Con una feroz estocada introdujo su bastón en las fauces del árbol, concentrando su mente en un único punto en el extremo del arma.

El roble convulsionó, y su tronco comenzó a palpar mientras su boca expulsaba un torrente de fuego divino. Las llamas prendieron fuego al núcleo del árbol y éste se marchitó hasta llegar a ser una ennegrecida y humeante cáscara.

—¡Hombre santo! —gritó a sus espaldas el padre.

Zhota se giró y observó que una de las ramas del roble había perforado el hombro del hijo, inmovilizándolo en el suelo. El joven estaba inconsciente pero aún seguía vivo.

—Es una herida superficial. Vivirá con tu ayuda, hombre santo —dijo el padre mientras se arrodillaba junto a su hijo.

Sí, deseaba responder Zhota. Al igual que el resto de los monjes, había recibido un buen entrenamiento en las artes de la curación. Inspeccionó la piel alrededor de lo que quedaba de la rama del roble. La sangre presentaba un saludable color carmesí sin signo alguno de corrupción... todavía.

El padre miró a Zhota con la mirada llena de esperanza y expectativas.

—Puedes curarlo, ¿verdad?

Zhota se forzó a sí mismo a pronunciar las vacías palabras que le habían ordenado recitar.

—Ahora está contaminado. La corrupción evitará mis poderes sagrados hasta que me vaya. Sólo entonces surgirá y tomará la mente y el cuerpo de tu hijo. Debemos entregarlo a los dioses para que descanse en paz.

—¡No! —gritó el padre, horrorizado—. Lucharé. Es fuerte. Déjame a mí. Juro por los mil y un dioses que, si muestra algún signo de corrupción, lo mataré con mis propias manos. Es el último de mi sangre.

El padre intentó agarrar débilmente los pies de Zhota, suplicando con suma desesperación. Nada de aquello le parecía bien al monje. Debería dar esperanza a la gente, no arrebatársela. Durante un momento pensó en marcharse. Pero, en el mismo instante en que ese pensamiento surgió en su mente, los recuerdos de Akyev aparecieron de manera espontánea.

Zhota casi podía ver a su maestro en ese momento delante de él en el campamento, observando a su antiguo discípulo con vergüenza e indignación. Habían pasado semanas desde la última vez que vio a Akyev, después de que Zhota hubiese superado los ritos para convertirse en monje y se hubiese tatuado los círculos de orden y caos en su frente. Un día después de que el fuego celestial apareciese sobre Ivgorod, su maestro había reclamado su presencia en una terraza del monasterio abierta al exterior, donde los vientos de la montaña azotaban los fajines del anciano monje de color marrón, negro y gris. Akyev recibía de vez en cuando el apelativo de «el Inquebrantable». Su fuerza y determinación eran todo lo que Zhota se esforzaba por emular, pero temía que nunca pudiese conseguirlo.

—Aquéllos tocados por la prole de los dioses del caos deben ser purificados. No hagas preguntas. No intentes curar sus heridas. Debemos asegurarnos de que la corrupción se detenga lo antes posible —había dicho Akyev, quien transmitía las instrucciones que había recibido de manos de los nueve Patriarcas, jefes de la religión Sahptev y gobernantes supremos de Ivgorod. Actuando como brazo militante de la fe, a los monjes se les encargaba llevar a cabo los decretos emitidos por los líderes divinos del reino.

—Los Patriarcas solicitan que lleves a cabo una ardua tarea, una reservada exclusivamente para el más devoto de nuestra orden —había proseguido el Inquebrantable. Observó a Zhota durante un instante y frunció el ceño—. Has obtenido el rango de monje, pero en ocasiones me pregunto si estás realmente preparado. En ocasiones creo que sigues siendo ese chico tonto que vino por primera

vez al monasterio. Más bestia que hombre, en verdad... Una criatura salvaje con los ojos nublados por la emoción, la intuición y todos esos efímeros sentimientos que cambian según se antoje, con la misma rapidez que el viento. ¿Eres ese chico o eres un monje?

—Ese chico está muerto —había respondido Zhota.

—En ese caso, tendrás que probarlo. Y recuerda que, cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla.

Al día siguiente, Akyev había abandonado el monasterio con su propia misión. Zhota se marchó poco después, pero las palabras de su maestro se habían quedado con él y suponían un recuerdo constante de sus fallos pasados.

La voz de Akyev era en ese momento más potente que nunca, y su sonido rechinaba en los oídos de Zhota como cuando dos espadas de acero chocan una contra otra. Sus pensamientos previos respecto a dejar de lado el deber lo inundaban de ira. Eso era suficiente para empujarlo hacia adelante.

El deber lo es todo, se decía a sí mismo. La palabra de los Patriarcas es la palabra de los dioses.

¿Quién soy yo para cuestionar sus métodos? Yo soy su instrumento.

Los líderes sagrados de Ivgorod eran las reencarnaciones de los nueve humanos primigenios elegidos por los dioses para gobernar el reino. Cuatro se comprometieron con el orden, cuatro con el caos y el último permaneció neutral. Siempre habían trabajado para mantener el orden. Algunas veces eso implicaba solicitar el concurso de los monjes en complicadas tareas, pero ésa era la naturaleza del mundo. Todo formaba parte de mantener la igualdad entre el orden y el caos para que ninguno reinase sobre el otro.

—Apártate —ordenó Zhota. Pero el anciano no se movía.

—¡Mi chico nunca ha deshonrado a los Patriarcas! ¿Así es como se lo pagan? — El refugiado retrocedió y cogió un cuchillo romo de entre sus pertenencias, cerca del fuego, y se abalanzó contra el monje.

Zhota agarró al anciano por la muñeca, girándola hasta que éste dejó caer el cuchillo. El padre aulló de dolor y se dejó caer de rodillas.

—Es mi único hijo —dijo entre sollozos.

En aquel momento el hombre ya había perdido toda voluntad de lucha. Se dejó caer y quedó postrado sobre el suelo.

*Zhota se acercó lentamente al hijo, recitando uno de los antiguos juramentos de la orden de los monjes en su cabeza. Camino entre los dioses del orden y los dioses del caos. Sirvo a ambos y no me convierto en ninguno. Soy el guerrero que transita la línea divisoria. Mientras mis actos mantengan el equilibrio, estaré libre de pecado.*

*Libre de pecado.* Pronunció esas palabras en silencio mientras ponía la palma de su mano sobre el pecho del joven. Zhota cerró sus ojos y después susurró un mantra para infundir energías sagradas al hijo. Era un tipo de asesinato misericordioso que el monje había aprendido de Akyev, utilizado para garantizar una muerte pacífica y libre

de dolor a aquéllos que habían sufrido heridas mortales que iban más allá de los poderes de curación de la orden.

Sintió cómo el corazón del joven iba reduciendo su ritmo, hasta que se detuvo por completo. A continuación, Zhota construyó una pira de madera y las llamas purificaron el cadáver.

La luz de la mañana ya comenzaba a inundar el bosque en el momento en el que los huesos yacían carbonizados. Zhota partió solo y sabiéndose merecedor de llevar la cabeza bien alta: había cumplido con la voluntad de los Patriarcas. Pero, en vez de eso, lo único en lo que podía pensar era en el hombre devastado que dejaba tras de sí y en cómo sus últimos vestigios de esperanza se desvanecían mientras, arrodillado sobre los restos de su hijo, rezaba a unos dioses que ya no escuchaban.

Zhota encontró la caravana, masacrada, tres días después.

Contó ocho cadáveres en total, esparcidos en un pequeño claro cubierto por una capa de hojas de pino. Se cubrió la nariz con el fajín que llevaba anudado alrededor de su pecho para hacer frente a ese hedor y abrió su mente al área circundante en busca de demonios. No descubrió ninguno.

Más de dos docenas de sacos de provisiones yacían esparcidos cerca de una fornida bestia de carga, seccionada por la mitad a la altura de sus inmensos hombros. Había demasiados suministros para un solo animal, incluso para lo tenaces y fuertes que eran las bestias de carga. Cerca de la carretera, Zhota se encontró con tres grupos de huellas procedentes de pezuñas, cada uno en una dirección diferente.

Los cadáveres humanos eran recientes, la caravana no llevaba muerta más de un día. La mayoría de las víctimas llevaban togas de un gris apagado, frecuentes entre aquéllos que vivían en el Gorgorra. Sin embargo, había hachas y espadas de factura exquisita junto a los cadáveres, lo cual ponía en tela de juicio sus sencillos atuendos.

Se arrodilló junto a uno de los muertos, un hombre de complexión atlética con las manos características de un herrero: rugosas y con cicatrices. Había gusanos retorciéndose en varias de las heridas presentes en los brazos y el pecho. Daba la impresión de que casi todos los viajeros habían sido torturados antes de ser asesinados.

Un cuerpo en particular llamó el interés de Zhota. A aquella mujer la habían despojado de su ropa y la habían lanzado sobre la ahora ennegrecida hoguera en el centro del campamento, y sus piernas estaban totalmente carbonizadas. A diferencia de las otras víctimas, a ésta le faltaba la cabeza. Zhota registró el claro de nuevo, pero no dio con ella.

La carnicería había sido premeditada. Sabía que era algo digno de investigar, pero los Patriarcas no lo habían enviado al Gorgorra para resolver misterios. Sólo necesitaba purificar los cadáveres antes de irse.

Zhota examinó algo semicubierto por las cenizas de la hoguera y lo desenterró: se

trataba de una flauta de madera con inscripciones ornamentales adornada con tachones de latón. Era el juguete de un niño. En ese momento recordó que él llevaba una consigo al monasterio cuando comenzó su entrenamiento. La música siempre había sido tenida en muy alta estima en la orden de los monjes y en todo Ivgorod, pero Akyev no compartía con sus camaradas el amor por las artes. Nada más encontrar la flauta entre las pertenencias de Zhota, la partió por la mitad y la arrojó por un acantilado junto al Monasterio Suspendido.

Zhota quitó el hollín del instrumento y lo colocó entre sus labios. Al tocar la flauta, las notas salieron con una falta de armonía tremenda. Estaban tan vacías y exentas de significado como lo había estado su vida antes de entrar a la orden de los monjes. Se dispuso a dejar de nuevo el juguete en la hoguera, pero acabó quedándose en su mano. Había algo en esa flauta que de manera extraña lo envalentonaba, y con ella casi se sentía en paz. La introdujo en su fajín y se convenció a sí mismo de que sería un recuerdo del muchacho débil e ignorante que una vez fue.

De repente, la densa cubierta forestal en el borde del claro comenzó a crujir a consecuencia de cierto movimiento.

Zhota se irguió a una gran velocidad y se giró hacia el sitio del que provenía el sonido.

—¡Muéstrate!

Hojas muertas cayeron en cascada al suelo justo más allá del claro. Zhota se estaba introduciendo sigilosamente en la oscuridad del bosque cuando una pequeña figura se dejó caer desde un enorme abedul y se sumergió en las profundidades del bosque.

Zhota comenzó a perseguirla. El corredor llevaba la misma toga que los viajeros muertos. Por lo que se dejaba ver, era un niño, y bastante torpe. La figura se tropezó con unas raíces y se golpeó contra varios troncos de árboles durante la persecución.

Finalmente, el monje le hizo un placaje y cayó sobre el suelo del bosque. El niño se retorció para intentar zafarse y comenzó a sollozar. Cuando Zhota le quitó la capucha, observó una abominación que le provocó escalofríos.

Era un muchacho de no más de diez años. Su cabello, largo y casi translúcido, se extendía por el frío suelo, enmarcando un rostro fino y tímido. Su piel era del color de los huesos descoloridos por el sol. Y sus ojos...

Sus ojos eran totalmente blancos y de ellos brotaban lágrimas de sangre.

El niño ciego permaneció en silencio durante días después de que Zhota hubiese purificado a los viajeros asesinados y hubiese retomado su viaje, ignorando las preguntas del monje sobre qué había sucedido con la caravana. Había comenzado a pensar que el niño también era mudo, hasta que una noche murmuró «madre» entre sueños.

El joven había intentado huir en varias ocasiones, lo que había obligado a Zhota a

quitarse uno de sus fajines y atar las manos del muchacho con él, utilizando la prenda como correa. En un principio, la decisión de llevarlo con él no había sido fácil. Su mera visión provocaba aprensión a Zhota. Durante un tiempo el monje estuvo especulando con la idea de que fuese un demonio disfrazado de niño, pero ese pensamiento lo abandonó pronto. Nada es lo que parece en el Gorgorra.

El muchacho era muy extraño, eso es cierto, pero Zhota no había percibido nada demoníaco en su interior. Era consciente de su entorno de un modo en que sólo podía serlo aquél que jamás había confiado en sus ojos. Aun así, el chico se tropezaba constantemente con rocas musgosas o raíces, lo que ralentizaba el paso de Zhota al nivel de un caracol.

Y, para más inri, el muchacho tenía la energía de un perro a punto de morir. No podía caminar más de medio kilómetro sin tener que parar para recobrar el aliento. Siempre que el sonido de algún pájaro u otro animal resonaba en los bosques de alrededor se dirigía hacia ellos, extasiado con la curiosidad de un niño. Zhota pensó en abandonar al muchacho, pero el monje tenía la esperanza de descubrir qué había atacado a la caravana.

Sin embargo, el niño seguía instalado en su obstinado silencio. Si el pequeño quería jugar, pensó Zhota, el monje también jugaría.

—Más rápido, niño demonio —dijo Zhota mientras tiraba de la correa del chico.

—Ten cuidado aquí, niño demonio —dijo mientras conducía al joven sobre un lecho de rocas. Estuvo molestando al muchacho durante todo el día, observando cómo la piel del niño se volvía roja por la ira. El joven terminó por estallar, tirando de la correa de Zhota.

—¡No soy un demonio!

—Así que puedes hablar...

El niño se encogió, derrotado, y agachó la cabeza.

—Dime cómo te llamas, muchacho. Estoy aquí para ayudarte.

—Mentiroso. Me engañaste. Tocaste mal la canción.

—¿Que te engañé? A lo mejor debería haberte dejado allí. ¿Cuánto tiempo crees que puede durar un niño ciego en el Gorgorra? —De repente, Zhota recordó la flauta que había guardado en su fajín.

Sacó el instrumento y se lo ofreció al niño.

—Supongo que esto es tuyo.

El muchacho buscó a tientas hasta que dio con la flauta y la abrazó contra su pecho. Lágrimas de sangre comenzaron a brotar de sus ojos, y las finas hileras rojas que dejaban parecían los cortes que alguien le hubiera hecho con una fina hoja.

—Madre —susurró el niño—... me prometió que me llamaría con nuestra canción. Cuando escuché la música, me di cuenta de que la estaba tocando mal... Pensaba que la había olvidado. —El chico dirigió sus ojos impedidos hacia Zhota como si pudiese verlo de verdad, arrugando su rostro por la rabia—. ¿Qué le has hecho?

—Si tu madre estaba en el campamento, ahora está con los dioses —dijo Zhota mientras recordaba a la mujer decapitada en la hoguera. No vio ninguna razón para suavizar la verdad con falsas esperanzas—. Ella y el resto encontraron su destino mucho antes de que me cruzara con ellos.

—Eso es lo que me dijeron los dioses —afirmó el muchacho—, pero no quería creerlo.

Fuese lo que fuese lo que acabó con ellos, ya no está aquí. Ya no te molestará más.

No —respondió el chico—. El demonio que nos atacó aún está ahí fuera. La gente del campamento me escondió en el árbol y después soltaron a las bestias para engañarlo pero, cuando descubra que no estoy con ellos, vendrá otra vez a por mí. Mi madre me dijo que no dejará de perseguirnos hasta que ambos estemos muertos.

—Aquí los demonios matan de manera indiscriminada. No persiguen a viajeros sin descanso. Ahora, dime cómo te llamas y de dónde vienes. ¿Tienes algún familiar en el Gorgorra?

—No me crees —dijo el niño. El chico ignoró el resto de preguntas de Zhota.

Aquella noche, después de que Zhota instalase el campamento, el chico se acurrucó al calor de la hoguera con la flauta entre sus brazos. La tozudez del muchacho era exasperante, pero el monje tenía que preguntarse por qué los dioses habían hecho que sus caminos se cruzasen si no era para que cuidase de él. Estaba indefenso... solo... aterrado...

—Los plebeyos con los que te encuentres intentarán desviarte del sendero de tu deber con sus lágrimas y preocupaciones. Debes ser más sabio que ellos. No puedes desviarte —lo había avisado Akyev.

A Zhota no le quedaba más remedio que admitirlo: había sabiduría en las palabras de Akyev. Se le había enviado para restaurar el equilibrio en el Gorgorra, no para cuidar a huérfanos. Pero no podía abandonar al chico.

Zhota recorrió con los dedos las lecciones grabadas en su bastón. Su mano se detuvo en un profundo agujero cerca del centro del bastón. Esa muesca era algo que estéticamente no cuadraba con el resto de bellas inscripciones que había grabado, pero Akyev había prohibido a Zhota repararla, puesto que habría olvidado su significado.

—Tu arma tiene la fuerza de tu espíritu —le había dicho Akyev el día en que su bastón fue labrado. Los monjes se esforzaban por convertir sus cuerpos y sus mentes en instrumentos de justicia divina. Las espadas, bastones y el resto de herramientas de batalla eran en realidad innecesarios. Sin embargo, la orden otorgaba un gran valor al entrenamiento con todo tipo de armamento para fortalecer su habilidad marcial. Para un monje no era extraño empuñar un tipo de arma y utilizarla como una extensión de su espíritu perfectamente equilibrado para concentrar mentalmente sus ataques. Akyev era partidario de dicho método y había dedicado una gran cantidad de tiempo a impartir su filosofía sobre armamento a Zhota a lo largo de los años.

—El ignorante verá tu bastón como simple madera, algo que se puede quebrar con facilidad —había proseguido Akyev—. Sin embargo, sólo se astillará cuando dudes y mientras camines por el sendero del deber no habrá razón para que eso suceda.

Zhota y su maestro se reunieron en uno de los campos de entrenamiento amurallados del monasterio para entrenar con armas de verdad. Atrás quedaban los días de práctica con espadas romas y bastones huecos.

El joven monje había llegado rebosante de confianza, pero ésta se desvaneció por completo cuando Akyev empuñó su cimitarra. La espada no tenía adorno alguno, pero Zhota era consciente de que no era en absoluto común. El Inquebrantable la había forjado con sus propias manos, plegando el acero sobre sí mismo una y otra vez durante meses. Cada mañana había dedicado rezos a su deidad protectora, Zaim, dios de las montañas, para que imbuyese a la espada con una fuerza indómita. Podía cortar rocas y armaduras acorazadas como si fuesen agua.

—El arma es un adorno —había dicho Akyev tras ver el temor que asomaba en el rostro de Zhota—. Los Patriarcas estiman que mi filo no es mejor que tu bastón. ¿Crees que puedes cuestionar su divina sabiduría?

—No —había respondido Zhota, intentando dar la impresión de que realmente creía en lo que decía.

Después de eso, comenzó el entrenamiento. Cuando Akyev propinó el primer golpe, la duda y la incertidumbre se apoderaron de Zhota. No era la espada lo que veía ante él, sino al hombre que la empuñaba: el hombre que siempre era mejor, que nunca se arrugaba ante la tarea que se le asignaba, daba igual lo ardua que ésta fuese.

La cimitarra seccionó el bastón Zhota, lo que hizo que acabase de rodillas. Su maestro soltó la espada y rugió con ira.

—¡Idiota! Podría haberte matado. Has permitido que tus miedos te guiaran.

Akyev observó con indignación los fajines de color verde, azul y blanco alrededor del cuerpo de Zhota.

—Te pareces demasiado a un río... Algunas veces en calma y tranquilo, otras veces turbulento. —Los colores del atuendo de Zhota representaban a Ymil, dios de los ríos. La deidad estaba asociada con la emoción, la intuición y las propiedades vigorizantes del agua. Sin embargo, había monjes, sobre todo Akyev, que afirmaban que Ymil era caprichoso e indeciso. Debido a que Zhota había elegido a dicho dios como su protector, los Patriarcas le habían asignado a Akyev. Tenían la esperanza de que la rígida conducta del anciano monje aplacara la naturaleza vacilante del joven, y viceversa.

—Nuestras tareas son simples y nuestras órdenes, claras. ¿Por qué las complicas con dudas? —dijo Akyev mientras examinaba el corte en el bastón de Zhota—. Éste es el coste de la desobediencia. Esto es lo que sucede cuando te desvías del deber. Y, cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla.

La luna estaba en lo más alto cuando Zhota dejó de revivir el recuerdo de ese día

en su mente, con su pulgar ya áspero tras pasarlo por la grieta dentada de su bastón. El chico aún dormía. El mero hecho de mirarlo hacía que Zhota enfureciese. Deseó no haberse encontrado jamás con él.

*Él no es importante*, se dijo Zhota a sí mismo. El pasado del huérfano y todos los misterios del campamento masacrado no eran más que distracciones. Según la noche iba avanzando, el monje tomó una decisión. Había algunas aldeas al sur de donde se encontraban. Si no habían sido atacadas, podría encontrar a alguien que cuidase al chico.

Y, si habían sufrido ataques y no encontrase ningún sitio seguro en tres días, le daría al niño la única opción restante: la paz.

Zhota se colocó justo debajo de un rayo de luz que atravesaba el dosel forestal, disfrutando del limpio sol del amanecer. Se puso de puntillas, elevó sus brazos e inclinó la cabeza hacia abajo, de tal forma que su barbilla tocaba su pecho. Mantuvo esta postura, con los ojos cerrados, durante más de diez minutos, mientras silenciosamente recitaba mantras para limpiar su mente.

Sus meditaciones matutinas eran lo más cercano al descanso que se permitía a sí mismo. Apenas había dormido en las últimas semanas, viajando de día y manteniéndose en guardia por la noche.

Ya habían pasado cinco días, y el niño aún estaba vivo. Tal y como se temía el monje, las aldeas que había visitado estaban vacías. Con cada día que pasaba Zhota había fabricado alguna excusa para justificar el no haber entregado el niño a los dioses. Hoy, intentó justificar sus dudas convenciéndose de que la siguiente aldea no quedaba demasiado lejos.

—Mishka... Así me llamo —dijo el niño, interrumpiendo la paz de Zhota.

—Zhota —gruñó como respuesta, y volvió a concentrarse en sus mantras.

Un momento después escuchó un sonido raro: algo extrañamente dulce que no pertenecía al Gorgorra. Al abrir los ojos pudo ver a Mishka tocando unas temblorosas notas con la flauta. El niño bajó el instrumento.

—¿Conoces «El embaucador de las carretillas de musgo»?

—No —respondió Zhota irritado, aunque a decir verdad sí que la conocía. Era música para niños, llena de heroicidades descabelladas: exactamente el tipo de música que habría tocado en su juventud.

Era la canción favorita de madre, la que tocaba cuando las cosas iban bien. —Mishka esbozó una sonrisa agridulce—. Puedo enseñarte a tocarla.

—No es nece... —Zhota comenzó a hablar, pero el niño empezó a tocar de todos modos. Zhota suspiró y dejó a un lado su pose meditativa. *Deja al chico que toque si eso lo hace feliz. Pronto acabará todo*, se dijo a sí mismo.

Cuando Mishka y él se dispusieron a comenzar la jornada, Zhota subió al chico a su espalda. Dos noches atrás, el muchacho se había tropezado con un árbol caído y casi se había roto el brazo. Desde entonces el monje había llevado de vez en cuando a Mishka para acelerar el paso y evitar que el chico tuviese problemas.

Mientras Zhota recorría con dificultad los densos bosques de montaña, el niño prosiguió con su canción. Zhota intentó hacer caso omiso a la melodía, creyendo que el niño se cansaría de ella, pero no mucho después el sol ya se estaba poniendo y Mishka aún seguía armando escándalo con el instrumento.

La música no le llegó de verdad hasta esa noche, mientras Zhota montaba un nuevo campamento. En una lejana esquina de su mente escuchó el sonido de carcajadas y en una aldea de casuchas con tejados de paja vio a niños descalzos corriendo sin cuidado alguno, inocentes e ignorantes del precario equilibrio existente entre el orden y el caos en el mundo. Durante los primeros instantes no se percató de que estaba contemplando su propia niñez.

«Cuando sople el viento de la enfermedad, caerá el árbol que se dobla». *Esas palabras resonaban en su cabeza.*

—¡Basta! —Zhota arrebató a Mishka la flauta y la guardó entre sus fajines.

—Sólo quería que escuchases la canción —dijo el niño, frunciendo el ceño.

—Con una vez bastaba; no hacían falta mil —gruñó Zhota antes de poner freno a su irritación. Al ver que Mishka bajaba la cabeza sintiéndose culpable, el monje añadió—: Ya es de noche, y estabas llamando la atención de manera innecesaria.

Había pronunciado esas palabras como una excusa, pero ni siquiera pasó media hora antes de que se hiciesen realidad.

Dos agudos silbidos perforaron la noche. Zhota abrió su mente a los bosques en busca de movimiento, pero los dioses se mostraron igual de reacios que siempre a hacer de guías. No mucho después, dos hombres salieron de entre los árboles, ataviados con un variopinto y desgastado conjunto de armadura de batalla.

Zhota supo qué tipo de gente era nada más verlos. *Bandoleros... Mercenarios... Hombres sin dios.*

Se mostraron vacilantes desde uno de los extremos del campamento e intercambiaron miradas. Uno de ellos, un bestia con gruesos y poderosos brazos y una cicatriz brillante que iba desde su oreja izquierda hasta la barbilla, observó a Zhota y después se dio la vuelta con intención de marcharse. El otro lo detuvo. Tenía un bello rostro perfectamente afeitado, enmarcado por su cabello negro azabache, que le llegaba hasta los hombros. Sus ojos color esmeralda brillaban con fuerza a la luz de la hoguera, y se encontraba observando atentamente a Mishka.

—La noche es oscura, hombre santo —dijo el apuesto hombre, rompiendo finalmente su larga mirada.

—Si así es, que mi fuego alivie tu pesar —respondió Zhota, terminando de ese modo el antiguo saludo. Incluso con aquellos hombres, no podía encontrar el modo de ignorar las instrucciones de Akyev relativas a observar a los viajeros.

—¿Qué os trae a las profundidades del bosque? —preguntó Zhota, mientras los dos bandoleros se establecían junto al fuego. Mantenía comedida su respiración y su rostro calmado, pero tras esa máscara inmóvil estaba juzgando los movimientos de los recién llegados, escudriñando sus debilidades. Los viajeros iban armados: el

bestia con una inmensa hacha de batalla y su compañero, con una imitación de espada que colgaba a su espalda.

—Lo mismo que a ti. —El apuesto hombre acercó las manos al fuego para calentarlas—. Por lo que parece los monjes escasean, y tu orden ha llamado a aquéllos armados con acero para prestar ayuda.

*Mentira*, le habría encantado exclamar, pero mantuvo a raya su lengua. El pensamiento de los Patriarcas utilizando a bandidos para mantener su divina voluntad era un sacrilegio. Los hombres sin dios sólo veneran una cosa: el oro.

—¿Cuándo han emitido los Patriarcas un decreto semejante?

No han sido ellos directamente. Fue uno de tus hermanos, que estaba patrullando esta zona. Habló de un demonio suelto por el bosque. Un taimado cachorrillo que tiene el rostro de un niño ciego y la piel y el cabello blancos como la nieve. —Mientras hablaba esbozó una sonrisa dirigida a Mishka—. Parece que has capturado al pobre diablo tú solo.

Mishka se revolvió.

—¡No soy un demonio!

—¿Y por qué estás atado entonces? —El hombre con la cicatriz comenzó a reírse.

—El demonio es el que me persigue. Mató a madre y al resto. —En los ojos de Mishka se empezó a acumular sangre.

—Lágrimas de sangre... —El apuesto hombre se encogió—. Si no eres un demonio, estás maldito.

—No puedo controlarlo. Ha sido así desde que nací. Madre decía que sólo los idiotas creen que es una maldición. —Mishka extendió sus manos atadas y buscó a tientas a Zhota—. Tú me crees, ¿verdad?

—Silencio —respondió Zhota. mientras el temor y las dudas se abrían paso en su interior.

Nada en el Gorgorra es lo que parece.

Era posible, debía admitirlo, que algún miembro idiota de su orden hubiese reclutado a mercenarios en busca de ayuda. Y si este monje creyese que el chico era un demonio... ¿Acaso Zhota había estado engañado todo ese tiempo?

No. Había vigilado al niño durante días. Mishka no era más que un crío, aunque maldito por los dioses. Muy probablemente habían corrido cuentos sobre un muchacho horroroso que vagaba por los bosques, y el otro monje los había dado por ciertos.

—¿Dónde está ese monje? Debo hablar con él sobre el niño.

—Querrás decir sobre el demonio, ¿no? —dijo el hombre apuesto—. La última vez que lo vimos estaba al oeste de aquí. Él nos encontró a nosotros, no al revés.

—Entrégnos a la criatura —añadió el hombre con la cicatriz—. El monje nos prometió darnos su peso en oro. Necesitamos esas monedas. Hemos estado viviendo a base de raíces y carroña durante días.

Zhota lo ignoró.

—Has dicho que al oeste. Buscaré a ese otro monje.

—Iremos contigo —anunció el bestia—. El monje nos debe algo por nuestro trabajo.

—Vuestro trabajo ha terminado. —Zhota se levantó y cogió a Mishka.

—En ese caso, supongo que tienes las monedas con las que pagarnos, ¿verdad? —preguntó el hombre apuesto.

—Vuestra recompensa es la gratitud de los Patriarcas. —El hombre con la cicatriz escupió a los pies de Zhota. Su camarada lanzó un suspiro.

—Verás: eso supone un pequeño problema. El deber y el honor están bien y son suficientes para ti y para tus hermanos rapados, pero no tanto para gente como nosotros.

Zhota respiró varias veces de manera comedido para calmar su ira. Había aguantado la presencia de aquellos hombres durante demasiado tiempo.

—Ésa es la razón por la que gente como vosotros vive rodeada de indecencia e ignominia.

El hombre con la cicatriz se enrabietó, pero su compañero únicamente comenzó a reírse, emitiendo un sonido ronco lleno de desprecio y condescendencia. Aún seguía riéndose cuando sacó la imitación de espada de su espalda.

—Eres tozudo, ¿eh? —dijo—. Tu barba es mucho más corta que la del otro monje que nos encontramos. No debe haber pasado mucho tiempo desde que te amamantaste por última vez con las sagradas tetillas de los Patriarcas en tu casucha de la montaña.

Zhota permaneció inmóvil, con todos los músculos de su cuerpo en tensión.

—Lo suficiente como para encargarme de dos hombres sin dios.

—¿Dos? Es posible. Pero ¿tres? —El apuesto hombre dio un silbido.

De entre la oscuridad detrás de Zhota se oyó el silbido de madera con punta de acero surcando el viento. Se giró y realizó un rápido arco con su bastón, partiendo la flecha en dos apenas a un pie de su pecho.

Cuando se giró para ver el campamento, el hombre apuesto se disponía a atacar a Mishka rodeando la hoguera. Zhota proyectó su bastón hacia las llamas, y una ola de aire surgió de su bastón y chocó contra la hoguera, arrojando leños ardientes contra el bandido. La mayor parte de los ardientes restos rebotaron en su armadura, pero un ascua atravesó su cara y fue a parar a su ojo derecho. El hombre gritaba de dolor mientras el fuego se extendía y prendía su cabello.

El bestia saltó por encima de la hoguera y avanzó pesadamente hacia Zhota con su hacha de batalla elevada por encima de la cabeza. Zhota permaneció en el sitio mientras el bandido lanzaba su inmensa arma hacia abajo. En el último momento, el monje esquivó el tosco ataque y el hacha de su enemigo acabó hendida en el suelo del bosque. Zhota le fracturó ambos antebrazos con su bastón, los cuales se hicieron añicos cual cerámica con vino dentro, expulsando un torrente de sangre y huesos astillados.

El apenas discernible tañido de la cuerda de un arco sonó tras Zhota. Éste se hizo a un lado, la flecha silbó junto a su hombro y acabó perforando el pecho del hombre con la cicatriz. Se escuchó al asaltante oculto maldiciendo en alto y después, los sonidos de sus pisadas retirándose a las profundidades del bosque, lejos del campamento.

Zhota examinó los alrededores. El hombre apuesto también estaba muerto, con la piel de su cuello y cara formando una masa de sangre y ampollas. Mishka, sin embargo, había desaparecido.

—¿Mishka? —exclamó. Un escalofrío de terror subió por su espalda.

—Aquí —dijo el niño, mientras salía a rastras de debajo de un árbol caído—. Ellos mentían. El demonio envió a...

—¡Silencio! —gritó Zhota.

*Los pensamientos se iban acumulando en su mente. Podía oír la voz de Akyev reprendiéndolo.* Todo ha sido una artimaña para pillarte desprevenido. ¿Tan tonto eres que no lo viste venir?

—¿Por qué no me crees? —preguntó Mishka. Extendió la mano y agarró con ella la de Zhota. Había algo irónico en ese niño enfrente de él, tan inocente, teniendo en cuenta que hace días Zhota había decidido matarlo. En ese momento el monje se dio cuenta de cuánto le recordaba Mishka a sí mismo cuando era un crío, lleno de confianza y esperanzas y todas esas cosas que el Inquebrantable había despreciado. Eran los obstáculos en el camino del deber: las partes infantiles de sí mismo que Zhota pensaba que había aniquilado con el entrenamiento.

Sin embargo, nunca murieron del todo. Le revelaron una verdad que era difícil de creer: que Mishka sólo era un niño, solo, asustado y ciego, buscando una mano que lo guiase a través de las sombras del Gorgorra. Existía una razón por la que el dios del destino había hecho que se encontraran.

—Quiero la verdad —dijo Zhota—. ¿Quién es ese demonio? ¿Por qué te persigue?

El niño se mordió el labio inferior, vacilante, pero terminó por hablar.

—Lo envía padre.

—¿Por qué haría un hombre una cosa así?

—Mi padre... Él no es sólo un hombre —dijo Mishka tímidamente. En ese momento comenzó a relatar su pasado.

Una densa niebla descendió sobre el Gorgorra, difuminando el sol del mediodía y pintando el bosque con tonos de decadencia. Zhota había llevado sobre su espalda a Mishka en círculos durante horas, yendo hacia el oeste de su campamento, con la vana esperanza de encontrar al monje del que habían hablado los hombres sin dios. No era la primera vez que Zhota se consideraba a sí mismo un idiota por tomarse en serio sus palabras.

Aun así, siguió caminando como pudo. Si alguien de su orden estaba realmente allí tenía que encontrarlo y decirle la verdad sobre Mishka. El niño había hablado sobre su pasado durante gran parte de la noche, una historia tan blasfema que el mero hecho de escucharla provocó que Zhota se sintiese sucio. Cuanto más pensaba en ello, más imposible le parecía. *¿Y cómo te propones convencer a un monje de que es verdad?*

Puso a un lado sus dudas y prosiguió la marcha. Pasó otra hora antes de que se levantase la niebla y Zhota captase el olor del incienso al entrar a un pequeño claro. Al principio era leve, un perfume en claro contraste con los olores a humedad y tierra del bosque. Necesitó un momento para discernir trazas de rosas de sangre y madera de jade pero, cuando lo hizo, se quedó paralizado.

Reconoció el aroma.

—¿Qué sucede? —susurró Mishka.

Zhota no respondió. No podía. Su cuerpo se había vuelto tan rígido como una roca. Conocía ese olor tanto como su propio nombre. Provenía del incienso de Akyev y había sido parte del viejo monje cada día de entrenamiento de Zhota.

De repente se sintió pequeño y débil... justo como el niño que una vez había sido, antes de que Akyev hubiese acabado con esa parte de él, o al menos lo hubiese intentado.

La mañana en que Zhota conoció por primera vez a Akyev, el aire era fresco y limpio. El Inquebrantable le había hecho ir al alba a una de las terrazas del monasterio. El joven monje había escuchado muchas historias sobre la célebre fuerza de su maestro y había estado contando las horas que quedaban para conocerlo y comenzar el entrenamiento.

Pero la juvenil felicidad de Zhota murió ese mismo día. Aprendió que el Inquebrantable era considerado como una rareza en la orden, un hombre que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa si eso significaba cumplir órdenes. Su poder y determinación sólo encontraban parangón en su fanatismo y su carácter intransigente.

—Salta —había dicho Akyev, apuntando al borde de la terraza, la cual terminaba en un precipicio con doscientos metros de caída.

Zhota tardó un rato en darse cuenta de que Akyev lo decía en serio. Ahí fue cuando el miedo se apoderó de él. Sabía que si obedecía la orden moriría, pero aun así una pequeña parte de él creía que estaría a salvo. Esa sensación no provenía de su deseo de seguir órdenes a ciegas, sino de lo más profundo de sí mismo. En última instancia, sin embargo, Zhota la atribuía a la locura pura y dura.

Cuando su maestro lo agarró por el cuello y lo arrastró al borde del precipicio, Zhota gritó pidiendo clemencia. El Inquebrantable respondió a sus súplicas lanzándolo al abismo. Cerró sus ojos aguardando la muerte, hasta que cayó contra una comisa de piedra un metro escaso por debajo del monasterio: una comisa que antes no estaba ahí.

Eso sucedió antes de que conociese los secretos del monasterio: las paredes que

no eran paredes, las escaleras que no eran escaleras y las muchas otras ilusiones que servían para mantener a los iniciados en estado de alerta permanente.

Tras la caída de Zhota, Akyev lo había subido de la comisa. El joven monje estaba temblando de manera descontrolada.

—Tiemblas como una hoja en el viento —lo reprendió el maestro.

—El miedo te esclaviza. Por eso nunca llegarás a ser un monje. No eres más que un chico asustado que no tiene sitio en esta orden.

Cuando Zhota reunió el valor suficiente para mirar a Akyev a los ojos, el Inquebrantable le preguntó:

—Debes elegir. ¿Eres ese chico o eres un monje?

—No soy *ese* chico —había respondido, secándose las lágrimas.

—Que así sea. Si vuelve a mostrar su rostro, no habrá ninguna cornisa que lo salve de la caída. —Zhota abandonó el recuerdo y negó con la cabeza. Aquel día había ignorado su intuición. Y no sería la última vez. A lo largo de los años, el Inquebrantable había trabajado sin descanso para eliminar la insistencia de su alumno en confiar en sí mismo al presentársele situaciones difíciles. A Akyev no le importaba en absoluto que las intuiciones de Zhota fuesen correctas o no. Él creía que semejante confianza en sí mismo podía comprometer la capacidad de obedecer las órdenes de los Patriarcas y seguir su divina voluntad.

—¿Qué sucede? —preguntó Mishka mientras descendía de la espalda de Zhota.

—Nada. —Una fría inquietud se estaba apoderando de su estómago. Si fuese cualquier otro monje, es posible que Zhota lo convenciese de la inocencia de Mishka. Pero no Akyev. No el Inquebrantable.

Zhota pensó en abandonar esa zona del bosque, pero su maestro los encontró antes de que pudiese poner en práctica esa vergonzosa idea. Akyev había salido de detrás de un enorme pino, dirigiendo una bestia de carga con una gran cantidad de bolsas de cuero de diferentes tamaños. El anciano monje tenía el mismo aspecto de siempre: tranquilo y sereno, sin un solo rastro de gris en su negra barba. Los círculos del orden y el caos de su frente seguían igual de intensos, como si se los hubiese tatuado el día anterior en vez de años atrás.

—Zhota —dijo Akyev. Observó brevemente a Mishka, pero su rostro no mostró ninguna señal de sorpresa.

—Maestro. —Zhota juntó sus palmas y se inclinó ante él.

El anciano monje avanzó hacia adelante con pasos lentos y medidos hasta que se plantó frente a su antiguo alumno. Zhota le sacaba una cabeza a su maestro, pero aun así sintió como si estuviese frente a un gigante.

—Temía que no estuvieses preparado, pero parece que has demostrado que me equivocaba. —Akyev desplazó su mirada hacia Mishka—. Has triunfado allí donde yo fracasé. Sin duda alguna, los dioses son misteriosos.

Aquello produjo un gran sentimiento de orgullo en Zhota. Akyev nunca antes había elogiado sus esfuerzos. Su maestro siempre había encontrado errores en todo lo

que hacía. Durante su estancia en el monasterio, Zhota había presenciado cómo otros monjes desarrollaban relaciones positivas con sus acólitos. Cuando los alumnos cometían errores no eran necesariamente castigados, sino que se les mostraba el camino correcto. Ése no había sido el caso de Akyev. Zhota luchaba contra la naturaleza embriagadora de la extraña afirmación de su maestro, acordándose de la difícil situación del niño.

—Estás buscando a un demonio, pero este chico... —comenzó a decir Zhota, pero su maestro lo interrumpió.

—No es un chico. Nada en el Gorgorra es lo que parece. Mira en qué se ha convertido este sagrado lugar. Se ha perdido el equilibrio. Éste, Zhota, es el momento para el que hemos entrenado durante toda nuestra vida.

Akyev bajó su voz al nivel de un susurro y apuntó hacia Mishka.

—Los dioses del orden tiemblan intranquilos. Esta abominación con apariencia de niño no es más que otra prueba del grave estado de las cosas.

El chico había guardado un extraño silencio durante la conversación. Zhota pudo ver en ese momento que estaba congelado por el terror. La sangre brotaba de sus ojos y su cuerpo temblaba de manera incontrolada.

—*¡Es el demonio!* —gritó de repente Mishka—. ¡El demonio!

—¿Lo ves? —dijo Akyev con tranquilidad—. La espantosa criatura hará uso de cualquier mentira para ocultar su verdadera forma.

*Abominación.* Lo absurdo de la historia de Mishka era una pesada losa sobre Zhota. Sabía que tenía que actuar rápidamente antes de que cediese ante sus dudas, así que apartó de su mente toda reserva y relató la historia del niño.

La noche anterior, Mishka había confesado ser el hijo de un Patriarca y su concubina. Debido a las deformidades del niño, su padre había considerado matarlo, pero su madre había convencido al Patriarca para encerrarlo en una esquina del palacio de Ivgorod. Mishka había vivido allí durante años, aislado, hasta que el fuego celestial abrasó el cielo. Según iban llegando a Ivgorod las historias sobre oscuras e impuras fuerzas alzándose en el Gorgorra y otras regiones, el miedo y la paranoia se habían apoderado del reino. Las tensiones habían estallado entre el aterrorizado pueblo llano mientras dirigían sus miradas hacia los Patriarcas en busca de respuestas... En busca de salvación.

Los Patriarcas eran la voz de los mismos dioses. Eran el paradigma de la rectitud. Que uno de ellos engendrara a un niño como Mishka sería visto, en el mejor de los casos, como un oscuro presagio. Pero en estos sombríos y ominosos tiempos, una progenie tal arrojaría dudas sobre la propia pureza del Patriarca. Por esta razón, supuso Zhota, el sagrado líder habría finalmente ordenado asesinar a su hijo. Sólo gracias a los esfuerzos de su madre y unos pocos sirvientes fieles había Mishka evitado su suerte, desapareciendo de Ivgorod en el corazón del Gorgorra.

Cuando Zhota terminó de hablar, Akyev lo observó durante largo rato, sin discutir ni cuestionar la historia. Simplemente dijo:

—Sólo has escuchado las mentiras que el demonio ha querido contarte.

—Sé que es difícil de comprender, pero yo creo que es inocente.

—¿Tú *crees*? ¿Estarías dispuesto a jurar, por tu honor como miembro de nuestra orden, que eso es cierto?

—Sí —respondió Zhota, aunque su voz estaba falta de convicción. Akyev inclinó la cabeza y respiró profundamente—. En ese caso, estaba equivocado...

—Es lo que has dicho: nada en el Gorgorra es...

Akyev interrumpió la frase con una patada a la media vuelta sobre el esternón de Zhota que aplastó el aire de sus pulmones.

Todo se sumió en la oscuridad y en su cabeza comenzaron a sonar campanas. Más allá del ruido podía oír a Mishka gritar. Cuando Zhota recuperó la vista, observó a Akyev por encima de él, agarrando al niño por el pelo.

—Me equivoqué contigo —exclamó Akyev—. ¿Cómo has podido apartarte del camino de esta forma? ¡Ha sido uno de los propios Patriarcas quien me ha informado sobre el demonio y sus engaños! ¿Quién eres tú para cuestionarlo?

Zhota plantó su bastón en el suelo y se levantó con denodados esfuerzos mientras las palabras del Inquebrantable lo golpeaban. *Uno de los Patriarcas le ha ordenado que hiciera esto. ¿Los ocho restantes no tenían nada que decir?*

Mata a la criatura —ordenó el Inquebrantable—, y se te perdonarán tus faltas.

El deseo de obedecer era asfixiante. Había vivido tanto tiempo según las enseñanzas de su maestro que desafiarlas casi lo hacía sentirse físicamente enfermo. Y, sin embargo, una voz en el interior de Zhota le susurraba que simplemente no lo hiciera; era una intuición, un destello de una visión, como aquéllos que Akyev siempre le había dicho que silenciase durante sus años de entrenamiento. Iba contra todo lo que había aprendido que estaba bien pero, de un modo absolutamente inexplicable, relucía con la luz de la verdad.

—No... Él no es... —acertó a decir Zhota entre resuellos.

Su maestro lanzó un suspiro.

—Seguía teniendo la esperanza de que te harías fuerte, de que superarías las debilidades que hay en tu interior. Pero aún eres un niño. Yo soy el único al que se le puede echar en cara tus errores.

—Los dioses están intranquilos, tal y como dijiste. —Zhota se armó de valor para pronunciar la blasfemia que estaba a punto de decir—. El Patriarca que te ha enviado ya no está preocupado por mantener el equilibrio —continuó—. El demonio que buscas, si es que existe, está fuera incluso ahora.

Akyev soltó un rodillazo al estómago de Zhota y éste cayó al suelo. Alzó la vista en el momento justo para ver cómo la mano libre de su maestro se abalanzaba hacia adelante. El dolor se abrió paso en la frente de Zhota. Algo caliente y húmedo corría por sus ojos y su nariz. Cuando Akyev retiró su mano y arrojó a un lado algo empapado en sangre, Zhota se dio cuenta de que era la piel de su frente en la que se había tatuado los círculos del orden y el caos.

—¡No tienes derecho a llevar estos símbolos sagrados! Tú no eres un monje... No. Vuelve al monasterio de inmediato y espera mi llegada. Tu sacrilegio llegará a los oídos del Patriarca.

El Inquebrantable emprendió su marcha, arrastrando a Mishka consigo. Zhota se levantó, resistiendo la vergüenza. Los fallos y lecciones inscritas en su bastón parecían hacer que su mano ardiese allá donde las tocase.

Rabia... Rabia por todas esas veces en las que se había visto superado por él, todas esas veces en las que había querido creer en sí mismo sólo para que el Inquebrantable lo menospreciase... La rabia inundaba sus venas como si fuera fuego.

Cargó contra Akyev, reduciendo la distancia que los separaba, y golpeó con su bastón el cuello de su maestro. El impacto provocó que los brazos de Zhota se estremecieran como si hubiesen golpeado una roca de granito. Su bastón se combó, y una gran grieta se abrió a lo largo del arma.

Akyev se tambaleó levemente, lo suficiente para que Mishka quedase libre.

—¡Escóndete como te dijo tu madre! —gritó Zhota—. ¡Sal sólo cuando escuches su canción! —Mishka se adentró a trompicones en las profundidades del bosque. No conseguiría llegar lejos por sí solo, y Zhota lo sabía.

Pero Akyev se tragó el anzuelo. Sacó su cimitarra y comenzó a perseguirlo, con la espada brillando débilmente en la penumbra del bosque. Zhota dirigió su bastón contra el pecho del Inquebrantable. Akyev esquivó el ataque con facilidad y después formó con su espada un arco bajo a una velocidad inusitada. Zhota clavó los pies contra el árbol situado a su espalda y dio una voltereta por encima del anciano monje y su ataque.

El filo del Inquebrantable cortó limpiamente el tronco del árbol. El altísimo pino comenzó a derrumbarse sobre el claro, en dirección a la bestia de carga. El animal resopló y avanzó con parsimonia hacia adelante justo cuando las ramas del árbol caían sobre su lomo, tirando las bolsas al suelo. Zhota se estremeció cuando el pino se estrelló contra el suelo del bosque con un enorme estruendo.

Las pertenencias de Akyev se desparramaron por todos lados. La mayor de las bolsas se rompió y se abrió, y algo salió rodando de ella sobre un lecho de sal y hierbas. Tenía un tono pálido y descompuesto, con cabello negro y ralo.

Se trataba de la cabeza de una mujer, con su boca abierta de par en par y congelada en un silencioso grito.

Todas las piezas del rompecabezas encajaron al instante. La caravana masacrada. El cuerpo decapitado. El demonio.

Zhota miró a Akyev, sin querer creérselo. Su maestro era muchas cosas, quizás el monje más cruel y severo de todos, pero Zhota nunca imaginó que pudiese ser un asesino.

Ni siquiera podía pasársele por la cabeza que los Patriarcas pudiesen consentir la carnicería de la caravana bajo circunstancia alguna. No, todo eso era imperdonable. Era evidente que el padre de Mishka era uno de los Patriarcas comprometidos con el

caos y que estaba actuando sin el consentimiento del resto de los gobernantes. Quizás por eso había elegido a Akyev, un hombre que obedecería sin dudar cualquier orden que recibiese.

Akyev no miró la cabeza más de una vez. Su cimitarra se hundió en el bíceps izquierdo de Zhota con un golpe perfectamente ejecutado que serró los músculos de la extremidad. Su brazo quedó inerte y dio unos cuantos pasos de manera desorientada, alejándose del anciano monje antes de recuperarse.

Zhota realizó en una finta un barrido con su bastón a una mano hacia la cabeza de Akyev para, a continuación, propinar una patada en el estómago al Inquebrantable. Akyev agarró su tobillo y lo arrojó contra el árbol caído.

Antes de que Zhota pudiese rodar hacia un sitio seguro, su maestro saltó hacia adelante e hizo caer su cimitarra. Zhota sacó el bastón con su mano derecha para desviar el golpe, pero de repente se sintió impotente contra la leyenda a la que se enfrentaba y en su mente se arremolinaron las dudas al igual que le había sucedido durante los entrenamientos. La espada hizo añicos su bastón, pero la medida defensiva fue suficiente para desviar el ataque del anciano monje. La cimitarra de Akyev realizó un corte en diagonal sobre el pecho de Zhota, provocando una herida superficial.

Zhota intentó levantarse con su brazo bueno, pero se derrumbó sobre el suelo envuelto en dolor y siendo consciente de la derrota.

—Has luchado como esperaba, sin elegancia ni determinación afirmó Akyev.

—Sabes de sobra que el niño no es un demonio —acertó a decir Zhota.

—Sé lo que el Patriarca me ordenó. Yo no lo cuestiono.

—La caravana... Mataste a aquella gente.

—Cumplía con mi deber.

—¿Era necesario que contratases los servicios de hombres sin dios? ¿Que matases inocentes?

—Los bandidos no eran más que herramientas, del mismo modo que yo soy un instrumento de las divinidades. Los habría enviado a los dioses para que fuesen juzgados si me hubiesen entregado al demonio. Y, con respecto a los otros, protegían a la criatura. Cuando pregunté adonde había huido maldijeron a los Patriarcas. Los viajeros murieron como los perros que eran.

Akyev realizó un gesto hacia la cabeza cercenada.

—Era de la demonio. La cogí como prueba de su muerte. Era la esclava del niño demonio, una zorra a quien la criatura enviaba a las diferentes aldeas para atraer a nuevas víctimas.

—Eso es mentira —dijo Zhota—. Su padre, el Patriarca, ha recurrido al asesinato debido a sus temores. Cree que los plebeyos pensarán que está corrupto y que quizás incluso se levanten contra él si saben que engendró a un niño deformado. Ha abandonado el sistema de equilibrio para perseguir sus propios fines.

—Jamás entenderás lo que es cumplir con el deber —replicó Akyev—. Condenas

mis acciones con un corazón humano cuando son los dioses quienes las dictan. Eres peor que un hereje. Eres una mancha en mi honor y en el de toda nuestra orden. Te entregaré a los dioses para que seas juzgado por ellos.

—Sabes que es simplemente un niño, ¿verdad? Pero has elegido ignorar la verdad —dijo Zhota mientras el Inquebrantable elevaba la cimitarra muy por encima de su cabeza. En los ojos de su maestro pudo ver incertidumbre durante un brevísimo instante.

A pesar de ello, Akyev lanzó su ataque. Dio la impresión de que el tiempo se ralentizaba mientras el acero se precipitaba hacia abajo... abajo... abajo. Con repentina claridad, Zhota se dio cuenta de que no era él quien había flaqueado, sino Akyev. El Inquebrantable, en su debilidad, se había doblado ante el creciente caos y había cerrado sus ojos a la verdad.

Zhota rezó a los silenciosos dioses a su alrededor para que le proporcionasen fuerza. Si aún quedaba algo inocente en el Gorgorra sabía que era Mishka. Zhota se concentró en ese pensamiento, recordándose a sí mismo que estaba actuando de acuerdo con los principios del equilibrio. Hizo que el miedo y el dolor se disipasen, concentrándose en la superficie de su mano derecha y deseando que fuese fuerte mientras la alzaba al encuentro de la espada.

La cimitarra del Inquebrantable se estrelló contra su mano. El peso de la espada era como el de una montaña entera presionando contra él. Y, sin embargo, el filo del arma no atravesó la piel de Zhota. Él no se doblaría como Akyev. Él no se rompería.

—Solamente es un niño —gruñó Zhota entre dientes mientras asía la espada fuertemente con los dedos—. ¡Aún puedes hacer lo correcto!

—¡Silencio! —gritó el anciano monje. El sudor caía por sus cejas, esforzándose sobremanera por conseguir liberar la cimitarra de las garras de Zhota. Cuando se dio cuenta de que no podía, el Inquebrantable se inclinó hacia adelante, presionando el acero contra la mano de Zhota.

No me doblaré. No me romperé.

Zhota emitió un rugido inhumano y torció su muñeca. El arma de Akyev se partió como madera podrida, y el anciano monje perdió el equilibrio por la súbita tensión liberada. Zhota giró el filo roto en su mano hacia un lado y realizó con él un estrecho arco hacia arriba, cortando el cuello de su maestro de manera tan limpia que la cabeza de Akyev permaneció sobre sus hombros hasta que su cuerpo se estrelló contra el suelo.

Zhota no pudo recordar después cuánto tiempo estuvo tumbado, mirando hacia arriba con la mente tan clara como el cielo despejado que se intuía sobre el toldo que formaba el bosque. Tampoco guardaba recuerdos sobre las tareas que llevó a cabo después: vendar sus heridas, cantar mantras de curación y esforzarse por construir una pira para purificar el cuerpo de Akyev según iba ganando movilidad en su brazo izquierdo. Lo primero que recordaba era llevar la flauta a sus labios y tocar el instrumento. Temía no acordarse de las notas de la canción de cuando la tocaba

cuando era un muchacho.

Pero la melodía debía ser la correcta, porque Mishka apareció en el claro.

—¿Zhota? —preguntó con cierto miedo.

—Aquí.

Mishka siguió el sonido de su voz y llegó a su lado.

—El demonio...

—No era un demonio, pero ya está muerto —respondió Zhota.

Zhota le quitó el fajín que ataba sus manos y a continuación llevó al chico al lugar en el que se encontraba la cabeza de su madre. Quería dar a Mishka la oportunidad de decirle adiós antes de que el monje la enviase con los dioses. Pero el niño sólo respondió:

—No... No lo necesito. Ya tengo la canción.

Después de terminar el trabajo, Zhota consideró qué dirección tomar. No sabía cómo reaccionaría el Patriarca cuando Akyev no regresase con pruebas de la muerte de Mishka. A pesar de ello, Zhota sabía que era casi imposible que el gobernante encontrase a otro monje como el Inquebrantable: uno que no se mostrase opuesto a realizar actos de destrucción y crueldad sin sentido que iban en contra de la naturaleza del equilibrio.

A pesar de las terribles lecciones que había aprendido últimamente, Zhota encontró consuelo en el hecho de que tanto Akyev como el Patriarca no eran más que aberraciones. Al igual que el estado del propio Gorgorra, eran otra prueba más de los problemáticos tiempos en los que se había instalado el mundo, injusticias con las que se podía acabar. Otros monjes, honorables guerreros que jamás habrían hecho lo que hizo Akyev, estaban arriesgando sus vidas para hacer retroceder a las florecientes fuerzas del caos. Ellos no habían cerrado sus ojos a los honrados principios sobre los que se había construido la orden de los monjes, y Zhota tampoco lo haría.

Condujo a Mishka de la mano fuera del claro y se dirigió al norte, hacia Ivgorod, con el objetivo de informar de todo lo que había sucedido en relación a su orden. Su camino nunca había estado tan claro como en esos momentos y, por primera vez en su vida, sintió que verdaderamente comprendía lo que era ser un monje.





# Luciérnaga

Michael Chu

Imploro tu perdón, pues hay mucho que contar sobre la maga, y yo soy el único que puede relatar toda su historia. Ésta es mi carga, al igual que lo que viene a continuación. El final no es ningún misterio. Está escrito en las piedras despedazadas y muros destrozados que nos rodean, y se susurra en los rumores que se transmiten de boca en boca.

Pero en asuntos de magia nada es tan sencillo, y ten por seguro que lo que has visto y escuchado no es toda la historia.

Mientras convalecía en cama después de que los médicos me asegurasen que sobreviviría, poca cosa podía hacer salvo escudriñar los debilitados recuerdos de días pasados en busca de un patrón que anunciase esta gran catástrofe. La conozco mejor que nadie, mejor aún de lo que se conoce a sí misma, aunque ella nunca sería capaz de admitirlo. Puede que se trate de la maga más poderosa de nuestra época. Posee un corazón puro y sólo desea hacer el bien, pero la caracterizan esa estupidez e invencibilidad intrínsecas a la juventud y la genialidad. No hay regla que no rompiese y nunca ha entendido el significado de las palabras no se puede y no se debe. Así ha sido desde la primera vez que nos vimos, hace años.

Un día muy parecido al de hoy.

La maga Isendra entró rápidamente en mis aposentos, empujando a una joven delante de ella. Las dos eran tan diferentes como lo son el fuego y el hielo. Isendra aparecía majestuosa y resplandeciente con su toga verde y sus joyas de oro, mientras que la chica me recordaba a un pájaro, moviendo la cabeza hacia adelante y atrás y escudriñándolo todo, fascinada por las cosas presentes a su alrededor: los libros de las estanterías, las hileras de botellas con extraños líquidos y sustancias en polvo, y los dispositivos arcanos cuya utilidad suponían un misterio para mí. La toga de la chica no era más que unos harapos con jirones, manchas de sudor y suciedad. Podría haber pasado por uno de esos niños mendigos que persiguen a los ricos mercaderes en el Zoco de Caldeum. Su largo y oscuro pelo era una maraña de enredos seca y quebradiza, tan cubierta de polvo y barro como el resto de su ser. Tenía la piel muy bronceada y los labios cortados.

—¿Así que ésta es la chica? —pregunté a Isendra mientras dirigía la vista hacia la niña despeinada que estaba frente a ella.

Isendra observó con dudas a la muchacha.

—La encontré en el patio, batiéndose con Mattiz, Allern y Taliya. —La voz de la maga destilaba desagrado—. Estaban dispuestos a aceptar su reto.

—No parece haber salido mal parada de la experiencia —dije—. ¿Y el resto?

Mattiz y Allem están siendo atendidos. A Taliya sólo le hirió el orgullo.

—La muchacha esbozó una sonrisa al escuchar la historia.

—Puede que sea lo mejor —añadí—. Es probable que esos tres hayan recibido una buena lección de humildad. Me ocuparé de ellos más tarde.

—Pero ahora te ocuparás de mí, anciano —dijo la chica. Tenía una voz clara y altiva, reforzada por la confianza proveniente de la seguridad de un niño.

—Conque sabe hablar. —Lancé una mirada de complicidad a Isendra.

—Puedes estar seguro —dijo Isendra con sequedad—. No para.

—¿Quién eres? —inquirió la muchacha—. ¿Por qué me has traído aquí?

—Soy Valthek, consejero supremo de los Vizjerei y maestro de los clanes de magos del Sagrario de los Yshari.

La chica se mantuvo en silencio durante un largo rato, observándome.

—¿Tú? —preguntó finalmente.

Solté una carcajada.

—Dime, muchacha, ¿quién eres y qué te trae hasta aquí? Estoy convencido de que tienes mayores propósitos que el de enviar a mis aprendices a la enfermería.

—Me llamo Li-Ming. Y no soy una muchacha —dijo—. Soy una *maga*.

—Una afirmación hartamente atrevida —dije. Me costó ocultar mi divertimento porque la muchacha se arrogase el título de maga, un término reservado para los mayores hechiceros de la historia, del que el común de los mortales hablaba con miedo y los familiarizados con lo arcano mencionaban con pavor.

—Mi afirmación se basa más que en palabras —dijo Li-Ming con tono atrevido.

Alcé mi mano para tranquilizarla.

—En ese caso, muéstramelo.

Apenas había terminado de hablar cuando una fuerte ráfaga de viento atravesó mi mesa y barrió todos los papeles, libros, frascos de tinta y otras rarezas allí presentes, haciendo que se amontonasen en el suelo con gran estruendo. Mi expresión permaneció neutra y la muchacha lo entendió como una invitación a proseguir su demostración. Li-Ming extendió los brazos a ambos lados y sobre las palmas de sus manos hizo aparecer dos pequeñas esferas de llamas idénticas que se elevaron hacia el techo. La explosiva ráfaga de aire caliente hizo que su cabello se proyectase en dirección opuesta a las columnas de fuego, cuyo reflejo titilaba en sus ojos marrones.

Me encogí de hombros.

—Trucos de prestidigitador.

La boca de Li-Ming dibujó una mueca de frustración. Cerró sus manos y las llamas desaparecieron, aunque la sensación de calor se mantuvo. Con otro movimiento de su brazo, lazos de llamas incandescentes de color rojo y naranja

surgieron y comenzaron a danzar en formas serpentinadas en el centro de mi escritorio. Volvió a agitar el brazo, y las hileras de libros abandonaron mis estantes y comenzaron a levitar. Hizo que flotasen en línea a través de la habitación hasta que formaron una espiral alrededor de ella, como si se encontrasen en el interior de un torbellino, para después apilarlos formando un trono. Se sentó sobre él, frente a mí.

Li-Ming arqueó una ceja y yo le respondí con un lento y mesurado aplauso.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer, muchacha? —pregunté. Agité la mano con desprecio; las llamas de mi escritorio se esfumaron y los libros sobre los que se sentaba cayeron al suelo. Li-Ming se levantó de un salto antes de caer con ellos—. La gente temía a los hechiceros a los que llamaban magos. Llevaron al mundo al borde de la destrucción una vez tras otra y disponían de un poder tan salvaje que la tierra temblaba con cada una de sus maquinaciones. Trataban con los demonios de los Infiernos Abrasadores y firmaban pactos que nos conducían a la ruina. Engañaban a la muerte y rompían el mismísimo tejido de la creación. Lo único que has hecho tú ha sido revolver las pertenencias de un anciano y prender fuego a su escritorio.

—Puedo hacer más —dijo ella a la defensiva—. Algún día seré la maga más poderosa.

—Mi experiencia me dice que uno puede esperar un día durante mucho tiempo y, aun así, sentirse decepcionado cuando llega.

—¿Has oído hablar del milagro del Valle del Río Heron? —preguntó ella.

—He escuchado una historia sobre ese lugar. Algo sobre una sequía y una joven que intentó solucionar las cosas —dije sin mostrar mucho interés—. Creo que la llamaban maga.

—Yo soy esa maga —dijo orgullosa Li-Ming—. Habían pasado meses desde las últimas lluvias; el Río Heron había menguado hasta convertirse en un simple arroyo y los campos estaban secos y marrones. La gente del valle pensó que no había nada que hacer, excepto esperar a que los dioses nos salvaran. Pero yo sabía que podía conseguir lo que los dioses no se dignaban a ofrecer.

—Deberías ser más prudente y no lanzar blasfemias contra los dioses tan a la ligera —dije.

Ella ignoró mi interrupción.

—Busqué toda el agua que pude. La saqué de las reservas subterráneas y recogí hasta la última corriente que discurría por la agrietada arcilla del lecho del río. La reuní y la lancé al aire para intentar crear una tormenta. Al principio no pasó nada y la gente decía que no era más que una tonta agitando los brazos y rezando para que lloviera. Pero yo sabía lo que iba a pasar. Las horas pasaron y el cielo azul se oscureció. Aparecieron unas débiles nubes grises donde antes no había ninguna, se extendieron en el horizonte y crecieron hasta que incluso el sol se ocultó tras ellas. Adquirieron el color de la noche, amenazaban una gran tormenta y sus sombras cubrían todo el valle. Aquéllos que antes reían empezaron a creer. El sonido de los truenos resonó en todas direcciones y los destellos de los relámpagos iluminaban las

nubes desde su interior. El aire se empapó y sentí la humedad en mí piel mientras la niebla descendía sigilosamente desde las montañas. La niebla se convirtió en llovizna, la llovizna en chubasco y, después, en aguacero. La tierra absorbió toda el agua y el Río Heron volvió a fluir. Eso es lo que puedo hacer.

Isendra se mostró incrédula.

—Ninguna cría podría haber hecho eso.

—Que esté más allá de tus posibilidades no quiere decir que lo esté de las mías —dijo Li-Ming a la hechicera, que era dos décadas mayor.

Yo era tan escéptico como tú —le dije a Isendra—, pero me he enterado de la verdad del asunto y es tal y como ella dice. Aunque se ha dejado en el tintero ciertos detalles.

La sonrisa presente en la boca de Li-Ming desapareció, aunque su barbilla aún se alzaba desafiante.

Proseguí.

—Después de que la lluvia fuese y viniese, los meses siguientes fueron testigos de la vuelta de la sequía y ésta fue aún peor que antes. La gente señaló a la maga que había traído la lluvia y la cargó con toda la culpa.

Li-Ming dijo con tono suave.

—Aquéllos que me elogiaron exigieron que me marchase. Mis padres estuvieron de acuerdo. Yo sólo pretendía ayudar. No sabía lo que iba a suceder.

—La gente no confía en los magos. Temen lo que no comprenden. Cualquier mago entrenado en el Sagrario de los Yshari habría identificado el peligro que conllevarían tus acciones. —Esbocé una sonrisa—. Y aun así, si esos magos hubiesen intentado hacer lo mismo que tú, dudo mucho que hubiesen conseguido ni la mitad de lo que tú lograste.

Li-Ming percibió el cambio en mi actitud.

—En ese caso, enséñame.

—Lo he estado pensando, pero ahora que te conozco un poco más no sé si deberías convertirte en una de nuestras alumnas. Tienes mucho que aprender, aún más que desaprender, y me pregunto si tendrás la voluntad para llegar hasta el final.

—¿Cómo puedes decir eso? Soy más poderosa que cualquiera de tus alumnos. ¡Tráelos aquí y te lo demostraré! Lucharé contra ti si eso es lo que deseas, anciano. No importa. He cruzado mares y desiertos para estudiar aquí, y eso es lo que haré.

—No eres tú quien debe decidirlo. La decisión está en mis manos —dije.

—Deja que la entrene —exclamó Isendra repentinamente.

—¿Qué? —pregunté.

Li-Ming observó con recelo a la hechicera.

—Esta chica tiene algo. Tal y como dices, puede que resulte en vano pero, al igual que tú, veo su potencial, y quizás llegue un día en que la necesitemos y nos arrepintamos de haberla rechazado —Isendra sonrió—. Y también puede que me vea algo reflejada en ella.

Li-Ming sacudió la cabeza.

—No quiero que seas tú. Quiero que me enseñe el anciano.

Isendra frunció el ceño.

—Deberías estar agradecida. Yo luché contra los Señores del Infierno mientras tú no eras más que un pensamiento en la imaginación de tus padres. No he hecho todo esto para dar clases de magia a una niña insolente, pero ésta es mi oferta.

—Y mi respuesta es no —dijo Li-Ming.

Yo había guardado silencio mientras decidía si dar o no mi beneplácito a semejante colaboración. La habilidad de Isendra era incomparable, estaba casi a mi nivel, y su experiencia podría intrigar a la chica y mantener su atención. Pero tenía mis reparos.

—Silencio, las dos —dije mientras me levantaba—. Los conocimientos de Isendra sobre la magia elemental no tienen nada que envidiar a los míos, y creo que ambas os daréis cuenta de que tenéis mucho en común. No hay mejor profesor para ti. Yo en tu lugar rezaría para que no convenciese a Isendra de que se lo replantease. Será ella o veremos cómo te marchas de aquí sola. La historia está llena de magos olvidados que nunca llegaron a nada.

Li-Ming se mordió el labio.

—¿Mi palabra no cuenta para nada?

—No —respondí—. Ni lo más mínimo.

Ése fue nuestro primer encuentro y aún lo recuerdo como si de ayer se tratase. Isendra adoptó el papel de maestra de Li-Ming. Se convirtió en una mentora para la chica y Li-Ming cultivó un profundo respeto por la hechicera. Eran más parecidas de lo que Isendra o yo habíamos sospechado. Pero Li-Ming agotó rápidamente el caudal de conocimientos que Isendra poseía. Su relación cambió y Li-Ming comenzó a tratar a la hechicera como su igual más que como su maestra. Isendra también estaba cambiando y ésa era otra fuente de preocupaciones para mí. Era demasiado permisiva con respecto al comportamiento de Li-Ming. Sin nada más que aprender, Li-Ming se dejó llevar por esa ansia de curiosidad tan característica de ella y ahí fue donde comenzaron los problemas.

Cuando sorprendí a Li-Ming hurgando en las secciones de la biblioteca que contenían textos prohibidos y clasificados como demasiado peligrosos para ser estudiados, supe que debía actuar. Por tanto, asumí su entrenamiento a pesar de las protestas de Isendra y comencé a vigilarla. Traté de estructurar la vida de Li-Ming y le presenté un plan de estudios que dirigiría sus intereses hacia asuntos más aceptables.

Sin la responsabilidad de instruir a Li-Ming, no había nada que retuviese a Isendra en el Sagrario de los Yshari, así que pasaba pocos días aquí. No obstante, siguió siendo una gran amiga y siempre la he considerado una consejera inestimable.

Cuando los tres nos volvimos a reunir varios años después, Isendra había adaptado su vida lejos del Sagrario y de su antigua alumna.

Ojalá pudiese contar con su consejo ahora.

El verano debía dejar paso a los días más fríos del otoño y el invierno, como siempre había sucedido, pero transcurrió un año y el bochornoso calor se mantuvo en el ambiente, desde las tierras del sur del imperio hasta las Estepas Adustas del norte. Aún transcurrían los primeros años del reinado del emperador Hakan II, y los supersticiosos cuchicheaban sobre el pronóstico de un oscuro presagio que se cerniría sobre su mandato. Incluso en el desierto, el clima no se parecía al de ninguna época pasada. Un implacable calor lo envolvía todo, y las tormentas de arena y los tomados de las dunas segaban el rostro de los ardientes páramos. Los inmensos mares de arena hacían honor a su nombre. Las dunas se desplazaban, creando un paisaje en constante cambio y desenterrando inmensas formaciones rocosas con bordes tan afilados que cortaban hasta los huesos. Parecían monstruosos dientes que emergían de la arena, la cual había cambiado de color amarillo a rojo como si estuviese teñida de sangre. El desierto engulló aldeas enteras, dejando al desnudo cimientos de piedra o un puñado de ladrillos de barro allí donde antes se levantaban casas.

Transcurrió otro año y el verano no dio ninguna señal de terminar. El imperio se marchitaba. Envié un mensaje a Isendra pidiéndole que investigase las causas posibles de semejante clima mientras yo me llevaba a Li-Ming en dirección a Caldeum. Nos adentramos en el corazón del desierto para ver qué podíamos descubrir por nosotros mismos.

Sin embargo, varios meses después del inicio de nuestro periplo, regresamos a casa con más preguntas que respuestas. Li-Ming y yo íbamos montados en camellos cuando vimos aparecer lentamente por el horizonte Lut Bahadur, una de las mayores ciudades de las Tierras Fronterizas donde la habitabilidad era factible, aunque no sencilla. Parecía como si el calor tuviera vida propia. Te impregnaba, se filtraba por debajo de tu piel y acababa con todos los recuerdos que pudieses tener sobre el frío. Yo vestía una ligera toga de algodón con una capucha sobre la cabeza y me cubría el rostro con una tela que me protegía de las huracanadas tormentas de arena y dejaba mis ojos al descubierto. Por aquel entonces, Li-Ming había crecido hasta convertirse en una joven mujer. Los índices de inocencia infantil se habían esfumado y, en esos momentos, solía mantener una expresión seria que a veces daba paso a una más que ensayada sonrisa de suficiencia. Vestía sus mejores atuendos a pesar del calor y recurría a una pequeña cantidad de magia para mantenerse en condiciones.

—El fin de nuestro viaje se aproxima, Li-Ming, y aun así no parece que estemos más cerca de desentrañar el misterio de este interminable verano —dije mientras avanzábamos.

—No me lo explico, maestro. Creo que hay algo que está consumiendo el desierto. Parece como si los límites de la realidad se estuviesen debilitando, como cuando observas el horizonte en un sueño —dijo ella.

—Puede que percibas el océano de fuego y roca fundida que yace bajo nuestros pies.

—¿O el sol que amenaza sobre nuestras cabezas? —preguntó exasperada—. Restas importancia a lo que digo, pero estoy convencida de que este clima no tiene una causa natural. Cuando indagué en los archivos de la ciudad...

—Todo un logro, teniendo en cuenta que tienes prohibido abandonar el Sagrario de los Yshari...

Me dirigió una mirada fulminante.

—He consultado los registros sobre el clima. Nunca antes había tenido lugar un período de calor tan interminable. El Oasis de Dahlgur podría secarse si esto no acaba pronto.

—Estoy de acuerdo.

—Pero hay algo más —dijo Li-Ming—. El ambiente está impregnado de algo que no he sentido nunca. Debería ser fresco y, sin embargo, no lo es. Los vientos deberían soplar tranquilos y, aun así, no lo hacen.

—¿No crees que quizás estés buscando una explicación donde no la haya? A pesar de todo lo que conocemos sobre este mundo y más allá de las estrellas, puede que esto sea tan natural como una edad de hielo y nieve. No has vivido tanto como yo y los misterios del universo deben parecerte nuevos.

—Si lo crees así, ¿para qué hemos venido, maestro? —preguntó. En ese momento lancé una risotada—. Ahí me has pillado.

Li-Ming dirigió su mirada hacia la ciudad que se acercaba sigilosamente a nuestro encuentro.

—Nuestro mundo alberga una magia grandiosa. Mira las Tierras del Terror. Una tierra destruida por completo y, sin embargo, ¿quién podría afirmar que no comenzara de esta manera? Han pasado casi veinte años desde que los Señores del Infierno pisaran este suelo. Isendra me habló de esa invasión que nunca tuvo lugar. Puede que ahora esté ocurriendo.

—A veces me pregunto si estás tan ansiosa por cumplir con tu sino como por presenciar la ruina de nuestro mundo —dije.

—Es mi destino. Y se presentará más pronto que tarde —respondió ella.

Ésa era la idea de Li-Ming, la cual también compartía Isendra. Li-Ming creía que protegería al mundo de una invasión del Infierno como una vez hizo Isendra. Dicha idea provenía de un libro que Li-Ming había leído: una profecía escondida en uno de los tomos de la biblioteca que detallaba las señales que auguraban el retomo de los Señores del Infierno. Isendra había intentado convencerme a menudo de que la profecía era cierta y, pese a conocer el peligro que podría entrañar, permanecí escéptico.

Li-Ming tenía muchos talentos, pero el mayor de ellos era la lectura de la magia. Era una chica perspicaz y encontraba con facilidad la estructura oculta de los hechizos. Una vez le pregunté cómo veía las cosas desde su perspectiva. Ella

describió los hilos invisibles de la magia, los giros de las auras de poder arcano alrededor de los magos mientras lanzan sus hechizos y me habló de una imagen remanente, como las manchas verdes y rojas que se ven después de mirar fijamente al sol. Podía oler, saborear, ver y sentir la magia. Así que, si Li-Ming me decía que el interminable verano se debía a alguna mano mortal o a algún otro poder superior, me sentía inclinado a creerla, pues también era mi propia opinión. Pero eso me lo guardaba puesto que, si bien era cierto, me preocupaba lo que pudiese significar.

Caldeum estaba situada sobre una larga y plana llanura que se elevaba por encima del resto del desierto. La llanura acababa en escarpados acantilados y en su base se erigía Lut Bahadur. Sobre las murallas de la ciudad los molinos de viento giraban plácidamente, pero los feroces vendavales habían desgarrado y roto muchos de ellos. En busca de alguna protección contra el sol, se habían instalado toldos de tela descoloridos y hechos jirones entre las vigas de madera que sobresalían de los tejados de barro. Sin embargo, de poco valían, pues en la sombra la tregua era insignificante. Casi todo el mundo había acabado cubriendo sus rostros al igual que yo había hecho, así que no podía ver nada más que las expresiones de sus ojos: ojos repletos de temor o, por lo menos, de total desesperanza.

La ciudad se estaba muriendo.

Li-Ming estaba usando uno de sus encantamientos predilectos: una fina capa de hielo que rodeaba su cuerpo. El hielo se derretía en el aire en cuanto lo creaba, así que daba la impresión de que tenía una especie de aureola a su alrededor hecha de una fina niebla. Cuando se bajó del camello, hizo caso omiso de los estribos y descendió sobre corrientes invisibles hasta que posó suavemente los pies en la tierra. Eso hizo que la poca gente presente en la calle dirigiese su atención hacia nosotros.

—¿Tienes que usar la magia tan a la ligera? —pregunté enojado.

—Este calor es insoportable, maestro. No entiendo cómo lo aguantas —dijo ella.

—Lo aguanto porque debo —dije mientras descendía de mi camello—. Tu comportamiento no favorecerá que hagamos demasiados amigos.

—Sólo te preocupas por mi comportamiento cuando es conveniente reprenderme —dijo Li-Ming.

—¿Acaso soy digno de culpa porque suceda con tanta frecuencia?

A pesar de las quejas, Li-Ming dejó que su hechizo se disipase mientras caminaba hacia mí. La ligera humedad a su alrededor se evaporó, absorbida por el aire del desierto.

—Hemos venido a observar y a hacer preguntas, nada más —le recordé a Li-Ming.

—Observar y hacer preguntas. Nada más —repitió Li-Ming.

—Ocúpate de los camellos —dije sin picar el cebo.

—Creía que estaba observando.

—Eso será después de que te ocupes de los camellos —respondí—. Voy a buscar a Isendra.

—¿Isendra está aquí? —A Li-Ming se le iluminaron los ojos.

—Así es. Y ahora, quédate aquí —añadí—. Y... ¿Li-Ming?

—¿Sí, maestro? —preguntó solícita.

—Intenta no meterte en líos.

Li-Ming esbozó una sonrisa burlona.

Guarecida por uno de los flancos del cañón, la ciudad estaba protegida frente al hirviente viento cuando soplaba de oeste a este, pero cuando venía de otra dirección Lut Bahadur se encontraba indefensa. Era evidente que los habitantes habían intentado levantar un cortavientos, pero hacía ya mucho que se había venido abajo. Ese día el viento soplaba desde el este, pero no tan fuerte como para considerar peligroso salir afuera. Li-Ming amarró a los camellos cerca del pozo y se asomó a echar un vistazo. Yo no necesitaba mirar para saber que estaba vacío. Toda el agua se almacenaba en jarrones, aunque había pocas probabilidades de que quedase mucha. Me dirigí hacia uno de los hombres sentados bajo la inútil sombra de un toldo roído y lleno de jirones a través del que se filtraba la luz con el propósito de preguntar dónde podría encontrar a la hechicera.

De repente, la tierra convulsionó. Temblaba como si hubiese olas bajo nuestros pies y una violenta sacudida me tiró al suelo. Mientras alzaba la vista observé que Li-Ming levantaba los brazos a la altura de los hombros y sus dedos se movían como si estuviese manejando los hilos de alguna marioneta.

Ella era la responsable.

—¡Li-Ming! ¿Qué has hecho? —grité mientras continuaban los temblores.

—Ven y lo verás tú mismo —dijo orgullosa al tiempo que señalaba el pozo. Me levanté y me dirigí hacia allí mientras el suelo aún se estremecía. Cuando me asomé al borde, vi el tenue resplandor del agua filtrándose a través de la seca corteza en el fondo del pozo. Li-Ming había llevado agua a la ciudad: el agua que necesitaba para sobrevivir.

—He encontrado agua en las profundidades; quizás se trate de un río subterráneo que nutre al Oasis de Dahlgur. He variado su curso para llenar el pozo. Esta ciudad...

Basta —respondí con tono severo—. Te dije que habíamos venido a observar y a hacer preguntas. Nada más.

—Pero podríamos hacer más, maestro. Podríamos construir un nuevo cortavientos o reparar lo que han destruido las tormentas de arena. Siempre dices que no hagamos nada. ¿Para qué se nos concedieron estas habilidades si no ayudamos a la gente? —dijo ella—. He estado pensando, maestro, que quizás con nuestra magia podríamos detener el calor y poner fin a este verano.

—No vamos a hacer nada. No es nuestro cometido, y tú mejor que nadie deberías saber lo que podría pasar si intentamos modificar el clima a una escala tan inmensa —le dije con tono de reprimenda—. ¿Acaso has olvidado lo que te pasó?

—No soy la niña de antaño. He aprendido. ¡Y no permitiré jamás que la gente sufra! —dijo Li-Ming—. Dime por qué no podemos ayudarlos. Dime qué tiene de

malo.

Apunté al pozo en el que en ese momento gorgoteaba el agua.

—¿De dónde viene esta agua? ¿Adónde se dirigía? ¿Acaso el agua que iba al oasis fluiría hacia aquí sin ninguna contrapartida? No puedes crear a partir de la nada. Puede que soluciones un problema, pero estarás creando diez más. —Li-Ming era joven y no se preocupaba por los detalles. Era impulsiva y sólo se daba cuenta de lo que sucedía en ese momento.

—El agua estaba ahí, maestro. La gente podía haber cavado el pozo más profundo. Yo sólo la he sacado.

—Tu altruismo es algo que te debe llenar de orgullo, pero los magos no podemos hacer este tipo de cosas. Sí, hay momentos en los que podemos utilizar nuestra magia para ayudar a la gente, pero eso no puede suceder siempre, y debemos calibrar con sumo cuidado las consecuencias de nuestros actos. Esto no es debatible. Tienes que obedecer.

—Sin embargo, Li-Ming tiene razón —respondió la voz de una mujer.

—¡Isendra! —gritó Li-Ming mientras corría hacia la hechicera, quien la abrazó con cariño.

—Esto no nos concierne ni a nosotros ni a ti —dije—. Li-Ming, deja que Isendra y yo hablemos. A solas.

Li-Ming frunció el gesto e hizo ademán de hablar, pero se contuvo y se unió a los hombres y mujeres que cogían jarras y otras vasijas para llenarlas con el agua recién aparecida. Observé cómo se iba con ellos.

—Si los problemas de esta gente no nos conciernen, ¿por qué estamos aquí? —preguntó Isendra.

—Algunas veces vosotras dos os parecéis demasiado —refunfuñé—. Ella dijo lo mismo.

—¿Qué tal le ha ido?

Los años cambian pocas cosas. Es tan impetuosa como el primer día que la conocimos. Me pregunto si nos equivocamos al decidir ser sus maestros.

No se conforma con dejar las cosas como están. Quiere que la gente viva mejor.

—Li-Ming no piensa nunca en las consecuencias. Vive el presente, mientras que gente como tú y como yo tenemos que pensar más allá. Ésa es nuestra carga, guiar a los clanes de los magos.

Puede que Li-Ming tenga razón. Nosotros tres somos los magos más poderosos a día de hoy. Entre nosotros, ¿por qué no deberíamos poner fin a este verano y restablecer el orden de las estaciones?

—Ese es un pensamiento movido por los sentimientos, no por la razón —respondí—. No podemos modificar el clima. No funcionaría.

—Li-Ming no diría eso —comentó Isendra.

Tú no eres Li-Ming. Ella es una muchacha insensata.

—Tú ves a una muchacha. Yo veo a una mujer que podría salvar el mundo.

—Profecía. Destino —dije mientras me encogía de hombros—. ¿Quién puede decir lo que pasará mañana? Pase lo que pase, tú y yo nos enfrentaremos a ello, y puede que Li-Ming luche a nuestro lado. Pero ella sola no puede. ¿Y cómo podemos saber que esas profecías son ciertas? Los Señores del Infierno deberían haber actuado hace veinte años. Es a nosotros mismos a quien más debemos temer.

—Los años te han convertido en un pusilánime —dijo Isendra.

—Y a ti en una insensata —respondí yo—. No quiero que intervengas.

—Haré lo que deba —respondió Isendra mientras emprendía la marcha—. Al igual que lo harás tú.

Después de que Isendra se marchase, observé a Li-Ming. Estaba cuidando de un niño que se había desmayado por el calor. Tenía fiebre. Sus pómulos estaban rojos y el sudor empapaba su piel. Li-Ming lanzó un hechizo y el aire alrededor de sus manos se enfrió. Cuando las posó sobre el rostro del chico, éste lanzó un suspiro de alivio mientras la más fina de las brisas corría entre el cabello enmarañado de su frente.

—Gracias —dijo la madre del muchacho—. He oído los rumores de la gente, pero nos has devuelto el pozo y has salvado a mi hijo. A mí no me pareces tan mal.

Li-Ming esbozó una sonrisa mientras se levantaba, pero su expresión se oscureció cuando se dirigió hacia mí.

—Esta gente morirá —dijo Li-Ming.

—Es posible. Pero nuestra intervención no garantiza que lo evitemos.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? —dijo Li-Ming, dirigiendo sus ojos marrones hacia los míos—. ¿Verás sus rostros en tus sueños?

—No sólo los suyos. Es nuestra maldición, Li-Ming, y volverás a sentir este dolor en muchas más ocasiones. —Posé mi mano con cuidado sobre su hombro—. Vámonos.

Sé que te conté gran parte de esta historia la última vez que hablamos, pero dejé de lado la parte de Li-Ming, ya que en su momento era Isendra quien me preocupaba. Sin duda, supongo que juzgarás que mis acciones fueron las correctas, pues no soy ningún monstruo. Al igual que sucede siempre que me enfrento a situaciones similares, sentí una profunda tristeza por no poder hacer lo que Li-Ming deseaba y ayudar al pueblo de Lut Bahadur. Era un debate consabido y recurrente. Yo la comprendía más de lo que se pensaba.

Fue poco después cuando tú y yo nos encontramos, puesto que me preocupaba Isendra y lo que pudiese hacer. Algo en mi interior me decía que el asunto aún no estaba zanjado.

Supongo que conoces parte de lo que vino después, aunque yo desconozco los detalles. Fue cuando, en mi opinión, Li-Ming comenzó a desviarse hacia el camino que nos ha llevado a este desastre.

Pasaron meses hasta que, ya de noche cerrada, mi puerta chirrió y Li-Ming entró en los aposentos. No solía llamar a la puerta, una peculiaridad de su carácter con la que había aprendido a vivir, aunque últimamente no me había visitado en demasiadas ocasiones. Daba la impresión de que se había despertado de repente. Parecía haberse puesto la toga a toda prisa, cuando habitualmente la vestía impecable, y pude ver en su mirada furtiva que algo la atribulaba.

—¿Tú también lo has sentido? —preguntó.

—No sé a qué te refieres.

—Alguien ha lanzado un poderoso hechizo al este, no muy lejos de aquí. Tenemos que ir —dijo Li-Ming—. Algo ha pasado.

—Podemos ir por la mañana.

—¿Tal necesidad tienes de descansar, anciano? —dijo irritada antes de que su semblante se tomase serio—. Es Isendra, maestro.

Permanecí en silencio, dudando si hablar, pero acabé cediendo.

Abandonamos el Sagrario de los Yshari en dirección a Lut Bahadur. En ese momento deberíamos haber estado en invierno, el tercero desde que el verano comenzó, pero el aire nocturno era tan seco y caliente como el del mediodía y la ausencia del astro rey nos privaba de la más nimia comodidad. Me sentía como si tuviera al lado un homo de soplado de vidrio. El sudor resbalaba por mi cuerpo y la toga se me adhería a la piel.

Li-Ming permaneció callada durante el viaje.

En Lut Bahadur reinaba el silencio cuando llegamos. Exceptuando el viento, que incluso en ese momento desplazaba arena y polvo a través del desierto, no había sonido alguno aparte del oscilar de las pieles y ropa colgada en cuerdas al lado de cada cabaña. No había ningún alma en las calles, pese a que los faroles aún crepitaban. Pero algo más se apoderó de mi mente.

El aire era frío.

Un escalofrío recorrió mis hombros y mis brazos cuando entramos en la ciudad. El frío viento envolvió mi piel y hacía tanto que no sentía algo así que, en un principio, mi cuerpo lo rechazó. Sin embargo, podía sentir cómo mis músculos se iban relajando, como si la tensión provocada por el incesante calor pudiese desvanecerse gracias a la suave caricia de esa leve brisa.

Li-Ming invocó varios orbes de luz que envió a través de la ciudad. Al desaparecer de nuestra vista, su parpadeante luz iluminaba el suelo y las paredes de los edificios que dejaban atrás. Eso era nuevo para mí. Jamás había visto ese hechizo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

Li-Ming hizo caso omiso a mi pregunta.

—¿Sientes el aire?

—Es frío —afirmé.

—No, no me refiero a eso —dijo Li-Ming—. Está lleno de electricidad. Nunca lo había sentido con tanta fuerza, así que no sabía si lo había provocado un hechizo o

algo totalmente distinto. —Permaneció en silencio y me resultó imposible no sentir la preocupación que invadía a mi estudiante.

Fui tras ella mientras caminaba con determinación por aquellas tortuosas calles y doblaba las esquinas cada poco. Pese a que era tarde, había demasiada quietud para una ciudad durmiente. Los toldos de tela se balanceaban en silencio mientras el viento iba perdiendo intensidad. No había sonido alguno, excepto nuestras pisadas contra la tierra compacta. En mis oídos podía sentir los latidos de mi inquieto corazón. Li-Ming y yo anduvimos por esas calles abando nada hasta que se aproximó a una puerta con rejilla y la abrió de un empujón.

—¿Qué haces? —dije entre dientes mientras atravesaba agachado el umbral de la puerta tras ella, consciente del crujido de mis botas al pisar el suelo.

Cuando me dispuse a soltarle un sermón y extendí una mano para agarrar su hombro, las palabras se ahogaron con mi aliento y mi mano se congeló de inmediato. Parecía que el tiempo se había detenido dentro de aquella casa. Un hombre, una mujer y un niño permanecían sentados alrededor de una gran mesa, pero no se percataron de nuestra súbita intrusión. En cambio, yacían fríos e inmóviles, como estatuas. Los labios de la mujer estaban abiertos y dibujaban una palabra que se había perdido en el aire sin que nadie la escuchase. A su lado, el hombre se había girado para observar al niño, que extendía el brazo sobre la mesa. Parecía que la comida había sido cocinada y servida muy poco antes, pero no emitía calor alguno. Era como si la luz de la luna hubiese succionado todo el color y la vida de la escena que se presentaba ante mí.

—¿Qué ha sucedido aquí? —susurré.

—No estoy segura —dijo Li-Ming mientras atravesaba la habitación. Sus ojos veían sin ver y seguían el rastro del inapreciable tejido de energías arcanas, completamente invisible a mis pupilas—. La forma del hechizo se desvanece con el tiempo. Es como intentar adivinar el tamaño de una tormenta una vez pasada utilizando los charcos del suelo y los rescoldos de las nubes como únicos indicios.

Salí de la estancia con el deseo de no ver nada más y esperé a que Li-Ming volviese. Pocos minutos después se reunió conmigo.

—Isendra intentó coger el calor del aire para enfriarlo, pero perdió el control del hechizo. El frío atravesó el aire y lo congeló.

—¿Isendra? —pregunté sorprendido, aunque ya sabía la respuesta.

—Sí, ella. Conozco el patrón de su magia, al igual que conozco el tuyo. Y hay pocos magos que puedan haber intentado lanzar este hechizo.

—¿Cómo ha ocurrido?

No tuvo la fuerza suficiente. Puede que en un principio funcionase pero, cuando se hizo demasiado poderoso para ella, la estructura del hechizo se debilitó y se deshizo. —La voz de Li-Ming flaqueó—. Todo esto es culpa mía.

—Puede que Isendra nos necesite —dije—. Tenemos que encontrarla.

Li-Ming invocó sus esferas flotantes de luz para facilitarnos la búsqueda, pero la

misma escena nos recibía en todas las casas: todas las almas congeladas, como si de una extraña colección de estatuas o un silencioso cementerio se tratase. Y ni rastro de Isendra.

Pasó una hora hasta que dimos con ella. La cabaña tenía un aspecto muy similar al resto, pero a Li-Ming no le cupo duda alguna. Se detuvo por un momento antes de abrir a empujones la puerta de tablas de madera. Yo la seguía.

Por dentro, aquella casa era distinta. Mientras que en el resto se había instalado una quietud sobrecogedora, allí estaba claro que había tenido lugar una violenta lucha. Había grandes marcas negras de quemaduras en las paredes, en las que el fuego había engullido los ladrillos de barro. Las mesas y sillas, al igual que el resto del mobiliario, se habían quemado y amontonado, y un fuerte olor a ceniza inundaba el ambiente. En ese lugar podía sentir algo, pero no eran los rastros de magia que percibía Li-Ming. Era una reacción primitiva e instintiva que hacía que el vello de mis brazos se erizase. Entonces vi lo que me temía encontrar: el cuerpo de Isendra tirado en el suelo como una muñeca a la que han abandonado sin cuidado alguno. La sangre de las heridas de los brazos y el estómago encharcaba el suelo de madera. Algunas partes de su piel estaban ennegrecidas, su cabeza reposaba girada de manera antinatural hacia un lado y sus ojos ausentes apuntaban al suelo.

Li-Ming se abalanzó sobre ella y se arrodilló a su lado. Acunó el cuerpo inerte de la hechicera con sus brazos mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Qué ha pasado aquí, maestro? —preguntó.

Sólo pude agitar mi cabeza. Permanecimos en silencio y apenados hasta que Li-Ming posó el cuerpo de Isendra con delicadeza y se incorporó.

No todo el fuego es fruto de la magia —afirmó Li-Ming—. La magia del hechizo de Isendra ya ha comenzado a desvanecerse, pero parte de lo que vemos aquí es nuevo. Esto ha sucedido después.

—Cuando un mago pierde el control sobre un hechizo, los resultados pueden ser caóticos —dije—. De ello he sido testigo en numerosas ocasiones.

—No ha sido la magia lo que ha acabado con su vida, maestro —dijo Li-Ming.

—Puede que no, pero su magia seguramente condujo a esta catástrofe. La ciudad está destruida y ella... muerta. ¿A quién ha protegido? ¿A quién ha salvado? ¡Respóndeme a eso! —Mi voz sonaba atronadora en medio de ese silencio antinatural.

—Estás ciego —dijo enojada Li-Ming—. Isendra trató de ayudar a esta gente. Eso es mejor que cualquier cosa que hayas hecho en toda tu vida. Yo no me quedaré viendo cómo sufre la gente. Se acabó, y más aún cuando ha llegado el momento en el que el mundo me necesita.

—¿Y la gente? ¿Pagarán tus errores con sus vidas, tal y como ha hecho esta ciudad con los de Isendra? ¿Sacrificarás a inocentes por tus propias ideas de heroísmo? —pregunté.

—No —dijo suavemente Li-Ming.

Por un momento, mi admirable estudiante aún seguía pareciendo una muchacha. Observé con tristeza la figura de mi amiga caída, que tenía el mismo aspecto que cualquier otra persona muerta, y no dije nada más.

Cuando llegó el momento de irnos, Li-Ming prendió fuego a la cabaña con un hechizo, mientras Isendra, otrora su maestra, yacía plácidamente en el suelo. Los ojos de Isendra estaban cerrados. Su deber había concluido. Mientras el fuego crecía y las llamas subían, se formaron gotas de agua que recorrieron su rostro como lágrimas. Agarré a Li-Ming del brazo y la saqué de aquella casa.

Sus ojos se encontraron con los míos. El dolor y la rabia seguían presentes, pero ante todo pude percibir una férrea determinación.

—Yo no fracasaré.

Atravesamos la silenciosa ciudad sumidos en nuestros propios pensamientos. Saber lo que había dentro de cada casa, oculto a la vista, me sobrecogía. Mientras nos marchábamos me giré para ver Lut Bahadur, con sus estrechas y accidentadas carreteras iluminadas por la luz de un millar de faroles parpadeantes que se desvanecían en la noche como un enjambre de luciérnagas.

Creo que ése fue el momento en el que Li-Ming empezó a comprender el peligro de sus acciones y lo que podría significar su fracaso. No volvimos a hablar sobre la muerte de Isendra hasta la última vez que la vi. ¿Sabría ella por qué había muerto Isendra? ¿Sabría cómo había muerto?

Los sucesos de Lut Bahadur no atenuaron lo más mínimo la sed de conocimiento de Li-Ming. Estaba obsesionada con aprender más para poder tener éxito en la empresa en la que Isendra había fracasado. Pasaba la mayor parte de su tiempo en la biblioteca y siempre encontraba el modo de ir a los sitios a los que tenía prohibida la entrada; a pesar de mis esfuerzos, era imposible mantenerla al margen. Aprendió la magia del tiempo a través de los escritos de los magos que habían extendido su vida mucho más allá de la del común de los mortales y leyó sobre otros que habían acrecentado tanto su poder que la mirada de la muerte pasaba de largo; magos como el demente de Zoltun Kulle, que cambió su sangre por las arenas del tiempo y no se le podía matar, tan solo encerrar. Con su comprensión de la invisible red de poder arcano, se instruyó a sí misma en la habilidad de proyectarse de un lugar a otro con la magia de teletransporte. Dominó el truco de dar forma a ilusiones vivientes y fue capaz de crear dos imágenes perfectas de sí misma que imitaban sus acciones. Había pergaminos y diagramas que mostraban cómo desafiar y forzar las energías invisibles del universo. Su poder aumentó de manera exponencial, al igual que mis preocupaciones.

La primera vez que nos encontramos sólo te pedí que vigilaras a Isendra por miedo a la locura que podría estar pensando en realizar. No cuestiono la decisión que tomaste.

Poco después, Li-Ming eligió su propio camino.

El gran salón del Sagrario de los Yshari era una enorme cámara octogonal con techos abovedados en los que se representaba la historia de los clanes de magos. Ocho grupos de puertas conducían a diversos pasillos y cámaras, aunque ninguna era tan grande como ésta. Cada centímetro de pared estaba cubierto con espectaculares tapices. Las baldosas de piedra del suelo procedían de las tierras situadas más allá de los Mares Gemelos.

Cuando entré, Li-Ming se encontraba en el centro de la sala, examinando los diseños del suelo. Exceptuando nuestra presencia, la cámara estaba vacía.

—No quería irme sin avisarte —dijo cuando escuchó mis pasos—. Creía que, al menos, te debía eso.

—¿Y adónde te diriges? —pregunté.

—Hoy una estrella ha surcado el cielo y ha caído al oeste. Es la señal que esperaba. Al igual que yo, has leído los libros de la profecía. Sabes lo que significa. Esperábamos la invasión del Infierno hace veinte años y nunca sucedió. Las historias que oigo cada día en el zoco albergando sombrías noticias me han convencido. Ha llegado mi momento.

—Tu lugar está aquí, como estudiante del Sagrario de los Yshari. Eres una chispa peligrosa, y el mundo está seco y preparado para incendiarse. No puedes controlarte y lo que podrías hacer si te permitiese marchar sería peor que cualquier otra cosa imaginable.

—No hay nada más que me puedas enseñar —dijo ella.

—¿Recuerdas el primer día que nos vimos, Li-Ming? Tienes más conocimientos que entonces, pero sin embargo has adquirido poca sabiduría. Si partes, sólo serás una maga.

—No necesito tu sabiduría. Yo soy una maga y protegeré al mundo si no lo hacen los demás. —En ese momento me dio la espalda—. Deja que vaya a enfrentarme a mi destino. Tú estarás a salvo aquí, con tus libros y tus temores.

Alcé las manos y, canalizando un fino hilo de magia arcana, cerré las puertas del Sagrario. Una tras otra se fueron cerrando hasta que ambos nos quedamos atrapados dentro del salón.

—En ese caso, mi deber es detenerte. —Me arremangué con cuidado la toga—. Has sido mi mejor estudiante, Li-Ming, y creía que, llegado el momento, podrías sucederme y liderar los clanes de magos. Creí que podrías superarme. Siento que hayamos tenido que llegar a esto. Quizás haya sido mi propio fracaso.

—Has sido un buen profesor, maestro. Y he aprendido tus lecciones. Pero nunca podrás entender el don que me fue concedido. Ésa es la razón por la que te superaré —dijo. Sus palabras retumbaban por toda la sala.

Vi cómo sus ojos se estrechaban al concentrarse en su interior. Las antorchas comenzaron a titilar en sus candeleros, situados en lo alto de las paredes, y comenzamos a reunir energía a nuestro alrededor. Li-Ming extendió las manos hacia

los lados y sus dedos se ensortijaban mientras nos encarábamos como dos rocas inamovibles en medio de un río. Hice descender mi bastón y lo situé frente a mí, utilizándolo como foco de mi propio poder.

—Maestro, ¿alguna vez te has preguntado si era más poderosa que tú? —preguntó.

—No —dije con una sonrisa—. Nunca.

Esperé a que Li-Ming tomase la iniciativa. Invocó unas esferas llameantes que absorbieron la luz de las antorchas y parecieron debilitar la luz del exterior, pero sólo era un truco que me jugaron mis ojos mientras se adaptaban a la oscuridad. Lanzó los orbes flamígeros contra mí. Los rechacé y los envié contra las baldosas, donde chamuscaron el mármol pero no me alcanzaron. El aire se inflamó y sentí que me faltaba el aliento. Li-Ming me miró con expresión divertida, pero preparó su siguiente ataque. Arrancó unas inmensas rocas del techo, les prendió fuego y las descargó contra el lugar en el que me encontraba. Alcé el bastón sobre mi cabeza y desaté una oleada de fuerza que creció hacia fuera y formó una cúpula resplandeciente que se expandió y entró en contacto con los restos que caían, convirtiéndolos en una capa de polvo y algunos fragmentos de mayor tamaño que impactaron contra el suelo. El escudo translúcido me había protegido del ataque, pero su resonancia retumbó con dolor por todo mi cuerpo. En épocas anteriores me habría afectado menos, pero en ese momento hizo que hincase una rodilla en el suelo. A mi alrededor, las baldosas de mármol se agrietaron y se hicieron añicos como un espejo roto a causa del golpe, e incluso Li-Ming se vio desplazada hacia atrás.

—Tendrás que hacerlo mejor —afirmé.

Li-Ming gruñó, llena de frustración, y en esta ocasión el fuego surgió de las palmas de sus manos en forma de finos haces de llamas iridiscentes que tomaban forma según se acercaban a mí. Lo único que pude hacer fue esquivar y evitar sus arcos cercenadores. Al chocar contra la roca, realizaron un corte limpio, como el de un cuchillo. Desgarraron las baldosas de mármol y pude sentir cómo el suelo comenzaba a derrumbarse. Extendí mis brazos, encontré las piedras que amenazaban con desmoronarse y las uní con un hilo invisible. Si las soltaba, el suelo se derrumbaría y yo con él. Bajo el gran salón se encontraban las catacumbas, no tierra sólida, y no creí que pudiese sobrevivir a semejante caída. El esfuerzo por mantener todo junto era enorme, y mis nudillos se tomaron blancos mientras agarraba el bastón.

Li-Ming observó mi lado del salón, donde el suelo estaba agrietado y roto. Movié su mano y la roca que había bajo mis pies cedió, disolviéndose en la más absoluta de las nada. Isendra me enseñó una vez un truco que en ese momento recordé de manera inconsciente. En un instante me encontré sobre la baldosa que se derrumbaba. Al siguiente aparecí un par de metros más allá, donde pude posar mis pies con mayor seguridad. La agonía del teletransporte, incluso a una distancia tan corta, fue inmensa. Sentí como si me hubiesen hecho jirones por mil sitios y después me hubiesen vuelto a coser con un hilo abrasador. Era difícil saber cuál de los dos

procesos había sido más doloroso. Li-Ming destruyó metódicamente mi nuevo asentamiento y yo volví a cambiar de lugar. Repetimos este baile durante un rato más, pero mis reacciones iban ralentizándose con cada cambio y pude sentir cómo la batalla iba pasando factura a mi viejo y frágil cuerpo.

Dirigí mi bastón contra el suelo y un relámpago rugió con el impacto. En un abrir y cerrar de ojos, varios arcos de relámpagos salieron disparados por el salón; allá donde golpeaban, el suelo explotaba y salían disparados pedazos de baldosas de mármol. Un relámpago emitió una explosión fulminante y se abalanzó sobre Li-Ming. Pero no la golpeó. Los dentados rayos de luz estaban congelados en el aire y Li-Ming mantenía sus brazos extendidos, profundamente concentrada. Impertérrito, seguí invocando relámpagos y la tormenta fue haciéndose cada vez más grande. Los relámpagos colgaban suspendidos sobre Li-Ming como un abanico desplegado, hasta que no pudo mantenerlos a raya. La electricidad atravesó su cuerpo, por lo que cayó al suelo mientras una cascada de chispas y luz blanca se formaba a su alrededor.

Li-Ming desapareció.

Dudando de sus intenciones, prendí fuego a la tormenta. Ésta se transformó en un atroz infierno que inundó por completo el gran salón y quemó mi propia carne, lo cual amenazaba con extinguir mis últimos atisbos de fuerza. Cuando Li-Ming volvió a hacerse visible estaba envuelta en llamas. La escuché gritar mientras el fuego la consumía. Las baldosas se movían bajo mis pies según me acercaba a ella. Aferrado al hechizo que evitaba que el suelo se desmoronase, apunté con mi bastón a su figura maltrecha.

El suelo daba la impresión de solidez mientras estaba frente a Li-Ming, y me alivió saber que soportaba mi peso.

—Aún tienes mucho que aprender, Li-Ming.

La empujé con mi bastón pero, donde debería haber golpeado carne, el cuerpo de Li-Ming se desvaneció.

Me giré justo a tiempo para verla detrás de mí. Abrí mi boca para intentar pronunciar un hechizo, cualquiera, pero una explosión hizo que mi visión se estremeciera. Perdí el control del hechizo y el agarre con el suelo que yacía bajo mis pies. Éste tembló y se hizo añicos, y todo se derrumbó. Caí y seguí cayendo, descendiendo hacia la oscuridad, hasta que impacté contra el frío suelo de piedra de las catacumbas.

Una vez allí, con el cuerpo maltrecho, me vi envuelto por el olor de fuego y polvo. Li-Ming descendió suavemente y aterrizó arrodillándose junto a mí.

—Tú crees que no he aprendido tus lecciones, pero sí que lo he hecho. He aprendido la lección de la muerte de Isendra. Pero mi poder me fue concedido por una razón y es mi responsabilidad hacer uso de él. Lo utilizaré, no lo temeré como tú.

—¿Y si no puedes controlarlo? —dije con tono áspero—. Con tu poder, podrías destrozar el mundo.

—En ese caso, el mundo llorará. —Se dio la vuelta—. Hay una cosa que deseo

preguntarte, maestro.

Permanecí en silencio, pues sabía lo que vendría a continuación. No había nada más que Li-Ming pudiese aprender de mí.

—¿Por qué murió Isendra? Dime la verdad —dijo.

—Sé lo mismo que tú.

Li-Ming asintió con la cabeza y comenzó a elevarse.

Abrí mi boca para volver a hablar, pero las sombras lo consumieron todo.

Cuando desperté varios días después, Li-Ming había abandonado la ciudad y nadie sabía hacia dónde se había dirigido. Me dijeron que fue imposible esconder lo que había sucedido, pues la columna de humo que ascendía desde el Sagrario se podía ver en todo Caldeum y, desde fuera, las cicatrices de nuestra batalla eran evidentes por las rocas cortadas y destruidas.

Aquí es donde termina mi conocimiento sobre la historia de la maga y donde empieza mi decisión. Cuando los magos amenazaban con hacer trizas nuestro mundo, un maestro Vizjerei fundó la orden de los asesinos, los cazadores de magos, para asegurarse de que nuestro poder no fuese tan grande como para poner en peligro toda la creación. Ese maestro estuvo en este mismo lugar, hablando con el primer asesino como hacemos tú y yo ahora, y envió a muchos grandes magos a la muerte.

Por mi parte, ésta será la segunda vez que lo haga.

Creo que ella sabía que fui yo quien te envió a espiar a Isendra y, a pesar de lo que eso ha de significar, me dejó con vida, sabiendo que del mismo modo que una vez decidí la muerte de Isendra, le haría lo mismo a ella.

Pero has de comprender lo siguiente: Li-Ming no mentía. Hay tomos en nuestra biblioteca que describen los sucesos que pueden llegar a tener lugar. Todo comienza con una estrella caída de los cielos y esa estrella cayó el día en el que me enfrenté a Li-Ming.

Conozco la verdadera naturaleza de la magia, quién soy y lo que soy. Li-Ming también conoce todas estas cosas, pero ha elegido un camino distinto. Éste es el rompecabezas que tenemos ante nosotros, asesino. No estoy ciego frente al mal que nos acecha, pero temo lo que Li-Ming pretenda emprender. Por esa razón, condeno a muerte a mi más brillante alumna, quizás la mayor esperanza que tiene el mundo para su salvación, y rezo por haber elegido lo correcto.

Sin embargo, recuerdo a una muchacha que estuvo frente a mí en esta misma estancia y no conocía el miedo. Recuerdo a una joven generosa que deseaba hacer el bien, para quien no había tarea demasiado grande ni hazañas imposibles. Una mujer que buscó en mí a un guía.

Ella tomó su decisión, y yo he tomado la mía.





# El caminante de las dudas

Matt Burns

La guerra comenzó al amanecer, como siempre.

Benu y otros diez médicos brujos del clan de las Siete Piedras acechaban el corazón de Teganze con la velocidad y el silencio de las panteras. Sólo el leve ruido de los dijes de hueso y hierro, colgando de sus máscaras tribales, avisaba de su presencia. Con franjas blancas, amarillas y rojas, y ataviados con brillantes plumas de bokai, sus cuerpos se fundían con la vibrante selva de su alrededor.

Pronto el dosel forestal de color esmeralda se hizo más grueso, dejando la maleza en una penumbra perpetua. Benu aguzó sus oídos frente a cualquier sonido, escuchando cualquier signo de movimiento... cualquier señal de su presa humana.

El *Igani Bawe*, la Cosecha de almas, había llegado.

Era la primera guerra ritual de Benu y su corazón retumbaba a la expectativa como un tambor. En algún otro lugar de la selva, puede que cerca, médicos brujos rivales de las Cinco Colinas y del Valle Nublado también estaban cazando, llamados a la acción por sus sumos sacerdotes al igual que Benu y sus compañeros.

La expedición de guerra de las Siete Piedras paró para descansar en la frontera de las Cinco Colinas. Dos médicos brujos se deslizaron por entre los árboles que se encontraban más adelante en busca de señales de sus enemigos.

—¿*Tiemblas* por la batalla que se avecina? —susurró a su oído Ungate, que era mayor que Benu. Un único cuerno de marfil, coronado por plumaje color púrpura, se extendía desde la parte superior de su temible máscara de madera.

—No —respondió Benu.

—Muéstrame tu mano.

Benu cogió aire para calmar sus nervios antes de obedecer. Se mostró satisfecho al ver que su mano estaba inmóvil.

—¿*Temes* la batalla que se avecina? —Ungate se acercó y bajó la voz.

—Todos los hombres tienen temores. Así es este mundo de sombras. Mi mano es firme porque conozco esta verdad. Si me escondo de ella, esa emoción me controlará a mí —respondió el joven médico brujo.

Ungate agarró suavemente el hombro de Benu en señal de aprobación. Benu lanzó un suspiro de alivio. No tenía miedo, pero estaba ansioso. Había estado esperando ese día durante todos los años de su entrenamiento. No había mayor honor que luchar en el *Igani*. Esa antigua ceremonia había permitido a su pueblo y a su fe sobrevivir durante generaciones. A la puesta de sol, cuando la caza llegase a su fin, Benu volvería a su hogar triunfante o moriría a manos de una tribu rival.

Cualquiera de los dos resultados era honorable a su manera. Si conseguía tributos,

se ganaría los halagos y la admiración de los suyos. Si era capturado, su espíritu se liberaría de este mundo de sombras y accedería a la verdadera realidad de *Mbwiru Eikura*, la Tierra Informe.

Ése era su destino como médico brujo, un guardián de la herencia umbaru y un nexo viviente entre este mundo y el siguiente. Así había sido siempre para los de su condición. Así sería siempre.

—La vida es sacrificio. —Alzó su cabeza mientras su pecho se henchía con orgullo.

Ungate completó las antiguas palabras umbaru.

—El sacrificio es vida.

Un explorador salió con sigilo de la jungla circundante, haciendo gestos con las manos para indicar lo que había visto: un médico brujo de las Cinco Colinas. A solas.

Los guerreros saltaron como un resorte. Avanzaron por entre la maleza, extendiéndose en un estrecho semicírculo. La selva se hizo menos densa hasta que aparecieron en una zona conocida como las Colinas de la Bruma. No mucho después, encontraron al hombre rodeado por las bajas nubes: un médico brujo anciano, con su máscara tribal tan agrietada y erosionada como su piel.

Ungate se arrodilló mientras sacaba de su cinto una cerbatana de la longitud de su antebrazo y la situaba en una apertura de su máscara. Disparó un dardo impregnado con el veneno de los sapos uapa que silbó hacia el enemigo. Perforó la espalda del hombre antes de que éste supiera que lo habían descubierto. La parálisis fue rápida, y el anciano cayó de rodillas en apenas unos instantes. Ése era el límite de los efectos del veneno. El propósito era herir y capturar. Matar a oponentes en esta fase del Igani era un tabú censurable.

Claramente superado en número y derrotado, el médico brujo enemigo se rindió tal y como ordenaba la tradición.

—Siete Piedras —dijo—. Os habéis adentrado mucho en mis tierras.

—En busca de un tributo honorable —respondió Ungate—. Eres el gran Zuwadza, ¿verdad?

—Así es. —El viejo hombre inclinó su cabeza.

Benu contempló el intercambio de palabras en la distancia, asimilando los movimientos de sus compañeros más experimentados. Había estudiado a fondo las reglas de la batalla, pero ver cómo se desenvolvían ante sus ojos le provocaba una sensación de plenitud, de culminar todo lo que había aprendido y lo que creía que era correcto.

—Tú eres mejor guerrero que yo. —Ungate dio un paso hacia adelante y abrazó a Zuwadza—. Aquí somos enemigos, pero en Mbwiru Eikura somos hermanos para el resto de la eternidad. Guardaré la oportunidad de encontrarme contigo allí.

Zuwadza se levantó por su propio pie, pues los efectos del veneno ya estaban menguando. Benu inclinó hacia abajo la cabeza como signo de respeto cuando se acercó. Tenía envidia del anciano. Hoy los sumos sacerdotes acabarían con su

sufrimiento. Se ofrecerían la sangre y los órganos del anciano a los espíritus de la Tierra Informe no sólo para nutrir ese reino pensando en aquéllos que llegarían luego, sino también para fortalecer este mundo. El tener buenas cosechas, el cambio de las estaciones y las propias vidas de los umbaru dependían de su sacrificio. A ojos de Benu, él era un héroe.

La expedición de guerra partió de vuelta a casa. Zuwadza veía con buenos ojos la *Te WokNu'chu*, la Marcha Final. Irguió su cabeza, en paz con el destino que lo aguardaba.

—¡Dejadlo! —Una voz cortó la niebla justo cuando Benu y los suyos alcanzaron uno de los extremos de la selva. Todo el grupo, Zuwadza inclusive, giraron sobre sí mismos confusos, intentando averiguar de dónde provenía la voz.

—Dejadlo y marchaos. No hay razón para acabar con su vida. Aún tiene mucho que enseñar. —Un médico brujo emergió de entre las nubes bajas, ornamentado con pinturas, plumas y una máscara, al igual que todos los participantes del Igani. Benu supo, por las marcas dibujadas en su cuerpo, que se trataba de un integrante de las Cinco Colinas.

Les pertenezco por ley —dijo Zuwadza. Por su tono, parecía que no estuviese sorprendido por el giro de los acontecimientos—. Sólo están haciendo lo que se les ha enseñado.

—Los espíritus no quieren tu vida, maestro —respondió el otro médico brujo de las Cinco Colinas.

Ungate apuntó al rival con una daga ceremonial.

—Haces mal en interrumpir la *Te WokNu'chu*.

—Eso es lo que te dicen los sumos sacerdotes. Ellos, y no los espíritus, están al mando de estas guerras. La vida en este reino no debería abandonarse tan rápidamente. No hay necesidad de realizar este sacrificio... este Igani. Es una herramienta para controlar e infundir miedo.

La piel de Benu se erizó, expresando su desaprobación. Benu se llenó de rabia. Nunca antes había escuchado a alguien desafiando las leyes sagradas del Igani. Estaba claro que este hombre había caído en la locura.

—¡Lárgate de aquí! —exclamó Ungate con un rugido.

El médico brujo más joven de las Cinco Colinas ignoró la orden y caminó hacia adelante con las manos en alto.

—Os ofrezco vida. Volved a vuestra aldea. Preguntad a los sumos sacerdotes qué es lo que realmente han visto en la Tierra Informe, qué es lo que han dicho los espíritus. Sólo quiero salvar a mi maestro.

Poseído por la rabia, Benu sacó su daga y se abalanzó sobre el hereje. El enemigo rápidamente extendió su mano y una voluta de energía azul verdosa surgió de su palma. El virote espiritual alcanzó su objetivo con sumo cuidado: golpeó el hombro de Benu tangencialmente y con suficiente fuerza como para derrumbarlo y dejarlo momentáneamente aturdido.

—Soltad a mi maestro. ¡Es lo único que os pido! —suplicó.

Ungate y sus aliados lanzaron una embestida al unísono. Con sus pupilas llenas de remordimiento, el intruso de las Cinco Colinas bajó de repente su mano y con un grito lanzó un maleficio letal, el cual estaba prohibido en el Igani. Los guerreros de las Siete Piedras cayeron de rodillas y se llevaron las manos a la garganta mientras una espuma de color morado claro salía hirviendo por sus bocas. Tras sólo unos segundos, los compañeros de Benu yacían inertes en el suelo.

—Tú eres joven. —El hereje se le aproximó—. Verás la verdad con mayor facilidad.

Benu intentó alcanzar su daga en el suelo, pero el otro médico brujo la apartó con una patada. A lo lejos se escuchaban voces que atravesaban la neblina. Gritos y llamadas sin duda iniciados por la batalla.

—Mis compañeros... —dijo el médico brujo enemigo—. Si te encuentran, te sacrificarán.

—¡Una muerte de la que estar orgulloso! —gritó Benu. Las lágrimas se acumularon en sus ojos ante la masacre que había presenciado, ante las muertes sin honor de los suyos—. ¡Algo que tú no conoces en absoluto!

—No. Tu vida apenas acaba de comenzar. No ves sus bendiciones. *Estás ciego.*

Esas últimas palabras resonaron en los oídos de Benu. Una maldición. Su vista se nubló y comenzó a revolcarse de manera salvaje.

Sigues las órdenes de los sumos sacerdotes. *El miedo te somete.*

Otra maldición se apoderó de Benu. Sus temores más íntimos salieron a la luz provenientes de su alma, inundándolo con un terror incontrolable. Aunque ciego, sentía cómo su cuerpo se movía, corriendo por la selva, y de algún modo sabía dónde posar sus pies. Durante todo ese tiempo, la voz del hereje, el hombre que había deshonrado el primer Igani de Benu, le susurraba como un fantasma a su lado.

—Ve. Vuelve corriendo a tu hogar. Examina sitios desconocidos. Haz preguntas que aún no se han contestado. Busca la verdad.

—No hables de esto con nadie —ordenó Guwate'ka. El más anciano de los sumos sacerdotes de las Siete Piedras estaba frente a Benu, con su tocado elevándose un metro entero por encima de sus arrugadas cejas. Estaba cubierto de pintura blanca desde la cabeza a los pies, preparado para los sacrificios rituales que se aproximaban.

—Los espíritus saben que has actuado con honor, Benu. No es culpa tuya —dijo otro sumo sacerdote. En total, cinco de los líderes más ancianos de las Siete Piedras se habían congregado en la choza. Benu acudió a ellos nada más volver a su aldea y les habló de los atroces sucesos que había presenciado.

Benu hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pero la rabia persistía en su interior. Se sentía sucio y se preguntaba si los espíritus realmente entendían que había intentado detener al hereje con todas sus fuerzas.

—Ven. —Guwate'ka se giró hacia la salida de la choza.

Fuera, una hoguera rugía en el centro de la aldea. Los médicos brujos bailaban en el borde de la hoguera, dando pisotones rítmicamente para regular los golpes de tambor y un evocador y rítmico canto que lanzaban a voz en grito una multitud de aldeanos que observaban. En otros lugares las antorchas revoloteaban entre chozas desperdigadas como enormes luciérnagas, las cuales eran transportadas por hombres y mujeres que estaban preparando jarras vacías con manchas de sangre para las ofrendas de la noche.

Benu pensó en los médicos brujos que habían vuelto y en los que no. Además del resto de su expedición de guerra, faltaban diez guerreros del clan. Se los imaginó en las aldeas de las Cinco Colinas y el Valle Nublado, recibiendo aceites rituales y preparándose para su viaje a Mbwiru Eikura, igual que estaban haciendo los propios tributos de su clan.

Toda la aldea comenzó un cántico de respeto y admiración mientras los asistentes a la ceremonia llevaban al primer cautivo a la hoguera. Guwate'ka se aproximó al tributo con una adornada daga metálica en su mano.

—¡Te celebramos! —gritó el sumo sacerdote—. Te ofrecemos a la gran tribu, donde todos los umbaru son un solo pueblo. Durante las próximas horas cantaremos en honor de tu sacrificio, pues es algo grandioso.

—Y, cuando tú también llegues a la Tierra Informe, yo estaré allí para recibirte —dijo con calma el tributo.

El brazo de Guwate'ka realizó un corte lateral, cercenando el cuello del médico brujo con sumo cuidado. El tributo no gritó ni se retorció de dolor. Murió con honor, como debía. ¿Qué era el dolor de este mundo comparado con la gloriosa eternidad que lo esperaba en el siguiente reino?

El sumo sacerdote dirigió su cabeza hacia el cielo y extendió sus brazos mientras su cuerpo temblaba con violencia. Poco después, una imponente aura azul celeste se formó a su alrededor e iluminó sus adornos.

Benu observó cómo el anciano entraba en el Trance de los Espíritus, un estado de la mente que permitía a algunos umbaru contemplar el Mbwiru Eikura. El joven médico brujo conocía bien el ritual. Como todos aquéllos con los que compartía vocación, él había nacido amarrado a la Tierra Informe. Su conexión era mayor que la de la mayoría, pero palidecía en comparación con la de los sumos sacerdotes. En el otro mundo, Benu sólo veía impresiones. Se decía que los líderes de su clan estaban en íntima comunión con los espíritus, de los cuales adquirirían comprensión y recibían órdenes.

Los asistentes a la ceremonia corrieron para recoger la sangre del tributo en sus vajillas de barro. Destriparon el cuerpo y retiraron con cuidado, incluso con cariño, sus órganos para colocarlos en jarras.

Guwate'ka salió del trance en el que se encontraba poco después. Dirigió su mirada hacia los emocionados aldeanos con su visión desenfocada, como si tuviese que volver a aclimatarse al mundo físico. Benu había aprendido que el tiempo en la Tierra Informe era distinto al de aquí. Un trance podía durar minutos en el siguiente reino aunque sólo hubiesen transcurrido unos pocos segundos en este mundo.

—¡Este tributo ha llegado a Mbwiru Eikura y está entonando su canto de agradecimiento! —anunció Guwate'ka.

Los aldeanos aplaudieron con entusiasmo. Se podían ver lágrimas correr por algunos rostros.

Ya era medianoche cuando se liberó al último de los tributos. Los aldeanos se retiraron a unas largas cabañas hechas de madera para festejar y hablar sobre los médicos brujos cuyas vidas habían sido entregadas. La celebración continuaría hasta ya entrada la mañana. Benu se quedó junto al fuego mientras los suyos se dispersaban.

Algo lo atribulaba, un malestar distante. Aunque ya habían pasado horas desde su encuentro con el alumno de Zuwadza, la voz de ese idiota resonaba en su cabeza en contra de su voluntad.

Examina sitios desconocidos. Haz preguntas que aún no se han contestado.

Benu cerró con fuerza sus puños. Lo que lo molestaba no eran las palabras del médico brujo rival, sino la idea de que el hereje le había lanzado una maldición, a pesar de todo lo que hubiesen dicho los sumos sacerdotes.

El joven médico brujo caminó hacia el extremo de su aldea, lejos de las charlas y el coro de canciones retumbando, provenientes de las chozas en fiesta. Para aquéllos en la posición de Benu, entrar en un Trance de los Espíritus después del Igani estaba prohibido. Los sumos sacerdotes decían que eso desorientaba a las almas de los tributos recién sacrificados. Sin embargo, Benu quería, *necesitaba* saber cuál era su posición con respecto a los espíritus.

Deseó que su espíritu se separase de su cuerpo. Unas cálidas y lechosas lágrimas corrieron por sus mejillas. Con cada gota, el mundo a su alrededor se desvanecía y revelaba la topografía informe de Mbwiru Eikura. La energía resplandecía en el cielo, aunque no iluminaba la tierra en movimiento que se encontraba más abajo.

—¿Aún cuento con vuestro favor? —gritó.

Como respuesta, una docena de figuras con ojos blancos y terrosos y cuerpos hechos de pura oscuridad aparecieron frente a él. Sus rasgos eran imperceptibles pero, gracias a la extraña conexión que Benu tenía con la Tierra Informe, reconoció su identidad. Eran los espíritus de los tributos sacrificados, los hombres y mujeres que, según Guwate'ka, habían entrado en Mbwiru Eikura rebosantes de paz.

Excepto porque su tranquilidad brillaba por su ausencia. Los espectros extendieron sus sombríos brazos hacia Benu.

Aunque no podía escuchar sus palabras, su confusión perforó su alma como si de lanzas se tratasen. La Tierra Informe no era lo que las apariciones creían que iba a ser. La incertidumbre que sentían era devastadora. Era como si toda su cosmovisión se hubiese hecho pedazos.

Era como si todo lo que en algún momento hubiesen creído fuese una mentira.

—La vida es sacrificio. El sacrificio es vida —susurró Benu bajo el húmedo aire mientras cuerpos llenos de pintura corrían a su alrededor. El Igani Bawe había vuelto de nuevo, antes de lo esperado, y los habitantes de las Siete Piedras estaban ocupados con los preparativos para la guerra, que comenzaría al amanecer. Las batallas solían seguir el cambio de estaciones, pero sólo había pasado una semana desde el último Igani.

Benu se sentó dando la espalda a la hoguera en el centro de la aldea reflexionando sobre los acontecimientos recientes y observando cómo la sombra de su delgada figura se retorció con las llamas intentando arañar el cielo. Guwate'ka y los otros sumos sacerdotes afirmaron que los espíritus exigían la guerra como respuesta a las acciones del médico brujo hereje de las Cinco Colinas. A pesar del silencio de Benu sobre el asunto, la historia sobre Zuwadza y su alumno se había extendido desde las Cinco Colinas como un fuego fuera de control a través de las rutas comerciales que existían entre los umbaru en tiempos de paz. Se rumoreaba que el hereje había asesinado a los de su propio clan cuando lo encontraron en la selva. Finalmente, él y su maestro habían desaparecido en tierras remotas y no se había vuelto a saber nada de ellos.

Los rumores seguían a los relatos. Algunos describían al médico brujo descarriado como un loco que había masacrado a los guerreros de las Siete Piedras por pura sed de sangre. Otros presentaban al hereje devorando la carne de los médicos brujos asesinados y convirtiéndose en caníbal: un kareeb. Semejante acto era inconcebible, pues aquéllos que lo cometían veían rechazada su entrada al Mbwiru Eikura. Benu rechazaba esas historias por considerarlas chismorreos infundados y sin sentido.

—¡En este Igani purificaremos aquello que ha sido contaminado! —exclamó Guwate'ka desde su lugar junto al fuego, rodeado por el resto de los sumos sacerdotes del clan—. ¡Mostraremos a los espíritus que seguimos siendo fieles!

Los aldeanos alrededor de Benu dieron su aprobación de manera atronadora, pero él permaneció en silencio. Su orgullo por el Igani se había desvanecido. La claridad que antaño le había proporcionado. *Mi mente me está jugando una mala pasada*, se intentó convencer a sí mismo, pero no podía apartar su malestar. El mundo lo oprimía, los cuerpos, la pintura y las plumas mezclándose en un agobiante mar de colores y sonidos.

Benu se alejó tambaleándose del fuego y caminó entre las cabañas vacías,

buscando aire entre jadeos. Una fría mano surgió de entre la oscuridad y agarró su hombro. Benu se giró a la velocidad del rayo, sin saber qué le aguardaba. Allí, envuelta en sombras a excepción de su rostro, estaba una mujer. Una hermosa mujer.

—Benu —dijo ella—. Es extraño que no tomes parte del ritual en esta gloriosa noche.

—¿Quién eres? —dijo, con su voz recuperándose del sobresalto.

—Soy Adiya, mujer de Guwate'ka.

Benu bajó su mirada en señal de respeto. No era digno de mirar a los ojos a la mujer de un sumo sacerdote. Aquéllas con semejante posición rara vez abandonaban sus chozas, ni siquiera en las ceremonias.

Adiya situó su mano bajo la mandíbula de Benu, elevándola hasta que sus ojos se cruzaron.

—Tienes permiso para mirarme. He venido para ver si los espíritus dijeron la verdad sobre ti.

—Qué... —comenzó Benu, pero Adiya posó suavemente sus dedos sobre su boca, haciéndolo callar.

—Dicen que hay algo que te atribula. Una especie de enfermedad. Yo también lo percibo.

Benu miró hacia otro lado, angustiado por saber que uno de los suyos era consciente de la confusión que se apoderaba de él.

—No tienes de qué avergonzarte. Estás en buena compañía. Los sumos sacerdotes sostienen que soy una curandera. Ese veneno que anida en tu mente se puede purgar —dijo ella.

—¿Y tú *me* curarías?

—Lo haría —le aseguró con una energía indefinible que transmitía cariño. Adiya acarició el brazo de Benu con su mano y a continuación cogió su húmeda palma.

—Ven.

Benu accedió, seducido por la confianza de la mujer. Cuando las formas iluminadas de la aldea no eran más que estrellas inalcanzables en la distancia, Adiya se detuvo, haciendo señas al joven médico brujo para que se arrodillase sobre una alfombra. Frente a él se encontraban extendidas las herramientas de su oficio: su pintura corporal, su daga ornamentada, su temible máscara con cuernos, adornada con plumas y moldeada para asemejarse a un rostro frunciendo el ceño de manera inhumana, y un surtido de pociones y talismanes.

Adiya sólo parecía un poco mayor que Benu. Era seductora y fuerte, aunque sus definidas caderas le aportaban un tono de suavidad. Su rostro bronceado era rico en colores, como la corteza de un sano árbol sin hojas. El viento hacía ondear el salvaje plumaje adosado a las pulseras que rodeaban sus muñecas y sus tobillos.

—La pintura —dijo ella mientras cogía un puñado de la pasta veteadas— de la médula de las fieras más temidas de la selva. Que te proporcione valor cuando te enfrentes a tus enemigos. —Embadurnó la cara de Benu con la fría mezcla.

—Una daga hecha con una garra, letal como el monstruo que la perdió. Que guíes con cuidado y precisión su hambriento filo. —La mujer colgó el arma de Benu en su costado.

El médico brujo se quedó de piedra cuando Adiya de repente se inclinó hacia adelante. Sus labios se juntaron con los de Benu antes de que pudiese apartarse.

—Un beso, para mostrar que estamos juntos en esto —añadió después.

—Una máscara, extraída de las pesadillas de nuestros ancestros —prosiguió Adiya mientras elevaba el rostro de madera y se lo colocaba a Benu— para ahuyentar a los espíritus que conspiran contra nuestra buena caza.

Adiya lo observó atentamente.

—El honor es más que una simple muerte en una batalla.

Los ojos de Benu saltaron frente a la repercusión de esas palabras.

—En el Igani no hay muerte simple.

—¿Eso es lo que crees o es lo que te han enseñado? —preguntó Adiya—. Los espíritus dicen que recorres dos caminos y vacilas entre los destinos. A un lado, el eterno niño de las Siete Piedras, buscando una bendición que los sumos sacerdotes no otorgan jamás. Al otro lado, un incendio incontrolado, implacable y brillante, trayendo vida y novedad a esta selva estancada. Mañana tendrás que elegir.

Sus palabras rozaban la herejía, pero Benu no podía ignorar el hecho de que, de alguna manera, reflejaban su reciente confusión interna.

—¿Cuál es el correcto? —preguntó él—. ¿Qué tiene de bueno cada uno de ellos?

—No estoy aquí para responder a esas preguntas. Únicamente doy consejo. Pero has de saber esto: los espíritus están preocupados. Dicen que los umbaru ya no somos únicos o dignos de celebrar. Dicen que nos mentimos a nosotros mismos cuando afirmamos que nuestros sacrificios se hacen para todo nuestro pueblo. Dicen... —Adiya dudó un instante—. No. No es mi deber. No soy un sumo sacerdote.

—Habla. No te juzgaré. —Benuse tambaleó sobre sus pies, fascinado. Adiya susurró algo apenas audible—: Dicen que estamos *ciegos*.

El pulso de Benu se aceleró mientras los recuerdos del médico brujo hereje se agolpaban en su mente.

Los sumos sacerdotes actúan como si estuviesen en contacto con los espíritus a diario, pero no es así —prosiguió Adiya—. A menudo Guwate'ka y sus iguales apenas atisban la Tierra Informe. El Igani, las leyes que gobiernan nuestras vidas, existen para que los sumos sacerdotes nos controlen, para reprimir lo que somos.

—He jurado defender nuestras costumbres —respondió Benu, aunque a su voz le faltaba convicción.

Has visto pruebas de que en Mbwiru Eikura las cosas no son como dicen los líderes, ¿verdad?

Benu tragó saliva, dudando de si era seguro hablar sobre lo que había visto.

—He visto muchas cosas en la Tierra Informe. Algunas son ciertas; otras son meras interpretaciones. Tal es la naturaleza de ese sitio.

Adiya examinó los ojos de Benu aguzando los suyos. Su boca dibujó una gran sonrisa y a continuación dio una palmada.

—Sí, sí. *Has* visto algo. Los espíritus tenían razón.

De repente se escucharon voces cercanas fuera de la choza. Dos hombres estaban andando por las afueras de la aldea. Adiya se agachó, y Benu la imitó. Su vello se erizó por el temor a ser capturado no sólo con la mujer de un sumo sacerdote, sino también cuestionando las enseñanzas de los venerados líderes. Después de un momento, las personas que estaban hablando pasaron y continuaron su camino.

—Conozco el precio de pertenecer a otra clase —dijo Adiya—. Conozco la carga que soportas por el mero hecho de ser un médico brujo. —Frunció el ceño con rabia.

Es una esclavitud encubierta. Vengo a ti con la esperanza de una liberación, de que tú puedas transformar nuestras costumbres.

Benu observó la daga de su costado y la máscara esculpida.

—No lo comprendo. ¿Por qué me ayudas a prepararme para el Igani si crees que nuestras costumbres están equivocadas?

—Es necesario ver el camino equivocado para poder ver el correcto. Cuando amanezca llevarás a cabo la cosecha como se te ha enseñado, pero lo harás con los ojos abiertos. Esto es lo que los espíritus predijeron.

Adiya dio un paso atrás y observó su obra.

—Ante mí no hay un hombre, sino un médico brujo. Un guerrero de Mbwiru Eikura. Un paladín, no un siervo. Nunca lo olvides.

Benu se incorporó, con su mente repleta de ideas sobre cambios radicales. Las posibilidades de lo que pronto aprendería lo llenaban de energía. Tenía un *propósito*. No se había sentido así de completo en días.

—Buena caza —dijo Adiya.

Horas después, las expediciones de guerra de las Siete Piedras se dispersaron por los matorrales y enredaderas de su selva natal. Benu llevaba la delantera en solitario, con la esperanza de que el ir solo le daría mayor claridad. Llevaba un par de perros enjutos y demacrados. Eran criaturas sobrenaturales, despiadadas y precisas, creadas a partir de carroña y antigua magia umbaru.

Cada temporada, después del Igani, los cuerpos vaciados de los tributos se cosían con sumo cuidado en forma de perros, y sus cuerpos se llenaban con abonos de hierbas y hojas secas. Una calavera hervida de una fiera se utilizaba como cabeza, la cual se pegaba justo por encima de una mata de plumas. Con la bendición de los espíritus, estos seres zombificados servían como fieles esbirros a la entera disposición de un médico brujo.

Los sumos sacerdotes habían concedido dos a antes de su primer Igani, pero él no los había utilizado aún. Su orgullo lo había hecho enfrentarse al ritual armado únicamente con su ingenio y su fuerza. En ese momento sólo pensaba en la

supervivencia. Puso a los perros los nombres de Chena (que significaba *fiebre*) y Owaze (*vuelo*). Entre la densa y salvaje maleza formaban un tándem perfecto, corriendo al mismo ritmo al que latían sus corazones fantasmales.

A través de las hojas estalló una carcajada aguda e inquietante, cuyo origen era incierto. Chena y Owaze se detuvieron de repente, lanzando miradas en todas las direcciones. Deteniéndose con un resbalón, Benu se giró para averiguar el origen del sonido. Agarró la daga de su cinturón, escuchando es familiar y agudo sonido al hacerlo.

La voz desconocida soltó una carcajada socarrona. En la oscuridad de la selva, las sombras tenían su manera de esconder las cosas. De repente, una bolsa de tamaño no mayor al de la mano de un niño cayó desde el dosel forestal. Benu la esquivó de manera instintiva, pues sabía que debía temer a las miles de maldiciones que podía contener.

Sus perros, sin embargo, no. Lanzados como un rayo hacia el objeto como si de un hueso se tratase, desgarraron con sus colmillos la bolsa, de la cual salió una asquerosa nube de polvo. Los perros se tambalearon como si estuviesen desorientados por el vértigo.

Mientras luchaban por recuperar la orientación, Benu sólo pudo mirarlos y preguntarse qué les sucedería.

La invisible voz lanzó un rápido conjuro:

—*¡Gowaia fen! ¡Bo'ta!* —El bufido de un traqueteo distintivo realzó el grito. Eso hizo que Benu lo comprendiese. Juntos, el hechizo y la bolsa eran una chapucera intentona de control mental.

Habría fracasado en Benu o en cualquier otro médico brujo mínimamente capaz, pero los perros eran simples criaturas, con una voluntad débil.

—*¡Cobarde!* —gritó Benu hacia la selva.

Chena y Owaze gruñían con sus fauces desprovistas de carne. Saltaron y se dirigieron con sus dientes y sus garras retorcidas a las partes del cuerpo de Benu expuestas entre los atuendos ceremoniales.

Esquivando su fiereza, el médico brujo cogió una calavera atada a su cinturón, que contenía aceites incendiarios y magia. Lanzó el objeto a sus sirvientes, y éste entró en combustión al producirse el contacto. Con una llamarada surgió la afligida figura de un hombre, engullendo a sus objetivos. Las hambrientas llamas rodearon a las bestias, pero éstas insistieron, con sus cuerpos hechos a partir de cadáveres, insensibles y sin inmutarse.

Benu evitó su avance. Lanzó una contramaldición melódica que formó motas de energía azul provenientes de su boca; Benu las hizo jirones y se las lanzó a los perros como si fuesen trapos fantasmales. Esa acción se mostró inútil contra el hechizo de la voz invisible. Incluso aunque pudiese evitar a los perros, Benu sabía que su enemigo estaba preparando otro ataque.

Rendirse haría que todo fuese como debería ser, tal y como los umbaru habían

puesto en práctica durante miles de años. Pero él no podía comprender el doblegarse por propia voluntad.

—La vida en este reino no debería abandonarse tan rápidamente. No hay necesidad de realizar este sacrificio... *este Igani —había dicho el hereje. Aquellas palabras no sonaban tan deshonrosas como lo habían parecido anteriormente.*

Benu agarró con firmeza su daga, desesperado por encontrar una salida. Mientras Chena y Owaze aullaban con cada paso, la voz situada por encima no dejaba de reír, satisfecha consigo misma. La garganta de Benu se puso tensa. Su pecho palpitaba mientras su respiración se hacía más forzada. Realizó un corte con su daga, abriendo la piel de Chena justo cuando Owaze se abalanzaba sobre él. El médico brujo se lanzó al suelo, esquivando por muy poco el ataque. Los perros lo rodearon, preparados para golpear.

Sin previo aviso, la maleza de color esmeralda situada detrás de Owaze se abrió y dejó paso a una hermana de las Siete Piedras. Su mera visión era amenazadora, con su vestimenta repleta de plumas. Cuatro retorcidos cuernos salían de su máscara, coronados por un plumaje de color carmesí oscuro. La recién llegada extendió su mano ante sus labios, los cuales eran visibles a través de un corte realizado en la parte inferior de su disfraz de madera. Entonces, con una tos larga y gutural, vomitó un enjambre de langostas que se abrió paso por entre los árboles, hacia arriba.

El médico brujo escondido gritó, y los perros embrujados se desplomaron sobre el suelo con sus cuerpos aún en llamas.

Pocos segundos después los insectos encontraron a su objetivo, acabando con su camuflaje y su equilibrio. Una caída. Un grito de dolor. El cuerpo inerte de un hombre sobre el suelo cubierto de enredaderas. Las langostas, provistas de infinidad de dientes y con su victoria asegurada, dispersas en mil direcciones como si fuesen humo.

Benu, aunque agradecido por conservar su vida, no podía evitar sentirse culpable mientras observaba el cuerpo. La piel de su enemigo estaba inflamada y presentaba una especie de ronchas, furúnculos rojos que se habían formado a consecuencia de los feroces mordiscos del enjambre.

—¿Lo ves? Otro umbaru muerto sin ningún motivo —dijo la mujer enmascarada—. Pese a que no estemos hechos para este mundo de sombras, tenemos que hacer todo lo que podamos para sobrevivir en él.

Benu reconoció esa voz de inmediato.

—¿Adiya? —respondió, al mismo tiempo estupefacto y horrorizado—. ¡Tú no eres un médico brujo! ¿Por qué estás aquí?

—Los espíritus me pidieron que te siguiera, y es bueno que haya obedecido. —Ladeó la cabeza.

—Las reglas del Igani prohíben matar al médico bru...

—¿Reglas? —gruñó Adiya—. ¿Me hablas de reglas después de todo lo que has visto? Mbwiru Eikura no es algo que uno se gane; es lo que aguarda a todos los

umbaru. Eso lo sabes bien. Los sumos sacerdotes comenzaron estas cacerías. El hereje de las Cinco Colinas pudo observar la verdad. ¿Por qué la niegas?

—Yo... —comenzó Benu, pero no tenía ningún argumento que ofrecer, al menos ninguno en el que creyese de verdad. Ella tenía razón. El *hereje* tenía razón.

Abrumado por una inundación de emociones, Benu se abrió por completo a Adiya y a sus palabras. Era más que simple deseo; era la emoción de desobedecer las férreas leyes de los sumos sacerdotes. Mientras los cadáveres de Chena y Owaze iluminaban el pequeño enclave, Benu retiró la máscara de Adiya y recorrió suavemente sus labios con su dedo. La besó sin previo aviso y a continuación se retiró hacia atrás y dijo:

—Para mostrar que estamos juntos en esto.

Adiya esbozó una sonrisa de complicidad. Ella cerró sus ojos como invitación a una mayor complacencia y Benu se inclinó. Cuando sus labios se tocaron, él se sorprendió por el ruido de gritos y aullidos de una banda de hombres de una tribu que salieron en tromba de la selva que los rodeaba. Ambos miembros de las Siete Piedras habían cometido el error de no reconocer el peligro, inmersos en su distracción.

El grito que soltó el enemigo al morir y las bengalas en las que se habían convertido los otrora fieles perros de Benu habían atraído a los médicos brujos de la tribu del Valle Nublado.

Solemnidad era lo único que podía reunir Benu mientras sus captores lo conducían hacia la noche que todo lo devoraba. Ante ellos se encontraba el hogar del Valle Nublado. A sus ojos, tenía el mismo aspecto que la aldea de las Siete Piedras. Las chozas con tejado de paja se arremolinaban alrededor de un área central abierta donde crepitaba una hoguera. Había jarras con manchas de sangre en las proximidades, anhelando las ofrendas que pronto las harían rebosar.

Benu no celebró la *Te WokNu'chu*, pues el deseo de vivir de Adiya lo había traspasado por completo. Incluso en ese momento su nostálgica mirada le pedía que desafiase a su herencia y atacase a sus captores. Semejante acto estaba prohibido, era impensable.

Los capturados por el Valle Nublado sumaban únicamente tres cabezas: Benu, Adiya y un médico brujo mayor conocido como Edwasi. El grupo que se acercaba a la hoguera fue recibido por los asistentes a la ceremonia, mientras otros aldeanos cantaban, tocaban los tambores y bailaban conmemorando el ritual.

Despojados de sus máscaras y sus armas, los tres fueron colocados sobre unas mesas bajas dentro de una choza con paredes de hierba y, después, se les untó con aceites cítricos. Los cautivos recibieron un ungüento en forma de icor sembrado, un agente que evitaría que sus cuerpos se pudriesen durante las horas posteriores a la muerte. En uno de los extremos de la habitación, Edwasi, con el pelo gris, respiraba profundamente para aliviar su ansiedad.

Adiya observaba a Benu desde la mesa contigua con una mirada llena de impotencia, extendiendo su mano hacia él. En ese momento Benu se sintió realmente mal.

Tras completar su trabajo, los asistentes se marcharon y abrieron la puerta de la choza a un hombre grande y musculoso que llevaba una hoz en forma de media luna fabricada a partir de una mandíbula. Benu no sabía su nombre, pero su impresionante tocado dejaba claro que era un sumo sacerdote anciano. A su espalda se encontraba el resto de los integrantes de su casta, adornados con coloridas plumas y sujetando firmemente muñecas mojo.

El sumo sacerdote principal hizo un gesto con su barbilla y a continuación dio un paso hacia atrás y salió de la choza. Dos hombres ataviados con una falda entraron en la habitación y cogieron a Edwasi por las muñecas. El anciano médico brujo no ofreció resistencia alguna a sus escoltas, y lo condujeron fuera para que fuese presentado ante el sumo sacerdote. Edwasi aceptó su destino.

A través de la puerta abierta de la choza Benu observó la ceremonia como si fuese la primera vez que la veía. Los participantes realizaron las mismas acciones que había presenciado en los Igani durante toda su vida. Se dijeron las palabras. Se derramó la sangre de Edwasi. Los asistentes recogieron sus órganos en jarras mientras el resto de los aldeanos proseguían sus cantos. El ritual y todo su esplendor eran como siempre habían sido. Pero para el joven médico brujo parecían vacíos de sustancia.

—Nosotros, los umbaru, escondemos nuestra violencia sin sentido tras cantos entusiastas —exclamó Adiya.

En ese momento, aventuró Benu, el vaporoso espíritu de Edwasi ya se había retirado de este mundo. El joven médico brujo pensó de repente en los confundidos fantasmas que había visto en Mbwiru Eikura, destrozado por darse cuenta de que las cosas no eran como se les había dicho que eran.

—Una vida segada antes de tiempo, ¿para qué? —dijo Adiya entre dientes—. Necesitamos abandonar esta senda. Hay otro camino.

El corazón de Benu se aceleró. La cabeza le daba vueltas. Ellos son muchos, y nosotros somos dos ¿Qué camino hay?

—Aceptamos de buena gana el ofrecer carne umbaru a los espíritus, pero a nosotros se nos prohíbe comer de ese botín. ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

Benu se estremeció frente a semejante propuesta.

—¡Los *kareeb* están condenados por los espíritus!

—Más historias fabricadas por los sumos sacerdotes —Adiya agitó su mano como muestra de negativa—. He oído secretos en compañía de mi marido. Él hablaba de leyendas que dicen que comer carne de médico brujo abre el camino prohibido a la divinidad. Se creaban mentiras para que nunca se descubriese la verdad. Pero tú, paladín, eres sabio y podrías utilizar ese poder para ponerlo a tu disposición. Con él, podrías reformar nuestra cultura, ahora rota. Nadie podría detenerte.

Benu miró fijamente a Adiya, cuyos ojos se mostraban imponentes y sinceros.

—Cuando nuestros asesinos se acerquen, hazles frente con rebeldía —susurró Adiya—. Sígueme, y los umbaru florecerán en una era de verdadera luz, no de oscuridad.

Tal y como esperaban, los hombres con falda volvieron, con sus brazos y pechos con restos de sangre. Se acercaron para coger a Adiya por las muñecas pero, de manera inesperada, se encontraron con un recibimiento repleto de fiera rabia.

La mujer saltó sobre la mesa y se propulsó hacia adelante, agarrando a uno de los hombres por la cabeza y girándola con el impulso de su ataque. Un mido seco anunció su éxito. Antes de que el escolta restante pudiese reaccionar, Adiya agarró la parte trasera de su cuello e hizo bajar la cabeza del hombre mientras su rodilla impactaba con su nariz. Cayó al suelo, inmóvil.

Benu no podía creer lo que acababa de suceder, del mismo modo que no podía concebir la velocidad y precisión con las que había perpetrado las muertes. Nunca había visto u oído hablar sobre semejante ferocidad. Adiya agarró su mano y tiró del médico brujo para emprender la huida saliendo disparados por la puerta de la choza.

Los habitantes del Valle Nublado estaban enfurecidos. Tras empujar al sumo sacerdote anciano, quien a pesar de estar armado se limitó a observar lo que estaba sucediendo estupefacto, Adiya se abalanzó sobre las jarras que contenían los órganos de Ldwasi. Una por una fue quitando las tapas mientras la multitud se alejaba, maldiciendo los actos de la mujer pero dudando sobre qué hacer.

—¿Ves lo patéticos que son y la dependencia que tienen de las reglas? —preguntó ella—. Los umbaru son muy débiles. Matamos y morimos no por honor, sino por miedo.

Adiya encontró el premio que había estado buscando en un jarrón de barro de color azul: el cálido e inmóvil corazón de Edwasi. Lo cogió y, levantándolo en el aire, dijo:

—Somos mejores que las injusticias que hemos cometido. Saborea tu recompensa, Benu. ¡Mata al servidor que llevas dentro!

Los miembros de Valle Nublado gritaron desde todas partes, su conmoción momentánea fue disipándose. Benu sabía que atacarían de nuevo muy pronto. Muchos de ellos estaban armados con puñales y lanzas. De pie, sin miedo entre la turba furiosa, Adiya acercó el corazón hacia Benu. Éste se percató que ése era el momento del que ella le había hablado.

Ésa era la promesa de una nueva vida, libre de mentiras, de guerras sin sentido y de las cargas de las costumbres. Recordó todo lo que había visto y sentido: los espíritus atormentados en la Tierra Informe, el médico brujo hereje que se había rebelado contra las viejas costumbres...

Pero ese hombre no se había hecho kareeb y tampoco había abrazado la lucha como la primera opción. Fue Benu quien atacó antes, convirtiendo en inevitable el derramamiento de sangre. El hereje había desafiado las leyes para salvar a su maestro, para salvar una vida, no para convertirse en un dios entre los hombres.

—¡Con esto puedes rehacer el Teganze! —gritó Adiya—. Nunca más se acabará con la vida de manera gratuita. ¡Nunca más las mentiras envenenarán los corazones de nuestro pueblo!

Mientras observaba los rostros de los habitantes del Valle Nublado, una profunda sensación de claridad inundó a Benu. Aquella gente estaba equivocada en cuanto a sus costumbres, eso estaba claro, pero no eran sus enemigos. No deseaba luchar contra ellos, pues ése no era el camino de la verdad. Sólo deseaba ilustrarlos.

—No puedo —dijo Benu.

—¡Basura! —gritó Adiya, aplastando el corazón de su mano—. ¡Cobarde!

Una luz violeta manó de dentro de la compañera de Benu, iluminando el cielo gris y las sencillas chozas de paja que había a su alrededor. El cuerpo de la mujer se contorsionó. La piel de sus piernas empezó a desprenderse, dejando ver una docena de tentáculos atrofiados cubiertos de cientos de bocas biliosas. De su cabeza brotaron tres cuernos y su rostro estalló. Entonces, en lugar de una mandíbula, apareció un orificio que se había formado justo por encima de la garganta y que babeaba como si fuera a darse un gran banquete.

—Demonio...

Benu había oído hablar de las criaturas, del mal que había nacido de las sombras que estaban más allá de su comprensión. Nunca había visto ninguna. Se estremeció al recordar las caricias que le había dado poco antes.

Uno de los tentáculos de la criatura dio un azote y Benu dio un salto hacia atrás. El apéndice gritó en el aire, rebanando los torsos de dos umbarus que estaban cerca de la escena. El demonio gimió al ver que el resto de habitantes del pueblo salían corriendo, emanando unas ondas de energía de su cuerpo.

La descarga propulsó a Benu contra una roca. La cabeza le daba vueltas mientras rodaba hacía a un lado. Un puñado de aldeanos reunió una defensa, disparando dardos y lanzando dagas ceremoniales. Adiya, imparable en su verdadera forma, aplastó sin dificultad los ataques. Los aldeanos iban a morir, se dio cuenta Benu. Él iba a morir.

El joven hechicero se sentó y cerró los ojos, despejando su mente para alcanzar el Trance de los Espíritus. Buscaba la guía de los espíritus. Si iba a morir ese día, quería llegar a su fin sabiendo si la iluminación que había alcanzado era real o simplemente la astucia táctica de un demonio. El etéreo paisaje de Mbwiru Eikura llenó su visión en unos instantes. Decenas de espíritus se acercaban a él. En el centro de la reunión había una figura solitaria, su brazo sombrío hacía señales a Benu. Un pensamiento se formó en su mente, una impresión.

Ven.

Benu temblaba atemorizado. No importa. Para lo bueno y para lo malo, ya no habrá más miedo, ni más dudas. Éste dio un paso hacia el espíritu.

Eres Benu, te conozco. Eres el que camina con un demonio a su lado.

—Yo... —Benu agachó la cabeza avergonzado—. Así es. Creía que decía la verdad.

*En parte lo hizo. El demonio enmascaró sus mentiras con la verdad para llevarte por el mal camino. Lo que es cierto es lo siguiente: la Tierra Informe no es tal y como*

la presentan los sumos sacerdotes. Aquél al que llamas hereje lo sabía. Por esa razón desafió la ley.

Las imágenes giraban y brillaban ante Benu como si de humo y rayos se trataran. Pudo ver a aquél al que llamaba hereje caminando a través de extrañas tierras que el joven médico brujo no conocía. Una estrella fugaz alumbró el cielo nocturno, y Benu la siguió hasta el lugar de su impacto: un pequeño pueblo acosado por el mal.

—Si lo sabía, ¿por qué se marchó? ¿Por qué no enseñó a los suyos?

Todos los umbaru siguen su propio camino. No hay dos iguales. Él enseñará a su modo, y tú lo harás según el tuyo. Tú, Benu, te encuentras equidistante entre el mundo de las sombras y la Tierra Informe, como si hubieses nacido en la frontera entre ambas. Esta conexión será tu mayor arma.

—¿Qué es lo que pretendéis que muestre?

La vida en el mundo de las sombras es preciosa. No se debería malgastar. Las guerras umbaru no benefician a la Tierra Informe. Mbwiru Eikura es una tierra eterna, eso es cierto. Pero allí hay tanto alegría como dolor, al igual que en tu mundo. Estas son las verdades que mostrarás.

—Eso es lo que vi cuando observé a los espíritus sacrificados durante el Igani —respondió Benu.

Viste, pero no creíste.

Benu se quedó sin palabras. Aquellas frases eran agudas y ciertas.

El demonio sintió tu duda y fue atraído a nuestra selva secreta.

El fantasma hizo una señal por encima del hombro de Benu. El hechicero se giró y vio, detrás de un velo que separaba Mbwiru Eikura del mundo de las sombras, al demonio Adiya, congelado en el tiempo.

—¿Con qué propósito me persigue?

El espíritu elevó su brazo, creando nuevas imágenes. Benu se vio a sí mismo comiendo del corazón. A pesar de lo que Adiya afirmaba, no le garantizó poderes similares a los de los dioses. No provocó nada. La visión espectral se transformó de nuevo para mostrar a Benu exiliado de las Siete Piedras, abandonado a la suerte de vagar por el Teganze como un kareeb, solo y acosado por la miseria, consumido por la tristeza y la vergüenza. Durante todo ese tiempo Adiya lo seguía de cerca.

Habría conseguido que comieses del corazón y abandonases todo lo que eres. Sólo después te habrías dado cuenta del grave error que habías cometido. Durante los siguientes años, la criatura se habría pegado un festín con tu espíritu atormentado, pues tiene otros muchos más. Pero, cuando el demonio te tentó, rechazaste su oferta. ¿Por qué?

—Los umbaru no somos débiles ni miedosos, como dijo el demonio. Seguimos nuestras viejas tradiciones relativas al honor y al orgullo. Luchando contra aquéllos que se atienen de manera estrecha a las costumbres no conseguiremos nada. Debo enseñarlos.

En ese momento los pensamientos provinieron de todas las figuras, como si

estuvieran comunicándose al unísono.

Exacto. Estabas ciego, pero ya no. Ante nosotros tenemos a un profesor. Un líder espiritual y un sanador. Un guerrero que defiende la vida pero conoce la necesidad de la muerte. Ante nosotros tenemos a un médico brujo.

—¿Y qué hay del demonio? —preguntó Benu. Esta vez sólo respondió el espíritu líder.

Fuiste tú quien lo condujo hasta aquí. Y eres tú quien debe expulsarlo. Esta tarea es dura, pero recuerda siempre que los espíritus estamos aquí para guiarte. Estamos unidos a ti de manera eterna por la Tierra Informe.

Benu inclinó su cabeza.

—Os doy las gracias.

Sin aviso alguno, la Tierra Informe desapareció con un impresionante fogonazo de luz. Benu abrió sus ojos como si estuviese despertando de un sueño, y se puso en pie.

El demonio se abría paso entre los aldeanos. De su cuerpo salían ondas de energía de color violeta, que derribaban chozas y lanzaban por los aires a los umbaru como muñecos de esparto. Los tentáculos de Adiya ceñían firmemente sus cuellos, piernas y torsos. Sus bocas biliosas consumían sus carnes y huesos.

El hechicero se dirigió hacia la criatura, cogiendo del suelo una espada ceremonial abandonada y una lanza.

—¡Demonio! —bramó Benu—. ¡Abandona este lugar!

Le arrojó la lanza, pero ésta apenas rozó el hombro de Adiya, aunque lo suficiente como para atraer la ira del demonio.

Adiya lanzó a un lado los cuerpos inertes que sostenían sus tentáculos y se giró. Los defensores del Valle Nublado lanzaban miradas arriesgadas desde detrás de las chozas en las que habían buscado refugio. Tal y como esperaba Benu, se fueron marchando poco a poco, desapareciendo en la seguridad de la densa selva.

Benu deslizó su filo a través de su mano abierta y después cerró el puño con fuerza, lo que hizo que brotase más sangre de la herida.

—Soy Benu, del Clan de las Siete Piedras. ¡En mí fluye el poder de mi pueblo!

—Tu pueblo te ha abandonado. —La risa ultramundana del demonio resonó por doquier—. Estás solo.

—Estoy eternamente unido a la Tierra Informe. ¡Soy el Puente viviente con Mbwiru Eikura! A mi lado están los espíritus del reino del más allá. Siempre me guían con su sabiduría. Y a veces...

El médico brujo abrió su mano y lanzó la sangre al demonio. Las múltiples bocas de Adiya salivaron por el aroma de su siguiente aperitivo.

—¡Me ayudan con su fuerza!

Un foco de energía de color verde pálido surgió alrededor de Adiya. En un instante surgieron cientos de brazos del más allá, extendiéndose a través del velo que separa este mundo de Mbwiru Eikura. Las furiosas extremidades agarraron y

arañaron al demonio, haciendo que la criatura se viese despojada de su carne.

Antes de que Adiya pudiese ser descuartizada tuvo lugar una explosión de magia en su cuerpo, reduciendo los brazos de los espíritus a briznas de humo de color verde jade. Un tentáculo se enrolló alrededor del cuello de Benu y lo atrajo hacia adelante hasta que su rostro estuvo a escasos centímetros de la boca palpitante de la cabeza del demonio. Su pútrido aliento lo inundó por completo.

Benu se retorció mientras las fauces del tentáculo comenzaban a morder su cuello. Las bocas comenzaron a desgarrarlo todo, devorando toda la carne y sangre que encontraban. Las manos del médico brujo se quedaron sin fuerzas a causa del dolor y sólo era ligeramente consciente de la hoz que se resbalaba entre sus dedos. Haciendo uso de sus últimas fuerzas, afianzó su agarre. Benu propinó una potente patada contra el pecho del demonio, y la criatura retrocedió brevemente... lo suficiente como para que el joven umbaru encontrase su oportunidad.

Introdujo su filo en la frente del enemigo, empujándolo hasta la parte posterior de la testa del demonio. Una mirada de incredulidad se dibujó en sus ojos inhumanos antes de que su cuerpo se estremeciese como un árbol desnudo atrapado en un violento viento. Los tentáculos se sacudieron en el aire, lanzando a Benu a un lado.

La cosa llamada Adiya se atrofió y se derrumbó sobre el suelo, falta de vida.

El mundo alrededor de Benu pareció detenerse mientras cogió reposo sobre su espalda, con sangre manando de su cuello. Los árboles en uno de los extremos de la aldea se balancearon con una suave brisa. Los cantos de los pájaros y las bestias resonaban procedentes de la selva. El sol desapareció en el horizonte, señalando el fin de otro Igani.

La muerte se cobró su peaje sobre Benu poco después. En un principio se resistió a ella, confundido porque el destino lo había llevado a ese momento y sabiendo que nada de lo que había aprendido llegaría a oídos de los suyos. Pero, justo antes de que su corazón latiese por última vez, recordó las palabras de los espíritus...

Tú, Benu, te encuentras equidistante entre el mundo de las sombras y la Tierra Informe, como si hubieses nacido en la frontera entre ambas. Esta conexión será tu mayor arma.

... Y se fue en paz.

Los médicos brujos de las Siete Piedras se arremolinaron junto a la hoguera, preparándose para el Trance de los Espíritus. Había transcurrido menos de una semana desde el último Igani. Todos ellos habían oído hablar de Benu y de su lucha contra el demonio. Si las historias estaban en lo cierto, se había sacrificado para salvar a la Tribu del Valle Nublado.

Pero los rumores seguían a las historias, como siempre había sucedido. Así eran las cosas. Desde el Valle Nublado se decía que Benu había desafiado las leyes del Igani y que incluso había sido kareeb.

Los sumos sacerdotes de las Siete Piedras hablaron de la rabia de los espíritus por tales sucesos. Aunque tachaban a Benu de héroe, afirmaban que la presencia del demonio había mancillado la guerra ritual.

Por esa razón, se había ordenado otro Igani Bawe.

En busca de las bendiciones de los espíritus, los médicos brujos de las Siete Piedras entraron en el Trance de los Espíritus. El tiempo se ralentizó mientras se adentraron en el reino del más allá. La aldea se vio despojada de su cáscara exterior, y las retorcidas energías de la Tierra Informe se extendieron de manera interminable en todas las direcciones.

Normalmente los guerreros veían y escuchaban a diferentes espíritus, si es que veían o escuchaban algo. En esa ocasión, sin embargo, cada médico brujo presenció la misma figura negra como el carbón haciéndoles señas. Los pensamientos del espíritu formaron algo similar a palabras en sus mentes, claras como cristales y afiladas como dagas.

Estáis ciegos.

Los médicos brujos dudaban sobre cómo actuar frente a la acusación del espíritu. Pidieron perdón y solicitaron disculpas. Muchos de ellos abandonaron el trance, temiendo que hubiesen hecho enfadar de alguna manera a los espíritus.

Esos guerreros no estaban preparados, pero otros lo estaban.

—¿Qué es lo que deseas que veamos? —preguntaron los pocos médicos brujos restantes.

La verdad. Puede que muráis en este Igani. ¿Por qué razón?

—Para honrarte a ti y a los tuyos —respondió uno.

—Los sumos sacerdotes así lo ordenan. Ése es mi deber como médico brujo —dijo otro.

—La vida es sacrificio. El sacrificio es vida —mantuvo un joven guerrero.

El espíritu se aproximó a este último, reflexionando sobre tales palabras. Antaño, en el otro mundo, él las había llevado como armadura y blandido como espada. Pero las vidas no deberían otorgarse tan sencillamente, de manera tan innecesaria.

No quiero tu sacrificio. Esta tierra no lo necesita.

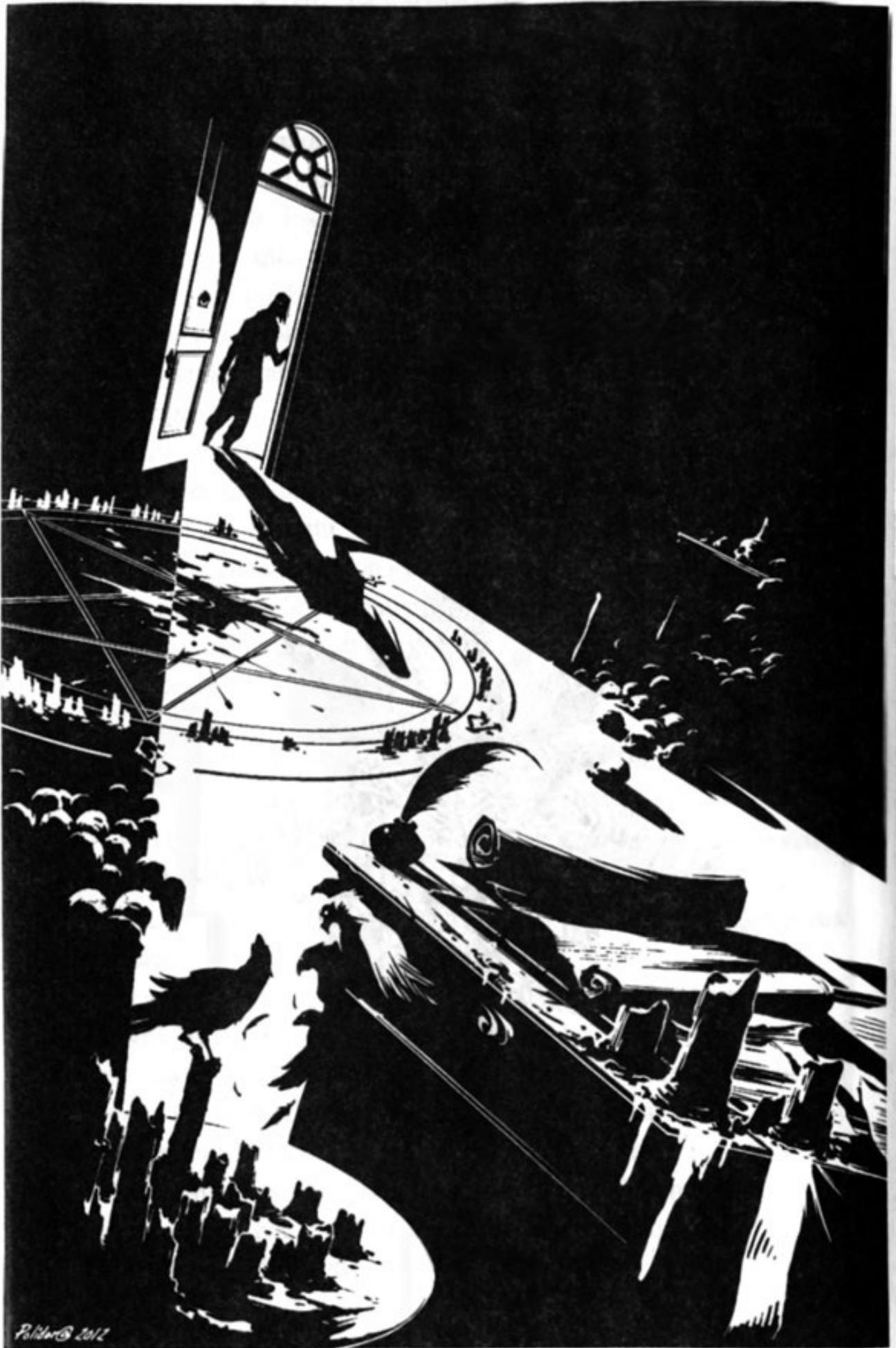
La confusión y el malestar se apoderaron del joven médico brujo. Dudó antes de hablar.

—En ese caso, ¿qué es lo que pides de mí? ¿Qué hay más allá del sacrificio?

Vida.

En última instancia sólo el joven guerrero había permanecido en el trance, pero el espíritu una vez llamado Benu no guardó rencor hacia aquéllos que habían huido. Los guiaría hacia la luz aunque le llevase días, semanas o incluso años. Todos los umbaru seguían su propio camino hacia la verdad. No había dos iguales.





## El teatro macabro: El exilio oscuro

James Waugh

—¡Confesarás lo que has hecho o te lo sacaremos a golpes! —insistió el alguacil, dándole un puñetazo al prisionero en la mandíbula.

La celda era una cámara fría y húmeda de suelos empedrados, impregnada de un fuerte y agrio olor a muerte. El reducido espacio que había entre sus muros estaba completamente a oscuras. Sólo se colaba un rayo de luz por una pequeña ventana con barrotes, que proyectaba una extraña luminiscencia de color ámbar sobre el hombre esposado a una de las dos sillas que rodeaban la mesa de madera.

Bueno, bueno, alguacil... no necesitamos usar la violencia. Tengo que escuchar todo el relato. Por lo que sabemos, este hombre afirma estar confundido por influencias demoníacas.

Desde que había entrado en la celda, el sacerdote de Zakarum no se salía de las esquinas oscuras, mantenía su rostro de lado escondido dentro de la capucha, estudiaba al prisionero y observaba cada uno de sus gestos.

—Maldita sea. Este hombre debería estar colgado de una horca.

—No me importa lo que piense... Tiene unas órdenes.

—Sí, padre, si el juez dice que tengo que escucharlo, lo haré. Pero no tenga piedad de este demonio. Es un mentiroso. Mintiendo es como se gana la vida.

Tienen que entender —interrumpió el prisionero desesperadamente—, que hay un vacío que lo envuelve todo. Algún tipo de manipulación siniestra que se ha alimentado de mi... mi debilidad... Tienen que saberlo. ¡Tienen que saber a lo que me he visto obligado!

El alguacil levantó su puño para encajarle un nuevo golpe.

—Si quisiera escuchar tu palabrería, te...

—¡Alguacil Rantz! Deje que el hombre hable, por favor. —El sacerdote avanzó ligeramente, ahora el sol besaba su capa.

—Venga, ahora, Samuel Drest, si tengo que averiguar si había o no influencia maléfica en tu crimen, debo escucharlo todo... desde el principio, como dicen en tu profesión...

Drest estaba sudoroso, tenía el pecho agitado y respiraba con dificultad. Lanzó una tímida mirada hacia arriba, anhelante por saciar el hambre de su adicción.

—Es posible... Estoy pidiendo... Sería de ayuda... Si pudiera contar con un poco de... humo de pipa. Me ayudaría a concentrarme.

Los nudillos de Rantz golpearon la cara de Drest tan rápido como un látigo. El prisionero gritó y la sangre comenzó a fluir, goteando desde el fresco corte encima de su ojo.

—¡Criminal... estás en la cárcel! ¿Cómo te atreves a pedir una cosa así?

Es sólo... Estoy enfermo, eso es todo, señor. Creo que tengo ganas de vomitar.

—Yo no te voy a dar la cura —dijo Rantz desde la silla que estaba delante de Drest.

—Explica tu historia, dramaturgo. Libérate de tu pesada carga. Deja que el alivio sea el bálsamo para tus dolores. —La voz del sacerdote era temperada, tranquila e incluso fría.

Drest inclinó la cabeza hacia atrás y se apoyó sobre la pequeña mesa, como aceptando tristemente su destino. Había llegado a esto. Sabía que así sucedería desde el momento en que el abismo entró a formar parte de su plan. Respiró hondo y trató de concentrarse y encontrar la elocuencia por la que era conocido, la elocuencia que una vez había sido tan aclamada.

—Es una tragedia en estado puro, ya ven. Un hombre que cae en desgracia por su único y fatal defecto... tal y como los maestros de Skovos enseñan. Estábamos Marlowe y yo... Marlowe con su cabello oscuro como el azabache y sus penetrantes ojos verdes, que todas las mujeres decían que parecían esmeraldas diminutas. Marlowe, el chico de oro. El sabio. El fraude. Recuerdo la primera vez que apareció por el Grand Desote... mi teatro, no el suyo. Fue durante el ensayo de mi obra *Los cuatro rotos*. Estaba en un excelente momento de mi carrera: un dramaturgo cuya obra había encontrado comprador, cuyas creaciones no eran entrañas en el cerebro de un escritor maldito muerto de hambre, sino que vivían en las mentes de una audiencia que me adoraba...

—¿Qué es esa tontería poética? Tu enemistad con Marlowe es bien conocida. No soy un recién llegado a Westmarch... Ve al grano.

—Agente... —Las palabras del sacerdote sonaban como un rumor gutural—. He dicho que tenía que escucharlo todo y así lo haré. Las raíces de la influencia demoníaca pueden remontarse a años atrás. Todo es relevante.

Drest dejó ver una sonrisa canalla al arrugar una de las comisuras. Era una pequeña victoria sin importancia.

—El día que Marlowe entró en Desote sosteniendo su poco original manuscrito con aquellos largos y esqueléticos dedos fue el día en que mi vida cambió para siempre. Es el día que entendí la palabra *némesis*. Es el momento en el que aprendí el verdadero significado del deseo... deseo de querer ser mejor que otro. Deseo de ver mi fama crecer, aunque sólo fuera para superar la suya.

»Ya ven, fue cuestión de meses para que fuera a hablar con su pico de oro con nuestro jefe, lord Barimos, y su obra, ¡oh, su obra, puro cliché, todo redundancia, pura basura! Desacreditó el escenario. Mi escenario. Recuerdo sentarme detrás de la multitud durante su primera actuación; mi boca temblaba de vergüenza de ver lo trivial y pueril que era. Pero entonces ocurrió algo divertido. Como mi mentor, el gran Samus Aritos, venido de Skovos y considerado un dios del arte dramático dijo, nunca se puede explicar el gusto de los espectadores. Tenía razón. Cuando acabó, el

público, esos locos, se pusieron de pie y lo aclamaron. Aplausos ensordecedores, una cacofonía que resonaba y que me rodeaba. Gritos de júbilo. Y él se levantó, inclinándose ante ellos como un falso mesías que había olvidado que estaba solo en el teatro. *Mi teatro...* Era la gota que colmaba el vaso. En mi vida había llegado a sentir una rivalidad de esa manera. No sabía qué historia me proporcionaría mi musa ahora ni qué tema necesitaba mi impaciente pluma expresar. Lo que sí sabía era que debía ser mejor que las tonterías de Marlowe. Tendría que representar sus obras en otro teatro... Pero la fama de Marlowe creció y creció.

—A tus expensas, claro —apuntó el alguacil con cierto humor sarcástico.

En efecto, señor. Pero no al principio. Debería confiar más en mí... Ambos estuvimos batiéndonos en duelo durante tres años. Su actuación y luego una de las mías honraron ese viejo escenario, nuestras historias eran como dos serpientes encerradas en una espiral de muerte. Yo dejé de ir a ver sus representaciones. No quería perder el tiempo. Además, sólo conseguían enfurecer mi alma. En cambio, aprovechaba ese tiempo para escribir febrilmente durante la noche, pensando únicamente en cómo ganarme de nuevo al público. Utilizaba innumerables velas y las manos se me entumecían... con cada espectáculo importaba menos lo que quería decirle a la humanidad. Era como si la única satisfacción de escribir fuera provocar celos en Marlowe, su ira. Si una de mis obras cautivaba a la audiencia o conseguía una sonrisa o una alabanza de nuestro lord Barimos, esperaba que eso lo enfadara... Era lo que más importaba. Y pensar que una vez creí que tenía una visión que ofrecer a este reino.

—De la forma que lo describes, parece que la gente iba a ver tus obras, Drest. Lo último que oí era que, antes de *El Exilio Oscuro*, estabas acabado. Arruinado.

Drest respiró hondo. Sintió cómo el sudor le caía por la frente otra vez, la agonía de su adicción arrastraba todos sus pensamientos.

—Bueno, señor, tiene usted razón. Nuestra rivalidad nos llevó a un extremo en el que no podíamos estar en la misma habitación o en la misma fiesta sin acabar discutiendo, incluso una o dos veces llegamos a las manos. Pero todo cambió para Marlowe en el momento en el que ambos intentamos convencer a los actores de que no trabajaran para el otro. Mi obra *La maldición de Rathma* tuvo muy buena acogida, incluso llegó a desbancar los disparates más recientes de Marlowe. Ahora no soy capaz ni siquiera de recordar de qué iba la obra. ¿Acaso no es triste? Todo lo que recuerdo es que a esa chusma a la que llamamos público entrañable le gustó más que cualquier otra cosa que Marlowe había escrito hasta el momento.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con la influencia demoníaca, señor Drest? ¿Cómo nos lleva esto hasta lo que ha hecho? —La voz del sacerdote desde la sombra provocó una sensación de terror; entonces, se acercó de nuevo a la luz dejando entrever su anciano y pálido rostro que asomaba desde la capa. Había algo enfermizo que Drest podía ver en él. Su piel era de color blanco marfil, translúcido y seco; era un hombre muy anciano y no estaba muy lejos de su final.

—Ya era hora de que hablara con sentido, sacerdote. ¿Podemos proceder con la ejecución?

—Señor —gritó Drest—. Esto es todo... todo parte de... lo que hace que la demonología sea tan evidente. Por favor... Marlowe se tomó un tiempo sabático, tres meses sin ninguna representación de sus obras. Tres meses en los que nadie escuchó ni vio nada de esa rata. Yo pensé que era su rendición y su aceptación de que Desote era en verdad mi teatro y que su material no sería aceptado allí.

—¿Pero eso no ocurrió así, no? —dijo el Zakarum volviendo a la oscuridad.

—No, señor. Cuando por fin regresó, colándose en uno de mis ensayos, se había reinventado en una especie de profeta oscuro del sino, un escritor de terror que se deleitaba en los cuentos de dominio demoníaco sobre la humanidad. ¿Cómo podía saber lo que había hecho? ¿En lo que realmente se había convertido? Vestía todo de negro, con anillos de plata trenzados y pendientes extraños, como si fuera un pirata común. Su piel era ahora de un color blanco alabastro, como si la luz no lo tocara jamás, y sus ojos estaban rodeados de unas profundas ojeras oscuras. Era como si la nueva forma de teatro macabro que iba a escribir lo hubiera absorbido por completo. Creíamos que las nuevas obras eran meras fantasías. Desesperados intentos de conseguir fama.

Drest empezó a reír, consumido por la locura de lo que había hecho, de todo lo que había experimentado. Ahora, al explicarlo, podía ver con gran ironía lo horrible que había sido el escenario en el que había estado todo este tiempo. Su risa sacudió su cuerpo y le provocó tos mientras continuaba hablando:

—Por los dioses, yo asumí que estaba actuando, el golpe maestro de Marlowe para llamar la atención de la gente de nuevo. Qué iluso era.

Paró de reír. Drest eliminó todo gesto frívolo de su rostro.

—Sí, agente. Funcionó. Este nuevo Marlowe tocado por la oscuridad se había convertido en un «genio irreverente», o al menos así empezaron a llamarlo de repente. Sus obras eran reflexiones siniestras sobre la insignificancia del hombre en el mundo y, sin embargo, el público, esa manada tonta, lo veían como carne roja para satisfacer sus propias fantasías lascivas de violencia y horror. Se alinearon alrededor de la manzana, en las calles lodosas, bajo la lluvia, para ver su explotación indiscriminada. Lo llamaron «teatro macabro», un nuevo género para saciar a la multitud famélica. Al ver esto, al verlos disfrutar de tan clara obscenidad, caí en el abismo de la depresión, sentí una tristeza absoluta al darme cuenta del tipo de audiencia para la que me había entregado tanto. Yo ya no podía escribir. Me sentaba con la pluma en la mano, observando el pergamino, y no venía nada. Mi musa me... me había abandonado, avergonzada por la falta de buen gusto en nuestro arte. Entonces recurrí a la pipa, esperando que al alcanzar un estado trascendental encontrara algo de inspiración, algún rayo de creatividad. Pero no hubo nada.

—Para mí, el caso está claro, sacerdote. Los celos son el motivo de todo.

—Los celos no... no guiaron mi mano, señor.

—Dinos, entonces. —Las palabras del Zakarum fueron enfriándose a medida que avanzaba lentamente hacia la ventana, mirando hacia la luz, aunque ésta no lo iluminaba lo suficiente como para que Drest pudiera ver la cara del hombre que estaba juzgando su destino.

—Yo no había escrito ninguna obra en casi un año y no había sido por falta de intentos. Ya ve, era como si mi mente se pusiera en blanco cada vez que lo intentaba. Ni siquiera el ardiente deseo de superar a Marlowe trajo palabras a la página. Iba más allá del dolor. Era magia negra.

—¿Magia negra? ¿Cómo? ¿Ahora vas a intentar hacemos creer que tu pereza la provoca algún tipo de hechizo?

Así es, agente. Es cierto. Yo no lo sabía entonces. Pero, ahora que lo he probado, ahora sé lo que Marlowe había hecho. Sus rituales y sus grimorios le habían proporcionado iluminación en la oscuridad... y yo era su víctima. Llegaré hasta ahí si me dan un poco más de tiempo. La clave es la paciencia.

—Me temo que no me queda mucha.

—Se necesita poca, agente. Un día mi jefe, lord Barimos, apareció por mi casa con el graznido de la mañana. Yo había estado la noche anterior en La Guarida del Camero y mi aspecto era...

—El aspecto desaliñado de un demonio de la pipa... De la misma forma que estás ahora, ¿no?

—Sí, agente... sí. Barimos tenía su nuevo premio. Él tenía a Marlowe, y yo no había creado nada. Después de que Barimos invirtiera un buen oro para mantener mi pluma creando personajes, quería ver en qué estaba trabajando. Me pidió que le entregara páginas para leer, un diálogo, una historia. Una luz de color gris apagado había comenzado a erosionar la noche, y yo podía saborear la dulzura añeja del vino de la noche anterior en mi paladar. Aún podía sentir la bruma de la magia de la pipa nublando mi mente. Barimos lo sabía. Había trabajado con artistas dolidos el suficiente tiempo como para aceptar las peculiaridades de los de nuestro tipo y era siempre flexible, o nos lo permitía, por así decirlo, siempre y cuando robáramos fuego de los Altos Cielos y lo utilizáramos para escribir obras para el Desote. Inmediatamente, le dije que llevaba toda la noche despierto, escribiendo... que estaba en medio de mi mejor trabajo. La obra que me colocaría de nuevo en lo más alto y que haría que valiera la pena su patrocinio hasta la última moneda de cobre y oro que había pasado por mis manos.

»Barimos es un tipo duro. Me sorprende que tenga corazón para el arte y todo eso, con su insensibilidad... sus pobladas cejas tejidas juntas. Inhaló profundamente mi olor. Sintió mi olor a pipa y alcohol. Pudo ver el pésimo estado de mi alojamiento, el desesperado nido de un creador que ha perdido su voluntad por producir. Supuse que me desahuciaría. Pero, para mi sorpresa, me ofreció un claro mandato, una alternativa a la vagancia.

—Drest —dijo lord Barimos con su voz ronca con tono baritonal—, eres un buen

creador. O lo eras. Es la única razón por la que no te hemos echado de este edificio, mi edificio, esta mañana. Es la única razón por la que no te envío de vuelta al frío de las duras calles, mendigando y robando como cuando te encontré... cuando leí por primera vez tus obras. Si no me entregas una obra en una semana que pueda representar en un escenario, no tendré más necesidad de ti.

—Así haré, señor —dije, agarrando y sacudiendo con fuerza su mano—. Le entregaré la mejor obra que haya leído nunca, mi amo.

—Es divertido... Marlowe me dijo lo mismo ayer. Deberíamos ver cuál de los dos hará la mejor obra. Si no podéis competir, ¡id de vuelta a la calle! —respondió Barimos.

—No podía saber si lo que decía era verdad o si se trataba de un ardid para animar la vieja competición. Pero, en ese momento, estaba tan enfermo de humo que creí que lo que decía era cierto. ¿Adónde fui con esta oportunidad de oro que me ofrecía mi patrón y señor? De vuelta a la guarida, en busca de inspiración, en busca de mi musa.

—¿La Guarida del Camero? ¿Esa sucia cloaca de opio?

—La misma, agente. Es curioso; yo creo que tiene encanto... Un tugurio lleno de humo durante el día es un bastión de tristeza. La Guarida del Camero durante las horas de luz es incluso peor. Una casa del horror para enfermos amputados, niños desnutridos, asesinos exóticos, soldados que no pueden olvidar el horror de las guerras que han sufrido, locos, vagabundos delirantes que se proclaman profetas, profetas sin seguidores y éstos como yo, que han fracasado en la vida. La mayoría fuman para escapar de la realidad. Todos están perdidos en la oscuridad del santuario, la única salvación que el espejo del sol crea, el reflejo del mundo real, ésa que se burla de ellos en todo momento y les recuerda su estación. Me siento como en casa en ese lugar u otros parecidos a ése. Siempre lo hago. Nadie te mira en un lugar así. Puedes encontrar un rincón y hacértelo tuyo. Debes ser tú quien aparte las arañas o cualquier otro parásito... y luego, te pierdes en el mundo. O por lo menos así es como debería ser. Pero no fue así aquel día.

»Yo había encontrado un sitio en la parte de atrás; limpié las heces de ratas y preparé mi pipa. Pero tenía un presentimiento, la sensación de que había unos ojos clavados en mí, observándome. Fue cuando aquel hombre horrible, el monstruo que me llevó hasta el abismo, se me acercó. Su rostro pálido era repugnante. Era un hombre viejo y tenía un ojo de color blanco como la leche, y me miraba fijamente. Era un rostro forjado en los mismos Infiernos, quemado por la nieve del invierno. No dijo nada, sólo me miró... ese ojo blanquecino me buscaba.

—¡Aléjate de mí! —le dije. Al no responder nada, le di un fuerte puntapié en la espinilla. Pero no reaccionó. Al final abrió su pico del que brotó un hedor horripilante. Hubiera jurado que era el aliento del demonio, y quizás así lo era. Pero lo que me dijo... lo que me dijo era verdad.

—Marlowe te ha hechizado. Por eso tu musa no te visita más. —Su voz era una

ronca exhalación. Di un salto hacia atrás contra la pared. Su tono era como la muerte misma susurrándome al oído.

—Eso era magia negra —intervino el Zakarum, muy interesado por el hecho.

—Venga ya... Más mentiras negras.

—Lo que os explico es lo que ocurrió. Al principio, mi reacción fue la misma que la suya, agente. Pero su mirada gélida hizo que se disiparan todas las dudas.

»Continuó hablando y dijo que Marlowe era un siervo de la oscuridad y que ese mal había inspirado su pluma y que debía ser expulsado. Luego añadió que hacía un año había hecho el pacto con los Infiernos, justo en el momento en el que yo había empezado a sufrir, y que debía detenerlo. No podía asegurar que no estaba alucinando. Teniendo en cuenta todo el pánico que había soportado durante los últimos meses y el humo que había consumido, quizás había perdido la poca cordura que me quedaba... Pero lo que dijo era verdad.

»Luego me dijo que me fuera y que fuera rápido, porque Marlowe estaba haciendo un ritual en ese momento, que lo podía sentir, que podía detenerlo, detener su locura antes de que siguiera adelante. Insistió en que fuera y lo viera por mis propios ojos, si no lo creía. Por último, añadió que el demonio le había enseñado el camino, el señor Samuel, y que sus ritos oscuros lo habían hecho talentoso y en cambio a mí me habían incapacitado para crear.

»Tenía que saberlo. Apenas había dormido. Podía sentir el humo filtrándose mientras aquel hombre se alejaba, y yo lo inhalaba. No tenía nada que perder. Me agarré a esa locura. Había algo de verdad en ello; sólo que no sabía cuánta. Marlowe se había mudado a una vivienda de lujo cerca de Desote, un trofeo por su serie de obras exitosas y mi fracaso. Me arrastré lentamente por la parte trasera. Había algunos viajeros rondando, mirándome, sospechando de mí. O, al menos, eso me pareció en mi estado de pánico. Algunos estaban armados: aventureros extranjeros, por supuesto. Su estirpe siempre prevalece. Nunca los ves dos veces. La mayoría no duran mucho tiempo... Los otros eran la chusma habitual, el negocio sigue avanzando hacia una vida que nunca llegaré a entender, una vida de redundancia. Finalmente, desde la parte trasera conseguí ver la casa de Marlowe. El cristal estaba manchado, y una cálida luz de velas parpadeaba, permitiéndome vislumbrar lo que había dentro. Empujé la ventana suavemente hacia arriba. Me dio un vuelco el corazón al sentir un fuerte crujido. Me metí dentro.

—¿Así que también eres un ladrón, eh? —dijo Rantz inclinándose hacia Drest, mirándolo fijamente a los ojos—. Los dramaturgos son gentuza como tal. De alguna manera te abrías camino hacia una sociedad decente, pero eso no quiere decir que cambie quien realmente eres.

—Nunca sugerí que fuera un modelo a seguir, señor. Lo que había dentro... lo que había dentro volvería locos incluso a los héroes más brillantes. Lo primero que noté fue un olor fétido. Tangible. Como leche podrida. Entonces vi algo que estaba más allá de lo macabro.

—¿Algo más macabro que lo que encontramos en tu casa? —preguntó Rantz—. Eso sería una verdadera hazaña.

—¡No tiene ni idea! —El estado de ánimo de Drest había cedido a la oscuridad de nuevo. Era como si toda la luz que había dentro de él hubiera sido derrotada, consumido por la idea de lo que había visto.

»Había charcos de velas calcinadas marcando los bordes de un sello extraño, evidencias de los ritos oscuros de los que me había hablado el hombre. No había muebles en la casa y estaba llena de cráneos por todos lados. Huesos. Cuencos de sangre. En medio de la habitación, vi de dónde procedía ese hedor. Entrañas sangrientas pudriéndose; podían ser de un becerro o de algo humano y estaban cubiertas de moscas hambrientas. Olía como si llevaran allí varias semanas. El hedor me provocó la tos... Tuve que contener el vómito que hervía dentro de mí.

—Con lo que vimos en tu casa... No creo lo que estás diciendo.

—Pero cerca de esas entrañas... cerca de esa enfermedad... había un manuscrito.

—¿Un qué? —bramó el Zakarum.

—Un manuscrito... *el* manuscrito, eso es. Cerca había un cuenco... donde la sangre de esas entrañas había sido drenada y se había coagulado formando una pasta espesa de color rojo.

—¿Qué quieres decir con *el* manuscrito? —presionó el sacerdote.

—El... Exilio Oscuro, parte uno. *Era... era de Marlowe.*

—Entonces, ¿*El Exilio Oscuro*, tu obra maestra, es en realidad obra de Marlowe? —el alguacil casi se echa a reír—. Eres un plagiario al igual que...

—Explíquenos la obra. ¡El manuscrito! —interrumpió el Zakarum.

—No... eso no —insistió Rantz—. Espera. Espera un maldito segundo. No quiero oír hablar de esa obra. Quiero saber cómo el cadáver en descomposición del señor Marlowe acabó en el suelo de tu casa, un saco de carne rancia pudriéndose desde hacía meses. ¿Cómo consiguió llegar hasta tu domicilio? ¡Al grano, hombre!

—Yo... yo...

—Eres un monstruo. Dime por qué el cuerpo en descomposición de tu rival ha estado en tu casa durante meses. Viviste con él, ¡en tu propia casa! ¡Dinos cómo asesinaste a Marlowe!

—Eso... yo... yo no quería hacerlo. ¿No lo veis? Es mucho más que eso. Un diseño. Un plan. Cogí el manuscrito. Debía ser del que Barimos había estado hablando, la obra maestra de Marlowe. Marlowe no estaba allí, así que me fui a casa, tropezando a través de la luz del día, un día que sentía cada vez más frío. Mi corazón estaba acelerado, latía fuertemente contra mis costillas mientras entraba en mi residencia. Sostuve el manuscrito entre mis brazos como si acunara a un bebé. Lo sostenía con fuerza. Bloqueé las puertas y empecé a leerlo. Las páginas estaban manchadas de sangre... pero el texto estaba limpio, escrito con claridad, un guión que juraría no era de Marlowe. Y las palabras... los personajes y las palabras. Era *El Exilio Oscuro*. Era la obra que me traería de vuelta.

—Querrás decir la obra de Marlowe.

—¡Qué va! —espetó Drest con un tono sarcástico—. Una obra que le dio algún maestro maléfico. Canalizado a través de él, ahora lo sé. Por qué motivo, no lo sé. Pero las palabras... ese brillo oscuro era lo más horrible que había leído nunca... y lo más inspirador.

—Háblame de él —le pidió el sacerdote.

—Es la historia de una familia... todos Señores del Infierno. Demonios, monstruos... dioses, hasta meros mortales como nosotros. Sean lo que sean esos seres, hay verdad para ellos... Esas entidades manipulan todo lo que sabemos. Hay Demonios Mayores, un triunvirato de poder. En la obra son Terror, Odio y Destrucción. Y hay Demonios Menores, Dolor, Pecado, Angustia y Mentira. Los siete Demonios son la encarnación de lo peor de nosotros, amplificado, y se alimentan de lo que podríamos llegar a ser.

—Bien. Ya he escuchado esas historias antes. Historias de fantasmas para asustar a los niños.

—Son mucho más que eso, agente. En la obra, hay divergencias entre las filas de demonios. El mal comienza a rebelarse contra sí mismo. Los Menores están cansados de su servidumbre. Ya ve, con la ascensión del hombre y la subsecuente parada de la guerra cósmica, llamada el Conflicto Eterno, los tres Mayores empezaron a dedicar sus energías a la perversión de las almas mortales, es decir, a nosotros. Eso provocó que los Demonios Menores cuestionaran la autoridad de los tres, provocando una brecha entre los Demonios Mayores y sus servidores. Dos de los Demonios Menores hicieron un pacto e intentaron poner a los otros dos de su lado. Conspiraron, tramaron, lloriquearon... al mismo tiempo que el Señor del Terror, conocido como Diablo, observaba sus maniobras insignificantes. Iba por la mitad de la obra, incapaz de apartar los ojos de la página; los Menores habían organizado y formulado un plan para levantarse en contra de sus hermanos, derrocarlos y desterrarlos de los Infiernos Abrasadores, desterrarlos a nuestro mundo... al... ¡al mundo de los hombres! Entonces, oí golpes en mi puerta. Un aporreo. Toe. Toe. Toe. Seguido de chillidos furiosos: «¡Abre, bastardo! ¡Ábrela!».

»Sabía quién era antes de ir a mirar. Podía oír su voz nasal. Podía oír la desesperación en su tono. Era Marlowe. De alguna forma, se había enterado de que había cogido su obra, instintivamente o quizás haciendo uso de sus artes oscuras. Cubrí el manuscrito rápidamente y abrí la puerta. No podía esconderme. Él sabía que yo estaba dentro. Si hubiera vuelto a gritar, probablemente hubiera llamado la atención de toda la ciudad... Y allí estaba, despeinado, vestido con su traje negro, mirándome con los ojos en fuego y el ceño fruncido.

—Dámelo, Drest —sus palabras eran un escalofrío helado—. Dámelo. Estás tratando con un poder que no entiendes. —Continuó, abalanzándose hacia la puerta, obligándome a retroceder—. He cometido un grave error que estoy intentando rectificar. No hagas lo mismo.

—Cerró la puerta detrás de él, y yo me deslicé hacia la pared, mirándolo. Mirando cómo el pánico lo hacía temblar y cómo desesperadamente estiraba sus largos dedos hacia mí, echando espuma por la boca, antes de que volviera a gritar, «¡Dámelo! Nos ha hecho daño a ambos. ¡No tienes ni idea de los horrores que he visto y los que tú verás si no lo dejas ahora y me ayudas a poner fin a esto!».

El agente escuchaba atentamente, inclinado hacia delante, esperando la confirmación que había estado esperando. El Zakarum se puso detrás de Rantz esperando la misma revelación.

—Era un placer. No podía evitar disfrutar de ese momento, viendo la desintegración completa de Marlowe... viendo su fracaso. El que él supiera que yo conocía el motivo de sus éxitos, de sus logros, y de que sus victorias sobre mí no habían sido gracias a un talento mejor que el mío, sino por otros medios. En ese momento, se dio cuenta de que lo había ganado. No lo pude evitar. Cogí el manuscrito y lo puse delante de él. «¿Es esto lo que quieres, Marlowe?». Le dije.

—Y entonces... —intervino el sacerdote con ansiedad.

—Y entonces —continuó Drest casi perdido en el ensueño del recuerdo; el sudor le recorría el rostro, estaba empapado y la adicción le provocaba temblores, pero no conseguía extraerlo de sus pensamientos—, no soportó presenciar mi mofa. Yo no había dicho ni una palabra más, pero pudo ver la felicidad perfilada en la expresión de mi rostro, una máscara de la victoria. Corrió hacia mí, con los brazos extendidos hacia mi garganta.

—Ahora estamos llegando a alguna parte —dijo el agente Rantz.

—Se movió a la velocidad de la luz. Más rápido de lo que esperaba. Un loco poseído por la voluntad, ¡una mano fue a por mi garganta y la otra, a por la obra! Pude empujarlo hacia un lado utilizando mi peso contra él. Me dio un puñetazo en la frente y empecé a verlo todo de color rojo. No puedo describir lo que ocurrió después. Es como si... como si me poseyera algún tipo de espíritu de ira... un ser que no era yo. Yo... estaba encima de él. Increíblemente fuerte. Alzó las manos con los dedos irregulares extendidos, intentando taparme los ojos. Pero no pudo evitar que agarrara un candelabro que estaba cerca de mi cama y golpeará su cabeza con fuerza. Más fuerte, una vez y otra. La sangre salpicó mi cara, coloreando mi amarillenta carne de un color violáceo. Lo golpeé de nuevo... hasta... hasta que ya no pude decir que era Marlowe. Delante de mí tenía un rostro del que sobresalía un hueso de color marfil cubierto de sangre.

—¡Listo, entonces! Admites haberlo matado. No he oído nada de demonios, sólo algo de un adicto al opio. ¿Podemos ir a la parte de la horca, por favor?

—¡Espere! No, señor. Escuche... Todavía hay mucho más. Por favor, déjeme acabar.

—¡No quiero oír nada más! Es un asesino, sacerdote. Lo ha admitido. ¿Podemos seguir adelante?

—No —dijo el sacerdote con firmeza y, con un gesto cauto, ordenó a Drest que

continuara.

Drest estaba agotado. Relatar su historia era visceral. Resonaba profundamente en su interior.

—Sigue entonces, dramaturgo —dijo Rantz y le dio una patada al prisionero.

—Yo... No sabe lo enfermo que me siento, señor. Ne... necesito realmente un...

—No recibirás nada de eso. Ahora, continúa.

—No podía creer lo que había hecho. No era yo. Tienen que creerme. Soy bueno por naturaleza. Un artista, un amante de la belleza, de los sentidos. Ese acto fue... estaba más allá de mí. Me había dejado llevar por mis instintos más bajos. Me habían consumido.

—No eres más que un hombre. Es lo que los hombres hacen. No hay que fantasear con ello. En este mundo, no hay nada más aterrador que el hombre. —Rantz estaba cansado de todo este proceso. Tenía una confesión. ¿Qué más necesitaba? El resto era palabrería para llamar la atención de Malchus, el sacerdote Zakarum.

—El hedor del cuerpo abofeteó mi nariz obstruida. Estaba agotado. Hice lo único que podía. Lo único que tenía sentido. Acabé de leer la obra.

—Cuéntanos —presionó el sacerdote.

—No sabía que era tan seguidor de mi obra, sacerdote.

—O seguidor de la obra de Marlowe, quizás —bromeó Rantz.

—Un cuento clásico de codicia y tradición. Juntos, los Demonios Menores atacan a los Mayores en un conflicto que está a punto de destruir un tercio de los Infiernos. ¡Un levantamiento, una guerra en los Infiernos! Pero ya no se pone más dramático. El segundo acto narra *in crescendo* cómo Azmodan y Belial, el Señor del Pecado y el Señor de la Mentira, respectivamente, se reúnen con Andariel y Duriel para hablar de un golpe maestro. Los dos instigadores creen que las elecciones de los Demonios Mayores son una locura y creen que los Demonios Menores saben qué es lo mejor. Duriel, Señor del Dolor, es escéptico. Afirma que se trata de un intento equivocado y que contradecir los deseos de Diablo, el Señor del Terror, es una tontería. Pero Duriel se da cuenta de que es más peligroso para él llevarle la contraria a los otros. A medida que la historia continúa, se organizan los ejércitos de ambos bandos. Los Demonios Menores, después de haber conspirado, se preparan para la guerra; están preparados para llevar a cabo su plan. Con la guerra a punto de estallar, la obra se acaba. Justo en un momento de suspense. Al público le encanta eso. Pero, aún más, a los propietarios del teatro también les gusta. Lo que significaba que, si salía bien, habría una oleada de venta de entradas al acabar. Además, teniendo en cuenta que Marlowe había estado cultivando el gusto más oscuro del público con su brujería, sabía que esta producción iba a ser un éxito total. Era todo lo que necesitaba.

»Aunque claro, tenía un pequeño obstáculo: mi némesis muerto. No había forma de sacar el cuerpo de mi casa. Sentía una rabia frenética por el lío que había montado con Marlowe; no habría ninguna duda de que se trataba de un cadáver, un cadáver asesinado... si la gente era capaz de darse cuenta de que se trataba de un cuerpo

humano. Y así... Marlowe, mi viejo amigo, se vino a vivir conmigo. Juntos al fin. Quitar las tablas del suelo no es tan fácil como podría parecer, agente. Pero conseguí colocar el cuerpo debajo. Comida para arañas, serpientes y las ratas que me quitaban el sueño por la noche.

»Coloqué a mi nuevo inquilino en la cama, me cambié de ropa y fui directo a Desote, aferrándome al manuscrito como si mi vida dependiera de él. A Barimos le encantó. Le recordó al estilo de Marlowe; sin embargo, me felicitó por mi capacidad de adaptarme a los nuevos gustos del público. Estaba seguro de que su blasfemia alertaría a los clérigos, tal y como ha hecho, pero decía que siempre había creído que la controversia ayuda a promocionar las obras.

»Sin embargo, la obra... *El Exilio Oscuro* estuvo maldita desde el principio. Durante los primeros ensayos, dos actores que habían hecho la audición para los papeles de Demonios Mayores fueron víctimas de horribles accidentes.

—Los accidentes ocurren, asesino.

—¿Pero dos? ¿Los dos que habían preparado el papel del Señor del Terror, Diablo? Geoffrey de Caldeum se cayó por una trampilla rota, desplomándose unos ocho metros hasta ensartarse en unas lanzas. Su cuerpo parecía un alfilerero retorcido. Vincent Didier, el orgullo de Westmarch, del que muchas camareras decían que era el hombre más hermoso del mundo, murió al día siguiente. Después de hacer la audición para Diablo, Vincent, que tenía predilección por el *whisky*, tropezó en las escaleras del escenario y se rompió el cuello.

—Parece que a los borrachos les pasa más y más estos días.

—Pero, agente, lo siguió un mal presagio. Una bandada de cuervos se abatió hacia el cuerpo desde las vigas y empezaron a picotearle el rostro. Su cuerpo estaba todavía caliente. No había visto nunca nada así. Nadie.

Barimos casi cancela la producción; como los actores, empezó a creer que estaba maldita. Por otro lado, empezó a hablarse del paradero de mi querido colega Marlowe. Sin embargo, estrenamos la obra con un recién llegado; Thomas Burn, un antiguo suplente, tomó el papel de Diablo, retando descaradamente la maldición con tal de aprovechar la oportunidad que tenía. Los actores hacen cualquier cosa con tal de tener atención, lo que sea por lo que ellos llaman «oportunidad». Incluso retan a la muerte... o incluso peor, son capaces de perder su orgullo personal.

El Zakarum salió forzado de la oscuridad y dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Háblame de la influencia oscura! ¡Hazlo, ahora! Estoy cansado de todo esto.

—Ahí está, sacerdote. Ahora está entrando en razón.

—S... sí, señor.

Había algo absolutamente intimidatorio en el gesto del sacerdote, algo tan contundente en su tono y certeza que Drest titubeó por un momento, intentando de forma desesperada organizar sus pensamientos dentro de la bruma oscura que le

provocaba la necesidad de la droga. Apenas podía ver el rostro del hombre; vislumbró un destello pálido de la vieja piel blanca, el clérigo se retiró hacia la esquina sombreada de forma sigilosa, escondiendo su rostro tras la capucha.

—F... Fue durante la noche del estreno, cuando eso... él empezó.

—¿Quién? ¿El asesino?

Marlowe. Estaba poniéndome mi mejor traje, uno hecho por Samwise, el sastre extravagante, con una delicada corbata. Yo estaba preparado para mi regreso al escenario. A continuación, ¡noté un temblor bajo las tablas del suelo! Seguido de golpes, PUM... PUM... PUM. ¡Se me salió el corazón del pecho! Con el ruido en mis oídos me quedé de pie, caminando lentamente hacia el ruido. PUM. Una vez y otra. Las manos me temblaban. Sentía que el frío terrible del miedo me inundaba. Y entonces escuché la voz... una voz que conocía bien. Una que había odiado durante años.

—«Dreeeeest», dijo alargando la palabra, pero era incomprendible, como si la tráquea del orador estuviera rota. Que, por supuesto, lo estaba. «Dreeeeest, no sabes lo que estás a punto de hacer». No podía creer lo que estaba oyendo. Era la voz de Marlowe, que provenía de abajo.

—¡Estás loco!

—Es verdad, señor.

—Prosigue —la cadencia del Zakarum denotaba cierta impaciencia.

«Dreeeeest», volvió a llamar. Al principio pensé que me estaba volviendo loco, como creen ustedes. Asumí que era por todo el humo que había consumido. Pero entonces, justo en el lugar en el que lo había enterrado, las tablas del suelo empezaron a repiquetear, ¡pum, pum, PUM! Como si el cadáver estuviera empujándolas. Me arrastré hacia delante, mirando hacia abajo, temblando de terror todo el tiempo.

»«¡Basta, Marlowe! ¡Basta ya!». Grité, perdiendo el control de mi cordura. Podía ver entre las tablas. El hedor del cuerpo putrefacto flotaba hacia arriba. Pude ver su piel gris, las ratas dispersándose y chillando. Podía ver su ojo, aplastado, y lo que quedaba de su cráneo moviéndose. Estaba... estaba vivo.

»«No permitas que se vea la oooobra. Nooo sabes lo que vas a desatar, Dreeeeest. Tendrás que hacer lo que yo hice. Tendrás que...». No pude aguantar más, así que empecé a golpear con fuerza el suelo. Las ratas chillaban debajo. «¡CÁLLATE! ¡Cállate! No eres real. ¡No eres real!». Salí corriendo de mi morada. Corrí tan rápido como pude hacia el estreno.

—¿Estás diciendo que Marlowe te habló desde la muerte?

—Así es. Muchas veces, tal y como oiré.

—¡Estás completamente loco!

—No, agente. El mal y la oscuridad nos rodean. Oscuridad que preferiría no conocer. Pero la noche del estreno no era oscura para mí. En vez de escuchar el consejo que provenía desde la muerte, observé el teatro totalmente lleno. Vi que Barimos estaba acompañado por mujeres exóticas de Lut Gholein en la primera fila,

haciendo gala de su estatus. Estaba lleno. Cuando la obra comenzó, miré al público y no el escenario. Era lo que siempre había hecho. Ya sé lo que hay en el escenario, pero lo que hay en esos asientos es siempre nuevo. Pero lo que vi allí, no lo había visto nunca. Hombres y mujeres fascinados, con las manos agarradas a los brazos de las sillas de madera. Exclamaciones, conmoción. No parpadeaban. Las mujeres parecían que estuvieran a punto de desmayarse. El miedo se instaló en lo más duro de los hombres.

—Entonces, Marlowe hizo un buen trabajo, ¿no?

—Agente, esa obra no era de Marlowe.

Ya. Es algún tipo de obra dirigida por un demonio. Claro...

Al acabar, se hizo el silencio. Se oyó el colectivo e ininteligible *ah* de reverencia. Lo que un dramaturgo sueña toda su vida. Finalmente, una palmada abrió la veda para el resto, envolviendo el teatro con un sonido atronador de aplausos. Cuando los actores acabaron de saludar a los espectadores, se alzó un canto desde la multitud: «Drest. Drest. Drest. Drest». Música para mis oídos. Un sonido que había anhelado durante tanto tiempo como puedo recordar. Me subí al escenario con los actores y observé el júbilo del público. Yo también hice una reverencia. Me sentía como en la eternidad. Un instante perfecto capturado en el tiempo.

—Pero ellos no estaban celebrando tu trabajo —se burló Rantz.

A pesar de ello... Ya ven, señores, los creadores somos una raza patética en nuestro corazón. Despreciamos pero al mismo tiempo veneramos las opiniones de nuestro público. Creamos para poder recrear esos pequeños momentos de nuestra vida cuando nuestras madres nos decían: «Buen chico. Lo has hecho bien». Eso es lo que buscamos eternamente. Algunos de nosotros sabemos lo triste que eso es en realidad, incluso peor, ya que acaba siendo una adicción de otro tipo. Podría decir que ésa fue mi primera maldición... una que he cargado toda mi vida.

—Esa maldición no conseguirá que te libres de la horca, Drest. Háblame más de la maldad.

—Esa noche, a pesar de todo, fue la mejor noche de mi vida. Las mujeres exóticas de Barimos me rodeaban como si yo fuera una estrella caída del cielo y hacían cualquier cosa para estar cerca. Tenía todo lo que deseaba. Estatus, licor, opio, mujeres... y alabanzas. ¡Validación! Creían que era un genio. Regresé a mi morada dos días más tarde... dos días de celebración. Había casi empezado a creer que la voz que había oído no era más que un sueño, parte de un engaño, pero al abrir la puerta lo volví a oír. «Dreeest». Seguido de una risa, la más horripilante que jamás haya llegado a mis oídos. Profunda, fuerte. Una burla, como si las tablas se hubieran puesto a favor de Marlowe.

»«¡Cállate! ¡CÁLLATE! ¡Vuelvo a ser amado! ¡Tú... eres un monstruo!». No respondió, sólo se rio. Todo mi domicilio estaba ruborizado con su inquietante júbilo. Y sabía que así sería durante el resto de mis días. Mi inquilino siempre presente, siempre ahí para recordarme que estábamos atados... Y entonces, llegó usted, señor

Malchus... Usted y sus sacerdotes Zakarum. El Desote tenía colas en los caminos embarrados para ver *El Exilio Oscuro*. Se anunció en todas las tierras como la obra más truculenta y horrible jamás puesta en escena. Lo último en teatro macabro. Se acercaron a ver mi... a verla; hombres y mujeres de todas las formas, tamaños y credos provenientes de Westmarch. Entonces, llegaron ustedes, usted y su banda de clérigos, para protestar contra la blasfemia. Usted tenía razón, señor. Tenía razón. Pero sus protestas sólo le hicieron un flaco favor a su causa. Cuanto más protestaban sus clérigos fuera del teatro, más gente asistía a ver la obra.

—Quizás.

—Por supuesto, yo estaba disfrutando de mi recién inaugurada fama. Las mujeres, los hombres de la alta sociedad. Todos ellos. Todo menos mi residencia... un lugar en el que estaba el menor tiempo posible. Un lugar que no podía abandonar. Si me mudaba, temía que alguien encontrara el cuerpo. Y, si intentaba mover el cuerpo, me inquietaba que alguien de la concurrida calle lo descubriera. El olor era bastante malo, pero la compañía era lo peor... La voz de Marlowe susurraba durante toda la noche, «Dreeeest», llamándome. «Dreeeest, ahora debes completar lo que has empezado, maldito seas... Dreeeest».

»Es curioso lo que puede soportar un hombre. Después de un tiempo, el miedo que me había causado la fría voz se disipó, era como el sonido ambiente de la cercana calle bulliciosa. Una molestia, pero no una que fuera insoportable. Era un ruido de fondo. Hasta... hasta que llegó un mensajero que me convocaba a la oficina de Lord Barimos.

—Es cierto. Fue la mañana en que nos conocimos, ¿no es así? —La sonrisa de Rantz brillaba con sarcasmo.

—Sí. Fue esa mañana.

—Una mañana que me dijiste que no tenías ni un segundo para mí debido a la reunión que tenías. Es curioso que, cuando eres alguacil... la gente se ve obligada a tener prisa. Sobre todo, cuando se pronuncian las palabras «juego sucio».

—Sospechó de mí desde el principio, Rantz. Es usted un buen sabueso.

Rantz se tocó la nariz.

—Tengo un buen olfato, ¿no? Pude oler la traición desde el primer momento en el que te conocí. Es un olor típico de los fumadores de opio.

—Aun así, no tenía pruebas.

—No entonces.

—Sigue hablando. ¿Qué pasó con Barimos? —espetó Malchus.

—Hay otro dicho en las comunidades teatrales de Skovos que dice que eres tan bueno como tu última obra. Lord Barimos vive con ese principio.

—Ahh, quería que hicieras la otra mitad, ¿no? ¿La segunda parte?

—Sus poderes de deducción son de nuevo impresionantes, agente.

A Rantz no le gustó el tono del dramaturgo. Estaba pensando en asestarle otro golpe, pero Drest siguió hablando antes de que procediera.

—Barimos me abrazó y me felicitó por mi éxito y luego me dijo que estaba preocupado por la desaparición de Marlowe. Sin Marlowe, el Desote ahora confiaba en mí. Era lo que había querido... pero debía de presentar algo. Insistió en que fuera pronto.

—¿Y usted lo escribió? —Preguntó Malchus.

—No... al principio, no. De nuevo, no podía escribir. Volví a casa para reírme. La más cruel de las risas. Marlowe lo sabía. De alguna forma, desde el más allá lo había sabido. Lo sabía por el tono de su voz antes de que dijera una palabra. Pero su risa, chillona y rota, resonaba en mis oídos desde la tierra que pisaba. Me senté a escribir y, como Marlowe sabía, nada vendría. Me habían arrebatado mi musa. Asesinada, quizás. Era el hechizo malvado de Marlowe, su juego perverso era completo.

»Después de dos noches frente al escritorio, garabateando notas pero sin tener la menor idea de hacia dónde debía ir la obra o cómo podía llegar al nivel divino de maestría que había alcanzado con la *primera parte*, empecé a planear una huida. Coger mi dinero y mi fama, y salir corriendo, dejando la obra en el misterio. Pero, antes de que el pensamiento se pudiera cristalizar, Marlowe, mi viejo amigo, por fin volvió a hablar.

«Ahora, tienes que acabar lo que empezaste. Tienes que hacer lo que yo hice. Todo lo que tienes que hacer es pedirme ayuda, Drest, todo lo que tienes que hacer es pedirme ayuda». Y las risas siguieron.

»La voz me angustiaba. Me tapé los oídos. Golpeé las tablas, suplicándole que dejara de reírse. No me dejaría en paz y no importaba lo mucho que intentara ignorarlo... Sabía que decía la verdad.

—Esto es una locura. Estás muy enfermo, Drest. La fantástica mente que te permitió ser un aclamado escritor te ha llevado a un camino trágico. Pero no es una excusa para salvarte de lo que has hecho. Sacerdote, aquí no hay más evidencia que la de que éste no es más que un loco, un enfermo.

—Está poniendo a prueba mi paciencia, agente. Si quiere salir, adelante, yo le entregaré mi informe más tarde.

—No, me quedo hasta el final. Continúe, escritor.

—Es simple. Le pedí a Marlowe que me ayudara. Él me respondió que debía enseñarme el ritual y que para ello tenía que liberarlo de allí.

»Y eso es lo que hice. Saqué las tablas del suelo para encontrar el cuerpo infestado de pus y gusanos blancos, que cubrían la mayor parte del cuerpo de Marlowe. Las ratas habían raído sus órganos. Sólo el olor casi me hace vomitar. Pero la imagen era incluso peor y se quedó indeleblemente grabada en mi mente. Marlowe se levantó del suelo, saliendo del agujero en el que lo metí. Había gusanos por todas partes; a cada paso que daba se oía el sonido de gusanos aplastados bajo sus botas. Era un espectáculo horrible; su rostro estaba gris, hinchado y deformado. Finalmente, se dio la vuelta hacia mí y me dijo; «Ahora, estamos trabajando juntos, Drest. ¿Quién lo hubiera dicho?». Luego empezó a reírse de forma exasperada.

—¿Y el ritual?

—Empezamos. El pesado cuerpo de Marlowe colocó velas y extraños sellos en el suelo. Yo tuve que taparme la nariz para no vomitar, su cuerpo olía fatal. Eso parecía divertir a mi antiguo rival infinitamente. Me dijo que íbamos a canalizar un gran poder de los maestros oscuros, poder de los propios Belial y Azmodan... No importaba. Era la única manera de volver al escenario y escuchar el aplauso de nuevo, sentir la emoción del éxito. Puso la pluma en mi mano y me indicó que me sentara en medio del círculo que había dibujado. Coloqué el pergamino delante de mí. Las velas ardían, la llama de luz me rodeaba, las sombras producían terribles imágenes en las paredes. Empezamos a cantar. Me dijo que pronunciara las mismas palabras que él. No sabía qué querían decir. Lo único que sé es que pude reproducirlas. Entonces, antes de que pasara, oí que decía: «Ya está hecho, Drest. Tú y yo estamos unidos para siempre... eres tan fracasado como yo».

»Se puso a reír, mientras yo me preparaba para lo que estaba por venir. Cuando lo hizo, era como si el mundo se desvaneciera, como si la luz de las velas cegara mis ojos. Podía sentir un calor inimaginable. Grité todo tipo de horrores mientras las sombras de las paredes formaban figuras siniestras que saltaban hacia mí. Esas extrañas formas demoníacas me agarraron la mano y la apretaron contra el pergamino, que yo ya no podía ver. El humo obstruía mi visión, susurros ininteligibles pululaban a mi alrededor, chirriando en mi mente.

»Vi destellos de una guerra en los Infiernos. Los grandes Demonios Mayores estaban desconcertados por el descaro de los Demonios Menores. Los demonios luchaban unos contra otros, reinaba el dolor y la agonía. ¡Gritos de angustia! Podía ver la furia guerrera de los seres más allá de mi comprensión, destellos entrecortados de bestias demoníacas luchando en un pozo de fuego. Hacía calor. Mucho calor. Sentía que mi piel ardía. Y entonces el calor desapareció y las imágenes se fusionaron hasta que me encontré en la cámara de los Demonios Menores y la serenidad de un momento libre de guerra.

»Andariel y Duriel estaban discutiendo, querían romper el pacto con los otros Demonios Menores. Podía oír sus voces. «¿Qué es lo que hemos hecho?». Preguntó Duriel con una voz temblorosa. «Nos destruirán a todos. No pararán hasta que...».

»Belial, podía verlo, delgado, con la mandíbula llena de dientes afilados, repugnante pero poderoso, entrando en la caverna. «¡Cómo os atrevéis a cuestionarnos! ¡Cómo os atrevéis a negar nuestra victoria! El liderazgo de los Demonios Mayores ha sido extenso, al igual que el tiempo que han creído ser mejores que nosotros. Diablo... Diablo caerá, como el resto. No lo temáis, no dejéis que os influencie. Cada uno de vosotros reinará. Cada uno de vosotros compartirá el poder que hemos ganado». Yo podía oler sus mentiras. En mi mente, veía que Belial hablaba por su propio interés y que él tenía otras maquinaciones más allá de lo que mostraba a su familia.

»Entonces, la sombra de la llama giró a mi alrededor. Se convirtió en un

torbellino enloquecedor. Los susurros aumentaron. Sentí que me observaban. Mi mano ardía como si estuviera en llamas. De vez en cuando, podía ver debajo de mí las páginas moviéndose vigorosamente, llenándose de tinta. Escenas quemadas por imágenes de guerra catastrófica en los reinados de los Infiernos, tan vastos y diferentes que no existen palabras para describirlos.

»Apareció un nuevo escenario. Yo estaba allí, sentado en esa cámara sombría con un trono negro y una tela de araña. Los Demonios Mayores estaban alados. Habían perdido. Luchaban contra algún tipo de atadura espectral que apretaba más cuando los Tres se resistían.

»Diablo habló. Sus palabras sonaron en mis oídos, retumbando y resonando.

»«No sabéis lo que vuestro desafío os puede suponer, Belial, Azmodan. El castigo por esto está más allá de lo que podáis llegar a imaginar». Diablo, la bestia con cuernos, miraba fijamente a los Demonios Menores. Duriel temblaba, el miedo lo estaba consumiendo. Podía sentir cómo ese terror me estaba consumiendo a mí también, un baño de pánico frío... Podía ver al resto de los Menores despreciando su miedo.

»«Sufiréis, todos. ¡Os destruiré a todos!». Dijo con rabia Baal, Señor de la Destrucción.

»«Quemaré esas casuchas a las que llamáis reinos. Regresaré, y mi ira será imparable». Dijo Mefisto, Señor del Odio.

»De repente, podía ver el suelo abierto debajo de los Mayores. Los señores, esos grandes demonios, estaban siendo expulsados; el suelo se estaba convirtiendo en carne que se rompía mientras éstos gritaban, arrojados del lugar al que una vez habían llamado hogar. Pero el Señor del Terror no gritó como el resto de sus hermanos, sino que actuó tal y como Marlowe me había atormentado a mí. Diablo rio. Su risa era terrible, destruía el sentido de victoria de los Menores.

»El torbellino de fuego volvió a girar ante mis ojos, dejándome ver el momento en el que los Demonios Mayores eran expulsados al mundo de los hombres. ¡Nuestras tierras! Podía ver sus formas emergiendo a través del suelo de Santuario como criaturas extrañas de la tierra hasta que se dispersaron, cada uno de ellos como una plaga para infectar nuestro mundo... Están entre nosotros. Pude ver a los Demonios Menores gobernando los Infiernos, traicionándose unos a otros, su pacto no duró mucho. Pero, peor aún, podía ver el dolor de los hombres y mujeres, nuestros hermanos y hermanas, atormentados por el mal que los Demonios Mayores habían desatado y que los Demonios Menores nos habían enviado. Ellos estaban... ellos *están* entre nosotros... aquí, en este mundo. Finalmente, una voz dominó todos los pensamientos de mi cabeza. Una figura tenebrosa me decía: «¡Ahora, eres mío!».

»De repente abrí los ojos. El azul temprano de la mañana se filtraba a través de las ventanas atrancadas. Las velas habían ardido y la cera se había amontonado sobre el suelo. Habían pasado horas. Toda una noche. Tenía frío, temblaba, mi ropa estaba empapada en sudor frío. No podía ver a Marlowe por ninguna parte. Las tablas de

madera del suelo estaban en su sitio. Se había ido, como si el ritual nunca hubiera ocurrido. Sentía la mano dolorida. Miré hacia abajo, vi que estaba sujeto a una bola de cuerdas anudadas y, junto a ella, estaba el manuscrito: *El Exilio Oscuro, Segunda Parte*. Las hojas estaban ordenadas delante de mí, la pluma estaba casi destrozada.

—Entonces fue cuando llegamos nosotros —dijo Rantz.

—Exacto, usted y sus guardias aporrearon mi puerta.

—Tú saliste corriendo con el manuscrito.

—Así es.

—Pero sirvió de poco, pues aquí estás.

—¿Sabe lo que vi cuando hui de ustedes?

—¿Qué?

—Gusanos... un rastro de gusanos que llevaba hasta donde estaba Marlowe. Todo lo que le digo es cierto. Todo sucedió así. —Declaró Drest mientras sentía que ese momento iba a determinar todo su destino.

—Ah, es cierto, había gusanos. Gusanos y un cuerpo en descomposición y velas y el sinsentido que acaba de describir. Pero el cadáver no bailó para mí o para mis chicos, ni tampoco tenía mucho que decir. Lo que sí hacía era apestar y tener gusanos. Vivir con un cuerpo como ése es casi como llevar a un hombre más allá del límite, hace que crea que oye voces y que está bajo influencia demoníaca.

Malchus colocó el manuscrito de *El Exilio Oscuro, Segunda Parte* delante de Drest.

—¿Estás diciendo que es obra de los demonios?

—Así... es. ¿Cómo no puede verlo? ¡Es tan claro como el agua!

—Ya ha escuchado suficiente hasta aquí, sacerdote. Ahora le toca realizar un veredicto. Está oscureciendo. Hemos estado casi un día escuchando esta basura.

—Tiene que verlo, señor. Ahora lo ve, ¿no?

—Daré mi veredicto, agente Rantz. Pero necesito realizar una última tarea. Un rito mediocre. Uno de máximo secreto, por eso insisto en la privacidad.

Rantz miró la figura encapuchada durante un rato.

—Si eso quiere decir que podemos acabar con esta farsa, por mí bien. Prepararé la horca.

Antes de abandonar la celda, se giró hacia Drest.

—Hasta pronto, amigo. Eres un gran contador de historias. Tienes una imaginación desbordante. Tengo historias para toda la semana... Es una lástima que se desperdicie tu talento.

Una vez se quedaron a solas, Malchus se acercó a la luz y se sentó en la silla que el agente había estado usando, justo enfrente de Drest.

Drest empezó a temblar, un frío barrió todo su cuerpo.

—Creo que estoy enfermo, señor. Hace mucho que no fumo. Estoy asustado... Estoy tan asustado.

—Como debe ser.

—¿Ve la influencia demoníaca aquí, señor? ¿No ve que no puedo ser juzgado por lo que ha pasado, que el mal está detrás de todo? Soy... soy sólo una simple marioneta. ¿Van a dejar que me vaya? Les juro que nunca, nunca jamás cederé a mis emociones primarias. No permitiré que los celos me consuman o...

—¡Silencio!

Malchus retiró la capucha de su cabeza. Drest se quedó sin aliento. Lo primero que notó fue el ojo lechoso cubierto de una película. *¡El hombre del fumadero de opio!*

—¿Qué es esto?

Puedo ver tu mente pensando, juntando las piezas del rompecabezas. Sin embargo, eres demasiado débil para ver lo grande que es el cuadro, Samuel Drest. Marlowe no pudo acabar lo que empezó. Marlowe intentó detener su viaje por nuestro camino. No deseaba que El Exilio Oscuro saliera a la luz y que la humanidad conociera la verdad, porque esta verdad es estremecedora para el ser humano. Iba a volver a su casa y quemar el manuscrito. Y entonces... te encontramos. Sabíamos que tus celos y tu fracaso te llevarían hasta nosotros. Al ritual. Y así ha sido.

—¿Quién eres?

Un sirviente de mi señor, Belial, que quiere que todos conozcan su gran victoria. Quiere que todo el mundo sepa que ha maldecido el mundo de los hombres con la presencia de su querida familia. Tu obra, o la suya, perdurará para siempre, de un hombre a otro. No se podrá borrar. Es como un gusano viviendo eternamente en la mente de su huésped... La tuya es una historia triste, Drest. Al parecer, Marlowe y tú sois parecidos.

—¿Pero... pero... por qué se quejaron de la obra si querían que se mostrara?

Malchus rio.

—¿No decías que la controversia produce dinero? Es la comidilla de las masas. ¡Mueve a los curiosos! Habrá incluso más controversia con esta obra, ¡la última obra de un ahorcado, un dramaturgo loco! Un asesino genial que le explicó al más cotilla de los agentes que había recibido la inspiración de los mismísimos demonios. Ese hombre de ley extenderá el rumor y, cuando la obra haga una gira, yo iré con ella. Vivirás en la infamia y la humanidad conocerá los horrores que están entre nosotros. O, aunque no se lo crean del todo, sentirán que hay algo de verdad en ello; la historia será parte de su vida para siempre y esas vidas no serán lo mismo.

Pero ¡AYUDA! ¡AYUDA! ¡AGENTE RANTZ, AYUDA!

Drest gritó y Malchus le tapó la boca con su palma arrugada.

—Hay un precio por tomar atajos, señor Drest. A veces te llevan por caminos por los que no deberías ir... ¡Que tengas un buen ahorcamiento!

Fuera, cerca de la horca, el agente Rantz podía oír los gritos desesperados de Drest. Tensaba la cuerda y la preparaba para el ahorcamiento; sonrió al recordar la confesión que acababa de escuchar. No podía esperar a contarles a los chicos de la taberna lo del dramaturgo loco y su historia de chalados e ilusos. No podía esperar a

contárselo a su mujer y al carnicero y al panadero. Pero, por supuesto, primero debía atender al ahorcado.



# El hambre

Erik Sabol

## 1

Era el viento, pensó. Sólo el viento.

Estaba casi dormido cuando volvió a oírse el ruido, un silbido burbujeante que procedía de la parte trasera de su carro.

Rigley entrecerró los ojos en la oscuridad y oteó nerviosamente el campamento. Los camellos dormían plácidamente en sus amarres con las piernas flexionadas bajo su pesado cuerpo. La mujer joven, Lidra, tal y como ella se había hecho llamar, dormitaba profundamente cerca de las brasas moribundas de la hoguera. El carro de Rigley permanecía tranquilo, silencioso salvo por los sutiles crujidos provocados por la brisa de Aranoch.

El desierto estaba sereno, frío y vacío. Las dunas se extendían durante millas en el horizonte, sin vida, como hielo a la luz de la luna. Rigley había estado proporcionando suministros a toda la región desde hacía años. Sabía que era una parte relativamente segura del desierto, demasiado lejos de las rutas más importantes como para tentar a bandidos, pero lo suficientemente cerca de Lut Gholein como para estar libre de bestias peligrosas. Este sonido... provenía de dentro del carro.

Del lugar donde Lidra había guardado sus útiles.

Se volvió a oír el ruido otra vez. Rigley se deshizo de sus mantas y cogió un tenedor que estaba en la arena. Por primera vez en años, se lamentó de su falta de armamento... o de entrenamiento marcial. Nunca le había parecido que valiese la pena el esfuerzo, y su cargamento no había sido nunca lo suficientemente valioso como para atraer a los ladrones más desesperados. Sostuvo en alto el tenedor y salió cautelosamente en dirección a *su* carro.

Sentía la arena fría entre los dedos de sus pies. Gotas de sudor salpicaban su frente por debajo de un estropajoso pelo pelirrojo y corrían por las facciones de sus mejillas.

Su pulso se aceleró. Se arrastró más cerca; su silueta se veía robusta y rolliza bajo la tenue luz de la luna. Entonces, el sonido cesó. Rigley echó un vistazo por encima del hombro, Lidra no se había movido. Su rostro estaba sereno bajo la débil luz del fuego.

Entró en la sombra del viejo carro. Se volvió a oír el silbido, filtrado a través de las rendijas de los tablones deformados y torcidos que parecían hacer vibrar la puerta.

Rigley puso una mano temblorosa sobre la madera. Miró a través de una estrecha rendija entre dos tablas, pero en el interior del carro estaba a oscuras.

Se deslizó cuidadosamente por un lado, el tenedor temblaba en su mano, y se asomó a la cabina.

—¿Quién anda ahí? —dijo, y algo se movió entre sus cosas. Se tambaleó hacia atrás, con el cubierto extendido y mirando el cargamento en las sombras.

El silbido se intensificó para convertirse luego en un gemido ronco. Una jarra de alabastro cayó rodando del carro y dio un golpe seco sobre la arena. Allí donde Lidra lo había dejado estaba su saco, una bolsa pequeña y toscamente cosida, atada con un cordel. Como mínimo, eso es lo que había parecido ser cuando Lidra la había traído por primera vez a su carro. Pero ahora, ahora la tela estaba ardiendo con una luz púrpura. Rigley se acercó todo lo que pudo y vio que la luz formaba runas, letras antiguas que se retorcían alrededor del saco como si fueran serpientes.

Rigley dio otro paso e intentó observarlo más de cerca. No era un experto en artefactos mágicos, pero sabía que podían ser de un inmenso valor si se hablaba con la gente adecuada. La mujer, Lidra, había estado intentando timar a Rigley, haciéndole pensar que era una bolsa cualquiera, lanzándola en la parte trasera del carro con el resto de sus cosas. ¿Qué mejor forma de esconder una fortuna? Rigley sonrió pensando lo inteligente que Lidra había sido... y lo mucho que lo era él. Ahora, tenía que saber qué tesoros se escondían en su interior.

Estiró la mano para tocarlo. La tela se estremeció y Rigley retiró el brazo. Arrugó la frente y volvió a estirar su mano, temblorosa ahora, hacia el saco. Lo rodeó con los dedos. La bolsa se retorció con violencia. Tocó la tela con suavidad, sin aliento y con el corazón en un puño, y se detuvo.

Notó el frío filo de una espada contra su cuello.

—Tócalo otra vez y te abro la garganta —dijo Lidra.

## II

—Mira —dijo él tratando de reunir el coraje para hablar—, lo siento.

El sol caía por el horizonte al oeste. Había sido un largo y silencioso día de viaje, y Rigley estaba recogiendo su tienda y otras cosas del carro. Colocó con cuidado sus cosas (platos, mantas, cacharros y sartenes), receloso del saco que seguía allí, inquietante, tras la jarra de alabastro.

Lidra se tapó los ojos por la luz intensa.

—Esto es lo primero que me dices en todo el día.

Nervioso, Rigley se humedeció los labios. No se giró hacia ella.

—No eres muy conversador, ¿verdad? —continuó ella.

—No soy muy social —dijo él—, por eso adoro Aranoch. No hay nadie durante días en cualquier dirección.

—No estés tan seguro.

Lidra recogió su túnica color lavanda y se sentó con las piernas cruzadas sobre la

arena.

—Vi una hoguera anoche. Parecía estar a medio día de viaje hacia el sur.

—Nómadas, probablemente. Vale la pena ser poco sociable por aquí.

—¿Son peligrosos? —preguntó ella.

—Son una molestia, más que cualquier otra cosa. Ninguno me ha puesto nunca un cuchillo en la garganta —contestó él mientras hacía una mueca y le ofrecía una sonrisa vacilante a Lidra.

Casualmente, ella sacó la espada de sus ropas. Sus veinte centímetros de acero curvado y perverso brillaron a la luz del sol; su empuñadura estaba cubierta por tiras de piel negra. A Rigley le dio un vuelco el corazón.

—Me suena de algo —dijo con ansiedad—. Es bonita.

—La llevo sólo por precaución —dijo ella—, y no es la única.

—Qué precavida —bromeó.

Lidra señaló hacia el carro y dijo:

—Tengo otras ocho escondidas alrededor mío. No te preocupes por los bandidos.

Rigley se rio.

—No son los bandidos lo que me preocupa —dijo él, pero esta vez no hubo contestación y ambos se quedaron en silencio, cosa que él odiaba, por lo que buscó desesperadamente algo que decir.

—¿Qué, ummm... qué hay dentro del saco?

Ella sacudió la cabeza. Se podía sentir la tensión en el aire a su alrededor. Él respiró profunda y temblorosamente.

—No lo toques —dijo ella.

—No, no, no iba a...

—Aléjate del carro, Rigley.

—Simplemente iba...

Lidra dio un golpe de muñeca. El cuchillo se clavó a unos centímetros de su cabeza y el aire abandonó los pulmones de Rigley con un silbido de sorpresa.

—No conozco bien este lugar —dijo ella— y necesito cruzarlo rápido. Por ese motivo te contraté. Me dijeron que nadie conoce este patético arenal mejor que tú.

Rigley intentó interrumpir.

—Sí, pero sólo como comerciante. Nunca he tenido que transportar...

—Me llevarás a través de este desierto y entonces habremos acabado.

Rigley asintió con la cabeza. La paga era buena. Sólo por eso podía estar contento, pensó. Se dio la vuelta para preparar la cena, haciendo balance de sus provisiones.

Todavía le quedaba un barril de vino dulce de Caldeum en un lateral del carro. Lo había estado reservando para una ocasión especial. ¿Quizás Lidra aceptase un trago exótico como regalo, a modo de disculpa? Y tal vez no se daría cuenta de lo fuerte que era, aunque no lo pareciera. Rigley sonrió. Las luces y las runas brillantes bailaban en su cabeza.

### III

Trabajó en silencio mientras ella dormía.

Descargó sus pertenencias de la parte posterior del carro y las apiló en un montón desordenado cerca de las ruedas traseras. Eran sus botas, ropas y sus cuchillos envueltos en una manta pero, cuando se dirigía hacia el saco, vaciló.

Estaba en silencio, sin embargo se contorneaba y retorció. Rigley frunció el ceño y se acercó. Sintió un olor a quemado y acre, como el de los peores tabacos. Le picaban los ojos, le quemaba la garganta y, aun así, despertó su curiosidad.

Desenrolló la manta que contenía las armas de Lidra y cogió un cuchillo de la pila. Volvió donde estaba el saco. Éste se retorció como un animal atrapado. Rigley lo levantó con una mano y cortó el cordel con el cuchillo. El movimiento paró y la bolsa se quedó inerte sobre sus manos.

Estaba demasiado oscuro para ver dentro. Lo sostuvo con cuidado con el brazo extendido, pero el saco parecía estar vacío a esa distancia, como una bolsa llena de sombras con un hedor ardiente. Lo apretó con suavidad, tratando de provocar una patada o un tirón, pero la tela se hundió sin vida como si se tratara de piel vieja. Lo zarandeó, tratando de escuchar el rugido profundo, pero no había nada. Lo único que oía era el suave viento del desierto pasando a través del campamento.

Entornó los ojos por la pobre y volátil luz. Cuando acercó la bolsa a la luz de las estrellas, ésta dio una sacudida y dentro, a pocos centímetros de su cara, lo vio: un lodo negro que se retorció, una masa fétida que se estremecía, extendiéndose hacia él con dedos negros.

El conductor de carros dejó caer el saco al suelo y se cayó de espaldas. Zarcillos de tinta salían del saco y se aferraban a su cara. Se hacían más gruesos a medida que se clavaban en sus mejillas. Abrió los ojos. Los zarcillos hacían palanca para abrir su boca y, justo cuando quiso gritar, la criatura desapareció a través de su garganta.

Rigley se convulsionó mientras la criatura forzaba su cuello y se escurría hasta su estómago. Su pecho se tensó a su alrededor. Sus costillas se extendían y reventaban. Se abría camino hacia su estómago, quemándolo como ceniza líquida y cayendo de forma pesada en su barriga.

Recuperó el aliento. Se limpió las lágrimas que emborronaban su visión. Estaba llorando y restos de mocos y babas cubrían su cara.

¿Estaba todavía Lidra durmiendo al otro lado del campamento? Se había bebido una considerable porción de su vino. Pero... ella le había parecido tan intensa, tan feroz, cuando lo había mirado por última vez. Se levantó, su corazón golpeaba su pecho a través de sus costillas, y sopesó sus opciones.

Lo sabría. Lo sabría y estaría *furiosa*. Usaría sus cuchillos... El miedo brotó desde su intestino grueso, un temor que era pánico y rabia y fuerza negra ferviente.

—Rigley, ¿qué...?

La voz de Lidra sonaba airada. Parpadeó, tratando de aclarar su cabeza, y buscó su daga mientras retrocedía.

En un arranque de fuerza, Rigley se giró y la empujó contra un lado del carro. La vieja madera se hizo añicos, y Lidra quedó sepultada entre paquetes caídos y tablones rotos.

El miedo se convirtió en una forma afilada en la mente de Rigley, algo primitivo e indiscutible.

*¡Corre!*

#### IV

Lidra abrió los ojos. Tosió la arena de sus pulmones y se retorció bajo un tablón astillado. Permaneció allí, exhausta, contemplando el inmensurable cielo de Aranoch; los arañazos decoraban su piel como si fueran las rayas de un tigre. Tenía las ropas enrolladas alrededor del cuerpo. Su respiración era áspera y desigual, y la fatiga, el calor abrasador y la sensación de picazón en sus extremidades y torso la advirtieron para que se arrastrara entre los escombros y se escondiera.

Se sentó, el dolor le atravesaba el pecho, y examinó la arena a su alrededor en busca de cualquier pista sobre el saco de tela. Lo buscó, hurgando entre los escombros del carro, removiendo la madera y la tela, desgarrando la piel de sus dedos.

—¿Dónde está? —murmuró escudriñando frenéticamente la arena.

—¿Señorita? —una voz a sus espaldas sonó ronca y agotada.

En un único y fluido movimiento, Lidra sacó un cuchillo de su bota y lo arrojó hacia la silueta que estaba tras ella. La hoja pasó silbando frente a la cara del hombre, que se quedó sin aliento.

Era viejo, flaco como un espantapájaros, pero su reacción fue inmediata. Desató de su cadera una sucia espada llena de muescas y la extendió hacia ella.

—Enséñame las manos —dijo con cautela, e hizo un amago.

Ella la levantó lentamente, con las palmas hacia fuera.

—Lo siento —dijo—. Simplemente me ha sorprendido. Ése era mi único cuchillo. Lo juro.

Dio un cauto paso hacia delante.

—¿Quién eres?

Lidra, manteniendo sus manos en alto, se sentó en la arena.

—Iba en este carro.

El hombre aflojó el agarre de su espada e inspeccionó los restos del carro.

—¿Hay alguien más?

—No.

La expresión de sus ojos, estrechos y marrones, se suavizó. Dibujó las heridas de

su piel en el aire con la punta de su espada.

—¿Puedes levantarte?

Su espalda palpitaba entre sus omóplatos magullados allí donde se había golpeado contra el carro.

—Eso creo. ¿Tienes algo de agua?

Vaciló, las arrugas de su cara se volvían más profundas por momentos, luego asintió. Se colgó la espada en la cintura y le ofreció la mano.

Su mano era áspera, estaba agrietada y sudorosa, y le impresionó su fuerza. La levantó de la arena y le sacudió los restos de polvo de sus ropas.

—Mi nombre es Slavut —le dijo, pero no recibió ninguna respuesta a cambio.

—¿Y el suyo, señorita?

—Eso no es importante —dijo Lidra.

—¿De dónde es?

Ella lo miraba sin ninguna expresión en su rostro. Frunció los labios.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Nada importante —dijo ella.

Slavut inspeccionó los escombros.

—No sé lo que ha pasado aquí, señorita, pero puede confiar en mí. Fui sacerdote en mi otra vida.

Lidra arqueó una ceja.

—¿En tu otra vida?

Él sonrió.

—¿Y a qué te dedicas en esta vida? —dijo ella.

El viejo se encogió de hombros.

—A sobrevivir.

—Hay una gran diferencia entre ambas, Slavut.

Él se rio y apoyó la mano en la empuñadura de su espada.

—Maté a un hombre que había matado a mi hijo. Este tipo de conducta no está bien visto en el sacerdocio —dijo alzando la voz—. Fue mi forma de hacer las paces.

Lidra se dio cuenta de que estaba mintiendo.

Desató la cantimplora de su cinturón y se la lanzó.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó aquí?

—Fui... atacada. Alguna bestia del desierto.

Le sacó el corcho y bebió un buen trago.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Hurgando —le dijo.

Señaló a un par de buitres que se habían posado al otro lado del campamento, esperando a que Lidra no despertase.

—Hurgando como ellos. Este desierto es un infierno. No hay comida. No hay agua. Vas donde los buitres van. Saben cómo sobrevivir.

Ella se tragó el último sorbo de agua.

—¿No habrás visto, por casualidad, algo o a alguien cerca cuando llegabas aquí? Slavut gruñó de mala manera.

—¿Quieres decir si he visto a tu bestia destrozar carros del desierto? No. Estaba claro que dudaba de su historia.

Ella maldijo en voz baja y se giró, dándole un nuevo vistazo a las tablas, lonas y suministros.

—Debo suponer que te robó algo, ¿verdad? —dijo Slavut.

—Algo, sí.

Él le puso la mano sobre su hombro.

—No sirve de nada preocuparse por eso ahora. Regresemos a mi campamento. Te daré algo de comer.

Revisó los restos del carro con la mirada, vio que los camellos ya no estaban. Los contenedores de agua y comida habían sido saqueados por los carroñeros; esos buitres habían llegado tarde.

—¿Cuántos sois en tu campamento?

—Una docena —le dijo—. Los últimos restos de una aldea arrasada por el desierto. Estamos buscando un nuevo lugar para establecernos.

La mirada de Slavut se volvió siniestra.

—O una aldea débil que podamos tomar.

—Muy sacerdotal por tu parte —bromeó ella, mientras le devolvía la cantimplora. El viejo sonrió, pero había algo de dolor en su expresión.

—Esos días de iglesia forman parte ya del pasado, señorita. El camino de la iluminación no me trajo ninguna luz. Así que lo he cambiado por el camino de la supervivencia. Es mucho más directo.

—Es duro mantenerse en pie cuando se tiene la boca seca.

Slavut asintió. Se inclinó para acercarse y se llevó una mano, en un gesto de complicidad, hacia sus labios.

—En este desierto —susurró—, todo gira siempre alrededor de la supervivencia. Lidra sonrió con frialdad. Ya había tomado una decisión sobre el hombre.

—¿Crees que te podría contratar, Slavut? ¿Para que encontraras a alguien por mí? Frunció el ceño. Miró por encima del hombro y luego volvió a mirar a Lidra.

—No lo creo, señorita. Estamos realmente muy ocupados.

Se acercó a él; sus ojos eran afilados y atractivos.

—Necesito tu ayuda. Hay un hombre en este desierto. Su nombre es Rigley.

Slavut la miraba con cautela.

—Fue él quien hizo esto —dijo ella mientras señalaba hacia el carro destrozado.

El viejo observó la llanura circundante.

—¿En qué dirección salió corriendo?

Lidra agarró su brazo y lo apretó con fuerza.

—No lo sé, pero tiene algo que me pertenece. Algo que quiero recuperar. Yo sola no puedo encontrarlo. Necesito que me ayudes a encontrar su rastro.

—¿Y matarlo?

Lidra se mordió su agrietado y ensangrentado labio.

—No exactamente. Sólo necesito... someterlo.

La boca de Slavut se transformó en una delgada línea blanca y se encogió de hombros con pesar.

—No lo sé —dijo.

—¿Tienes armas? ¿En el campamento?

—Sí, pero...

Lidra lo agarró con más fuerza.

—*Necesito* que me ayudes, Slavut. Por favor.

Él se apartó de ella. Algo en su tono de voz lo asustó.

—En cualquier otro momento, te hubiese ayudado gustosamente, pero tenemos cosas por hacer, señorita. Será bien recibida si quiere venir con nosotros, pero este desierto es implacable. Como le he dicho, nuestro principal objetivo es la supervivencia.

Lidra suspiró. Dejó que sus brazos cayeran pesadamente a sus costados y bajó la mirada.

—¿Por dónde se va al campamento? —susurró.

Slavut se dio la vuelta y señaló.

—Hacia el este. A medio día de camino, aproximadamente.

Un cuchillo se clavó en su espalda, pasando a través de su pulmón. Tragó bilis y sangre y se balanceó hacia donde estaba Lidra.

Ella sonrió y dio un paso hacia él. Un suave empujón lo hizo retroceder y se desplomó sobre el suelo. Tenía los labios rojos y los ojos abiertos. Miraba hacia arriba, donde estaba ella, jadeando y ahogándose.

Lidra le dio la vuelta y le sacó el cuchillo de la espalda. Lo limpió en sus ropas y lo guardó en su bota.

—Al este, entonces —dijo, y se dirigió hacia el horizonte.

## V

Hablaba con sentimientos, no con palabras, asombrosos y apabullantes impulsos en su cabeza. Oleadas de emoción palpitante.

*Agotamiento*, dijo la primera noche. Y se durmió en el desierto, solo, bajo el frío cielo.

*Poder*, dijo la segunda, y su cuerpo tembló ante la orden. Sus miembros se tensaban y se contraían. Sus articulaciones se despegaban. Su piel se ondulaba y latía, cambiando de más claro a más oscuro una y otra vez. Los huesos se torcían, chasqueando y reformándose, atravesando su carne, y gritó hasta perder la consciencia.

*Hambre*, dijo en la tercera noche.

Rigley yacía derrotado en un cráter de arena. Le rugía el estómago feroz y dolorosamente, y habló por primera vez en tres días.

—¡No hay nada que comer aquí! —gritó—. Nada.

Su voz sonaba extraña y ronca, y tenía la garganta destrozada por la transformación.

*Hambre.*

Una lanza de dolor atravesó su estómago. Se tambaleó sobre sus pies. Sus huesos crujieron bajo sus músculos, como frágiles juncos bajo un viento oscuro y despiadado. Las llagas de su piel le producían un intenso dolor al contacto con la brisa y supuraban con el contacto de la arena. Respiró profundamente; las costillas sobresalían de su pecho estirando y dilatando su carne, y rugía de agonía en el vacío.

La criatura que estaba en su barriga se movió. Se sentó con fuerza dentro de él. Se le doblaron las piernas y cayó al suelo, tosiendo y llorando.

Una palabra, no una palabra, pensó, sino una sensación, resonando a través de su mente. Violentamente.

*Hambre.*

## VI

El camello debía haber reconocido su olor y lo había seguido. Era una de sus más leales criaturas, tirando durante años de su carro junto con sus compañeros a través de la ruta serpenteante del desierto. Ahora, aturdido por el dolor y el hambre, no podía ni recordar su nombre, pero Rigley sabía que le faltaba el instinto de autopreservación que tiene un camello salvaje. No sabía tenerle miedo. Volvió a sentir los retortijones y abrió todavía más los ojos.

*Hambre.*

Se puso de pie con las piernas temblorosas y desfiguradas, y vio a la bestia con el hocico metido entre un matojo de enredaderas que crecían en el lateral de un afloramiento rocoso. Tenía una bola de saliva acumulada en la parte posterior de su garganta. Se humedeció los labios y se la tragó.

*Hambre.*

Miraba fijamente a la criatura y se le aceleró el pulso. Su estómago rugía en un tono bajo y enfadado, que parecía sacudir las colinas. El camello vagaba cerca de él, con su pelo enmarañado. Un corte estrecho en su costado brillaba sobre su piel. Las fosas nasales de Rigley se dilataron. Apretó la mandíbula. Empezó a temblar.

El camello no tuvo tiempo de reaccionar. Rigley surgió de la oscuridad, una mezcla de hombre y sombra, y se abalanzó y tumbó a la bestia. Estaba encima de ella; con una garra deforme sujetaba la cabeza del animal contra la arena, mientras que con la otra rasgaba su vientre y sacaba sus entrañas. Sus venas se hincharon con

energía negra mientras se daba un festín.

Rigley se retiró del cadáver mutilado. Fluidos rojos que brotaban de sus labios empapaban su barbilla. Su barriga subía y bajaba cada vez que respiraba e insuflaba aire hacia sus pulmones con jadeos húmedos y llenos de mocos. Se aclaró la garganta y miró el cadáver. El camello estaba vacío, era un manto enorme de pelo sangriento inerte sobre la arena, tenía los tendones raídos y mordisqueados y sus huesos estaban rotos y con el tuétano derramado.

Quería sentirse disgustado. Olía como el callejón trasero de una carnicería. Salpicaduras carmesí decoraban el suelo. Tenía las manos pegajosas de sangre, bilis y otros fluidos gástricos.

Pero la imagen, repulsiva, sólo excitaba más su apetito. Se lamió los dedos. Las tripas le retumbaban. Las venas le latían. La voz de la criatura resonó a través de su cabeza...

*Hambre.*

... y quería alimentarse.

## VII

Una hoguera parpadeaba en el oscuro horizonte como una luciérnaga en un océano al ocaso. Rigley se dirigía pesadamente hacia ella, tenía los ojos bien abiertos y brillantes y chorreaba saliva por sus labios cortados.

Varios metros por detrás de él, Lidra lo observaba tras una duna. Lo había seguido a distancia en dirección al este durante horas, sin dejar de apretar la empuñadura de su daga.

Se dio cuenta de que ya había comido. Sus venas eran gruesas, negras y protuberantes, enrollando su cuerpo como una parra que se enreda en un enrejado, y la oscuridad había empezado a manchar su piel. Por debajo de su ira, sintió un rastro de simpatía por el hombre, porque él no tenía ninguna idea de la naturaleza de la bestia que dormía en su estómago, no sabía nada del terror que podía ocasionar y los reinos que podía llegar a arruinar cuando fuese lo suficientemente fuerte como para tomar su forma por completo.

Y sabía que cada gota de sangre que el conductor de carros ingiriera era un paso en la dirección equivocada, una pequeña victoria para la sombra del demonio. El ansia finalmente consumiría a Rigley, obligándolo a beber la sangre y la bilis de sus víctimas hasta que la locura lo envolviera.

Luego, todo acabaría para él: su cuerpo roto, su mente deteriorada y los últimos restos de su humanidad quedarían sofocados por la fuerza del demonio.

Lidra tenía que pararlo o su premio se perdería para siempre.

Había tenido diversas ocasiones de hacerlo, breves momentos de vulnerabilidad cuando se había parado para tragarse algún fluido o para recuperar el aliento. Pero

olió el fuego filtrándose por sus poros. El hambre ardiente e insaciable.

Por lo que decidió esperar.

A la mañana siguiente llegaría al campamento y devoraría a su gente. Y, después de haberse hartado con sus restos, cuando estuviera tranquilo y satisfecho, bajaría la guardia. Entonces, acabaría con él. Sacaría al monstruo de sus entrañas, un acto de misericordia, de hecho, y dejaría que Rigley se desangrara en el desierto.

Una buena lección, pensó, para el indiscreto conductor de carros. Y una diversión frustrante para su tarea.

## VIII

Eran una docena de refugiados. El sol se abría paso por el horizonte y el extraño estaba a la vista. Cojeaba de camino a su campamento, una figura corpulenta y deforme con venas negras y palpitantes alrededor de su cara y cuello.

Los refugiados se habían reunido y estaban acurrucados detrás de su gigante. Dos hombres, seis mujeres y tres niños, un grupo que abarcaba tres generaciones, esperaban bajo la sombra de Uroto. Medía más de dos metros de alto y tenía los hombros anchos y fuertes como un muro de piedra. Era barbudo, calvo y no llevaba camisa; observaba cómo el desconocido cojeaba hacia ellos, con las manos apretando con fuerza la empuñadura de una espada del tamaño de un hombre pequeño.

La criatura era pequeña. Desagradable. Puntas ásperas y huesudas asomaban en su pecho. Las heridas en su piel estaban carbonizadas y sus ropas le colgaban a jirones de su cuerpo.

—¿Qué quieres, forastero? —dijo Uroto con una voz que retumbó por el desierto y se quedó firme como un roble mientras el extraño se acercaba.

Se adentró cojeando en el campamento, olía a moho y carne quemada. Su cara, hinchada, negra y con dientes afilados y sangrientos, se quedó fija en el gigante.

—Estoy hambriento —dijo con un tono confuso y gutural.

Uroto sonrió de forma apocalíptica.

—Lo siento, amigo, pero no tenemos comida para compartir. A duras penas conseguimos salir de Aranoch.

La criatura miró confusa al resto de refugiados, luego volvió a centrarse en Uroto. Pero no habló.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el hombretón.

—Yo era... —empezó ausente, como distraído—. Era un comerciante. Mi carro...

—¿Te has encontrado con algún hombre en tu viaje? Nuestro líder, Slavut, se fue a explorar el área y no ha regresado. Un tipo duro y viejo que lleva una espada.

Parecía estar escuchando una conversación completamente diferente. O muchas a la vez.

—Yo... no merezco esto —dijo—, estaba ayudando a una mujer joven con un envío a Khanduras. Una... una cosa preciosa.

—¿Qué haces aquí?

—El envío... fue... fue mal —murmuró.

Entonces miró hacia arriba con una expresión extraña, implorante.

—Esto no tendría que haber pasado.

—¿Qué estás haciendo *aquí*, en nuestro campamento?

Reflexionó sus palabras.

—He... —y se detuvo. Asintió con la cabeza. Sonrió.

—He venido para mataros y comeros a todos.

Uroto estrechó sus ojos y tensó sus músculos.

—Tú no estás bien, forastero. ¿Por qué amenazar a aquéllos que podrían ayudarte?

—Porque... porque estoy hambriento.

La criatura se abalanzó sobre él. Uroto la esquivó, redirigiendo su impulso con la parte plana de su espada. La criatura recuperó el equilibrio y saltó otra vez, chocando y golpeando sobre el gigante. Era como un torbellino arañando su cara y cuello. Uroto lo hizo retroceder y se puso en pie. Los refugiados gritaban.

Esta cosa, este *demonio*, medía las fuerzas de su oponente. Sus venas palpitaban. Uroto apretó con más fuerza la empuñadura de su espada y la lanzó con un movimiento de arriba a abajo. La criatura se desplazó hacia la izquierda, y la espada se clavó en el suelo, levantando una nube de polvo. El intruso se puso a cuatro patas y cargó hacia él. Uroto cayó al suelo y soltó su enorme espada.

El demonio saltó sobre el gigante y se aferró a su cráneo. Un pigmento grueso y oscuro como la tinta brotaba de las yemas de sus dedos y teñía el rostro del guerrero. Uroto tuvo poco tiempo para gritar, sólo hasta que la criatura le arrancó la cabeza. Chorreando de sangre, la lanzó a un lado y empezó a darse un festín.

Se alimentaba con una despreocupación animal, sus ojos giraban de forma errática dentro de sus cuencas. Se metía trozos enormes de carne sanguinolenta en la boca, mientras contemplaba cómo corrían el resto de refugiados.

## IX

Estaba creciendo dentro de él.

Notaba cómo golpeaba y se retorció dentro de su barriga, bañándose en la sangre de sus víctimas. Su voz, el impulso, se volvía más profunda e intensa con cada cadáver que consumía. Sus venas se habían engordado y endurecido sobre su cara y cuello. Su piel se había oscurecido como el carbón y de pie, sobre la arena, parecía una perla negra sobre terciopelo blanco.

Estaban muertos, todos aquéllos que se habían cruzado con él. Se los había

comido a puñados hasta quedar un único cuerpo.

Había sido una chica guapa, casi una mujer. Tenía los ojos vidriosos y hundidos. La agarró del brazo y se dispuso a rasgar su torso.

—Detente —dijo una voz por detrás de él—. A ella, no.

Rigley se dio la vuelta. Un muchacho joven, de piel blanca y delgado, estaba delante de él. Sostenía la espada de Uroto con sus manos. Luchaba por mantenerse en pie y levantar la punta de la espada de la arena, aunque no fue por mucho tiempo.

*Hambre*, dijo el demonio.

Pero la cara del muchacho mostraba una determinación fría. Rigley dejó caer el brazo, se tragó los trozos de carne que le quedaban en la boca y lo observó a lo lejos. Era flaco y estaba visiblemente conmovido, pero sus ojos no mostraban vacilación alguna.

Rigley se limpió los restos de grasa de sus labios con el antebrazo y dio un paso al frente.

—¿Quién es ella?

Las mejillas del muchacho estaban cubiertas de lágrimas, pero su rostro era pétreo. Habló con cuidado:

—Mi hermana. Y quiero enterrarla.

*¡Hambre!*

—¿Por qué? Está muerta. El calor ya no es un problema para ella.

Rigley se acercó al chico, su respiración se aceleró y sus ojos se abrieron como platos, aun así se mantuvo firme. Volvía a luchar contra el peso de la espada de Uroto, pero no era capaz de levantarla.

Rigley se inclinó sobre él. El muchacho olía a desesperación; el hedor a sangre caliente presionando a través de sus venas hizo que sintiera un escalofrío por la espalda.

—Tienes confianza en ti mismo, pequeño.

—Me enseñaron a ser así.

—¿Incluso frente a un demonio?

—Frente a cualquiera.

Sus rostros estaban separados por centímetros. Rigley podía ver el miedo en su cara, pero por detrás había convicción y fuerza. Y eso lo incomodaba.

—Te creo —dijo Rigley.

*¡Hambre!*

El estómago de Rigley rugió, pero no hizo ningún movimiento para comerse al chico que estaba frente a él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el conductor de carros.

—Kulin.

—¿Te doy miedo, Kulin?

—Sí —susurró mientras la respuesta se escapaba de sus labios.

*¡Miedo! ¡Hambre! ¡Miedo!*

Los retortijones de hambre eran asombrosos, pero estaba centrado en Kulin.

—Yo también —susurró Rigley—. ¿De dónde sacas el coraje?

—¿Qué otra opción tengo?

—Puedes correr —dijo Rigley—. Puedes salvar el pellejo.

—No a cambio de mi orgullo, demonio.

*¡HAMBRE!* Gritaba la criatura.

—No soy un demonio —murmuró Rigley, acallando la voz de su cabeza—. Soy un hombre. Un cobarde.

No era capaz de cruzar su mirada con la de Kulin.

—Adelante. Entierra a tu hermana, muchacho.

Kulin hizo un gesto hacia algo sobre el hombro de Rigley y preguntó:

—¿Me ayudará alguno de vosotros?

El conductor de carros escuchó una respiración brusca a sus espaldas. Sorprendido, se dio la vuelta.

Lidra saltó sobre él, con un puñal en la mano; su silueta se perdía en los pliegues de su túnica color lavanda. Se estrelló contra Rigley y le clavó el cuchillo en el esternón.

*¡Furia!*

Aullaba, sus venas negras latían sobre sus brazos y pecho y con una fuerza temeraria envió el cuerpo menudo de Lidra al suelo. Una cortina de polvo se levantó a su alrededor.

Kulin evitó el choque y cayó de espaldas, mirando la lucha boquiabierto.

Lidra se retorció a los pies de Rigley, intentando recuperar el aliento. Él se quitó la daga de su pecho. Sangre negra se coagulaba en la herida. Unos pequeños y sombríos hilos la cosieron y cerraron, y Rigley los observaba con incertidumbre mientras trabajaban.

Con una patada repentina, Lidra lo tiró al suelo. Se arrastró sobre su cuerpo hinchado y, soltando un grito de convicción, atravesó su pecho con una segunda daga.

*Terror. Horror. Histeria.*

*¡Dolor!*

Sujetando firmemente la daga sobre su pecho, sacó una tercera hoja de entre sus ropas y la incrustó en sus intestinos. Mientras el acero se teñía de sangre negra, Lidra retorció ambas armas.

Kulin observaba la lucha desde la distancia acucillado junto al cadáver de su hermana. Hizo una mueca de dolor cuando Lidra retorció la daga en la barriga de Rigley.

—No hiciste caso de mi advertencia, Rigley —susurró, clavando la hoja todavía más en el estómago. Soltó la daga de su pecho y con la mano libre extrajo de su bolsillo el saco de tela púrpura. Con la otra mano retorció la hoja en sus intestinos, generando todavía más dolor a la criatura.

—Te dije que te mataría si lo tocabas otra vez. ¿Recuerdas? No puedes imaginar

lo mucho que ganaré al entregarlo.

Manteniendo el saco abierto frente al cuerpo de Rigley, empezó a cantar rápido y en voz baja. La tela rúnica ardía con luz arcana. Rigley sintió que algo se sacudía dentro de él, era un movimiento pesado y afilado que trepaba por su columna vertebral. Jadeando y resollando sintió una oleada de emoción.

*¡Furia! ¡Indignación!*

Los gritos furiosos del demonio sacudían todo su esqueleto. Sentimientos amargos, furiosos y rencorosos que ampliaron e intensificaron y agotaron el último resquicio de fuerza que quedaba en sus músculos consumidos.

—No lo puedes recuperar —dijo Rigley—. Creo que ha terminado conmigo.

Agarró a Lidra por la muñeca y el codo y empujó la daga más adentro de sus intestinos. El filo de la hoja rasgó sus tripas, y la herida se tragó los dedos de Lidra.

Dejó caer la bolsa y la tiró violentamente contra él. Un zarcillo negro se deslizó a lo largo de la cuchilla y la parte posterior a su mano. Otro envolvió su muñeca y se deslizó hasta el antebrazo.

Lidra soltó la empuñadura, pero no pudo sacar la mano de la herida. El lodo avanzaba hacia su hombro, deslizándose alrededor de su cuello, y curioseó por sus labios abiertos. Sus ojos brillaban horrorizados y se desplomó sobre la arena. Se clavó las uñas en el cuello a medida que el demonio se abría paso a través de su mandíbula y garganta, y gritó de terror justo antes de que desapareciera dentro de ella.

Rigley se desclavó las dagas de su pecho y estómago, gruñendo en voz alta y escupiendo sangre por la boca. Sus venas, todavía hinchadas y negras, se contraían con cada latido de su corazón, y sus huesos sobresalían de su cuerpo por debajo de su piel.

Se levantó torpemente y volvió a tirarse al suelo para coger la espada de Uroto. Entrelazó sus manos alrededor de su enorme empuñadura, pero no fue capaz de encontrar la fuerza necesaria para levantarla.

—¡Muchacho! —dijo con la voz rota—. Kulin. Ayúdame.

Kulin lo miró con recelo desde el otro lado del campamento. Lidra estaba retorciéndose entre ellos, atragantándose con el monstruo.

—¡Maldita sea, hijo! —vociferó—. ¡Rápido!

El chico se lo pensó por un momento y luego corrió hacia él.

Levantaron la espada juntos. Lidra se incorporó, con la mandíbula apretada y la cara azul; buscaba entre sus ropas otra daga. Rigley y Kulin se movieron al unísono, paso a paso, y la atravesaron por el estómago con una sola estocada. Rigley cargó su peso tras el golpe y el cuerpo de Lidra se estrelló contra la duna.

La espada había traspasado su cuerpo y aparecía por su espalda, ensartándola en la arena. La sangre florecía alrededor de la hoja y empañaba de color púrpura sus ropas. Rigley puso su brazo sobre los hombros del chico y tropezó hacia atrás, mientras zarcillos oscuros abandonaban el cuerpo de Lidra y sacudían la espada sobre

la arena. Un chillido agudo rasgó el aire del desierto. Kulin se liberó del agarre de Rigley.

—Atrás, muchacho.

Kulin asintió, mientras miraba fijamente a la agonizante criatura, que no dejaba de gemir y contornerse, empalada en la arena caliente. Los zarcillos negros empezaron a consumirse bajo el sol, desprendiendo finos hilos de humo.

A Rigley le temblaban las piernas. Sus heridas se habían cerrado, pero a un precio muy alto; se le quedó la columna encorvada y el andar tembloroso de un hombre veinte años mayor. De su pelo pelirrojo sólo quedaba ahora una maraña de finas, lacias y grises hebras, que colgaba sobre sus ojos.

—Tenemos que irnos. Este lugar no es seguro.

—No —dijo Kulin—. Tengo que enterrar a mi hermana.

Rigley luchó por mantener el equilibrio y finalmente se estabilizó. Su expresión cambió de la preocupación a la determinación. Era una sensación nueva para Rigley, pero le gustaba.

—Entonces... te... te ayudaré —dijo jadeando mientras inspeccionaba el espeluznante campamento. Estaba sembrado de los huesos de aquéllos que habían confiando en el destino para llevarlos a una nueva vida.

—Te ayudaré a enterrarlos a todos.